

Araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 44 - 1989



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros

y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademártori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacóni, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Raúl Larra, Miguel Lawner, Miguel Littin, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Mal-

sumario

A los lectores	5
De los lectores.	7

Alfredo Bryce Echeñique: <i>El precio del cambio</i>	11
--	----

la historia vivida

Carmen Castillo: <i>Línea de fuga</i>	14
---	----

exámenes

Sergio Vuskovic: <i>Vieja y/o nueva mentalidad</i>	31
Patricio Palma: <i>Por una doctrina militar democrática</i>	41
Política de las armas y fantasías estratégicas en Chile y Latinoamérica (Hernán Soto)	47

calas en la historia de Chile

Juan Contreras: <i>El ejército en la política chilena: 1886-1925</i>	55
Eduardo Devés: <i>Orígenes del socialismo chileno</i>	75

nuestro tiempo

Luis Maira: <i>Caminos para la conquista de la democracia en Chile</i>	99
Mario Boero: <i>La Iglesia y la doctrina de la Seguridad Nacional en América Latina</i>	115
Eduardo Galeano: <i>Estructura de la impotencia</i>	125
Ricardo Moreno: <i>Uruguay hacia fines de los ochenta</i>	139

temas

- Graciela Mántaras: *Uruguay: Resistencia y después* 147
Mauricio Decap: *Dulce patria americana. Conversación con Luis Advís* 159

textos

- Gonzalo Millán: *Pequeña antología* 171

los libros

- Schopf o de la postmodernidad (Grinor Rojo) / El cardenal de la justicia (José Miguel Varas) / Los libros tienen sus propios espíritus (María de Velasco) 191

notas de lectura

- El gobierno de Salvador Allende. 1970-1973 - La identidad de Hispano América. Ensayo sobre literatura colonial - Cuentos chilenos - Los veteranos del 70 - Antología de poesía chilena a través del soneto - Virus - Literatura y lingüística - Ventanal 205

notas de discos

- Canciones de mi mundo - Juego de pájaros . 217

Portada e ilustraciones: Andrés Monreal (nació en Santiago, 1937) vive en Ibiza (España). Ha realizado una veintena de exposiciones individuales en Santiago (Chile), Madrid, Nueva York, París, Londres, Hamburgo y otras ciudades.

davsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Claudio Pérsico, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Ernesto Sábato, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spoto, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Tellez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Ligeia Balladares, Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Pamela Jiles, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, Hernán Soto, José Miguel Varas, Virginia Vida.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana.

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7. of 49 / Teléfono:
532 47 58 / 28014-Madrid
(España).

ISBN: 84-85594.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.
Catálogo de la Biblioteca del
Congreso (Washington):
N.º 80-642682.

Impresores:
Graficmo, S. A. / Eduardo
Torroja, 8 / Fuenlabrada
(Madrid).



EL ARTISTA POR EL MISMO

1989: AMERICA LATINA, CHILE

¿Cómo recibir el 1989 que comienza? Digamos que — para un chileno, para un latinoamericano — carecería tanto de sentido asumir con alborozo los motivos que pudieran descubrirse para sentirlo, como incurrir en el pesimismo apoyándose en las muchas notas negras que muestra el panorama continental.

Los hechos más recientes en el momento de escribir estas líneas, señalan la complejidad del tiempo que se vive y las dificultades para salvar los riesgos de la simplificación. Un hecho luctuoso y siniestro: la aventura demente de La Tablada en Buenos Aires y la criminal masacre a que dio origen; y una noticia alentadora: los signos de una ojalá verdadera e inminente *pax* centroamericana.

Lo primero arroja una triple lección: la fragilidad y espejismos de una transición democrática apoyada sobre todo en la conciliación y el olvido (que no en la reconciliación y la magnanimidad); la virtual imposibilidad de construir una democracia latinoamericana verdadera mientras los ejércitos no cambien de carácter; y en tercer lugar, los peligros reales que conlleva la tentación ultraizquierdista.

Los acuerdos en Centroamérica y el período de paz que parecen prever nos enseñan, principalmente, que el imperialismo norteamericano (que existe todavía y que no atinamos a llamar de otro modo les pese o no a los postmodernistas) es hoy menos omnipotente que antes. Su poderío abrumador y los muchos millones de dólares puestos en juego en el empeño, no fueron suficientes para doblegar a un país de menos de tres millones de habitantes. Quizás lograron cierto éxito en su faena propagandística, sobre todo en Europa, donde ciertos sectores intelectuales y políticos, al socaire de que la división entre izquierdas y derechas ya no existe, han caído en la manía de gritar ¡al ladrón! sólo cuando el supuesto robo compromete los bienes materiales o morales de un propietario — cómo no — de derecha. Pero aunque la hayan debilitado, no consiguieron quebrarle el espinazo a la Revolución nicaragüense, uno de los más puros y originales experimentos sociales del siglo xx.

1989 se anuncia, por otra parte, como un año de cambios institucionales. Elecciones presidenciales y parlamentarias en muchos países. En El Salvador, Panamá, Honduras, Bolivia, Brasil, Uruguay y Argentina. En Chile también, como sabemos. En cada país el acontecimiento tiene su coloración propia y sus antecedentes y consecuencias posibles no pueden interpretarse en una amalgama única. En el nuestro, el cuadro es claro: repuesto, al parecer, de su obnubilación inicial, Pinochet ha empezado a desplegar la estrategia de la perpetuación de su régimen. No serán ni la conciliación ni el olvido las armas que logren desbaratar este designio. La democracia en Chile ha salvado apenas un primer obstáculo con su triunfo en el plebiscito, pero no podrá dar por ganada la partida mientras no se haya completado la demolición de la dictadura y sus instituciones.

En América Latina 1989 está también inevitablemente presidida por otro hecho: los treinta años de la Revolución cubana. El acontecimiento hay que entenderlo más allá de la fácil ironía de algunos a propósito de sus yerros, o de la incomodidad de quienes trabajan con un esquema teórico en el que su presencia resulta más bien molesta, o, por supuesto, de las acciones y palabras de quienes tienen sobradas y explicables razones para odiarla y desear su destrucción. Digamos que, hoy por hoy, en un continente donde la crónica cotidiana está presidida por los relatos de crímenes, corrupción, miseria, enfermedad, abismantes desigualdades sociales, la carencia multitudinaria de esperanza, sostenido todo ello por las conocidas vertientes públicas: los ejércitos reaccionarios, las capas privilegiadas que se aferran a sus privilegios, los políticos corruptos, los narcotraficantes, las multinacionales, Cuba aparece instalada en un enclave geográfico que no parece difícil ni arbitrario envolver en una cierta simbología: es *una isla*, en efecto, pero también en lo político y moral.

ARAUCARIA DE CHILE EN CHILE

En el editorial del número Uno de nuestra revista lo decía su director: «Confiamos que desde Madrid la nave labrada de pino indígena pueda echarse a volar y llegar a las ciudades más distantes. Un día la más cercana será Santiago». Era difícil no hacer entonces una metáfora cuando teníamos tan pocos puntos de apoyo aparte de la esperanza. Casi doce años después, el navío empieza a aproximarse a puerto. Ya hablaremos más adelante de esta travesía. Mientras tanto, queremos que nuestros lectores sepan que —salvo circunstancias imprevisibles— éste será nuestro último año en el exilio. **Araucaria** ha resuelto instalarse en Chile en los primeros meses de 1990.

Ya hablaremos también de esta *segunda época*. Porque es sólo un trasplante, un cambio de tierras. Desprenderla de su macetero europeo (o maceta, para hacer honor a Madrid) para plantarla en el espacio más nutritivo y menos restricto de la patria. Un jardín vamos a querer para **Araucaria**, a ver si sus raíces se extienden tanto como para asegurarle una vida tan larga como la de las que sirvieron de alimento y emblema a nuestro pueblo primigenio.

Vamos a necesitar mucha ayuda en este año de preparativos para el cambio. Ya iremos informando a nuestros lectores, colaboradores y amigos.

Todo cambio supone trastornos, y nosotros no somos una excepción. Este número de **Araucaria** debería haber aparecido a fines de 1988. No ha sido así, pero nuestros suscriptores no tienen por qué inquietarse. Las entregas previstas serán respetadas, lo que significa que durante 1989 publicaremos, fuera de éste, los números que nos corresponden.

Araucaria número 43 me acaba de llegar como regalo navideño y, con ella, el artículo (*Colombia Alucinante*) que tanto se hizo esperar en ambos lados del Atlántico.

Hay en el artículo una sola errata, bienintencionada (como todas las erratas), que para los colombianos, sin embargo, es un pecado mortal: *vallenato* (con *v* de Valledupar) apareció (pág. 67 del núm. 43) escrito con *b* de ballenato («hijuelo de ballena», según un viejo y destartado diccionario de 1852 que me compré en «El Mercado de las Pulgas», una especie de «El Rastro» que funciona en Bogotá los domingos por las mañanas).

Vallenato es una palabra derivada de *valledupar* (valle del cacique indígena Upar, hoy ciudad de Valledupar, capital del departamento del Cesar, ésta sin tilde y con acento en la última sílaba), una región del norte de Colombia, cerca de la costa atlántica, y vecina de Aracataca (en el departamento del Magdalena), pueblo —Aracataca— donde el día 6 de marzo de 1927 nació Gabriel García Márquez (según consta en la partida bautismal de fecha 26 de julio de 1930, que se conserva en los archivos de la parroquia de San José de Aracataca).

El *vallenato*, al que me refiero en el artículo, es considerado aquí «la más viva expresión musical del ser nacional» (Diario *La República*, 30-4-1987 pág. 10-B). Los habitantes de la costa Caribe colombiana rinden culto desde hace veinte años a esta música y anualmente eligen a su mejor intérprete y lo coronan como el «rey vallenato». Se afirma que el vallenato echó raíces en Valledupar como una expresión de las tres sangres de la nacionalidad colombiana que allí se encontraron: la nativa, la africana y la europea. El vallenato es un tipo de música popular alegre y bullanguera, aunque nostálgica y lloradera, también etílica (*etílica*: porque es difícil pegarse una sesión de vallenatos si no es en compañía de una botella de aguardiente) que las parejas campesinas bailan lenta y cadenciosamente en el espacio de una baldosa, algo así como un «chic to chic» pero que no es «mejilla a mejilla», y que interpretan un trío de acordeón, caja y guacharaca. El vallenato es narrativo y descriptivo, y en sus orígenes era cantado por trovadores trashamantes que llevaban de una provincia a otra las noticias que ocurrían en los poblados por donde pasaban; ahora suelen cantar historias de amor (desengaños, etc., como los boleros). El primer trovador vallenato del que se tienen noticias es José León Carrillo (1840). Pero quien pasó a la inmortalidad fue Francisco Moscote, apodado «Francisco el Hombre», quien, en la década de 1880, por ser tan buen acordeonista e intérprete, venció al mismo Diablo en un duelo musical. Cuenta la historia que después de mucho tiempo de estar liado en el duelo, y al entender que su rival era el Diablo, «Francisco el Hombre» cantó *El Credo* al revés, y lo venció.

*Y si el Diablo se aparece,
digo en mi improvisación,
de que se encomiende y rece,
sí es que sabe de oración.*



«Hoy todo es nostalgia». Es lo que sugiere esta foto de Aracataca, el caluroso pueblo donde nació García Márquez, con sus casas de techos de dos aguas cubiertos con oxidadas planchas de zinc. (Foto de Federico Orozco).

*Yo le cantaré otra vez
exprimiendo mi acordeón,
si es muy tensa la cuestión
le canto el Credo al revés.*

(Del vallenato *Yo soy el hombre*, que evoca la hazaña de Francisco Moscote).

El vallenato más largo es la novela *Cien años de soledad*, según el propio García Márquez ha afirmado.

Hay verdaderas *summas* sobre el vallenato, como el tratado *Vallenatología* de la escritora colombiana Consuelo de Molina.

Como se puede apreciar, y como dice nuestra Desideria, es muy distinto pero muy diferente el «ballenato» (hijuelo de la ballena), al «vallenato», expresión musical del ser nacional colombiano.

Les incluyo una fotografía de Aracataca, el Macondo histórico y real (y tan parecido a nuestros pueblos del sur de Chile, como Cholchol, Lasterria o el viejo Temuco nerudiano, parecido que se termina con el clima

tropical), de donde García Márquez recogió las historias de *Cien años de soledad*. Y —como decía en el párrafo de la feliz errata que me ha permitido hablar del vallenato— en Colombia... «toda esta alucinante violencia es cierta, pero también lo es la belleza escalofriante de sus mujeres, de sus paisajes, de sus climas, de sus vallenatos y carrileras». Me reservo lo de la música de carrilera, y lo de la música llanera, expresiones musicales también populares y campesinas, muy semejantes al corrido mexicano, todo lo cual, vallenato incluido, podría dar lugar a otro artículo, pero ahora sobre este rostro popular de Colombia, donde, en las letras de las canciones, se relata la historia de este pueblo, sus leyendas, las historias —entre otras— del viejo y legendario guerrillero Guadalupe Salcedo (de los tiempos de La Violencia), y hasta actuales crónicas del narcotráfico, como el corrido *El carro rojo*, que cuenta el enfrentamiento de un grupo de narcos con la policía.

Juan Jorge Faundes (Bogotá, Colombia)

Siempre leo *Araucaria* con placer. De todas las revistas que recibo, es la revista que más me emociona, la más vital. Las fotos con los textos de Decap que aparecen en el número 43 son excelentes. Sólo una nota sobre el muy interesante anuncio del recital que aparece en la página 7. L. D. menciona «debe datar de los años 32 ó 33». Imposible. Neruda llega a Europa —por segunda vez— en 1934. El anuncio debe datarse alrededor de junio de 1935 cuando Neruda participó como delegado chileno en el 1.º Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura celebrado en París justamente en junio del 35.

Pedro Gutiérrez Revueltas (Houston, Estados Unidos)

Quisiera pedirles un favor. Las páginas dedicadas al teatro, a la música, a la literatura son abundantes, no así lo referente a otras artes como la danza, la pantomima, la ópera y otras. En lo referente a la danza he visto sólo dos o tres artículos dedicados a Patricio Búnster e Hilda Riveros, pero son limitados y no permiten conocer sus trabajos, su escritura del movimiento, las realidades de su trabajo, sus dificultades, etc. Existen además coreógrafos y otros bailarines chilenos que trabajan en diferentes compañías del mundo, algunas famosas; existe también la danza folklórica de la cual tampoco se ha hablado. Es verdad que transmitir el lenguaje del gesto a través del lenguaje escrito es bastante difícil, pero sería interesante saber lo que estos chilenos hacen en el mundo y en el mismo Chile.

Alex Candia (Lyon, Francia)

Soy una chilena más que está viviendo lejos de nuestra querida tierra, añorando el regreso. El doloroso desarraigo y mi nostalgia han sido tal vez los móviles que me han llevado a crear algunas composiciones. Con es-

tos temas (que en realidad son canciones) yo apporto mi «granito de arena» en las actividades solidarias aquí en Sydney (ando con mi guitarra y mi nostalgia a cuestas). Dado que estas composiciones gustan aquí, me he decidido a enviárselas a ustedes para que, si es posible, las publiquen en **Araucaria**.

Luz Acuña Aguado (Sydney, Australia)

Recogemos una de las canciones de nuestra corresponsal.

Ay, Chile, cuánto me dueles

*Cierro mis ojos para ver tu geografía,
y tu lluvia se confunde con mis lágrimas;
lluvia y sur que a la piel se me aferraron,
para grabar tu nombre en mis entrañas.*

*Camino pueblos como navego ríos,
mil rostros me hablan de puño y descontento;
en tus calles me grita la miseria,
abrazada a tus volcanes me contengo.*

*Corro en mi desenfreno hasta tus montes,
y allí me enredo en tus copihues y tus lianas;
inquieta sueño me lleva en su velero,
hasta tus algas, tus peces y tus playas.*

*Me vuelvo entonces pescador y en mi delirio,
lleno mi barca de triunfos y batallas;
acto seguido soy un cóndor y en mi vuelo,
trazo el futuro de mi tierra liberada.*

*Pero la magia de la noche me abandona,
y me deja a la deriva en mi distancia,
con mi rabia, mi cansancio, mi renuncia,
y ese volver a besarte... tal vez nunca.*

*No quiero descansar en tierra extraña;
quiero, en tus prados, ser el verde y sus matices,
para dormir mi último sueño entre tus brazos,
e integrarme a tu arcilla y tus raíces.*

L. Acuña A.

ALFREDO BRYCE ECHEÑIQUE

El precio del cambio

Mucho es lo que puede haber cambiado el panorama político latinoamericano dentro de unos cuantos meses. Tras la elección del socialdemócrata Rodrigo Borja en Ecuador y la largamente esperada elección de otro socialdemócrata, Carlos Andrés Pérez, en Venezuela, existe también la posibilidad de que el populista de izquierda Leonel Brizola alcance la presidencia en Brasil. En 1989 es muy probable que un peronista y un centro izquierdista asuman las presidencias de Argentina y Bolivia; y en Chile, Pinochet está definitivamente en retirada tras su derrota en el plebiscito que convocó. De esta manera queda abierto el camino para el retorno de la democracia en Chile, dentro de lo que podría llegar a ser una renovación casi total del panorama político regional.

Poco después, en 1990, se completaría este nuevo escenario con las elecciones generales en Colombia y Perú. Por supuesto que todo esto depende de que los militares no interfieran en los procesos democráticos, sobre todo en Argentina, Ecuador y, eventualmente, en Brasil. México es un caso aparte, porque el nuevo presidente, Carlos Salinas de Gortari, sale de las filas del PRI, con lo cual se tendrá más de lo mismo (aunque sin duda con menos popularidad), y porque en todo lo que se refiere a la deuda externa, México recibe un tratamiento especial por parte de Estados Unidos, debido a la enorme interdependencia de las economías de ambos países. No se puede, por consiguiente, esperar que México opte por una mayor autonomía en lo que respecta al problema de la deuda externa latinoamericana.

Aunque le llegarían ya bastante tarde, estos cambios podrían serle favorables al presidente peruano, Alan García, hasta que termine su mandato en julio de 1990. Favorecería también a un segundo Gobierno aprista o a un Gobierno de Izquierda Unida. En cambio, para la derecha, agrupada en el Frente Democrático, estas profundas variantes en el ejedrez político regional distarían mucho de ser las ideales.

Centroamérica sería la primera beneficiaria al nivel político y social, pero lo que realmente le interesa a toda América Latina es ver si estos nuevos dirigentes y partidos de Gobierno serán capaces de encarar radicalmente el problema de la deuda externa, pues ya son demasiados los años en que los latinoamericanos no hacen más que hablar del impacto y la magnitud de esta deuda. La retórica ha sido demasiada hasta hoy, y tal vez para lo único que ha servido es para demostrar que, con su solitaria voluntad de no pagar nada, Fidel Castro bordea la utopía en el ac-

Alfredo Bryce Echeñique, escritor peruano, es autor de *Un mundo para Julius*, *La vida exagerada de Martín Romaña* y diversas otras célebres novelas.

tual contexto; que su negativa a pagar más del 10 por 100 del precio de las exportaciones le costó a Alan García un cierto aislamiento continental que le obligó a terminar pagando más de lo prometido a su pueblo y, por supuesto, para demostrarle al mundo entero que los países latinoamericanos han pasado de ser naciones en vías de desarrollo a ser naciones en vías de quiebra.

Cabe esperar que sean los próximos Gobiernos de la región los encargados de pasar de la etapa de la denuncia y diagnóstico a la de acción inmediata, con el fin de lograr que en un primer momento se deje de pagar «lo no pagable», logrando de esta manera aliviar cuanto antes la terrible carga que seguirá soportando el pueblo latinoamericano mientras sus gobernantes sigan pagando cantidades incompatibles con el derecho a la vida de sus gobernados. De lo que se trata ahora es de encontrar rápidamente la mejor manera de ser eficaces en el plazo más breve.

La debilidad demostrada hasta hoy en el enfrentamiento de este problema por los Gobiernos de América Latina y del Caribe revela, entre otras cosas, que existe también una subordinación política e ideológica. La sola dependencia económica no permite entender la aceptación de costes humanos tan grandes para cumplir con los acreedores, la renuencia a aliarse como deudores cuando ya los acreedores lo han hecho, y la escasa originalidad en la búsqueda de alternativas de desarrollo y de política económica. Por lo cual no faltan quienes afirman con bastante derecho que este problema no puede quedar exclusivamente en manos de los Gobiernos. En todo caso, mientras no se quiera aceptar que, aparte de ser un problema estrechamente vinculado con la paz, el armamentismo y la autodeterminación, la deuda externa latinoamericana tiene un carácter político y otro de ilegitimidad, no se habrá salido del todo de la etapa del diagnóstico, ni se habrá ido al fondo de las cosas, ni se podrá llegar a una estrategia común de los países deudores para enfrentar tan dramático problema. Lo que se obtendrá, por el contrario, es que las iniciativas conjuntas de los países acreedores sigan matando de hambre a millones de seres humanos.

La deuda externa tiene que estar en la agenda política de todos los países deudores lo cual significa que ésta no sólo concierne a los Gobiernos, sino a la sociedad civil en su conjunto, ya que el carácter político de la deuda no es sólo una visión de los países del sur, sino principalmente de los del norte. Qué más prueba de ello que las siguientes palabras de un representante del Pentágono: «Las expectativas no logradas y el mal manejo económico han convertido a una buena parte del mundo en un foco de conflicto capaz de expandirse y envolver al Occidente industrial (...).

Nuestra respuesta a esta amenaza no puede ser tibia ni indecisa. Dada la magnitud de la amenaza, la seguridad de Estados Unidos requiere la reestructuración de nuestra capacidad de hacer la guerra, poniendo nuevo énfasis en la habilidad de luchar una sucesión de guerras limitadas y de proyectar poder al Tercer Mundo».

En primer lugar, el llamado «mal manejo económico» no es otra cosa que un modelo de desarrollo en crisis, que propició el endeudamiento de los países del sur en la década de los setenta y que ahora posee los mecanismos suficientes para prolongar indefinidamente el cobro de la deuda externa de dichos países a cambio de ficticios créditos de inversión.

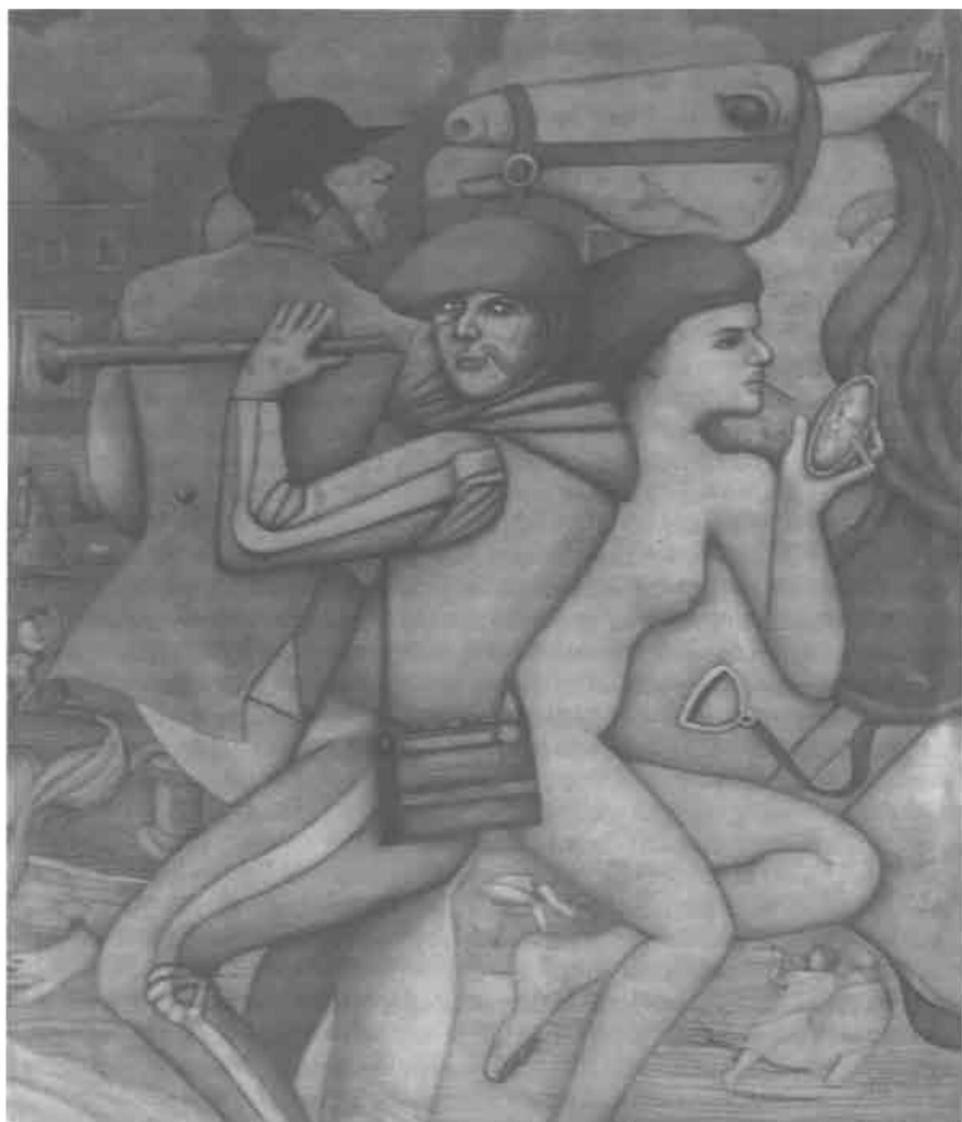
Además, aproximadamente la mitad de la deuda de América Latina — que en total asciende a 410.000 millones de dólares — nunca reingresó a estos países. Se calcula, igualmente, que 100.000 millones son producto de los constantes aumentos de las tasas de interés. El «mal manejo» pasa necesariamente por ese erróneo modelo de desarrollo, del cual, según la experta norteamericana Susan George, «la deuda externa es una característica inevitable e integral».

En segundo lugar, la *respuesta* a esa supuesta *amenaza* de nuestros países no sería más que una nueva versión de la guerra ya declarada por los países desarrollados a los subdesarrollados. Ya no una colonización directa ni una invasión militar; ahora es una dominación casi legal. Susan George se ha referido al conflicto de baja intensidad, que, a diferencia de la guerra convencional, es barato, rentable, no busca la victoria y no tiene comienzo ni final. En fin, casi el arma perfecta.

El economista Frank Hinkenlammert ha sido uno de los primeros en señalar la forma en que el aumento de las tasas de interés y el deterioro de los términos de intercambio han hecho de la deuda externa latinoamericana una deuda ficticia. Hinkenlammert ha precisado que desde 1982 las exportaciones de América Latina se han estancado, mientras la deuda ha continuado su ritmo creciente. En 1982, señala, las exportaciones de bienes estaban en 87.000 millones de dólares; en 1984, en 97.000 millones, y en 1986 bajaron a 81.000 millones. Sin duda alguna, esta impugnación jurídica de la deuda representa un novedoso argumento en la búsqueda de soluciones conjuntas al problema.

Pero Hinkenlammert va más allá todavía cuando afirma que la situación sería la misma aun si se eliminara el 50 por 100 de la deuda. Lo mismo opina Susan George cuando dice que lo que teme es incluso una buena trampa, ya que sería posible que los bancos y el Fondo Monetario Internacional afirmaran: «Somos magnánimos, somos muy generosos y vamos a eliminar el 50 por 100 de la deuda». Imagínense lo que pasaría en el Norte. Se diría: «¡Pero qué regalo!, ¡qué fantástico!, esos países han recibido una disminución de su condena». Y sin embargo, todo seguiría igual porque no se podría pagar los intereses sobre el 50 por 100 restante.

Así de claras y estudiadas están ya las cosas y, sin embargo, los países de América Latina han sido hasta hoy incapaces de enfrentarse juntos con sus asociados acreedores. Mucho debe exigírseles, por consiguiente, a aquellos gobernantes progresistas que, en plazos más o menos breves, pueden estar llevando a la práctica sus promesas de una actuación más firme y solidaria ante el problema de la deuda externa. Dada la actual situación del pueblo latinoamericano, lo contrario sonaría, más que a claudicación, a traición.



TRES FIGURAS CORRIENDO

Línea de fuga

CARMEN CASTILLO

1

En Santiago, en la ruta que conduce desde el aeropuerto al barrio de la Reina donde vive mi familia, no reconozco nada, nada de la ciudad, que siento igual; ni sus calles, que son sin embargo las mismas, ni sus olores, también los mismos, ni el río que todos los inviernos inunda las poblaciones marginales. Siento mi memoria como la ciudad, desubicada, fuera de lugar. Príncipe de Gales, en esa calle estaba el Country Club antes que los barrios elegantes se hayan ido a instalar en el sector alto de la ciudad. La ferretería Ungaro. En el cruce de Bilbao y Tobalaba, un recuerdo, uno sólo, doloroso, definitivo: la muerte de mi hermano Javier. Pocuro, el colegio de los jesuitas, los merenderos de los ricos, Amapolas, Eliodoro Yáñez, Holanda, lugares de cita en los comienzos de la clandestinidad. Pedro de Valdivia,

Carmen Castillo es autora de *Un día de octubre en Santiago*, libro en que se relatan las dramáticas circunstancias del asedio policial y muerte, en 1974, de su compañero Miguel Enríquez, secretario general del MIR. Aunque fue publicado por primera vez en Chile el año 1987, la edición original había aparecido una década antes en París. En esta ciudad se publicó también el año 88 una nueva obra, *Ligne de fuite* (Editions Bernard Barrault), inédita hasta ahora en español, en que la autora relata las impresiones de su regreso a Chile después de trece años de exilio. De ella hemos extraído los capítulos que publicamos a continuación (numerados por nosotros sólo con fines de orden).

Manuel Montt, Diagonal Oriente, la sombra de los plátanos orientales, el comienzo del año universitario, el seminario sobre la revolución boliviana, Sempat en su despacho. En la calle Simón Bolívar ya no existe aquel almacén, el de los merengues y las castañas confitadas, donde se oían nuestras palabras de niños; mazapanes, empolvados, dulces chilenos, manjar blanco, cuchufliés, barquillos. Avenida Ossa, la nostalgia imposible de esta calle silenciosa con sus viejas mansiones misteriosas y sus jardines: todo ha desaparecido, ahora sólo hay obras que duran y duran, según cuenta mi tío Jaime. El lo fotografía todo con paciencia meticulosa, cada fachada, cada palmera, cada trozo de acera. Para ofrecerme las muestras, los signos de las barbaries sucesivas. La parroquia volada con dinamita. La gran casa construida por mi abuelo, ocupada y luego destruida. Los estrechos canales convertidos en desagües; no puedo volver a encontrar nada. No lamento nada, dirá mi amiga Angela, es un hermoso destino para la casa de la infancia el que se transforme en un camino. Un camino, eso lleva de todos modos a alguna parte, sirve para andar por él, para circular. Línea de fuga.

2

Mi padre conduce, el portón de la quinta está abierto, entramos. El se siente feliz de mostrarme la nueva casa, oculta por los viejos nogales y rodeada por senderos en que los niños circulan en bicicleta. Para luchar contra el abandono del lugar, otras familias han venido a instalarse, solidarias. El sitio ha terminado por convertirse en un islote de resistencia. Yo lo advierto desde la entrada, y las risas me llevan de vuelta al escondite de nuestros juegos de policías y ladrones instalado en lo alto del eucaliptus, me traen el regusto de una velada alrededor del fuego, nuestras manos hundiéndose con delicia en los grandes tiestos de leche en polvo que la *gota de leche* de mi abuela distribuía entre las familias de los pobladores; los muros de adobe están todavía allí, y yo busco el punto de referencia de la quinta. Por la reja de madera Javier hacía entrar a los jóvenes militantes clandestinos del primer período, en los años sesenta, cuando la lucha era apenas un juego. ¡Cómo nos divertíamos, muchachos!

Brúscamente, sin darnos incluso tiempo para terminar de bajar nuestras maletas, unos carabineros se acercan a la puerta y entran al patio. Nos miramos sin movernos. ¿Cómo podía yo haberlos olvidado? País en estado de sitio. Mi padre sale de la casa para hablar con ellos. Lo vemos cuando discute con el capitán. «Tenemos orden de proteger a su hija». «Ella está en mi casa, y no necesitamos sus servicios». «Caballero, perdónenos la insistencia pero la orden es clara... y le aseguro que está equivocado si no acepta nuestro ofrecimiento,

usted sabe bien que los de la CNI son locos, y desgraciadamente no tienen respeto por nada. Nuestra presencia es disuasiva.»

Habituarle poco a poco a esta irrealidad, a su lógica solapada. La locura.

3

Por la tarde, con el plano de Santiago en las manos, el coche listo, parto. La muerte no me interesa, pero para continuar con vida tengo necesidad de reencontrar la casa. Necesidad de verla, simplemente, aunque sea desde lejos, ya que me han advertido que está ocupada por agentes de los servicios especiales.

Gran Avenida. Reconozco inmediatamente el paradero 7 de la bulliciosa, hormigueante arteria que se abre hacia los grandes suburbios de la zona sur. El auto rueda lentamente y muy pronto me pierdo enredada en mis recuerdos, y todo me parece minúsculo, encogido. Peatones que se agitan, atascos de autobuses que contaminan el aire, el ruido de las bocinas, los gritos de los comerciantes ambulantes, muebles de mimbre en las vitrinas, una mescolanza de trapos y kiwis del norte Chico en los escaparates, objetos plásticos, zapatillas de cuero de conejo, muros descascarados azulinos o de color amarillo chillón, mostradores en que se ofrecen yerbas para las enfermedades del corazón, las varices, las penas del alma.

No hay indicación de la calle Santa Fe, ningún letrero como en las otras esquinas, ninguna señalización. ¿Habrà cambiado de nombre? La calle tiene forzosamente que estar en su sitio, ¿y la casa?

La última vez... yo estaba encargada de las provisiones para la cena. Nuestra última comida, me parecía, antes de abandonar para siempre la casa celeste de Santa Fe. Había bajado del taxi trescientos metros más allá, en la avenida Santa Rosa.

Ahora subo por Santa Rosa hacia el sur, y pregunto por la calle que busco. Está allí. La limpieza del lugar me sorprende, pero un niño me asegura que aquella es efectivamente la calle Santa Fe. Miro a mi alrededor y reconozco ciertos signos, aunque no pueda distinguirlos con precisión.

Me adelanto, lentamente...

El 5 de octubre de 1974. Sentía el peso de mi vientre abultado, mientras caminaba con las manos cargadas de paquetes. Estábamos citados a las cinco de la tarde. Yo había cumplido con mi misión y había encontrado una casa de arriendo, en La Florida, y podíamos mudarnos después del almuerzo. Era urgente hacerlo, muy urgente después del enfrentamiento del día anterior. Estaba cansada, miraba sin ver a la gente que pasaba, los postigos de varios colores, los niños jugando, nada sospechoso. Yo había abierto la reja de metal verde oliva, la puertecilla del lado derecho...

Una reja a cada lado de la fachada, una puerta de madera gris entre dos ventanas. La hallé. La acera de la izquierda que baja hacia la Gran Avenida, no me acuerdo del número exacto, podría, pero no tengo tiempo de escarbar en mi memoria, estoy en la calle Santa Fe, hago otra vez el camino, el último, veo las fachadas pegadas a la acera, una detrás de otra, ningún jardín, ninguna línea divisoria... Disminuyo el paso, un rayado mural, grandes letras en negro, «Miguel Vive», «Miguel Presente». Allí, es allí. Seguro que los compañeros se equivocaron... salvo que en el lugar del garage se haya contruido un galpón de madera... Imposible... Prosigo, los ojos pegados a los muros, los rayados murales en la piel. Y a continuación, la veo. No puede haber duda, ninguna. Santa Fe 728... una casita... La muralla pintada de blanco no hace mucho, un blanco disparejo, el yeso disimula los impactos de balas y los fragmentos de las granadas. Las rejas han sido reconstruidas aunque son verdes, como antes. Y en los muros, entre la puerta de entrada y las dos ventanas, manchas... manchas de rojo rabioso, rojo con negro, manchas inmensas sobre las palabras para borrarlas. Huellas de sangre. Eso no han podido borrarlo.

La luz empieza a declinar, cada minuto es precioso, mirar, ver, escuchar antes que la noche caiga completamente en la casa de Santa Fe. Me sorprende la ropa colgada en el patio; pienso que han echado abajo el naranjo y el tabique de madera detrás del cual Miguel se parapetó largo rato. Polvo, aserrín, ya no queda nada por demoler.

Me pregunto quién puede vivir aquí, la esposa de qué torturador hace jugar a sus hijos en este jardín. Es un robo, una infracción, una falta de respeto. Esta casa, tengo que recuperarla. ¿Cómo pueden vivir aquí, en un lugar donde hubo un asesinato? ¿Cómo se puede vivir en un lugar llamado Auschwitz?, escribe Leslie Kaplan en su libro. Pienso en ello mirando las vestimentas que cuelgan de los cordeles gastados por la lluvia.

Me acerco un poco más, hasta tocar el muro de la vecina Anita. La oscuridad empieza a descender sobre las tejas agujereadas mientras yo busco, busco el lugar preciso de la ráfaga de disparos, la que dobló su cuerpo en dos; distingo la pared de ladrillos, barro y arcilla, el parrón sin hojas del color del otoño, el patio desnudo. Allí, seguramente es allí: la humilde morada parece abandonada, todo está seco. La mujer de edad dirá: Yo lo vi, era tan hermoso, los ojos brillantes, pienso en él las noches estrelladas, ¿usted lo conocía?

El día se apaga, demasiado pronto. En la acera, en un rincón de la calle Santa Fe ella se pone rígida, pisotea las hojas secas. No hay huellas de la Catita en el suelo, herida. Yo filmo. La oscuridad invade la cámara. Partimos.

Ahora lo sé. Es por allí que había que haber comenzado. Por el fin. Y sin embargo, no hay final; tampoco comienzo.

Encoger el espacio, y que la noche pueda esconder la turbación, el malestar de no poder ver detrás de esa muralla alta, larga y ancha que oculta el horror. En el primer instante pensamos que la casa está cerrada, volvemos atrás y estacionamos al frente, un poco más abajo. Detrás del muro un trozo sombrío de jardín, la gran mansión de dos pisos, cortinas entreabiertas por donde se filtra una luz de neón. De la chimenea sale humo. Un compañero me había dicho que el lugar lo ocupa ahora una dependienta administrativa del ministerio del Interior. Es aquí, dijo Cristián, secamente. *¡Así es la vida!* Rabia e impotencia en su voz. Prefiero que se calle, él que ha conocido la tortura, aquí mismo.

Yo había tratado de mostrar en el pasado cómo una casa de tortura, en particular una como la de José Domingo Cañas, se puede parecer a un hospital, por la banalidad de los gestos de los torturadores, por su «rendimiento». Me había enterado a través de la memoria de los otros, cómo se resistía allí y cómo se golpeaba, también. Lo que me era difícil imaginar era la normalidad del presente, el que ahora no haya nada que choque, que produzca asombro; el acostumbramiento, la resignación. Desde entonces han pasado demasiados años. Ellos han castrado todo aliento solidario, han puesto en primer plano al individuo, y ya no se piensa sino en sí mismo; uno se enferma, se droga. Se piensa: «A mí nunca me va ocurrir eso». La víctima es el culpable, dondequiera que uno esté. Es la lógica de la muerte, la lógica de la supervivencia.

Me acuerdo de lo que dijo ayer Gonzalo, un democristiano: «Hay que olvidar, aceptar que no habrá justicia para las madres de los desaparecidos... la transición a la democracia tiene ese precio». No estamos en el borde del abismo, estamos en el verdadero abismo. ¿Cómo aceptar el olvido, cómo aceptar la unidad encaramados sobre esas vidas aplastadas? Nosotros no tendremos recuerdos, pero los tendremos a ellos, Gonzalo. Si nosotros no queremos recordarla, la historia se repetirá y nos condenaremos también a repetirnos. El recuerdo es subversión, puesto que luchamos contra la máquina del olvido. Pinochet es un buen publicista: se hace fotografiar sin tregua. Quiere que las gentes vean su imagen. Una sola imagen, la suya, para ocultar la de cinco mil desaparecidos. La de él es más fácil de fotografiar ¿no es así?

Yo querría creer en la existencia del alma, pensar que las «animitas» de los compañeros masacrados se encuentran entre nosotros; me gustaría encender cirios alrededor de esta casa para llamarlos en ayuda nuestra, fuegos para celebrar en su presencia el compromiso en torno a una ética. Eso es lo único que puede distinguirnos, que puede poner un límite al «no sirve para nada». Dios mío, todavía espero un milagro, esta noche, cuando la oscuridad caiga sobre el barrio de Ñuñoa que por fin estamos atravesando.

Ñuñoa, avenidas apacibles, aroma de madre selvas y de jazmines, el esplendor pasado de moda de las mansiones, con sus fachadas descascaradas, sus adornos de yeso, los ángeles sin brazos, los diablos sin rabo, las columnas rotas; nuestras hijitas corren teniéndose por las manos entre los naranjos y los macizos de hortensias; desaparecen de mi vista detrás de una palmera y vuelven para abrazarme con los brazos llenos de margaritas silvestres... Las cosas podrían haber continuado de esa manera.

En Santa Fe, allí, hace sólo un instante, verdaderamente no las vi de nuevo; creí por un momento que la ventana cerrada de la vecina Anita se abría para ellas, pero el movimiento se detuvo de un golpe. Silencio. Ellas habían ya partido. Saco de mi bolso la foto a colores que tomé en el patio a comienzos del 74, contra el muro azulino, ellas vestes ropas de algodón rojo festoneadas con encajes blancos, no sonríen, el sol esplendoroso las hace parpadear. Es en verano, en enero, nos aplasta un calor tórrido sobre el embaldosado negro, dejamos que el agua corra durante todo el día para que ellas puedan jugar, el parrón es todavía muy nuevo y no hay rincones sombreados en el jardín, echamos de menos el mar, entonces contamos cuentos y no sentimos la llegada del otoño; y cuando llega julio ponemos una alfombra de lana en el suelo de la pieza más grande de la casa, mantas blancas en cada uno de los divanes-camas, una estufa de parafina, no sé, pero ese invierno, en Santiago, no tuve frío.

Nada, no dejar que nada se interponga, las calles de la infancia... nada ha cambiado o casi. Pero esa felicidad que vivimos no logro pronunciarla. Las palabras, sus nombres y apellidos, tampoco.

Hojeo distraídamente la Revista del Domingo de *El Mercurio*: veo a tres muchachitas practicando deportes de invierno en Farellones. Me acuerdo de sus padres, antiguos amigos míos. Ustedes podrían estar allí en medio de ese grupo. Sonrisas simples, posturas relajadas, una vida apacible, protegida, que ignora la existencia de algo diferente a ese bienestar tan placentero. Esas jóvenes no saben que ustedes no pueden acercarse a su país natal, que ustedes son rehenes potenciales de la demencia, que han tenido que ir de un país a otro, como si fueran jóvenes vagabundas. «Me gustaría dedicarme a la música, dice una, la música no tiene fronteras». «Yo pinto, dice la otra, el mundo es vasto». «Chile está lejos, cada día más lejos». «Cuéntame cómo era», agrega la última, los ojos almendrados, muy abiertos. Yo quería creer que eso les da una fuerza de la que ellas no tienen ni idea, que su alegría de vivir va creciendo con su belleza. Pero no puedo quedarme tranquila ante la aparente inocencia de esta foto; me da rabia, me dan ganas de romperla, de hallar una forma de venganza más refinada, menos sangrienta, pero que se sepa, que se proclame a gritos; ellas están lejos, el océano las separa, y desde el día de la partida de la casa color

celeste de Santa Fe, nos buscamos, nos huimos, y sin embargo tenemos necesidad de los otros como de la propia vida.

6

Imposible escapar a la noche. El cuerpo tenso pesa, conciencia de cada músculo, de la espalda, de los brazos que cuelgan, materia desdoblada.

Prepararse rápido, escoger cuidadosamente sus vestimentas, sobrias, como le gustaban a él. Severa, simple, ella irá a encontrarlo. Es un día hermoso, una bella jornada de otoño, ella mira de reojo una soberbia mimosa del jardín, se ha despertado con una idea fija. Sale, busca en los mercados, en el centro, a la salida de la estación de Mapocho. Pero sólo es hacia el fin de la mañana que lo encuentra, en la ribera norte del río, hacia el final de una callejuela: una mujer que arregla unas rosas en un florero. «Quiero tres rosas color rojo sangre». «No es la estación, éstas las recogí yo misma en la costa, pero tómelas». Ella anda rápidamente, el paso vivo, se adentra en el barrio Bellavista, colores mexicanos, pinturas en los muros, bares de mala muerte, carteles de café-teatro, puestos de libros, la sensación de estar en algunos lugares de Managua: cuerpos ondulantes, sonrisas, indolencia. Mira con curiosidad, por primera vez. El miedo la ha abandonado. El no está muerto, y su nombre inscrito en el cemento, polvo de piedra a su alrededor, tumba gris, será el lugar íntimo de la cita. Su paso se torna casi convulsivo cuando está ya cerca del cementerio.

Ella está de pie, frente a él.

Miguel, siento tus brazos que me rodean, tu risa que me hace bella, tu vida, tu vida que me protege. Y luego, nada, no te veo sino a ti. Pienso entonces, en esto y lo otro. Y constato serenamente que nunca más podré aferrarme a nadie que no seas tú.

Ella subirá por la escalera, pondrá las tres rosas color rojo sangre en un florero de cristal, y permanecerá de pie frente a él, largo tiempo. Un rayo de luz los atraviesa, viene de él y la toca. Tu has sido siempre tan bueno conmigo, murmura ella, dejando crecer la emoción, la turbación, el éxtasis. Y así como una planta marchita yergue su tallo, ella se levanta. Todo sentimiento de abandono se aleja.

Ya fuera, me detengo en un bar y pido un vaso de cerveza; y sobreponiéndome a la timidez, les pido a unos jóvenes instalados a mi lado que me cuenten ¿cómo es hoy vivir aquí, en Santiago?

En junio de 1987, encontré todavía en Chile gente que declaraba no saber nada de la represión. Si yo me hubiera quedado aquí, si yo hubiera vivido, como ellos, como ciudadana normal, a lo mejor estaría con el espinazo doblado, los ojos vendados, las orejas taponadas, dedicada frenéticamente a los folletines de la televisión y a los coches último modelo. Tal vez estaría pensando que la desgracia sólo les ocurre a los demás, y que lo que les pasa a los terroristas y a los comunistas es porque se la han buscado. Me habría quizás convencido que es posible mantenerse ajena a todas esas cosas, y estaría equivocada. El mal se infiltra sin que uno lo advierta. El compromiso y la complicidad terminan por formar parte del aire contaminado que todos respiramos.

8

Martes 16 de junio de 1987.

Primera página del diario *La Segunda*. «CNI y Frente Manuel Rodríguez: 12 muertos en enfrentamientos».

El domingo 14 de junio, en la población Santa Olga, un comando del MIR ocupa la calle en solidaridad con los presos políticos. Militantes enmascarados armados de pistolas. Foto a colores en la primera página de *El Mercurio*.

El fiscal militar declara que este hecho va a obligar a la CNI a lanzarse en operaciones de búsqueda de los terroristas. Así se desarrolla el lunes 15 al atardecer y el martes 16 al alba lo que la CNI bautiza «Operación Albania»: cinco enfrentamientos en dieciocho horas, doce muertos.

Extractos de la información de prensa: «En el curso de la encuesta sobre el ingreso clandestino de armas de guerra y sobre los atentados contra el general Pinochet e instituciones financieras, los servicios de seguridad han descubierto el escondite de uno de los jefes del grupo denominado FPMR. Este último se resistió a la detención con las armas en la mano...» (...) «Los agentes de la CNI se presentaron en el domicilio de los sospechosos. Allí fueron atacados por un grupo considerable de terroristas. El intercambio de disparos duró por lo menos quince minutos. Uno de los individuos cayó muerto sobre la vía pública, y el otro en el interior de una de las casas». «Son siete los que cayeron al alba en el barrio Recoleta». (...) Comunicados vagos que emplean palabras muy precisas para entregar una información plagada de detalles contradictorios. Se callan los nombres y no dicen nada de sus rostros. Dicen: escondite de armas, pesquisas, colaboración... «esto es lo que les ocurre a los terroristas».

Comienzan a aparecer en la prensa de oposición testimonios frag-

mentarios de aquellos que han visto u oído algo. «No hubo enfrentamiento. Ninguno. Los mataron a quemarropa o en el interior de un departamento» (...) «Los detuvieron, los interrogaron y luego, ya muertos, los llevaron al amanecer a una casa vacía. En ella no hay camas deshechas, ni restos de alimentos, solamente una botella de ron de mala calidad, casi vacía, ni un solo vaso». «Eran estudiantes, obreros, cesantes. Entre ellos, cuatro muchachas. Vivían en el barrio alto o en los barrios bajos de la capital. Tenían niños, padres...»

Ante sus fotos, publicadas en los diarios, me siento fulminada por sus miradas extrañamente angelicales.

Doce personas no es la misma cosa que doce cadáveres. El panadero, la secretaria, el obrero: ¿con quiénes se los puede identificar?

9

Alicia, mi amiga en la lucha y en la supervivencia. Viene a verme, después de la noticia. Me dice con voz apagada: «Hubiera querido vomitar el disgusto de saberme chilena. Me quedé en cama, las ventanas y la puerta cerradas... No podía imaginarme andando, yendo a comprar la leche...»

Ella ha conservado su feroz independencia. Franqueza, recuerdos, interrogantes. Esa tarde permanecemos un largo tiempo delante del fuego de la chimenea.

Prosigue: «En el país todo sigue como antes, las costumbres, la inmovible inercia de lo cotidiano. Uno se resigna a vivir con asesinatos a la vuelta de cada esquina, en casas que podrían ser las nuestras. Uno se consuela: «Yo no tengo por qué tener miedo, no tengo nada que temer, me porto bien, pago mis impuestos, me inscribo en los registros electorales...» Huimos del miedo que se propaga dentro de nosotros como una mancha. ¿Cómo hacer para vivir en un país donde la insolencia es otro modo de designar a la muerte?»

¿Qué responderle a ella, que vivía allí? «Doce vidas segadas de un golpe, como quien corta una rama...» Ella sigue su pensamiento, como si hablara consigo misma: «No creo en la idea de la muerte como ejemplo; me gustaría saber con mayor precisión quiénes eran ellos, cómo vivían, enterarme de sus gestos íntimos, de todas esas cosas minúsculas que hacen de una vida y no de una muerte, una cosa ejemplar, un signo de resistencia.»

Pienso en los funerales que vendrán ahora, en los ritos ceremoniales. Estoy, como ella, trastornada por estas muertes, y no puedo dejar de pensar en su inutilidad. Digo torpemente: «Ataúdes cubiertos por banderas rojas, capuchones negros, unas armas, esos gritos: ¿para qué? Todo esto no hace sino confirmar las aseveraciones de la CNI...»

«Eran militantes —dice ella— y estaban convencidos que sus vidas podían cambiar el curso de las cosas... No tienen más que eso,

la fe, la creencia en la inmortalidad. Cómo juzgarlos, cómo robarles el derecho a convertir su muerte en un gesto final...»

Ella dirá todo eso con tristeza. Permanecemos silenciosas, como transportadas hacia no se qué zona estelar, allí donde el centelleo de los ausentes nos arrastran.

«Deberías quedarte», me dice Alicia, y sus ojos negros parece como si se le agrandaran. «Tu sola presencia sirve. Incluso inútil, sin verdades ni política que defender, tu representas un testimonio». No respondo. Remueve el fuego, contempla las llamas: «¿No quieres quedarte?»

«Claro que me gustaría, pero eso de *quedarse* no significa nada porque es algo fácil», respondo finalmente. «Sólo los combatientes arriesgan aquí sus vidas. Yo, atrapada en la condición de símbolo, reducida a un puro perfil, a ser una imagen pública, no represento ningún peligro. Me siento extraña en este mundo, no se dónde situarme. Y enfrentada a estos muertos, tal vez porque todavía sigo siendo fiel a aquello que viví cuando era "clandestina", porque sigo apegada a ese recuerdo feliz, no puedo estar en otro lado que en el de ellos. Si me quedara aquí, estaría con ellos y seguramente me matarían, tontamente.»

10

En la universidad. Campus Oriente. Durante el trayecto, nombres que no me dicen nada; comienzo a vibrar desde que me estaciono en la callejuela de las palmeras. Yo subía la escalera de piedra siempre atrassada, me gustaba hacer clases, pero en los últimos meses estaba muy acaparada por la política y no pude trabajar lo suficiente con mis alumnos... Imágenes como en borrador, apenas dibujadas... Los estudiantes nos esperan a la entrada, nos escoltan, slogans, abrazos, sonrisas, así hasta llegar a la capilla.

Frío glacial. No recuerdo haber sentido antes ese frío, durante las ceremonias de regreso, cuando el edificio lo ocupaba el colegio del Sagrado Corazón, donde yo estudié desde los doce años. Tal vez las temperaturas no se sientan siempre de la misma manera. Con los años me he ido poniendo friolenta. Todas las mañanas a las ocho la jornada comienza con la misa. Arquitectura neo-gótica, arcos de mármol gris, en lo alto el órgano y el coro, los escaños de madera gruesa, color marrón oscuro, duros como los reclinatorios. El altar, a la luz dorada de los cirios de bronce, el pesado terciopelo de la capa bordada con hilos de oro de la Virgen, y nuestros rezos para implorar el perdón o el cumplimiento de un voto... Años más tarde yo volvía a ese lugar. Era en 1970, la universidad había comprado el inmueble y el colegio partía hacia el oriente, en dirección de la Cordillera, siguiendo la emigración de la burguesía. Apertura de la facultad de Ciencias Sociales, llamada

después Campus Oriente, donde trabajaría hasta la víspera del golpe de Estado.

Estoy sentada en la primera fila, en los mismos escaños, en medio de personalidades emblemáticas de la democracia: Gumucio, Tomic, María Maluenda, entre otros. Serenidad, paz en el ánimo de mi padre, feliz de sentirnos a todos los suyos a su lado. El lugar está repleto hasta casi reventar, para asombro de sus organizadores. Ambiente de fiesta, felicidad de hallarse todos juntos, de exorcizar con los cantos y los gritos la tensión producida por los asesinatos, una de cuyas víctimas era un estudiante.

Pronto nos compenetramos de la solemnidad de la situación. La muchacha que fue quemada viva delante de un camión de militares sonrientes, camina hacia nosotros, lentamente, vestida de blanco. Bruscamente se hace el silencio total, todo el mundo se pone de pie y abren paso para que ella se acerque. En su cara se advierten las huellas, manchas oscuras y blancas, la piel hinchada, las cicatrices y, a pesar de todo, el fulgor vivo y brillante de sus pupilas. Sostiene su cuerpo en una postura rígida, y sus manos enguantadas se posan sobre las mías. Carmen Gloria Quintana. Tenemos el mismo nombre. Ella, la única heroína. La abrazo, su energía derrota durante un instante mi vergüenza y esa confusión tenaz que nubla el contorno de las cosas. Nos mantenemos derechas, una al lado de la otra. La ceremonia comienza.

Los proyectores iluminan la escena: el grupo Sol y Lluvia, salsa y rock mezclados, despierta el entusiasmo de los jóvenes, que siguen la música bailando y coreando la letra de la canción que Pablo Milanes dedicó a Miguel: *Yo pisaré las calles nuevamente / de lo que fue Santiago ensangrentado*. La sala sigue llenándose. Me vuelvo hacia mi padre, a quien todos quieren abrazar, estrechar la mano.

El va vestido de negro, chaqueta de alpaca, camisa gris, la corbata negra de lana tejida que lleva desde la muerte de mi hermano. Actúa con delicadeza, parece que estuviera en otra parte, pero es sin embargo sensible a todos los movimientos de la sala. Se levanta y va a saludar al cantor, a las muchachas del coro, tiene un gesto, una pequeña atención para cada uno de ellos. Yo no sabría decir dónde están sus pensamientos. Javier vivía todavía cuando él fue elegido rector; en esa época fumaba tres paquetes de cigarrillos diarios, luego vino la pipa y enseguida el primer infarto. Un artista. Por su juventud y la de sus colaboradores se lo asimilaba a los estudiantes, formaban un todo. Ahora, en su emocionante soledad, hay dolor: la insoportable tiranía, la muerte que opera en él la separación de la familia.

Llaman al micrófono a Carmen Gloria Quintana y ella habla de los signos de muerte que han sacudido al país esa madrugada. Se atreve a nombrar a los doce asesinados, ella, que escapó de una muerte atroz, quemada con gasolina, convertida en una inválida para siempre. Una autoridad moral que incluso el enemigo no puede poner en duda. Mis cicatrices están ocultas, al abrigo de la curiosidad de los demás... Ella

tiene apenas veinte años, mientras que yo, a pesar de todo, tengo recuerdos felices que me permiten recobrar el aliento... Siento como si no tuviera derecho a estar tan cerca de esa manifestación de coraje, de esa fidelidad reivindicada. Ella lleva a la altura del corazón, en el reverso de su capa negra, la foto de su amigo Rodrigo Rojas, quemado vivo ante sus ojos. Me levanto para recibirla después de su discurso, rozo su piel rugosa, me sonrío con tristeza, con la imagen del perdón en su mirada.

Saco mi libreta, tomo notas, me siento una extraña... Hay que hacer algo con las manos para que no me sigan temblando. Esa mañana Lisa, Nathalie, Sylvie telefonan... París, mis amores, mis amigas, los días nublados de primavera, cuando ando sin temor alguno, anónima, en medio de la multitud en el metro... París, ese lugar que debería haber sido transitorio.

El joven que hace de animador en el mitin se detiene en medio de una frase: un estudiante, ropas desgastadas y el pelo alborotado y negro como el azabache, lo interrumpe. Sostiene en la mano un ramo de copihues, la flor emblemática de Chile. El joven me mira y dice: «El Centro de alumnos de Historia rinde un homenaje al profesor...» Y de pronto, desde el fondo y lo alto de la sala, desde los muros, desde todas partes surge un grito ¡Compañero Miguel Henríquez! ¡PRESENTE! El impacto lo siento en el plexo, en el estómago, en las sienes... El grito se prolonga, se amplifica, se eleva como un canto. Mi padre me mira con orgullo, pero también con pena. Levántate, Carmen. No, nada de lágrimas... la orden viene de la sala, de esos jóvenes que eran todavía niños cuando tú, tú caíste acribillado por las balas, amor mío... Ellos tienen tu imagen en su cabeza, sus brazos, sus piernas, en sus ideas y en sus gestos. Me pongo de pie, la espalda encorvada, los cabellos sobre el rostro para ocultar la emoción, los veo con los puños en alto, esas manos que me llaman, que proclaman que la fe existe, que la lucha continúa... aunque nadie pueda traerte otra vez con nosotros. Contraída, intimidada, mi brazo se niega a obedecerme; cuelga inerte, mientras miro lentamente a mi alrededor para ser testigo fiel de ese hecho obscuro: Yo sobrevivo, tu estás ausente... Si al menos yo fuera capaz de contarte cómo es hoy el país, sus cambios apenas perceptibles, esa mirada que ya no está y que sin embargo se reinventa en ese instante del grito... esos lugares que recorro, sonámbula, como si algo impalpable se instalara entre la tierra, la ciudad y yo.»

11

Miércoles, mediodía. María pasa a recogerme para almorzar juntas en un restaurante del barrio alto. Hace un tiempo espléndido y tengo ganas de respirar. Otra más de mis amigas de infancia. Nos habíamos alejado después del triunfo de Salvador Allende; la izquierda era para

ella una amenaza, y el MIR una verdadera pesadilla: a veces se despertaba trémula imaginando que Andrés saltaba su ventana y le pedía ayuda. Sin embargo, al sexto día del golpe de Estado fui a su casa. Ocultas en su dormitorio, ella me prestó vestidos suyos, me maquilló, y abrazándome largamente me deseó buena suerte. Yo no lo había olvidado.

María, su cabellera pelirroja. Antes la llevaba siempre desordenada, salvaje; hoy luce el pelo corto, bien peinado. Viste un traje sastre elegante con los colores exuberantes que exige su trabajo de presentadora vedette de la televisión. Pero sus ojos verdes brillan todavía con la misma avidez, a pesar de los trastornos sufridos en su vida: viuda, cuadro hijos, se ha visto obligada a trabajar; la desgracia la golpeó en el seno de la familia, una familia que parecía destinada a una felicidad sin fisuras.

María era para mí Las Pataguas, un fondo productivo magnífico, lleno de alegría, con su cancha de polo, sus caballos de raza, y esas comidas en que había que ser brillante, insólita, para llamar la atención de su padre. La lenta agonía de Las Pataguas... un mundo que ya no volverá. Como ese muchacho que quise. Rubio, rasgos regulares, ojos grises y piel tostada por el sol. Yo adoraba sus manos capaces de dibujar en el espacio, esas manos que yo apretaba cuando bailábamos en la oscuridad, los sábados en la noche. María me arrastra a ese recuerdo. Me cuenta que él es ahora un arquitecto famoso. Al día siguiente de aquel sábado 5 de octubre del 74, volvían a su casa él y su mujer, en ropa de gala: los esperaba la DINA. Lo tuvieron varios días en la casa secreta de José Domingo Cañas. Nunca contó lo que le había pasado. Y no vino a verme. A pesar de que lo estuve esperando. En París, a mi vuelta, soñé con él un largo tiempo. Hubiera querido vivir esa historia... Pero, después de todo, me digo que es mejor que no, una aflicción puede destruir todo, y yo amo mi propia vida...

María me habla de ella, de su soledad. En el café le tomé una foto en blanco y negro. Andaba con sus gafas Yves Saint-Laurent. Me imagino que ella ha estado varias veces en Francia, tal como lo hace nuestra burguesía, y sin embargo, ni una sola vez intentó verme. Tal vez es mejor que haya sido así: yo no habría podido comprender nada de su vida ni menos aceptar su incapacidad para sentir horror por la tortura.

Pero estoy feliz de verla. La siento tan amiga. Y es grato gozar de ese afecto y acordarse de las chombas celestes que me prestaba todo el tiempo, y evocar las carreras a caballo, nuestros paseos campestres, el viaje a Río que hicimos juntas, el autógrafo que le pidió a Jean Paul Sartre, el baile de sus quince años, su risa, la manera como trataba de hacerme reaccionar. «A partir de ahora, no más timidez, toma tu guitarra y sígueme...»

No obstante, antes de separarnos me interpelará:

—Dime la verdad, es muy importante para mí: ¿has matado algún carabinero, tú, personalmente, con un arma tuya?

—...

—Intervine muchas veces ante las autoridades para que te dejaran volver. Sobre todo después del llamado que hizo tu padre. La respuesta fue siempre que no se podía hacer nada, porque tu caso era grave: estás comprometida en el asesinato de dos carabineros.

Una terrorista, evidentemente. Así lo quiere la leyenda.

12

La locura, amor mío, una enfermedad esta falta de memoria, esta liviandad monstruosa que me posee.

¿Qué día era, de qué mes, cuando llegué a Francia por primera vez? Hace trece años y era el invierno; llovía, y además ese frío seco; las cinco de la tarde y ya de noche. Orly Sur. Yo no podía saber entonces que este aeropuerto terminaría por ser para mi tan querido como si fuera un recuerdo de infancia. Durante mucho tiempo fue lo único que tuve. Cristales, acero, plástico, dulzura.

Estar en el instante mismo del viaje. No antes. Tampoco después.

En todas las escalas, a cada llegada, me encontraba al bajar del avión con la sombra de Simón, el hermano de Miguel, desaparecido en abril de 1976 en Buenos Aires. Como la primera vez. Me recuerdo de sus cabellos pardos bien peinados, su traje oscuro, su sonrisa tan dulce, él que era tan feroz. Me acuerdo de sus manos, de sus ojos negros mirándome encandilados ante el torrente inagotable de palabras que se precipitaba sobre él. Yo hablaba, hablaba para hacerle comprender cómo se habían entremezclado y desencadenado los acontecimientos, cómo habíamos llegado a este extremo de soledad. Esta urgencia de decir, y a quién otro que a él, me mantenía en pie, sin sueño, sin esperanza, únicamente contar. Después, ya no sé más. Tal cantidad de cosas, de vida. Toda una historia que comenzaba ya, a reculones. He combatido la nostalgia, he terminado por desbordar la ausencia. Y no puedo acordarme de estos trece años, salvo de ese momento en que Simón me estaba esperando.

Hoy. Creo percibir su silueta, un instante, frente a la cinta transportadora, y sin embargo, nada es igual mientras avanzo por los corredores de cristal. Estoy en Francia, francesa. París se ha poblado, irremediamente.

(Traducción de Carlos Orellana)



PROYECTO PARA UNA OBRA MAESTRA



CABEZA

Vieja y/o nueva mentalidad

Alcance sobre algunas concepciones teóricas de Stalin

SERGIO VUSKOVIC ROJO

Leyendo los distintos llamamientos de Mijail Gorbachov en favor de la *perestroika* (reestructuración revolucionaria), de la *glasnost* (transparencia) y de la democratización —que son los contenidos del marco de lo que se ha llamado *nueva mentalidad* o nuevo modo de pensar— me he topado con la siguiente pregunta de Y. Kariakin: «¿Habré hecho yo (personalmente) todo lo posible para que la *perestroika* sea irreversible?»¹.

Creo que este planteamiento merece una respuesta de todos los que pensamos que el triunfo de la nueva mentalidad es necesario para el socialismo en el mundo, de acuerdo con su experiencia específica.

Sin embargo, antes de entrar en materia de la respuesta posible surge, inevitablemente, una reflexión previa: Si se habla de un nuevo modo de pensar quiere decir que hay una vieja mentalidad a superar. ¿Dónde encontrar el fundamento de este viejo modo de pensar, desde el punto de vista filosófico?

Pienso que esta base se halla en una pequeña, pero conocidísima obra de José Stalin, titulada *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, en la cual se intentaba hacer un resumen de la filosofía marxista.

Sergio Vuskovic es profesor de filosofía, autor de diversos trabajos de su especialidad y de un libro de testimonio de sus prisiones, *Dawson*. Vive en Bolonia, Italia, donde ejerce como profesor de su centenaria universidad.

¹ Y. Kariakin en *Novedades de Moscú*, n.º 23, Moscú, junio de 1988.

Una visión omnicomprensiva

Si seguimos paso a paso el opúsculo de Stalin tal vez logremos darnos cuenta de la gran montaña que estamos llamados a superar. Comienza así:

«El materialismo dialéctico es la concepción del mundo del partido marxista-leninista. Se llama materialismo dialéctico porque su modo de considerar los fenómenos de la naturaleza, su método para investigar y conocer los fenómenos de la naturaleza es dialéctico, mientras su interpretación, su concepción de estos fenómenos, su teoría es materialista.

El materialismo histórico *extiende* los principios del materialismo dialéctico al estudio de la vida social, los *aplica* a los fenómenos de la vida social, al estudio de la sociedad, al estudio de la historia de la sociedad»².

¿Y cuáles serían tales principios que se aplicarían a la sociedad? Básicamente cuatro: todo está relacionado, todo está en movimiento, cualquier todo posee contradicciones internas y la suma de cambios cuantitativos da lugar a cambios cualitativos.

Es de hacer notar su carácter abstracto.

¿Cuál es la primera constatación que hacemos y por muy raro que parezca?

Que tales «principios» no son los de Carlos Marx, sino que ofrecen un empobrecido resumen de la dialéctica de Hegel, el más grande filósofo idealista del siglo pasado, con el agravante que aquí no aparece otra «ley» que este último también enunció: la negación de la negación. Decimos que tales «principios» no son originarios de Carlos Marx por tres razones a lo menos:

- a) porque ya eran obvios para la ciencia y la filosofía de la época, por lo menos los tres primeros. Ya los había intuido Heráclito (siglo VI A. C.);
- b) porque los cuatro «principios», más la negación de la negación, se venían formando a lo largo de toda la línea de desarrollo progresivo de la filosofía moderna (Descartes, Spinoza, Kant, Fichte, Schelling, Hegel), como lo demuestra convincentemente E. Ilienkov³;
- c) porque Marx jamás inició una investigación partiendo de «principios», tanto que ni siquiera aceptó ser definido como «marxista», sino que se acercaba al hecho o proceso a estudiar desprovisto de puntos de vista preconcebidos y analizaba el fenómeno en sí mismo y, como cualquier científico, dentro de éste descubría sus regularidades y sus especificidades, sus causas y sus consecuencias, sus contradicciones internas, el juego de sus categorías inmanentes, como lo hizo en *El Capital*.

² José Stalin. *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*. Roma, Ed. Rinasita, 1954, pág. 9.

³ V. *Lógica dialéctica*. Moscú, Ed. Progreso, 1978.

En cambio, el uso abstracto de las categorías que hace Stalin provoca el surgimiento de algunos problemas de método.

1) *No se puede hablar en abstracto.* En el estadio de la investigación no se puede hablar en abstracto. Para que una intervención filosófica tenga incidencia dentro de un sistema de pensamiento hay que partir de una determinación espacial y de una determinación temporal. Escribir para la eternidad sólo sirve para «los ángeles y los gorriones», y lo mismo puede decirse de escribir para el infinito. Y precisamente aquí se empieza con una abstracción indeterminada: «El materialismo dialéctico...»

En el momento de la investigación siempre me han parecido muy valiosos dos recados de Lenin: «La verdad no es abstracta. La verdad es siempre histórica y concreta»⁴ y «El análisis concreto de la situación concreta es el alma viva, la esencia del marxismo»⁵. Son una invitación a huir del objeto indeterminado, del objeto o del proceso (en investigación) indeterminado, que, o tiene todas las cualidades o no tiene ninguna. Son un llamado a tomar el objeto o el proceso en investigación en toda su riqueza y variedad de determinaciones; se colocan en la misma senda de Spinoza, de que toda determinación es negación y de su profundización por Hegel: «La determinación es negación; éste es el principio absoluto de la filosofía spinoziana. Este punto de vista verdadero y simple funda la absoluta unidad de la sustancia. Pero Spinoza se queda detenido en la negación como determinación o cualidad; no se avanza hasta el conocimiento de aquella como negación absoluta, vale a decir, como *negación que se niega*»⁶. O sea, que le reprocha de reproponer la totalidad indistinta, abstracta de las categorías filosóficas. Crítica válida también en este caso, donde comparece el «materialismo» en abstracto, separado de un indeterminado «materialismo dialéctico» y ambos, a su vez, separados de una totalidad indistinta llamada «materialismo histórico».

En relación al objeto o proceso en investigación, toda negación de la negación es una reducción de la indistinción inicial. Más aún, toda determinación es en sí misma y en cuanto negación también una reducción —del objeto o proceso indeterminado, vacío, ahistórico— a *concretos determinados* en ellos mismos, por sus propias contradicciones internas y por sus contradicciones con otros objetos o procesos en investigación.

Y el hecho de que Stalin no parta de un concreto determinado, espacial y temporalmente, es la primera crítica que le hacemos. Porque ve al «materialismo dialéctico» como un hecho atemporal y aespacial, como una adquisición cultural concluida, terminada y que sólo es ne-

⁴ Lenin. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Buenos Aires, Ed. Problemas, 1946, pág. 86.

⁵ Lenin. *Obras completas*, vol. 31. Roma, Ed. Riuniti, 1967, pág. 137.

⁶ Hegel. *Ciencia de la lógica*, vol. II. Bari, Laterza, 1974, págs. 206-207.

cesario aplicarla. No lo ve como un proceso teórico y práctico, con sus propias contradicciones internas y con su desarrollo histórico.

Además, lo ve separado en «materialismo» (interpretación, teoría, concepción de los fenómenos naturales) y en «dialéctico» (modo de considerar los fenómenos naturales, método para investigar y conocer los fenómenos naturales); es decir, como dos todos diversos, indistintos, que se pegan desde afuera, sin alguna determinación espacial o temporal, concepto sobre el concepto, metaciencia, que rehuye conectar las afirmaciones teóricas con la práctica histórica y concreta que les dio origen, por lo cual termina inevitablemente en una escolástica; esto es, una «filosofía» pedante que, por su espíritu unidimensional, se pierde en clasificaciones de términos, en ordenaciones de palabras, sin contenido real.

Y de ahí que Stalin degrade su «materialismo histórico» a mera «extensión» o «aplicación» del «materialismo dialéctico» al estudio de la historia de la sociedad. O sea, unos «principios» cerrados y codificados que se aplican, desde afuera, al objeto o proceso en investigación. Posición que se funda en una evaluación peyorativa de la filosofía en general y de la filosofía marxista en particular, a las cuales se les negaba validez por ellas mismas, en el nivel teórico. Desprecio que se manifestaba en el intento de desnaturalizarlas y de transformarlas en un sistema de ciencia positiva, abstracta y metafísica que —mutatis mutandi— creaba la falsa creencia que conociendo las «leyes» de la dialéctica (en forma mecánica) bastaba para conocer cualquiera realidad concreta, relevándose de la necesidad de estudiarla con su metodología inherente y a la cual se aplicaba, desde afuera, las susodichas «leyes» abstractas.

Sin embargo, existe un uso científico de la abstracción.

2) *La abstracción en la exposición.* Tomar como punto de partida a la abstracción se puede hacer en el estadio de la exposición de los resultados de la investigación científica, previamente realizada, como lo hizo Lenin en su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, fundamentada en una inmensa base de datos que le permitieron exponer sus conclusiones sobre la nueva época que comenzaban a vivir Europa y Estados Unidos.

Como la esencia de las cosas y procesos no coinciden directamente con su forma de presentarse, el científico expone los resultados de su investigación recurriendo al uso de la abstracción; pero *abstracción también determinada* (así, la mercancía como célula del modo capitalista de producción hasta el siglo XIX con que inicia *El capital*), porque se asienta en el análisis de los datos que posee, uniendo, de este modo, en un solo movimiento, el análisis y la síntesis. El análisis no cambia al mundo, la síntesis que prelude la acción sí.

En este momento, la razón se basa en dos puntos de apoyo: investigación de hechos concretos y autolimitación cuantitativa de los juicios a emitir, sin los cuales es imposible cualquiera visión científica.

En cambio, aquí no hizo Stalin una investigación previa ni limitó sus juicios a un sector del conocimiento humano: en pocas páginas opinó sobre todo y puso un límite a todo lo conocido y a todo lo cognoscible.

Y cuando Stalin comenzaba su lección afirmando que «el materialismo dialéctico», en abstracto, es la concepción del mundo del partido marxista-leninista no sólo daba por descontado que lo que él llamaba «materialismo dialéctico» estaba terminado y no podía progresar más (o sea, que la dialéctica se detenía ante «el materialismo dialéctico»), sino que indicaba que tenía un poseedor, un destinatario, específico: el partido, con lo cual *no podía haber marxistas o leninistas fuera del partido*, sólo el partido era el poseedor del secreto de la naturaleza que «aplicaba» a la sociedad, con lo cual se concretaba una atmósfera de elegidos, de secta. Pero, el problema es que cualquiera verdad científica, filosófica o artística no va dirigida a un determinado grupo de personas sino tiene como destinatario y poseedor último a la humanidad completa.

Sin embargo, lo más grave de este «afirmación de principios» es que en el destinatario exclusivo terminaban por producirse los siguientes fenómenos:

1) Las obras publicadas de Marx, Engels, Lenin no se leían o estudiaban completas, sino que se recurría a una selección de algunas de sus páginas que eran comentadas en manuales, con lo cual se perdía la posibilidad de conocer su método de trabajo y el juego que hacían de las categorías concretas e históricas que usaban, que no las imponían, desde afuera, al objeto o proceso en estudio, sino que las descubrían en éste mismo.

2) Al final, lo que se leía completo, y a veces se aprendía de memoria, eran los «claros y precisos» resúmenes de Stalin.

3) El marxismo, el leninismo se reducía a los comentarios de los clásicos: los tres solamente, como si no hubiera habido otros marxistas; muy notoriamente el primer Karl Korsch, con *Marxismo y filosofía* (1922); Giorgi Lukács, con *Historia y conciencia de clase* (1922) y Antonio Gramsci, con *El materialismo Histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, escrito en los años 30 y publicado por primera vez en 1948. Lo mismo sucedía en América Latina con las obras de Luis Emilio Recabarren, José Carlos Mariátegui y José Antonio Mella.

4) Todo lo que no provenía del interior del «marxismo-leninismo» era rechazado y/o ignorado, muy especialmente en relación a la filosofía idealista. La renuncia a estudiar la respuesta idealista llevaba a la esclerosis y a la superficialidad, a la cristalización de las formulaciones, por cuanto era una tentativa de retrotraer al marxismo a la condición de monólogo, al desconocer al principal interlocutor filosófico, las teorías idealistas, y cuya evaluación, constantemente renovada, pende como una tarea permanente de nosotros, los marxistas, en tanto insertos en una teoría que se define como diálogo consigo misma y con el mundo.

Al contrario, de lo que se trata es de recuperar el rico contenido del concepto leninista de herencia cultural y que con mucho, se relaciona con el Renacer Hegeliano, en el ámbito de la cultura marxista. Movimiento del cual fue público iniciador el mismo Lenin, con su artículo «Sobre el significado del materialismo militante», publicado en 1922 en la revista *Bajo la bandera del marxismo* y al cual había dado su fundamento teórico con sus *Cuadernos Filosóficos*, obra escrita entre 1914 y 1916. El problema es que como ésta iba contra el desprecio dominante a Hegel y a otros filósofos premarxistas, simplemente desapareció de la publicación de sus *Obras Completas* sucesivas a su muerte.

Hay consecuencia en el modo de pensar de Stalin. Cuando considera la dialéctica y el materialismo sólo en relación a «los fenómenos de la naturaleza» es consecuente con este punto de vista, porque le necesita para justificar una afirmación posterior: «los levantamientos hechos por las clases oprimidas representan un fenómeno absolutamente *natural* e inevitable» (p. 29).

Esto significa que desde el ya lejano Karl Kautsky, pasando por Plejanov, Stalin y Mao corre toda una proyección del marxismo para el cual las leyes de las ciencias naturales, entendidas mecánicamente, ofrecen el modelo del movimiento que debe explicar la sucesión histórica de las formaciones sociales como una férrea necesidad y con un grado tal de inevitabilidad que linda con el peor fatalismo teológico, porque no toma en cuenta para nada el papel de la conciencia y el rol del propio partido. No hay ni rastros de la política como ciencia de las correlaciones de fuerzas sociales y como arte de lo posible. Y consecuentemente continúa: «Esto quiere decir que el paso del capitalismo al socialismo y la liberación de la clase obrera del yugo capitalista no se pueden realizar por medio de cambios lentos, por medio de reformas, sino *sólo* mediante un cambio cualitativo del régimen capitalista mediante la revolución» (p. 19). Con lo cual desaparece la dialéctica de reformas y revolución, de métodos pacíficos y no pacíficos y la lucha por la democracia no aparece por ningún lado.

¿Y qué sucede con su materialismo? Oigámoslo: «Es fácil entender la inmensa importancia de *la extensión* de los principios del materialismo filosófico al estudio de la vida social» (p. 25) ¿Y cuáles son estos principios? El mundo por su estructura es material; la materia es una realidad objetiva, es el dato primario y la conciencia el dato secundario y, por último, el mundo es cognoscible. ¿Y qué sucede? *Que tampoco éstos son los «principios del materialismo de Carlos Marx»*; al contrario, siendo muy joven, en 1845, a los veintisiete años ya los había criticado en sus «Tesis sobre Feuerbach» porque no tomaban en cuenta «la parte activa» que juega el sujeto en el proceso del conocimiento, olvidaban la unidad inescindible de sujeto y objeto y no tomaban en consideración el papel de la praxis individual y social en tanto proceso educativo, formativo. Estos «principios del materialismo filosófico», señalados por Stalin, representan las ideas dominan-

tes del materialismo mecanicista del siglo XVIII; en buenas cuentas, el materialismo burgués, que se quedó anclado detrás de las ideas de Spinoza.

En resumen, ni la dialéctica ni el materialismo que Stalin adjudica a Marx son propios de éste; en ambos casos se le atribuyen ideas que no son las suyas y que él había ya superado.

Una de las radicales novedades del marxismo es su irreductible organicidad y originalidad, ya señaladas por Lenin y Gramsci. El descubrimiento que fue nuevo continente de la filosofía se fundamenta en la indestructible unidad de sujeto y objeto, de teoría y práctica, en el proceso del conocimiento. La misma categoría de praxis, que Marx construyó, no es un simple sinónimo de práctica (como el contrario de teoría) sino que es de entender como práctica humana; vale decir, como el concepto que engloba en sí mismo teoría y práctica en una unidad inseparable, concebida como pensamientos y acciones fundidos en el afán de transformar al mundo y al hombre y, concretamente, de subvertir el mundo burgués en primer término.

Pero, el marxismo, a pesar de su profunda originalidad, no nació de la nada. Ya Lenin indicó cómo recogió lo mejor de la humanidad del siglo pasado —sin ser una mezcla de concepciones dispersas, aunque fueran lo más avanzado del siglo pasado— sino que también representa una reflexión crítica sobre ellas y además un aporte original que comienza cuando el joven Marx, a los veinticinco años, inicia su *Introducción a la filosofía del derecho de Hegel* con las palabras: «Para Alemania», acogiendo la determinación espacial que se conjuga con la determinación temporal (1842-1843) de su redacción y publicación; esto es, cuando está deviniendo materialista; vale decir, cuando ha adquirido un criterio historicista que le permite partir de una situación concreta y no de una idea abstracta.

En cambio, en la exposición de Stalin, se produce una subversión del proceso histórico: primero existe el materialismo dialéctico y después *se aplica* a la historia. Este planteamiento no tiene nada que ver con la verdadera génesis de las ideas de Carlos Marx, quien primero fue dialéctico, por la influencia de su propio maestro en filosofía, Hegel, y después se hizo materialista, en la medida que se iba constituyendo su nuevo modo de pensar que va surgiendo, siempre, como resultado de su reflexión sobre la situación concreta, sobre «este Estado, esta sociedad», bien determinados históricamente («sólo conocemos una ciencia, la ciencia de la historia») y no sobre «los fenómenos naturales», que comparecen en sus obras sólo en consideraciones analógicas; es decir, por analogía, en tanto comparación.

Lo que viene a significar que el contenido de su mentalidad nueva es la dialéctica histórica, entendida materialísticamente. Poner el acento en el sustantivo «materialismo» («materialismo dialéctico» y «materialismo histórico»), degradando la dialéctica y la historia a adjetivos, no representa la génesis real de las ideas de Carlos Marx.

La novedad del materialismo histórico

«Así, el materialismo histórico *resuelve la cuestión* de las relaciones entre el ser social y la conciencia social, entre las condiciones de desarrollo de la vida material y el desarrollo de la vida espiritual de la sociedad» (p. 32). Aparte el paralelismo sociológico simplificado, en este caso, Stalin enuncia por primera vez algunos conceptos marxianos: modo de producción de bienes naturales, relaciones de producción entre los hombres, fuerzas productivas, etc.; pero, las presenta en abstracto, sin referencia a un tiempo y a una sociedad concretos y cuando se aventura a hacer una rápida excursión histórica señala cinco tipos fundamentales de modos de producción: comunidad primitiva, esclavitud, feudalismo, capitalismo y socialismo, borrando el modo asiático de producción, ya indicado también por Marx. En una resolución tomada en 1931, en Leningrado, el modo asiático de producción desapareció de la historia, creando así una de las primeras lagunas históricas o páginas en blanco.

Las categorías del materialismo histórico aparecen aquí como fruto de una iluminación y no como fue en realidad, producto de un largo trabajo de análisis y síntesis, de tentativas, de fracasos y de éxitos y comparecen solamente en tanto «resuelven la cuestión» de una vez y para siempre; o sea, en un modo ni dialéctico, ni histórico, ni materialista. Esta «materialismo histórico» no es problematizante, da por resueltos problemas que no lo están y sólo tiene por objetivo crear certezas, huir de la duda. Aquí se encuentra la base ideológica de la magia de los slogans stalinianos, que crearon una era de certidumbres perentorias, del entusiasmo y la confianza ilimitados, pero que tenían como contrapartida el ver en cada iniciativa la expresión majestuosa de una férrea necesidad histórica, concreción de directivas del pensamiento de un hombre solo.

Su fascinación pedagógica. Esta obra es el paradigma de los manuales: presenta una página de Marx, algunas citas de Marx, Engels y Lenin, comenta y resume lo que él piensa es la «esencia» del «marxismo-leninismo», como si el marxismo leninismo tuviera una fantomática existencia fuera de las obras y la acción de sus autores. Es el manual perfecto, absoluto, porque reemplaza la lectura, difícil sí, pero imprescindible, de las obras de Marx, Engels, Lenin, etc., por la práctica de la adhesión a los principios que enuncia el guía o el jefe, quien, como ha leído tales libros, decide adaptarlos al nivel de los trabajadores, que supuestamente no estarían preparados para entenderlos. Se revela así un menosprecio por «la gente», a la que se considera «menor de edad» y por lo tanto, debe ser protegida de «las ideas extrañas». Y de ahí se pasa a la mala costumbre de considerar lo nuevo como esencialmente peligroso, olvidándose que Lenin fue el maestro de lo nuevo.

Como es sabido, las malas costumbres son contagiosas y duras de

morir y de ahí que en muchas partes, todavía ahora, aunque ya no se lea esta obra de Stalin, se siguen estudiando el «materialismo dialéctico» y el «materialismo histórico» según esta concepción ideológica.

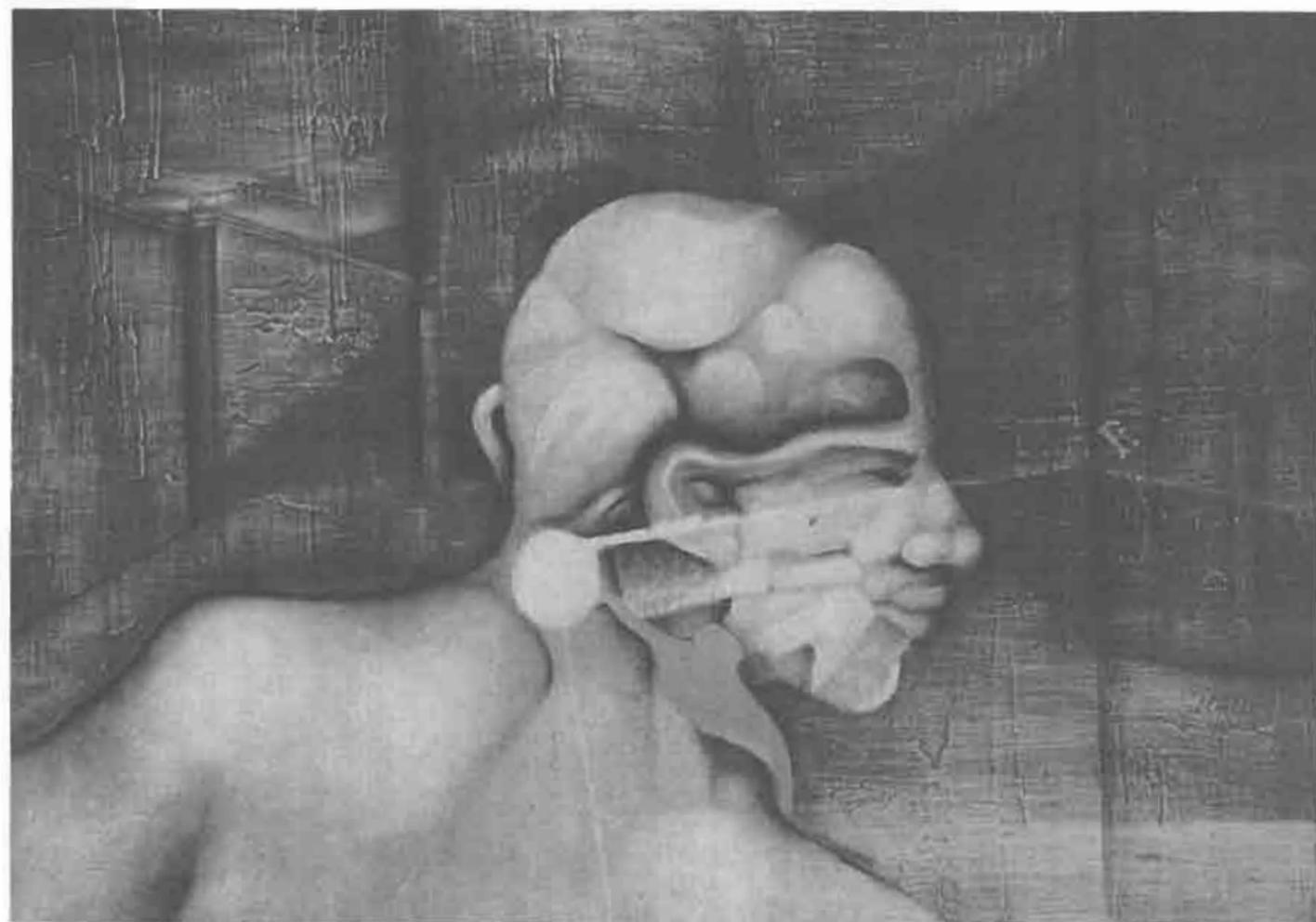
Es hora de volver a los *textos* completos de Marx, Engels, Lenin y otros marxistas y dejar que el comentario lo haga el lector después de haber leído la obra, aunque sea una sola de cada uno.

Stalin y los marxistas chilenos

Stalin tuvo una extraña «aparición» en el «Encuentro de los Académicos chilenos en Europa», realizado en Toledo, el 14-15-16 de julio de 1988. Algunos pocos participantes, ex-marxistas o leninistas arrepentidos de las audacias de su juventud, afirmaron que el marxismo chileno ha muerto, porque no les daba respuesta a *todas* sus actuales inquietudes culturales. Se les dijo que ese marxismo *omnicomprensivo*, que en pocas páginas «resolvía la cuestión» de todo lo conocido y de todo lo cognoscible estaba muy bien que hubiese muerto, porque se conformaba con la lectura de manuales y no de las obras de sus fundadores y que encontraba su fuente originaria en esta pequeña obra de Stalin.

Que si había muerto, en ellos, ahora, ese «marxismo chileno» era bueno que resucitara, en ellos, el marxismo de Marx y Engels, el leninismo de Lenin, etc., porque no se trata de renegar de nuestra mejor época, de nuestra juventud, ni de tornar atrás del socialismo, sino al revés, de profundizar nuestra teoría, de no renunciar a la utopía emancipadora, sino de renovarla con un criterio de apertura; vale decir, sin dogmas y sin ponerse cada uno como centro del mundo y pasarse la vida mirándose el ombligo. Que al contrario, Chile y el mundo tienen necesidad del marxismo, que las ideas de Lenin nos ayudan a superar esta difícil fase por la que estamos pasando.

Que el marxismo, el psicoanálisis, la teoría de la relatividad, el cristianismo renovado de Juan XXIII y la teología de la liberación son conceptos nuevos, aptos para experimentar la estructura del mundo y del hombre de hoy, aunque ni solos ni en conjunto son todo lo conocido y todo lo cognoscible y por eso mismo se modifican: se desprenden, como algo muerto, de sus ramas secas, de sus compartimentos esclerotizados. Pero, *de estas piedras miliarenses no se vuelve atrás*, porque son conocimientos profundos del mundo y del ser humano de hoy, y, nosotros, los intelectuales chilenos, podemos apoyarlos o atacarlos, lo único que no podemos hacer es ignorarlos.



Por una Doctrina Militar Democrática

Sugerencias para su elaboración

PATRICIO PALMA

Para una mejor comprensión del presente texto, es necesario precisar que se trata del extracto de un trabajo preparado hacia fines de 1986, lo que explica la referencia a situaciones políticas que son en la actualidad diferentes. Nos ha parecido importante publicarlo, sin embargo, porque su contenido central —las ideas sobre una Doctrina Militar Democrática— nos parecen perfectamente válidas en el Chile de hoy y, sobre todo, en el Chile del futuro, cuyas claves para la construcción de una verdadera democracia descansan, en una buena medida, en la solución adecuada del problema militar.

¿Por qué explicitar una Doctrina Militar Democrática?

La conducta concreta que adopten los integrantes de las Fuerzas Armadas de Chile (FFAA) es una de las claves de la política nacional. Todos los partidos de la oposición se esfuerzan por influir sobre círculos militares, conscientes de que los éxitos que se alcancen en este terreno repercuten directamente sobre la correlación de fuerzas global entre democracia y dictadura. A la vez, los bloques opositores tienen claro que los resultados que obtengan de su política hacia las FFAA

Patricio Palma es economista e historiador. Durante sus años de exilio trabajó como investigador en la Universidad Carlos Marx, Leipzig, RDA.

se proyectan en medida muy significativa sobre la dura pugna por la hegemonía al interior del movimiento antidictatorial.

El grueso de los militares chilenos aparece hasta ahora respaldando directa o indirectamente al régimen terrorista. Una de las causas que explican esta conducta de los uniformados es de orden ideológico. A nivel de la doctrina de las instituciones armadas llegaron a predominar las orientaciones profundamente antidemocráticas que sustentan la llamada «Doctrina de Seguridad Nacional». Estas orientaciones, principalmente concebidas y elaboradas por políticos y militares norteamericanos, transmitidas a las FFAA por instructores norteamericanos y enfiladas en último término a cautelar intereses también norteamericanos, encontraron eco en influyentes círculos civiles y castrenses chilenos. En un proceso que duró años, se crearon las bases materiales e ideológicas para transformar aquellas orientaciones de doctrina institucional. La «guerra interna», acción prevista por la «Doctrina de la Seguridad Nacional» en momentos de aguda conmoción social, ha llevado a su extremo el proceso de transformación de las FFAA en verdaderas fuerzas de ocupación, al servicio de los intereses del imperialismo norteamericano y de la oligarquía financiera local.

Los resultados de la «guerra interna» son conocidos. La crisis actual de la sociedad chilena refleja la bancarrota de la concepción político-militar que llevó a conformar estas FFAA. Estratégicamente hablando, los militares que comanta Pinochet no pueden ganar la guerra que sostienen contra el pueblo. Así ha debido reconocerlo el general Galvin, ahora promovido a la OTAN. Sin embargo, el militar que no puede ganar la guerra tampoco termina de perderla. La cohesión de las FFAA en torno a su doctrina institucional es uno de los factores que explica su supervivencia.

De lo anterior resulta la enorme importancia que reviste para las fuerzas democráticas la explicitación de los contenidos principales de su doctrina militar. En la perspectiva de construir una nueva democracia en Chile, esa doctrina permitirá orientar la indispensable refundación de las FFAA. Y, en la hora actual, representa el núcleo ideológico de la política hacia y en las FFAA que impulsan las fuerzas democráticas. Una política tendiente a ganar al menos a parte de sus integrantes para las posiciones democráticas.

La doctrina militar es componente esencial de la doctrina sobre el Estado. De aquí que no cabe esperar en esta materia coincidencias estratégicas entre los bloques burgués y popular que se oponen a la dictadura. Para el MDP, expresión política de las fuerzas de clase más avanzadas de la sociedad chilena, la transformación de las FFAA debe afectar tanto a su doctrina actual, que debe ser erradicada, como a sus bases materiales, que la pueden reproducir bajo diferentes formas. En otras palabras, *la única garantía contra la intervención militar al servicio de los monopolios está en el cambio del carácter de clase*

de las instituciones armadas. Un cambio de carácter en correspondencia con el carácter del proyecto de democracia avanzada que ha levantado el MDP. Para los partidos y movimientos que integran la oposición burguesa —que en su conjunto aspiran hoy a una salida negociada con el propio régimen— el problema de la doctrina militar se plantea de manera diferente. Al igual que en los países en que se logró poner término a dictaduras militares conformando en su reemplazo regímenes democrático-burgueses, esta oposición se plantea en lo esencial reestablecer la primacía de los medios políticos sobre los militares en relación a la preservación del orden capitalista, lo que pasa por la reposición de los derechos económicos, sociales y políticos conculcados por los regímenes militares de «Seguridad Nacional». A la vez, tiene clara la necesidad de sancionar los «excesos» en que incurrieron los militares durante la conducción de la «guerra interna», así como de revisar aspectos de las doctrinas militares existentes que contradicen claramente estos objetivos. No es poco. Aunque tampoco es más que eso. Por lo que el poder militar mantiene allí su condición de última ratio, de reserva del sistema frente a eventuales desbordes del movimiento de masas.

Una concepción democrática de la Defensa Nacional

La razón de ser de la Defensa Nacional es garantizar a los chilenos el ejercicio pleno de la soberanía. La soberanía ha sido usurpada. Hoy es preciso conquistarla. Mañana será menester defenderla. La experiencia señala la absoluta necesidad de concebir la Defensa Nacional como un asunto que compromete a todas las fuerzas patrióticas y democráticas. Sólo de este modo se podrá concentrar todo el potencial moral y material del país en las grandes tareas de su reconstrucción. Será preciso vencer obstáculos de enorme envergadura. Y se enfrentará la acción de fuerzas internas y externas interesadas en reconquistar las posiciones de poder perdidas a manos del pueblo.

De aquí que entendamos la Defensa Nacional como un sistema integral —económico, político, ideológico y militar— capaz de dar respuesta eficaz a la acción de eventuales fuerzas adversas al progreso del país por la vía que los chilenos se hayan dado en ejercicio de su soberanía.

En este concepto, las FFAA son el eje de la Defensa Nacional en el plano militar. Las consideramos instituciones profesionales, de alta eficiencia técnica, dotadas de los medios de combate y aseguramientos necesarios al cumplimiento de sus objetivos y misiones; integradas por personal idóneo y capacitado; cohesionadas sólidamente por una doctrina que las vincula a la reconstrucción democrática y a la plena independencia nacional; disciplinadas y unidas en torno a un mando calificado y leal a los principios e instituciones democráticos; profun-

damente comprometidas y activamente integradas a las grandes tareas de desarrollo del país; estrechamente unidas a Chile y a su pueblo; herederas legítimas de las mejores tradiciones políticas y militares de nuestra historia.

La concepción democrática de la Defensa Nacional rescata el sentido nacional de las FFAA. La misión de las FFAA en el plano exterior es contribuir a hacer posible, enfrentando eventuales presiones o agresiones foráneas, que el país puede adoptar el régimen económico y político que le parezca más conveniente e insertarse en la forma que resuelva en el marco internacional. Este planteamiento rescata las tradiciones independentistas de las FFAA y proyecta a las nuevas condiciones el principio formulado certeramente por el general Carlos Prats: «La misión permanente de las FFAA es resguardar la soberanía en el plano geoeconómico».

La misión de las FFAA debe estar en correspondencia con la política exterior del Estado. Las fuerzas democráticas chilenas aspiran a una política exterior de paz, en favor de la distensión, el desarme y la cooperación internacional. Se guían por los principios del derecho a la autodeterminación de los pueblos y la no intervención. Condenan el neocolonialismo, el fascismo, el sionismo y el racismo. La reconstrucción nacional exigirá la reincorporación a Chile al Movimiento de los No Alineados y una activa participación en las iniciativas internacionales que benefician a los países dependientes. En particular, Chile deberá recuperar su lugar entre los países democráticos del subcontinente. Deberá contribuir al fortalecimiento de los mecanismos y organismos de cooperación entre los países de una América Latina libre de dependencia respecto a los Estados Unidos. Las relaciones con este país deben encararse de manera constructiva, pero sin menoscabo de la dignidad nacional.

En el plano militar, la independencia nacional pasa por el desahucio de los convenios y tratados bi o multilaterales que posibilitaron en el pasado la intromisión de los Estados Unidos en las FFAA de Chile. De aquí la necesidad de autonomía para las decisiones sobre selección de armamentos y conformación de su sistema defensivo.

La concepción democrática de la Defensa Nacional incorpora activamente a las FFAA a la reconstrucción nacional. Las fuerzas democráticas no están por un mero «regreso a los cuarteles». Es preciso superar la segregación militar respecto de la vida civil, utilizada en el pasado para inculcar a los hombres de armas una visión deformada de la realidad.

En tiempos de paz, las FFAA disponen de un potencial económico, científico y tecnológico de primer orden. Sin perjuicio de la seguridad nacional, ese potencial deber ser aplicado al desarrollo del país. El esfuerzo conjunto de civiles y militares fortalecerá al país, mejorando además las bases de su Defensa. Energía, transporte, comunicaciones, infraestructura, utilización de recursos naturales, industria

estratégica y administración del Estado son campos propicios a la estrecha cooperación entre civiles y uniformados.

La creación de un sistema integral de Defensa Nacional no se agota en las definiciones conceptuales. La unidad del pueblo con sus FFAA se alcanzará sobre todo en la práctica del trabajo creador y la discusión franca entre civiles y militares, al calor de las tareas de la reconstrucción nacional.

La existencia de un régimen democrático avanzado es la razón de ser de una concepción democrática de la Defensa Nacional. Las FFAA tienen una función política. El mito de su prescindencia se derrumbó en 1973. Propiciamos la activa participación política de los militares y de sus instituciones en la generación, perfeccionamiento y defensa del régimen democrático que sucederá a la dictadura.

Un nuevo Poder, generado democráticamente, expresará los intereses, las aspiraciones y la voluntad de los chilenos. Concebimos a las nuevas FFAA comprometidas lealmente con ese Poder. En nuestra visión, las instituciones militares no tienen un compromiso abstracto con un pretendido «ser nacional» ahistórico. El «ser nacional» no es otro que el país real, en donde se conjugan pasado y presente. Y el pueblo de Chile es su portador. Compromiso con la Patria es, entonces, compromiso con la voluntad democrática de los chilenos. *La misión principal de las FFAA en el plano interior es contribuir a hacer posible la realización de la voluntad popular respaldando al Poder democrático.*

Por la índole de sus delicadas funciones, las FFAA son esencialmente obedientes y no deliberantes. No son «apolíticas», en la medida en que respaldan al Poder del Estado. El Alto Mando está subordinado al Poder Constitucional, a la vez que es componente esencial de él. Desde este punto de vista, rechazamos la existencia de un «poder militar» autónomo, colocado por encima de la sociedad, como pretende la «Doctrina de la Seguridad Nacional». La democracia avanzada no necesita de fuerzas «garantes» ajenas a su propia institucionalidad. Menos aún cuando los «garantes» portan los intereses de una potencia extranjera.

Los miembros de las FFAA deben tener derechos ciudadanos, lo cual ha de ser objeto de la reglamentación correspondiente.

Las medidas indispensables para iniciar la transformación de las Fuerzas Armadas

La transformación de las FFAA y la conformación del sistema democrático de Defensa Nacional pasan por la adopción de un conjunto de decisiones urgentes. De la celeridad y la cabalidad de su puesta en práctica depende en medida decisiva el futuro del país. Entre esas medidas hay que destacar las siguientes:

1. La derogación de todos los principios constitucionales, legales, reglamentarios y de otro orden que confieran a las FFAA o a sus mandos potestades anteriores o superiores a las del Poder político democrático. Nuevas disposiciones deberán sancionar las facultades de los Jefes Militares en tiempo de paz y de guerra, en particular en relación con los estados de excepción, cautelando el acatamiento que deben las instituciones armadas al Poder democrático. Todo ello sin perjuicio de la competencia militar en su esfera específica de acción.
2. La derogación de las leyes o decretos-leyes dictadas por el régimen militar que conceden amnistía al personal militar o agregado a la Defensa Nacional por hechos delictivos cometidos en servicio activo o fuera de él.
3. La reconfiguración del Mando Institucional en todos sus escalones, garantizando la destinación de personal idóneo, calificado técnicamente y comprometido lealmente con la causa democrática.
4. La investigación exhaustiva de la gestión militar en el Poder político desde 1973, que desemboque en el sometimiento a proceso público a quienes aparezcan como responsables de asesinatos, desaparecimientos, torturas y tratos degradantes, raptos y detenciones arbitrarias y otras acciones criminales. Igualmente se deben abrir los procesos correspondientes a los responsables de negociados en beneficio propio o de terceros, en todo cuanto ha comprometido a la economía nacional.
5. La separación de las filas de las FFAA de quienes se encuentren sometidos a proceso, en tanto no se determine su inocencia o grado de culpabilidad.
6. La reincorporación con honores a las FFAA del personal que haya sido eliminado en razón de su conducta democrática, si así lo desea.
7. La disolución inmediata de la CNI y el sometimiento a proceso de quienes la integran y la hayan integrado, situación que se extenderá a quienes sirvieron en la DINA.
8. La reorganización de los servicios de inteligencia de las FFAA.
9. La reformulación de los planes operacionales previstos por el Estado Mayor en relación a cumplimiento de misiones en el plano interior.
10. La revisión de Tratados y Convenios militares con Gobiernos o entidades de terceros países, concluyendo en el desahucio de aquellas disposiciones que atenten contra el interés nacional.
11. La revisión y reformulación en lo que corresponda de los planes de estudio y perfeccionamiento del personal militar.
12. La modificación de los criterios y normas de ingreso a las FFAA y a sus dependencias, poniendo fin a la actual discriminación social, política e ideológica.

13. La revisión cuidadosa del Presupuesto de Defensa, en dirección de conciliar los requisitos de la seguridad nacional con las orientaciones políticas del Poder democrático.

Lo ocurrido a partir de septiembre de 1973 no puede repetirse. El espíritu que anima a las medidas recién expuestas, así como a otras que seguramente deberán adoptarse posteriormente, es el de evitar la repetición de la tragedia que vive el país desde 1973. Algunas de estas medidas pueden parecer duras, pero son necesarias. La consigna «*nunca más*», que se ha escuchado en varios países hermanos, responde al sentir profundo de las fuerzas verdaderamente democráticas, que no tomarán venganza, pero deberán hacer justicia.

HERNAN SOTO

Política de las armas y fantasías estratégicas en Chile y Latinoamérica

1

Tres conjuntos de trabajos dan forma al libro *La política de las armas en América Latina*, de Augusto Varas (FLACSO, Santiago, 1988, 537 págs). Se refieren a las relaciones cívico militares desde el punto de vista del desarrollo histórico de las instituciones armadas; a las relaciones estratégicas, internas y externas, de los países latinoamericanos y a cuestiones relativas a la paz y el desarme. Su perspectiva continental confiere singularidad a la obra.

Desde la súbita acometida de los mi-

litares chilenos con el golpe de 1973, la temática castrense se hizo obviamente decisiva en nuestro país. A pesar de las condiciones impuestas por la dictadura, los cientistas sociales avanzaron significativamente en el conocimiento de un fenómeno hasta entonces en penumbra, sin olvidar, por cierto, los aportes anticipatorios de Joxe y otros investigadores a fines de los años 60. Redujeron así vacíos, aunque como ellos lo reconocen, se encuentren todavía al comienzo del camino.

Hernán Soto es analista político y escritor. Vive en Chile.

Entre estos estudiosos, destaca Augusto Varas. Esta obra suya confirma sus cualidades.

A partir de la constatación de la militarización de las sociedades latinoamericanas, Varas busca explicaciones. Las encuentra en niveles intermedios, sin que detenga por eso su exploración hacia las causas profundas que tienen que ver con los cambios estructurales que sufre el continente.

La corporativización de las fuerzas armadas es para el autor resultado del débil control civil sobre las mismas. «Tradicionalmente, escribe, la civilidad ha estado preocupada de evitar la irrupción de las FFAA en política, impidiendo los golpes de Estado. Sin embargo, no ha estado interesada y dedicada, en los momentos de gobierno civil, de hacer de la democracia un elemento de uso y vida cotidiana al interior de las instituciones armadas» (pág. 54).

En seis orientaciones, resume Varas las bases para la formulación de una política de paz, tanto interna como exterior:

1. Una acción sobre las doctrinas y/o aproximaciones existentes al interior de cada estado latinoamericano para resolver los conflictos que se derivan de la mantención del poder soberano del Estado dentro de sus límites territoriales.
2. Una acción sobre las potencias extrarregionales tendiente a apoyar los procesos de descolonización y de «contención de la proyección imperial de la superpotencia de la región».
3. Una acción respecto a las FFAA para someterlas al control civil.
4. Una desmilitarización de la política y el Estado tendiente «a redimensionar la función castrense como parte de un todo más amplio destinado a la defensa nacional».
5. Una integración cívico militar.
6. Un sistema de alianzas político económicas capaz de integrar a los sectores empresariales y asalariados, en conjunto con las FFAA, al interior de un marco de políticas capaces de enfrentar el período recesivo a través de la ac-

ción conjunta de «estos tres vértices del triángulo político» (págs. 63-64).

No parte en sus conceptualizaciones de una visión irreal. Con perspicacia, Augusto Varas trata extensamente la relación entre acumulación financiera y gobiernos militares en América Latina. Muestra cómo el bloque social representativo del capital financiero manipula a las FFAA y las hace actuar según sus intereses, sin que éstas lo perciban con claridad. La ideología del ultracapitalismo predomina sin contrapesos sobre la difusa ideología militar, se apodera de las concepciones de la Seguridad Nacional, aprovecha su retórica y, sobre todo, utiliza la coerción, indispensable para sostener modelos económicos que permitan reinsertar las economías nacionales en una economía mundial vertiginosa, dominada por los grandes consorcios que tienen un campo de maniobras planetario más allá de fronteras y soberanías. «Las FFAA reúnen en una sola institución la posibilidad de dar viabilidad a tales modelos de acumulación, de ponerlos en operación coercitivamente y de generar ideologías nacionalistas que sean portadoras y ocultadoras de los intereses internacionalizados» (pág. 96), escribe.

Continúa: «El dominio ideológico del capital financiero sobre las FFAA fue una de las consecuencias de la lucha ideológica que se libró en las instituciones armadas a medida que los movimientos nacional populares y las tendencias maximalistas de derecha desarrollaban su propia lucha política. La derrota política de masas de los movimientos nacional populares se expresó ideológicamente en la dominación del capital financiero sobre las FFAA» sostiene más adelante: «La catalización que produjo el capital financiero sobre la ideología castrense se expresó en el surgimiento con carácter de doctrina de la Seguridad Nacional. Algunos de sus elementos ya habían nacido en los años sesenta merced a la socialización e ideologización llevada a cabo por las FFAA estadounidenses. La evolución castrense latinoamericana de esta doctrina se acopló fácilmente con los intereses de los nuevos bloques en el poder y, desde este

punto de vista, se dio una convergencia entre ambos. Sin embargo, cuando el capital financiero se ubica como fuerza económicamente dominante, esta doctrina comienza a desempeñar un papel subordinado a sus necesidades políticas» (pág. 98).

No es éste, por cierto, el único interés de esta extensa obra. Temas tan variados como la deuda regional y el gasto militar, la experiencia del gobierno de Alfonsín, los fenómenos de transición, el armamentismo nuclear, el «nuevo profesionalismo» militar, la industria bélica, las políticas de paz, el papel de la opinión pública, por mencionar sólo algunos, son tratados por el autor con rigor y solvencia. En muchos desarrollos, esa amplitud temática supone en tratamiento exploratorio que incita a la investigación y también a la polémica, lo cual no es uno de sus méritos menores.

A propósito de las relaciones entre civiles y militares —que es la gran preocupación que palpita tras sus páginas— anota Varas que la creciente autonomización de algunas fuerzas armadas latinoamericanas, entre las que se incluye a las chilenas, impone un nuevo carácter a los procesos democratizadores, que no niega la profesionalización y modernización de sus estamentos. No se puede pretender una simple vuelta a los cuarteles; es preciso construir un nuevo tipo de relación entre el Estado y las fuerzas armadas, entre la sociedad civil y los militares.

Plena actualidad tienen sus consideraciones acerca de los procesos de transición, que se inician «cuando las fuerzas armadas gobernantes y la civilidad opositora han comenzado un proceso de negociación para la transferencia del poder». Examina los casos de Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Perú y Uruguay y concluye que es esencial la existencia de «una capacidad de alternancia opositora» desde el ángulo civil y que de este modo «la auto-definición de las instituciones armadas como portadoras del ser nacional y protectoras del Estado entran en franca bancarrota». Surge una alternativa real de gobierno «y se pone en cuestión el papel de las FFAA produciendo o acelerando la disidencia interna» (pág. 174).

En este aspecto, el trabajo de Varas

no trasciende lo meramente descriptivo. Particularidades y diferencias entre una y otra experiencia son tan amplias que sólo pueden ser conciliadas en grandes (y vagas) formulaciones generales. Puede concluirse sí que la unidad de las fuerzas democráticas, su capacidad de lucha, organización y consecuencia, tras objetivos claramente definidos pasan a ser los elementos básicos para una transición a la democracia y la redefinición del papel de las FFAA con respecto al Estado.

Desaparece también de las observaciones del autor el rol del capital financiero. Si las FFAA se transformaron en instrumentos del capital financiero y del nuevo bloque hegemónico, parece evidente que la solución de fondo debería apuntar a la derrota efectiva de ambos y su reemplazo por otro bloque social hegemónico expresivo de una «nueva economía». Allí existirá una base segura para la democracia; en caso contrario, ésta vivirá en permanente peligro, como lo demuestran precisamente la mayor parte de las experiencias de transición en América Latina.

Rebate Varas la opinión de quienes valorizan el desarrollo de la industria militar nacional, como un logro económico importante. Plantea su emergencia como resultado de situaciones políticas y coyunturales estratégicas excepcionales, que al desaparecer no justifican el esfuerzo que sostiene la fabricación propia de armamentos. Son factores negativos la concentración de especialistas, el alto nivel de inversiones, las dificultades de mercado, su poca influencia sobre la economía global, que produce distorsiones cada vez más serias. Lo dice en estos términos: «... el gasto de defensa destinado a mantener una industria militar local ayuda a ocultar los desequilibrios sociales y las desiguales asignaciones de recursos. En la medida que el gasto militar en el esfuerzo industrial se presenta como una tarea de carácter nacional, urgente y perentoria, justifica el hecho de que existiendo recursos económicos para inversiones públicas industriales, estos no sean utilizados en satisfacer necesidades básicas» (pág. 355).

En otro enfoque interesante, el autor examina la relación entre deuda exter-

na y gobiernos militares en América Latina, y demuestra que han sido éstos regímenes los que más han endeudado a sus países, en la busca de nuevos modelos económicos monetaristas y del logro de situaciones de preeminencia militar, libres del control civil. Mientras en el continente entre 1975 y 1982 la deuda externa creció en un 19,2 por 100, la importación de armas subió en un 24,10 por 100. El PIB aumentó en un 2,7 por 100, el personal militar en cambio se incrementaba en un 4,1 por 100 y en un 4,5 por 100 el gasto militar.

Los problemas de la paz y la cooperación en el continente ocupan la tercera parte, y final, del libro que comentamos. Frente a ellos, el autor visualiza la necesidad de una política latinoamericana, sin tutelas extrarregionales y que sea un freno a las tendencias intervencionistas norteamericanas, que han aumentado a parejas con la quiebra de los mecanismos tradicionales de resolución de conflictos que reflejaban la hegemonía incontrarrestable de Estados Unidos. Su diagnóstico no es alentador, en el evento de la continuación de la tendencia a la mantención de regímenes militares. «En una situación de seguridad percibida como favorable y en situación de débil control civil, las FFAA impondrán su perspectiva de confrontación. Por el contrario, si hay control civil y/o el contexto de seguridad de tal país es visto por las propias FFAA como inestable se impondrán las tendencias negociadoras

aun cuando se mantengan las presiones por altos presupuestos militares» (pág. 457).

Aparece así la paz ligada estrechamente a la democracia y a la integración regional, como marco objetivo del desarrollo de tendencias positivas que apunten al desarme y a la solución pacífica de los conflictos.

No hay, sin embargo, una crítica a fondo a la política intervencionista norteamericana, causa primaria de una serie de procesos sociales regresivos, que evidencian la contradicción esencial entre los intereses de los pueblos latinoamericanos y los del capital financiero transnacionalizado que hegenomiza, en primer lugar, a los Estados Unidos. Difícilmente América Latina podrá gozar de paz, de gobiernos estables y verdadero progreso, si Estados Unidos no abandona su permanente estímulo a las fuerzas conservadoras ni el recurso, tantas veces utilizado, de la intervención directa o realizada por intermedio de mercenarios como ocurre ahora mismo en Nicaragua.

Problemas de este tipo —enfoque y metodología— conspiran contra el logro pleno de este libro, que, ciertamente es una contribución valiosa a un tema insoslayable. Acaso un enfoque más sintético y de estrecha correlación con los fenómenos estructurales que están cambiando aceleradamente al continente hubiera aumentado su ya considerable interés.

2

Que las fuerzas armadas chilenas constituyen un elemento esencial para la defensa de Occidente es un tema de la mitología en boga que afirma que tendríamos en nuestras manos la llave de las comunicaciones y rutas del extremo sur del continente.

No son estas verdades evidentes. Esconden más bien realidades bastante opacas.

Las discuten los propios norteamericanos;

supuestamente nuestros «socios privilegiados» en esas tareas de inmarcesible importancia.

Lars Schoultz es un estudioso de los asuntos latinoamericanos que trabaja en la Universidad de Carolina del Norte, en Estados Unidos. En 1987 publicó un libro: *National Security and United States Policy toward Latin America* (Princeton University Press, 377 págs.), calificado como «La interpretación más

interesante de la política de Estados Unidos hacia América Latina» hecha hasta entonces.

Es un libro que dice cosas notables. Como las que se refieren a nuestro país. Sigámoslo.

«Algunos funcionarios piensan que los países de la costa occidental de Sudamérica, en especial Chile, tienen un rol significativo para la defensa norteamericana. Un papel que consistiría en el suministro de facilidades para la reparación de barcos y aprovisionamiento de combustible, pero que pudiera incluir también una participación activa en combate», constata. Y aporta enseguida la opinión del Departamento de Estado: «Chile está situado estratégicamente para proteger el mar, la tierra y las rutas aéreas de comunicaciones, particularmente en el caso de que fuera interrumpido el tránsito por el Canal de Panamá» (pág. 184).

Lars Schoultz no tiene pelos en la lengua: «En disparates como estos basa el Departamento de Estado su reputación de que hace análisis falsos. Los chilenos no están estratégicamente bien situados para proteger rutas terrestres o aéreas de importancia», dice categórico.

Agrega siblinamente: «En cuanto a las rutas marítimas, puede ser verdad. Como lo señaló el retirado general Vernon Walters (funcionario de la Administración Reagan) cuando en 1981 dijo que «la marina chilena tiene una larga y distinguida historia». Pero —prosigue Schoultz— la reputación de los chilenos como los mejores marinos de América Latina surgió de la guerra del Pacífico hace más de un siglo, con notables minicombatos como el de Iquique (con dos barcos chilenos) y ha permanecido sin ser nuevamente puesta a prueba hasta ahora». (id.)

Se refiere luego a las limitaciones materiales. «La marina chilena, como la mayoría de las armadas sudamericanas, sufre de falta de equipamiento. Sólo hay dos portaviones en Sudamérica: uno argentino y otro brasileño, y los dos son de la segunda guerra mundial. En una entrevista en 1982, el jefe del estado mayor de la armada chilena, el vicealmirante Poison señala que toda marina digna de ese nombre tiene a lo menos un

portaviones. «Pienso, decía, que todo marino tiene en el fondo de su mente la idea de disponer de una fuerza de tarea basada en un portaviones», pero reconocía que las dificultades financieras impedían realizar ese anhelo». (id.)

Establecida la precariedad, Schoultz sigue adelante con su demolición, embistiendo de paso contra Vernon Walters, el ex director de la CIA. Escribe: «Sin embargo, el general Walters puede tener razón cuando sostiene que “Chile puede hacer una muy seria contribución en un área donde, en la actualidad, nosotros no tenemos medios para hacer algo”. Pero —argumenta Schoultz— la razón de que Estados Unidos no tenga medios para hacer algo es porque los políticos norteamericanos no tienen razones para *querer* hacer algo».

Da sus motivos: «Las líneas marítimas de las costas occidentales de Sudamérica son las menos importantes entre todas las que rodean América Latina según la opinión más generalizada».

Y continúa fríamente: «Si fuera necesario que Estados Unidos usara la fuerza frente a las costas de Chile, no hay evidencia que sugiera que Washington se vería en la necesidad de pedir ayuda a las fuerzas armadas chilenas».

Remacha su apreciación así: «Ninguno de los funcionarios de seguridad nacional entrevistados para este estudio (fueron decenas, H. S.) expresó ninguna confianza en la capacidad (*ability*) de la Marina chilena para mantener la seguridad de las rutas marítimas de la costa occidental» (pág. 185).

Schoultz no se queda ahí: no le basta decir que la armada chilena tiene un prestigio que no ha sido puesto a prueba en combate hace más de un siglo; que no dispone de un portaviones; que le faltan medios y que los norteamericanos no la consideran apta para asegurar la operabilidad de las rutas marítimas de la costa occidental de Sudamérica, bastante menos importantes de lo que se dice.

Va más allá. Explica que hay motivaciones políticas en el gobierno norteamericano para hipertrofiar la supuesta importancia del papel de los militares chilenos.

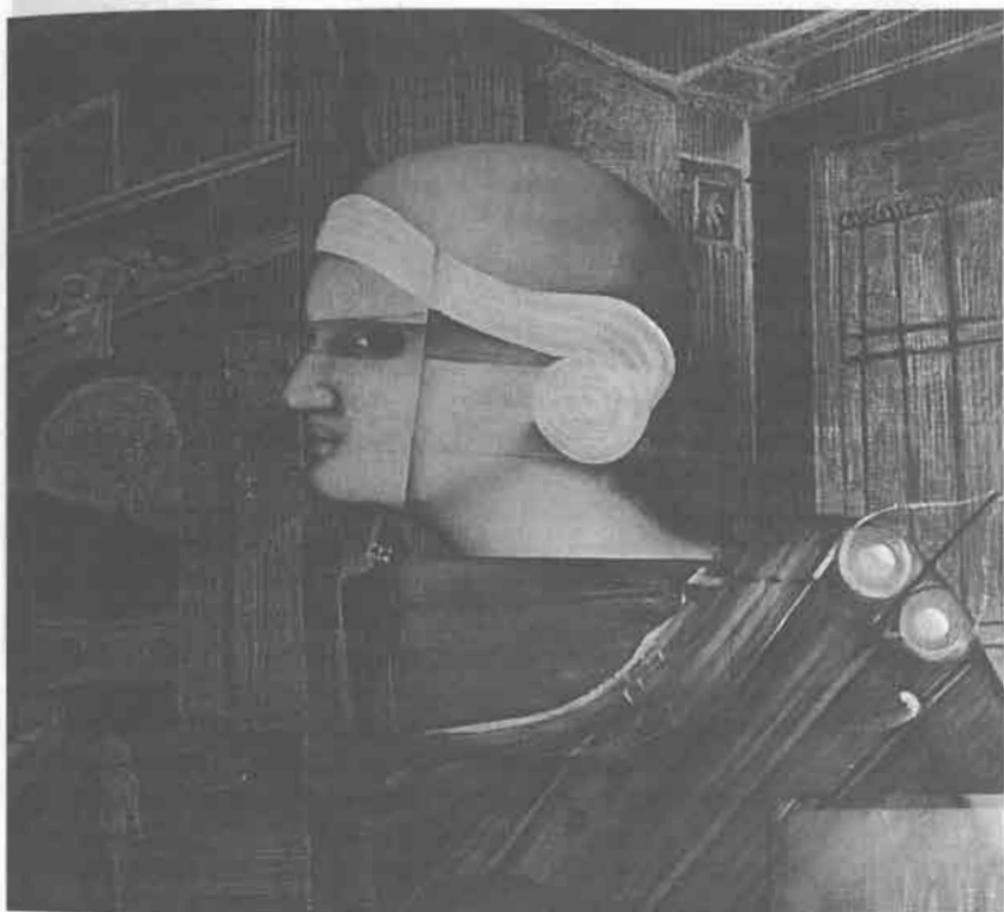
«Lo que indican en los hechos las declaraciones de políticos como el gene-

ral Walters y representantes del Departamento de Estado, es la busca de una razón aceptable para reestablecer relaciones con el gobierno represivo de Pinochet» (id).

Sus palabras no dejan dudas: «Estas declaraciones — dice — que aparecieron en el curso de los debates en el Congreso entre 1981 y 1982 a propósito de la reiniciación de programas de ayuda militar y económica a Chile son un ejemplo resaltante de cómo las consideraciones de seguridad nacional pueden ser utilizadas para manipular los debates sobre política extranjera. Es con decla-

raciones como éstas que la Administración Reagan buscó dismantelar la política de derechos humanos de Carter que se orientaba a disociar a Estados Unidos de la dictadura de Pinochet» (id).

Hasta aquí Lars Schoultz y sus opiniones inusuales para nosotros. Acostumbrados a la retórica y a una intencionada confusión acerca del rol de las fuerzas armadas y su papel en la defensa de los intereses de Chile. Fuerzas Armadas que, entretanto, parecen agotarse en la dimensión represiva interna. Y en las fantasías de la autocomplacencia del poder.



TERMINUS



El ejército en la política chilena: 1886-1925

JUAN CONTRERAS FIGUEROA

En el decenio de 1920, se produjeron en Chile transformaciones democrático-burguesas que pusieron fin al poder irrestricto de la oligarquía agraria y bancaria, representada en el régimen parlamentario. En estos cambios, el ejército —creado en 1886 con estructuras modernas— tuvo una activa participación. Impuso las transformaciones que dieron lugar a una nueva etapa en el desarrollo contemporáneo de Chile. Es de interés, entonces, examinar el proceso que determinó las condiciones de la intervención de los militares, que rompiendo con el régimen parlamentario, y dentro del juego de los intereses de clases contrapuestos, tomó el camino que lo llevó a adoptar el programa de cambios políticos y sociales y su consiguiente imposición, mediante la intervención directa.

1. La creación del ejército moderno: 1886-1890

Los primeros fundamentos del ejército moderno fueron establecidos durante el gobierno nacionalista del presidente Balmaceda, entre 1886 y 1890. Fue consecuencia de la necesidad de consolidar los resultados inestables de la guerra del Pacífico —el tratado de Ancón de 1883, ase-

Juan Contreras es doctor en Historia. Vive en Budapest, en cuya Universidad trabaja como profesor.

guraba sólo por diez años el dominio de las provincias de Tacna y Arica; el tratado de tregua con Bolivia, de 1884, dejaba a título precario en poder de Chile la provincia de Antofagasta—, de respaldar las discusiones de límites con Argentina, que se habían agudizado durante la guerra, y la exigencia de apoyar el programa de transformaciones nacionalistas, que incluía el rescate de la riqueza salitrera en manos de capitales extranjeros, principalmente ingleses, lo cual implicaba un virtual enfrentamiento con aquella potencia¹. Asimismo, el análisis de las operaciones militares de la guerra del Pacífico demostraron el escaso valor militar del ejército chileno, estimulando su modernización. A pesar del triunfo, se estableció que sus operaciones no estaban de acuerdo con los adelantos que los elementos bélicos habían alcanzando en esa época². El general Téllez precisaba: «carecía el ejército de escuelas de instrucción, de academia de guerra y hasta de estado mayor...»³. Gonzalo Bulnes, historiador de la guerra, sostuvo que el país no contó con un verdadero ejército⁴. El ejército que combatió en esa guerra era anticuado, estaba al nivel de las técnicas de comienzos del siglo XIX.

Para resolver esas deficiencias, el general Emiliano Sotomayor y el almirante Patricio Lynch, aconsejaron a los gobiernos la contratación de instructores alemanes, para reformar el sistema militar⁵. Se eligió el modelo alemán por su gran prestigio. El gobierno chileno contrató para esa tarea al capitán de artillería Emilio Körner, oficial con una excelente hoja de servicios. Llegó al país a fines de 1885⁶. El capitán Körner va a sobrepasar su rol de simple instructor, permaneciendo en el ejército chileno largos años, alcanzando los más altos grados militares, interviniendo en política, y ejerciendo una decisiva influencia en la formación prusiana de esta fuerza armada.

Desde el cargo de sub-director técnico de la Escuela Militar, en 1886, Körner comenzó un acelerado trabajo de preparación de nuevos cuadros del ejército. En esta fase inicial que duró hasta 1891, las transformaciones que efectuó se relacionaron con la preparación de cadetes y con la enseñanza de los jefes jóvenes del ejército regular, sin afectar la organización del ejército existente. Sus primeros trabajos, con la ayuda del mayor chileno Jorge Boonen Rivera, fueron convertir la Escuela Militar en un establecimiento moderno. Paralelamente creó la

¹ Burr, Robert: *By Reason or Force. Chile and the Balancing of Power in South America*. University of California, 1965. Págs. 169, 181.

² Díaz Francisco, J.: *La Instrucción Militar Alemana en Chile*. Imprenta Miquel, Santiago, 1950. Pág. 175.

³ Téllez, Indalecio: *Historia Militar de Chile*. Tomo 2. Imprenta Balcells. Santiago, 1925. Pág. 184.

⁴ Donoso, Armando: *Recuerdos de Cincuenta Años*. Editorial Nascimento, Santiago, 1947. Págs. 276-277.

⁵ Díaz, Francisco J.: *Ob. cit.* Pág. 175; Donoso, *op. cit.*, págs. 364-366.

⁶ Blancpain, Jean-Pierre: *Les Allemands au Chili*. Böhlau Verlag Köln-Wien, 1974. Pág. 717.

Academia de Guerra —réplica exacta del modelo alemán— para educar los oficiales que actuaron en la guerra del Pacífico, con el fin de que los nuevos métodos fueran difundidos en las diversas unidades militares, formar los futuros profesores de las escuelas del ejército, y del servicio del estado mayor. Su principal esfuerzo fue inculcar a los oficiales el dominio de los métodos científicos de la guerra moderna. Complementó estas tareas, con la fundación de la Escuela de Suboficiales⁷.

Entre 1886 y 1890, Körner logró formar un pequeño pero eficiente equipo de oficiales, que llegó a ser la élite del ejército. En la guerra civil de 1891 pusieron a prueba sus conocimientos. Esa guerra fue el último encuentro de un ejército anticuado que defendía al gobierno, y un ejército comandado por la mayoría de los nuevos oficiales de élite, que defendían al insurrecto partido del parlamento⁸.

2. El control militar Portaliano: 1891-1906

La guerra civil de 1891, que apareció como un conflicto de poderes entre el presidente de la república y el parlamento, en torno de la interpretación de la constitución —lo que realmente fue la lucha de la oligarquía, aliada a los intereses ingleses, perjudicada por la política nacionalista de Balmaceda—, constituyó el marco de la primera intervención política de aquel cuadro de oficiales educados por el general Körner.

Esos oficiales tomaron el partido del parlamento motivados profundamente por la oposición de los jefes del ejército regular a las reformas militares. Cuando se dio a conocer, en 1885, que aquéllas se iban a realizar a cargo de un instructor alemán, los altos rangos pusieron en duda que alguien pudiera enseñarles el arte y la ciencia militares a los que habían ganado la guerra del Pacífico. Temieron, también, por su posición y prestigio, al darse cuenta que los objetivos de la modernización podía desplazarlos de las jefaturas, a corto plazo. Argumentaron que el ejército necesitaba más que nada aumentar sus dotaciones y tener armamento de calidad, y que las experiencias obtenidas eran suficientes para la eficiencia de ese aparato armado. En cambio, los oficiales subalternos y rangos medios se entusiasmaron con las reformas. Veían en ellas no sólo la solución para el escaso valor militar del ejército, sino también grandes posibilidades profesionales⁹. La rivalidad entre ellos se hizo pública. Körner y su amigo Boonen Ri-

⁷ Reseña Histórica de la Academia de Guerra: 1886-1936. Imprenta del Instituto Geográfico Militar. Santiago, 1936. Págs. 8-10.

⁸ Kunz, Hugo: *Die Bürgerkrieg in Chile*. Leipzig, 1892.

⁹ Barceló Lira, José M.: «La Evolución del Ejército Chileno desde la ocupación del Territorio Araucano hasta nuestros días». Memorial del Ejército Chileno. Año 1935. Págs. 203-209.

vera defendieron los métodos alemanes, contraponiéndolos al atraso de los procedimientos franceses que profesaban los altos rangos¹⁰. Boonen Rivera publicó numerosos artículos de prensa propiciando la modernización¹¹. Sin embargo, los jefes superiores atacaron duramente, usando los resortes del poder. Llegaron al extremo, recuerda Boonen Rivera, que en 1889 comunicaron al presidente «que era incompatible con la disciplina que los subalternos supieran más que sus superiores y que por tanto no había puestos que dar a los alumnos que iban a salir de la Academia de Guerra, y pedían la supresión de ese establecimiento»¹². El presidente se encontró entre dos fuegos. No podía enemistarse con los jefes del ejército que lo apoyaban lealmente en su política nacionalista, y necesitaba a la vez para esa misma política, los nuevos oficiales que iban a organizar el poderío militar del país. No podía dismantelar el anticuado ejército cuando se preparaba contra sus virtuales enemigos; debía esperar la consolidación de las reformas. Aunque apreciaba los puntos de vista de los jóvenes oficiales, tuvo que desatender sus quejas. Fue entonces mirado como culpable, entre esos oficiales, de las limitaciones que aparecían ante sus perspectivas profesionales, y del desarrollo mismo del ejército que visualizaban como la mejor garantía para la defensa del país. Sin duda, estas rivalidades fueron la base sobre la cual la influencia política de la oligarquía, enemiga del presidente, va a tener éxito, y pudo empujarlos a intervenir contra Balmaceda. Bastaba que alguno de esos oficiales adeptos a la oligarquía, tomara el liderazgo defendiendo esos intereses para inclinarlos definitivamente contra el presidente. Boonen Rivera, que se había destacado en apoyo de las reformas tomó el partido contra Balmaceda, influyó poderosamente sobre los nuevos oficiales llamándolos a la «desobediencia militar»¹³. El teniente coronel, Emilio Körner también se pasó al bando del parlamento, alentando aún más las deserciones. Pero Körner, tenía además otros motivos más poderosos para traicionar al presidente. Como hombre de confianza de los círculos de gobierno alemanes fue el instrumento de la política exterior de su país. En ese terreno apoyó a la oligarquía insurgente y organizó su ejército, en defensa de los intereses mayores del imperialismo alemán¹⁴. Por eso, su gobierno no lo desautorizó. En el verano de 1891, la legación alemana en la capital de Chile era un centro de intrigas antibalmacedistas. El ministro barón von Gutschmid lo testimonia en sus informes confidenciales. Al día siguiente de la derrota de Balmaceda, descubrió el secreto celebrando la victoria del parlamento como resultado de la eficiencia de Körner, que según sus palabras

¹⁰ Denkschrift Körners. Santiago, 1890.

¹¹ Donoso, Armando: *Op. cit.*, págs. 371, 381.

¹² *Idem.* Pág. 371.

¹³ *Idem.* Págs. 371, 373, 374, 375.

¹⁴ Jobet, Julio César: «El Nacionalismo Creador de José Manuel Balmaceda». Revista *Combate*. San José de Costa Rica. N.º 4, julio-agosto de 1962.

había prestado grandes servicios a Chile y Alemania¹⁵. Algún tiempo después, el emperador Guillermo condecoró a Körner por sus servicios al imperio¹⁶.

Finalizada la guerra civil, el parlamento triunfante honró a Körner con el grado de general de brigada, lo incorporó al cuadro permanente del ejército nombrándolo jefe del estado mayor. Pero, no apoyó sus planes de modernización en todas sus dimensiones. La oligarquía demostró desconfianza ante el nuevo ejército, a pesar de los eficientes servicios que le prestó el equipo de Körner. Sus experiencias en el poder le enseñaban que cualquier cuerpo armado que escapara, de alguna manera, a su control, podía significar un peligro para la estabilidad de su dominación. Por lo tanto, el monopolio de las armas debía permanecer bajo su cuidado directo.

Su primer aprendizaje, fue la política de desmilitarización del ministro Portales en el período de consolidación del poder político de los conservadores, a partir de 1830, es decir, de la dominación de la aristocracia agraria¹⁷. Portales, con el fin de reprimir la llamada «anarquía militar» debilitó el experimentado ejército que hizo las campañas de la independencia, y cuyos jefes, en su gran mayoría, eran hombres progresistas —vinculados al liberalismo— opuestos a la reacción conservadora. Mantuvo ese ejército reducido a una pequeña fuerza, destinada a reprimir a los araucanos, y para servir de cuadros de instrucción de la Guardia Nacional. Creada por el ministro, estaba integrada por civiles que periódicamente se ejercitaban en el uso de las armas, dirigidos personalmente por miembros de la aristocracia. Incluso Portales comandó, en persona, batallones de la Guardia Nacional. Fue el ejército nacional, numeroso, con buen armamento y capacidad para enfrentar con éxito al pequeño ejército de línea¹⁸. La otra lección importante que asimiló, fue la guerra civil de 1891. El ejército organizado en la guerra del Pacífico, independiente de su control apoyó al presidente; y, los cuadros de élite, base del nuevo ejército proyectado por Balmaceda, y que apoyaron su causa, mostraron gran capacidad de desobediencia, de espíritu corporativo autónomo, lo cual se traducía en una fuerza militar apreciable con rasgos inseguros para su ejercicio del poder. Estaba la oligarquía acostumbrada a ser obedecida, y la conducta de esos oficiales chocaba a su mentalidad.

Por eso, la oligarquía se empeñó en reproducir la política de des-

¹⁵ Dispatches Received by the Department from United States Minister to Chile (1823-1906) N.º 143 and N.º 154.

¹⁶ Brunn, Gerhard: *Deutscher Einfluss u. Deutsche Interesse in der Professionalisierung einiger Lateinamerikanische Armeen vor den I. Weltkrieg (1885-1914)*. Böhlau Verlag Köln-Wien, 1969, pág. 282.

¹⁷ Sotomayor Valdés, Ramón: «El Ministro Portales». *Revista Chilena*. Imprenta República. Santiago de Chile, 1875. Pág. 85.

¹⁸ Memorial del Ejército de Chile. N.º 298, septiembre-octubre de 1960. Págs. 64, 65, 66.

militarización de Portales. Supo apreciar la eficiencia de ese cuadro de oficiales de élite y con mantenerlo se consideró satisfecha. Licenció la mayoría de las tropas, tanto balmacedistas como las propias, reduciendo el volumen del ejército. Lo orientó a funcionar como simple órgano de instructores de la Guardia Nacional, a la cual resucitó. No tomó en cuenta los esfuerzos de Körner de continuar la modernización; su proyecto de servicio militar obligatorio, de 1891, ni siquiera fue tenido en cuenta en el parlamento. De inmediato los oficiales comprendieron que estaban en el mismo punto de antes de la guerra civil, no había cambiado nada para ellos en cuanto a reformas, ni en relación con sus perspectivas profesionales, pues el campo se estrechaba. Los nuevos oficiales y futuros rangos superiores habían aprendido sus primeras lecciones políticas, y debían seguir un curso completo durante algún tiempo.

Pareció que la renovación de las expectativas portalianas aseguraban una vez más a la oligarquía el monopolio de las armas, y la estabilidad de su poder. Así fue, pero por pocos años. Alrededor de 1895, los problemas de límites con los países vecinos se agravaron repentinamente, y por largo tiempo se vivió al borde de la guerra¹⁹. El gobierno se vio obligado a incrementar el ejército y modernizarlo. Se produjo un vuelco radical en su situación, dejó de ser instructor de la Guardia Nacional. Las reformas que siguieron consolidaron un ejército moderno, sustituyendo la Guardia Nacional por el sistema de servicio obligatorio, bajo el control del ejército. El estado mayor, por sus funciones técnicas adquirió autonomía ante el poder civil, tanto en lo propiamente militar como en las calificaciones y ascensos de oficiales y jefes²⁰.

El fantasma de un aparato militar fuerte, con gran autonomía, al que tanto temía la oligarquía, se había convertido en realidad. Se encontraba, además, en el punto en que no podía volver atrás. Los países rivales también reorganizaban sus ejércitos, y Chile de ningún modo podía quedar retrasado. La oligarquía tuvo que buscar otro método para recuperar el control de esa fuerza armada.

Alejado el peligro de guerra, entre 1902 y 1905, renovó sus empeños para retomar el control. Estimuló los proyectos de reformas propiciados por un grupo de oficiales, dirigidos por el capitán Francisco Javier Díaz, para elaborar la reforma militar de 1906²¹. Esa reforma sometió al control del ministerio de guerra a todo el ejército. El estado mayor no tuvo el comando real, y sus funciones se redujeron al estudio de los problemas de la defensa nacional, dependiente de ese

¹⁹ Eyzaguirre, Jaime: *Chile, durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren*. Imprenta Zig-Zag. Santiago, 1957. Págs. 99-144, 172-284, 324-366.

²⁰ Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Cervantes. Santiago, 1902. Págs. 6. y siguientes.

²¹ Ministerio de Guerra. Imprenta del Ministerio. Santiago de Chile, 1907; Págs. 2-3.

ministerio; las zonas militares con mando centralizado en el estado mayor, con estructuras integradas unitariamente con todas las armas, con gran capacidad operativa según las necesidades de eventuales teatros de guerra, fueron reemplazadas por divisiones que respondían directamente del ministro del ramo²². Las calificaciones y ascensos del personal dependieron de la sección correspondiente del ministerio²³.

Con estos procedimientos, los ministros que debían contar con la confianza del parlamento, donde estaba el poder oligárquico, manejaron el mecanismo de las promociones y ascensos de la oficialidad en función de los intereses políticos de la dominación, sin considerar los méritos profesionales. Promoviendo jefes de confianza en los altos cargos, concentraron en ese lugar sus resortes de control. Creyeron asegurada su dominación, pero en los hechos fue un paso atrás en relación a los métodos portalianos. En este sentido la reforma de 1906, como método de control no pudo regular la articulación del ejército con el poder civil, o al menos disminuir las tensiones del cuerpo de oficiales. Al contrario, dio las bases para debilitar la disciplina y la verticalidad del mando, y crear corrientes de descontento que a fin de cuentas se transformaron en una fracción política de oposición.

3. La neutralización inestable: 1907-1919

Desde su recomienzo en 1895, la modernización del ejército caminó con grandes dificultades. La instrucción de los reclutas chocaba con el analfabetismo —Körner constataba en 1901, que el 7 por 100 de los conscriptos eran analfabetos—²⁴, que no había cuarteles y vestuario adecuados, una parte del armamento estaba anticuado, y los sueldos de los oficiales eran bajos²⁵. El propio ejército hacía esfuerzos para resolver sus carencias; crearon fábricas, que en un momento ocuparon más de 14 mil obreros, y su propio sistema de enseñanza elemental. Los oficiales más preparados —de estado mayor y de la academia de guerra— que conocían muy bien las condiciones de desarrollo de un ejército moderno, comenzaron a protestar. Sostuvieron que el aumento de la capacidad militar, dependía del abastecimiento propio, que se debían desarrollar las industrias y levantar el nivel de la higiene y bienestar social. Sobrepasaron los límites de las meras cuestiones militares y entraron de lleno en el gran debate político de la época²⁶. Hasta 1906, esta fue la primera corriente de descontento que fue evidente entre la oficialidad, pero aún no constituía una corriente políti-

²² *Idem.*, págs. 3, 4, 5, 6.

²³ *Idem.*, págs. 10, 11-26.

²⁴ Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Cervantes. Santiago, 1902. Pág. 26.

²⁵ Memoria del Ministerio de Guerra. Imprenta Nacional. Santiago, 1896-1897. Págs. 9, 10, 12; *Idem.*, año 1898, págs. 189, 175, 177 y siguientes.

²⁶ Memoria del Ministerio de Guerra. Años 1898, 1902 y 1907.

ca organizada. Sus puntos de vista enfatizaban más la necesidad de defensa de las fronteras.

La reforma de 1906, aumentó el descontento. Llegó más allá de los oficiales de élite, abarcó al conjunto de ellos. Se dieron cuenta que sus promociones a puestos de responsabilidades y sus ascensos se hacían remotos. Que dependían de las intrigas políticas, y que los oficiales que pertenecían a las clases superiores tenían sus carreras aseguradas. Que los cargos importantes eran ocupados por gentes incompetentes, pero adeptas al régimen gobernante²⁷. La misma reforma, a su parecer no significaba un fortalecimiento militar del país. Con franqueza expresaron que el país quedaba indefenso y que el ejército caía en la corrupción²⁸.

En cualquier caso, las corrientes de desconcierto reflejaron la crisis de la dominación oligárquica. Los caminos económicos, del giro del siglo, causados por la depresión del sector exportador-importador de la estructura económica del país, obligaron al desarrollo de una importante industrialización sustitutiva. El cambio de las relaciones sociales, dio origen a una nueva burguesía industrial, crecieron las capas medias y se vigorizó el movimiento obrero. En su interés, la nueva burguesía luchó contra el poder oligárquico con un programa nacionalista de protección de la industria, de transformaciones políticas que reclamaban la reforma del régimen parlamentario —impuesto después de la guerra civil—, y su reemplazo por un régimen presidencial democrático.

Aquí confluyeron las corrientes de descontento de los oficiales con los civiles nacionalistas. La composición de clase de la mayoría de los oficiales, facilitó la influencia de la ideología del nacionalismo. El ejército había abierto las puertas a los hijos de la pequeña burguesía y capas medias. La debilidad de la articulación de los militares con el poder civil, dejaron el campo libre para que las inquietudes de los oficiales se vincularan con la corriente nacionalista, en el plano de las relaciones de clases y en la conformación del nacionalismo de frontera, que incluía el programa de la burguesía emergente. De allí, también, que el esfuerzo de la oligarquía por controlar el ejército sólo alcanzara el nivel de una neutralización, en equilibrio constantemente inestable.

Sin embargo, la oligarquía dominante aparece sosteniendo un control sobre el ejército durante varios decenios, evitando un rompimiento con él. Aún más, entre 1907 y 1919, el descontento salió a la superficie. Se expresó en críticas, deliberaciones y complots. La primera protesta de los oficiales —de tenientes y capitanes— se produjo

²⁷ Sáez Morales, Carlos; *Recuerdos de un soldado*. Tomo I. Biblioteca Ercilla. Santiago, 1934. Págs. 33 y siguientes.

²⁸ Téllez, Indalecio; *Recuerdos Militares*. Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1949. Págs. 223-228.

en 1907, y se le conoce como la conspiración del «vaso de cerveza»²⁹. Protestaron por la no aprobación en el parlamento de la ley de ascensos. Fue el comienzo de una cadena de ellas, hasta plasmarse en la organización de la «Liga Militar»³⁰ secreta, que funcionó en la mayoría de las unidades militares, para luchar por las promociones y ascensos. Esperaban en 1910, que el gobierno cumpliera la promesa de hacer promociones en las fuerzas armadas³¹. Pasó el año y el gobierno no cumplió. Entonces decidieron, con un sector avanzado de civiles que se habían distinguido en la defensa del ejército por una solución armada de los problemas de límites y de un acendrado nacionalismo, dar un golpe de estado para enero de 1912. Con Gonzalo Bulnes —historiador militar— y Emilio Rodríguez Mendoza —publicista y diplomático— prepararon un golpe con un programa que contenía la eliminación del parlamento, del régimen parlamentario, restauración del presidencialismo, reformas sociales y soluciones a las reivindicaciones militares. El golpe fracasó. Los comandantes vacilaron y el sector civil desertó. El gobierno aparentó ignorar los hechos, y sólo hizo discretos cambios en los altos mandos³².

Las deliberaciones continuaron. Se llegó a afirmar que la situación del ejército no mejoraría a menos que cambiaran las condiciones sociales y políticas del país³³. Se culpaba al gobierno de incompetencia y de que estaba en la obligación de consultar a los altos mandos sobre materias políticas importantes³⁴. Este ambiente se vivió hasta 1917. Ese año, el presidente Sanfuentes, hizo un esfuerzo por terminar con las deliberaciones y críticas. En resguardo de la disciplina, el general Boonen Rivera prohibió a los oficiales pertenecer a organizaciones extramilitares y emitir opiniones que comprometieran el respeto al gobierno³⁵. Esta medida tuvo repercusiones imprevistas. Los círculos políticos de la Alianza Liberal que luchaban contra el régimen, defendieron a los oficiales. Boonen Rivera, agravó la polémica defendiendo al régimen y su política frente al ejército³⁶. Contestando a Boonen Rivera, el general Manuel Moore defendió el derecho de

²⁹ Charlín, Carlos: *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Editorial Quimantú. Santiago, 1972. Págs. 26-27.

³⁰ Ahumada, Arturo: *El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre*. Imprenta la Tracción, Santiago, 1931. Págs. 21-23.

³¹ *Idem.*, págs. 21-23.

³² Rodríguez Mendoza, Emilio: *Como si fuera ahora*. Editorial Nascimento, Santiago, 1929. Págs. 220-253.

³³ Muñoz Figueroa, Alberto: *El problema de nuestra educación militar*. Talleres del Estado Mayor, Santiago, 1914. Págs. 10-60.

³⁴ Riquelme, Aníbal: «Relación que debe existir entre la política de un Estado y el alto mando del Ejército.» Memorial del Ejército. Septiembre de 1914. Págs. 631-642.

³⁵ Rivas Vicuña, Manuel: *Historia Política y Parlamentaria de Chile*. Ediciones de la Biblioteca Nacional. Santiago, tomo II. Págs. 26 y siguientes.

³⁶ Boonen Rivera, Jorge: *Participación del Ejército en el desarrollo y progreso del país*. Imprenta el Globo, Santiago, 1917.

opinión y criticó las inmoralidades en los ascensos³⁷. Las reivindicaciones de los oficiales encontraron sus defensores en los altos rangos.

A pesar de la gravedad del comportamiento de los oficiales, la neutralización inestable no se rompió. Esto ocurrió porque las fuerzas opositoras —plasmadas en la Alianza Liberal—, la burguesía emergente, buscando liquidar el régimen parlamentario, en su gran mayoría, quería lograrlo por el camino de las reformas. Con el desarrollo de la industrialización, el movimiento obrero planteando sus propias reivindicaciones, luchaba consecuentemente por ellas. El temor al movimiento obrero disuadió desde un comienzo a la burguesía emergente de dirimir radicalmente su lucha contra la oligarquía. Teniendo gran influencia entre los oficiales permitió el control de la oligarquía en el ejército, para utilizarlo conjuntamente en la represión del movimiento obrero. Esto era conveniente para la nueva burguesía, pues conociendo su influencia entre los oficiales podía alentar su descontento cuando las circunstancias políticas lo aconsejaran, sin cruzar el límite del rompimiento. El ejército le servía como medio de presión para obtener las reformas que le interesaban, y para defender sus posiciones. De esta manera, teniendo la oligarquía los mandos claves del ejército y la burguesía no apoyando los intentos de rebelión de la oficialidad, ésta quedaba neutralizada. Pero, este juego del equilibrio no podía durar. Los oficiales sintiéndose postergados en su carrera profesional, también se sintieron usados por los «políticos profesionales». Así, cuando se presentó la coyuntura favorable, van a actuar con absoluta autonomía, invirtiendo los papeles.

En 1919, el panorama comenzó a cambiar completamente y el juego del equilibrio empezó a terminar. Ese año el país vivía una aguda crisis económica y política, resultado de la finalización de la guerra mundial. La vida cara, la cesantía y los bajos sueldos lanzaron a las masas a una lucha frontal contra el gobierno. La clase obrera elevó su nivel de lucha política. La influencia de la revolución de octubre, ayudó a superar la fase reformista del movimiento obrero organizado. La Federación Obrera de Chile y el Partido Obrero Socialista, que en enero de 1922 se convierte en Partido Comunista, adhieren a la tercera internacional y quieren conducir la lucha revolucionaria por el poder³⁸. La Alianza Liberal obteniendo importantes éxitos electorales, desde 1915 fue incorporando en su programa de acción las aspiraciones de las masas. Esto le daba posibilidades de conquistar su apoyo para enfrentar las elecciones presidenciales de 1920, y ganarlas.

Los círculos militares, de altos rangos, simpatizantes de la Alianza Liberal, intranquilos por la agitación social, la ola de huelgas y pro-

³⁷ Moore, Manuel: *Instrucciones para el desarrollo de las virtudes militares*. Imprenta Central, 1917. Págs. 6, 7, 21.

³⁸ Ramírez N., Hernán: *Orígenes y Formación del Partido Comunista de Chile*. Editorial Austral. Santiago, 1956. Págs. 84 y siguientes.

testas de las masas populares y, al mismo tiempo, deseosos de liquidar el régimen parlamentario, al cual estimaban culpable de la crisis que vivía el país, organizaron un golpe de estado para ese año. El general Guillermo Armstrong y su ayudante Manuel Moore, con el respaldo de un grupo apreciable de generales, con el pretexto de ayudar al presidente Sanfuentes a tranquilizar el país, querían obtener la realización de un limitado programa nacionalista y satisfacer las reivindicaciones militares. En el mes de marzo fueron atraídos los coroneles. Este último grupo se entusiasmó y quiso avanzar mucho más. El coronel Julio César del Canto, elaboró el plan de una Junta Militar para afianzar el éxito de la conspiración. Se proponía derrocar a Sanfuentes, liquidar la anarquía parlamentaria, la desmoralización administrativa, establecer un gobierno presidencial fuerte y respetado, y terminar de una vez con el peligro «comunista» que tenía agitadas las masas del país³⁹.

Las divergencias entre los conspiradores, abortaron el golpe de estado. El gobierno tomó medidas de seguridad, arrestó a los conspiradores y los eliminó de los altos mandos del ejército.

El complot no logró tener éxito, realmente porque no tuvo apoyo civil. La Alianza Liberal, entendió que era un grave error político ese proyecto de golpe de estado justamente cuando tenía posibilidades ciertas de ganar las elecciones presidenciales. Con esta acción se corría el riesgo de dividir el ejército y desencadenar la guerra civil con resultados imprevisibles para la burguesía. Por eso no apoyó a los oficiales, aunque los defendió tratando de evitar que les aplicaran castigos severos. La Alianza Liberal sufrió, de todos modos, un duro golpe político, perdió los generales que le eran afectos y que estaban colocados en altos mandos, y que eran un repaldo para el triunfo electoral que esperaba obtener.

4. La Rebelión de los Oficiales y las Transformaciones Democrático-Burguesas: 1920-1925

La Alianza Liberal, el 25 de junio de 1920, ganó las elecciones presidenciales, con Arturo Alessandri, derrotando a la oligarquía representada en la Unión Nacional. La derecha estaba amenazada gravemente. Ante el peligro, se alistó para impedir el acceso de Alessandri al gobierno, u obstaculizar su administración hasta su derrota.

Como ninguno de los candidatos presidenciales había obtenido la mayoría absoluta, de acuerdo con la constitución, el parlamento debía proclamar el candidato vencedor. La Unión Nacional que allí tenía mayoría realizó su primera maniobra para imponer a su candidato,

³⁹ Walker Valdés, Alejandro: *¿Revolución? La verdad sobre el motín militar*. Imprenta Selecta. Santiago, 1919. Págs. 84-215.

Luis Barros Borgoño. El ministro de la guerra, Ladislao Errázuriz, unionista, de acuerdo con algunos altos mandos del ejército inventó un supuesto peligro de guerra con el Perú⁴⁰. El objetivo era alejar oficiales y tropas alessandristas de la capital, para respaldar una decisión del parlamento en favor de Barros Borgoño. La maniobra fracasó, pues la inmensa mayoría de los militares movilizados eran fervientes alessandristas dispuestos a defenderlo⁴¹. La oligarquía tuvo que respetar el triunfo de Alessandri. Ahora, sabía que no podía manipular directamente a la oficialidad subalterna, pero aún mantenía influencia en los altos rangos y debía actuar en forma más encubierta. Por eso, antes de entregar el gobierno, colocó en los mandos superiores a jefes de su mayor confianza, que aparecían como garantías de imparcialidad ante sus subalternos. Fue una táctica acertada que le dio, transitoriamente, buenos frutos. Resuelto el problema, se preparó para desestabilizar el gobierno con miras al golpe de estado.

Desde el ascenso de Alessandri, el 25 de diciembre de 1920, y el 5 de septiembre de 1924, la oligarquía atacó permanentemente al gobierno, usando los medios que le daba el poder parlamentario. Aprovechando la crisis salitrera que, ya en 1924 le representó al gobierno un déficit de mil millones de pesos, cincuenta mil cesantes y una fuerte agitación popular, obstaculizó por todos los caminos el cumplimiento del programa aliancista, y limitó al máximo las posibilidades de superar la crisis⁴². Alessandri, por su parte, se empeñó en ganar tiempo para llegar a las elecciones de marzo de 1924, que renovaba casi todo el parlamento. Tenía a su favor, aún, un apreciable apoyo popular y las simpatías del ejército. Se ocupó intensamente de incrementar su influencia entre la oficialidad. Rehabilitó a los jefes procesados por el complot de 1919, procuró ganar la confianza de generales que estaban cerca de la Unión Nacional, visitó continuamente los cuarteles, y prometió solemnemente satisfacer sus reivindicaciones. En su última visita, en diciembre de 1923, a la Escuela de Caballería, cuyo director era el mayor Carlos Ibáñez, y donde había alumnos-oficiales de todo el país y de todas las armas, Alessandri atacó violentamente al parlamento de la oligarquía, y pidió al ejército que defendiera las reformas que propiciaba, y el progreso de las fuerzas armadas. Sus palabras fueron calurosamente aplaudidas⁴³. En este acto selló su compromiso con los oficiales.

En marzo de 1924, Alessandri obtuvo la deseada mayoría en el parlamento. El ejército que vigilaba el orden de las elecciones ayudó al triunfo de la Alianza Liberal.

⁴⁰ Errázuriz Lazcano, Ladislao: *La llamada movilización de 1920*. La Gratitud Nacional. Santiago, 1923.

⁴¹ Aldunate Phillips, Raúl: «La Revolución de los Tenientes.» Revista *Zig-Zag*, de 10 de agosto de 1957, págs. 20-22.

⁴² Alessandri Palma, Arturo: *Recuerdos de Gobierno*, *Ob. cit.*, págs. 63-66.

⁴³ Sáez Morales, Carlos: *Op. cit.*, pág. 62.

11 Sin apoyo en el parlamento, la oligarquía se vio obligada a probar el golpe de estado. Comenzó acusando al ejército de intervención electoral, y al gobierno de desprestigiar el honor de los militares. El general Brieba, ministro de guerra reconoció que los oficiales subalternos podían ser culpables de intervención⁴⁴. Los altos rangos se ofendieron, la conducta del gobierno lesionaba su autoridad. Dado ese paso, comenzaron a actuar los grupos conspirativos secretos. «La Cabaña», creada por Manuel Rivas Vicuña prepararía el apoyo civil del golpe de estado; Francisco y Roberto Huneeus, destacados líderes conservadores, crearon «La Tea», que atrajo a altos mandos del ejército y la marina. En ella participaron los generales Luis Altamirano, Luis Contreras, Juan Pablo Bennett, y los almirantes Luis Gómez Carreño y Guillermo Soublette. «La Tea» tenía la misión de derribar al gobierno por la fuerza⁴⁵.

Hasta ese momento, Alessandri tenía la confianza de los oficiales subalternos. Ellos esperaban que el presidente cumpliera sus promesas, exigiendo al parlamento la aprobación de sus reivindicaciones y las reformas del programa de gobierno. Deseaban ardientemente la realización del programa aliancista, eran sinceros partidarios de liquidar el parlamentarismo. Sin embargo, Alessandri frustró sus esperanzas.

El presidente, sobreestimando su influencia entre los oficiales, cometió un error político fatal. No envió al parlamento los proyectos prometidos a la oficialidad. En primer lugar las leyes de retiro, ascensos y sueldos de los militares que se encontraban retenidas en el congreso durante largos años. En cambio, envió el proyecto de «Dieta Parlamentaria» que fijaba sueldos a los congresistas. Para los oficiales fue una deslealtad de Alessandri. Se enojaron y el 3 de septiembre de 1924, hicieron sonar sus sables en las sesiones del congreso en señal de rebelión⁴⁶. Con ese error fueron empujados a la intervención directa y a tomar en sus manos el poder para realizar las transformaciones democrático-burguesas.

Alessandri quiso aprovechar ese descontento para fortalecer sus posiciones. Tenía a su favor un pequeño grupo de oficiales y la mayoría aliancista del congreso, la cual debía apoyarlo satisfaciendo las demandas de la oficialidad. Esperaba que obtenidas las reivindicaciones, éstos volverían a sus cuarteles. Pero se equivocó. Los altos rangos movidos por la oligarquía jugaron sus cartas al golpe de estado, estimulando a sus subalternos. El general Altamirano, inspector general del ejército, se reunió con ellos, que ya deliberaban y organizaban una Junta Militar, y les dio su amplio apoyo; el general Dartnell, jefe de la guar-

⁴⁴ Brieba, Luis: *Actuación del ejército en las elecciones de 1924*. Imprenta P. Durbournais. Santiago, 1927. Págs. 9, 97.

⁴⁵ Aldunate Phillips, Raúl: «La Revolución de los Tenientes.» *Revista Zig-Zag*, de 7 de septiembre de 1957, págs. 19-22.

⁴⁶ Würth Rojas, Ernesto: *Ibáñez, caudillo enigmático*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1958. Pág. 8.

nición de la capital, dijo que no tomaría medidas disciplinarias por la justa protesta de sus subordinados⁴⁷. Los oficiales se sintieron apoyados por sus jefes superiores y, encubiertamente por los personeros de la Unión Nacional, y la prensa de derechas, que justificaba su conducta en nombre de la mayoría del país. Por su parte la oficialidad, si bien deseaba ver cumplidas sus reivindicaciones, quería ahora efectuar los cambios fundamentales del programa nacionalista, deseaba la salida de Alessandri del gobierno, y cerrar el congreso que calificaba como el centro de la corrupción política.

Con esa ilusión, Alessandri la noche del 4 de septiembre pidió a los oficiales sus proyectos más urgentes para una rápida aprobación en el congreso⁴⁸. Esa misma noche, el mayor Carlos Ibáñez —líder de los oficiales más radicalizados— redactó las peticiones, que significaban la aprobación de una importante parte del programa de gobierno y de las leyes militares. El 5 de septiembre, éstas fueron presentadas al presidente junto con la velada exigencia de formar un nuevo ministerio. Alessandri envió de inmediato el mensaje al congreso y organizó un nuevo ministerio, designando ministro del interior al general Luis Altamirano⁴⁹, que aparecía con gran autoridad y muy respetado ante la oficialidad. Altamirano, que estaba en el secreto de la conspiración oligárquica contra el presidente, como ministro del interior quedaba en las puertas de la vicepresidencia si Alessandri renunciaba. La oligarquía había colocado sus piezas y aprovechado el impulso de los oficiales jóvenes. Había montado con maestría el golpe de estado del 5 de septiembre de 1924.

El 8 de septiembre, el parlamento aprobó en horas las peticiones de la oficialidad. Al mismo tiempo, el presidente se percató que estaba prisionero de los militares en el instante que la marina de guerra adhiriéndose al movimiento del ejército, exigió la renuncia de Alessandri y la clausura del parlamento. El presidente renunció y Altamirano tomó la vicepresidencia⁵⁰. Acto seguido la Junta Militar, presidida por el general Blanche, acordó que el poder fuera ejercido por una Junta de Gobierno, encabezada por los generales Luis Altamirano y Juan Bennett y el almirante Francisco Neff, en el bien entendido, claramente especificado, que todas las acciones de gobierno debían ser consultadas a la Junta Militar⁵¹. El 12 de septiembre la Junta de Gobierno aceptaba la renuncia del presidente y cerraba el congreso. El golpe de estado se había consumado. La oligarquía pudo cantar victoria por algún tiempo.

Sin embargo, el 11 de septiembre surgieron las divergencias entre

⁴⁷ *Idem.*, pág. 31.

⁴⁸ Rodríguez Mendoza, Emilio: *El Golpe de Estado de 1924*. Ediciones Ercilla. Santiago, 1938. Págs. 201, 202, 203, 204.

⁴⁹ *Idem.*, págs. 253 y siguientes.

⁵⁰ *Idem.*, págs. 264, 265, 266.

⁵¹ Sáez Morales, Carlos: *Recuerdos de un soldado*. *Ob. cit.*, págs. 85, 86, 87.

la Junta de Gobierno y la Junta Militar. Dos documentos se dieron a la publicidad ese día. Uno de la Junta de Gobierno, en que se declaraba provisional y se comprometía a entregar cuanto antes el poder a los civiles; otro, de la Junta Militar, que afirmaba que el objetivo del gobierno era convocar una asamblea constituyente, que redactara la nueva constitución correspondiente al sentir de las mayorías nacionales, esto es, eliminar el régimen parlamentario⁵². El 12 de septiembre, la Junta de Gobierno sin tener en cuenta la opinión de la Junta Militar formó un ministerio con reconocidos hombres de la Unión Nacional⁵³. Quedó claro que el gobierno quería deshacerse de la tutela de la Junta Militar a la cual ya no consideró más en sus decisiones, y que cumplía paso a paso el plan de la Unión Nacional: no innovar en materia de régimen político, llamar a elecciones presidenciales y de parlamento, teniendo la garantía que sus enemigos estaban derrotados y contando con que las fuerzas armadas serían rápidamente neutralizadas a su favor. De este modo retomar tranquilamente el poder.

En estos organismos, el sector reformista mayoritario en el ejército, aparecía en minoría. Frente a ellos, sin base civil, pues la renuncia de Alessandri y la clausura del parlamento les enajenó el apoyo de la Alianza Liberal, un pequeño grupo de oficiales apoyaba al gobierno, se sumaba la marina que tenía la apariencia de un bloque homogéneo, más el poder de la Junta de Gobierno y el apoyo político de la Unión Nacional. Este conjunto daba la impresión de una fuerza civil y militar avasalladora. Funcionando en estas condiciones, el sector reformista, comandado por los mayores Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove, no podía aspirar a imponer las reformas para las cuales conquistaron el poder.

Pero, el sector reformista no dudaba que el gobierno carecía de apoyo efectivo, y así quedó demostrado. El 25 de octubre, día del ejército, en una comida de la Escuela de Caballería junto a los oficiales contrarios a la Junta de Gobierno, asistió una delegación de oficiales de marina. En esa oportunidad el gobierno fue duramente criticado. Se confirmó que la marina no apoyaba totalmente la política del gobierno. Con este antecedente, acordaron disolver la Junta Militar⁵⁴. Además, entre el 25 de octubre y el 13 de noviembre la ofensiva del gobierno se acentuó. No había otra solución para los reformistas, ese organismo no servía de vehículo a sus aspiraciones. Simularon que se retiraban de la política y volvían a sus labores profesionales.

La Junta de Gobierno y la Unión Nacional se creyeron libres para cumplir sus planes. La Unión Nacional se preparó para volver al poder. En la Convención Presidencial del 8 de enero de 1925 designó co-

⁵² Varas Calvo, José M.: *Ibáñez, el Hombre*. Talleres Gráficos «El Imparcial.» Santiago, 1953. Págs. 50-51.

⁵³ *Idem.*, págs. 51, 52.

⁵⁴ *Idem.*, págs. 56, 57, 58.

mo candidato al ultrarreaccionario Ladislao Errázuriz. Secretamente, a su vez, el núcleo más avanzado de la oficialidad reformista organizaba cuidadosamente el golpe de estado.

El 23 de enero de 1925, en una operación incruenta, con el acuerdo de la mayoría de la oficialidad de la guarnición de la capital, un grupo de jefes y subalternos, encabezados por Ibáñez y Grove apresaron a los componentes de la Junta de Gobierno y les obligaron a renunciar. Se constituyó un nuevo poder formado por los generales Pedro Dartnell y Emilio Ortiz Vega. Ese mismo día, Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove, en calidad de jefes del «Movimiento Militar Revolucionario» llamaron a Alessandri para que reasumiera como Presidente Constitucional de Chile⁵⁵.

Pocos días después, la marina era neutralizada y entraba al gobierno con sus representantes. El ejército exigió que el mayor Carlos Ibáñez ocupara el cargo de ministro de la guerra, a fin de garantizar el cumplimiento del programa del 11 de septiembre. Los motivos y finalidades del contragolpe de estado fueron explicados al país en un manifiesto. Señalaron que la Junta de Gobierno establecida el 5 de septiembre de 1924, había desvirtuado y traicionado a las fuerzas armadas y al pueblo; se habían puesto al servicio de la minoría reaccionaria del país y no habían cumplido con convocar a la Asamblea Constituyente. Por eso, el pronunciamiento del 23 de enero se dirigía a restituir al presidente legal, para que convocara a esa asamblea y realizara el programa completo del 11 de septiembre⁵⁶.

La Junta de Gobierno, presidida, ahora, por el civil nacionalista Emilio Bello Codesido e integrada por el general Pedro Dartnell y el contraalmirante Carlos Ward, desde el 23 de enero hasta el 20 de marzo, realizaron una febril actividad. Se aplastó con energía los intentos de conspiración de la Unión Nacional, los puestos claves de las fuerzas armadas fueron ocupados por oficiales adeptos. Se consolidaron las reivindicaciones de los hombres de armas y se realizaron las primeras medidas del programa: se dictaron los decretos-leyes de protección a la industria, de organización de las finanzas, sanidad, vivienda y leyes del trabajo⁵⁷.

El 20 de marzo regresó Alessandri y reasumió la presidencia. El parlamento continuó clausurado. Su retorno implicó un compromiso con los militares: cumplir el manifiesto del 11 de septiembre. La tarea no era fácil, pues se habían producido profundos cambios en la situación política que no eran favorables al gobierno. Había surgido un factor no considerado: la alianza entre la clase obrera y amplios sectores de las clases medias, impulsadas por el partido comunista, en torno

⁵⁵ Charlin, Carlos: *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Ob. cit., págs. 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74.

⁵⁶ Würth Rojas, Ernesto: *Ibáñez, caudillo enigmático*. Ob. cit., págs. 86, 87.

⁵⁷ Bello Codesido, Emilio: *Recuerdos Políticos*. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1954. Págs. 97 y siguientes.

de la Federación Obrera de Chile. Esta alianza, forjada a través de una aguda lucha reivindicativa, llegaba a ser una alternativa de poder político. El Comité Obrero Nacional, que dirigía las luchas de los trabajadores desde fines de 1924 —agrupando a obreros, empleados, estudiantes, personalidades políticas e intelectuales— apoyando el golpe del 23 de enero, hizo suyo el manifiesto del 11 de septiembre con objetivos más avanzados que los de la oficialidad reformista. La Asamblea Constituyente de Obreros e Intelectuales, del 7 al 11 de marzo, organizada por el Comité Obrero, propuso los fundamentos de una nueva constitución de carácter socialista. Oponiéndose al parlamentarismo y al presidencialismo reclamaban una organización federal que facilitara la participación, en la dirección política del país, a los trabajadores organizados, manuales e intelectuales; pedían la reforma agraria, la socialización de los medios productivos; la intervención del estado en la economía; y, garantizar la vida y el desarrollo integral de la persona⁵⁸.

Para la burguesía emergente y la oligarquía, ésto era el comunismo y la revolución. La Unión Nacional se reagrupó, en cambio la Alianza Liberal se extinguió desplazando sus fuerzas a la derecha. El Partido Radical impulsó un nuevo bloque político con la Unión Nacional, y opuesto al bloque obrero y a los militares. En su Convención Nacional del 10 de abril planteó el Frente Civil Unico, en alianza con los partidos de «orden», contra el militarismo y el extremismo comunista; se manifestó contra el régimen presidencial propiciando la vuelta a un parlamentarismo reformado⁵⁹.

Los oficiales reformistas, con el apoyo de un selecto núcleo de civiles nacionalistas, eran la fuerza decisiva. Querían realizar su programa de transformaciones económicas, sociales y políticas que aplacara las exigencias del bloque obrero, y rompiera definitivamente el poder de la oligarquía. Esto, en interés del desarrollo de la nación, vale decir, del capitalismo moderno y autónomo. El primer paso era imponer una constitución presidencialista, que legitimara su proyecto político. Podían hacer su voluntad, pues estaban con la fuerza de las armas.

En este punto, conociendo los oficiales las posiciones de los dos bloques políticos, comprendieron que llamar a elecciones libres de representantes para la Asamblea Constituyente los llevaría a la derrota, pues no contaban con fuerzas civiles organizadas como las del Frente Civil Unico y de la Federación Obrera. Veían, también, que en medio de la lucha electoral se podía revitalizar la oposición que aún existía dentro de las fuerzas armadas, y eso era la división en su propio campo.

⁵⁸ Diario *La Justicia* de Santiago. N.º 1426 del 14 de marzo de 1924. Acuerdos de la Convención Constituyente.

⁵⁹ Palma Zúñiga, Luis: *Historia del Partido Radical*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1967. Págs. 155, 156, 157, 158.

Pesando estas consideraciones, Alessandri el 4 de abril, anunció la creación de una Asambee Consultiva con el objeto de dictar la nueva constitución, renunciando a la elección popular de una Asamblea Constituyente. Este organismo se integraría con delegados designados por el presidente, con lo cual se podía manipular una mayoría favorable. En efecto, Alessandri nombró entre abril y julio, los componentes del referido organismo, más los representantes de las fuerzas armadas, el Inspector en jefe del ejército, general Mariano Navarrete, el capitán Oscar Fenner, y el almirante Juan Schroeder⁶⁰. Aparentemente, participaban libremente todas las fuerzas políticas y personalidades independientes, incluso hubo siete comunistas, pero lo real era la mayoría afecta al presidente y las posiciones de los militares.

El 22 de julio de 1925, se presentó el proyecto de constitución en la gran Asamblea Consultiva para su aprobación definitiva. En él, se eliminaba el régimen parlamentario consagrando el sistema presidencial de gobierno. Al Presidente de la República se le confía la administración y gobierno del Estado, el mantenimiento del orden público y la seguridad exterior; puede convocar al parlamento a sesiones extraordinarias, para discutir sólo las medidas que proponga; nombrar los jueces, empleados públicos y militares; es elegido, ahora, por votación directa. Facultades todas destinadas a realizar el rol intervencionista del Estado en lo económico y social. En efecto, en el artículo 10, N.º 14, la Constitución asegura «La protección del trabajo, a la industria y a las obras de previsión social...» y en el N.º 10, párrafo 3.º, que «El ejercicio del derecho de propiedad está sometido a las limitaciones o reglas que exijan el mantenimiento y el progreso del orden social, y, en tal sentido, podrá la ley imponerle obligaciones o servidumbres de utilidad pública...» Al mismo tiempo garantizaba amplios derechos democráticos e individuales, junto con la separación de la Iglesia Católica del Estado⁶¹. La amplitud de estas disposiciones constitucionales abría paso a las grandes transformaciones democrático-burguesas, garantizando el poder necesario para la ejecución del largamente esperado programa nacionalista.

La oposición se preparó para objetar el proyecto. También la oficialidad para defenderlo. El 20 de julio, el general Navarrete citó a los jefes de la guarnición de la capital, y les pidió una definición frente al proyecto constitucional y de su conducta en el caso de que los «políticos» resistieran la aprobación. Todos los oficiales manifestaron que el proyecto debía ser aprobado y que lo defenderían en cualquier caso⁶². En la reunión de la Asamblea Consultiva del 22 de julio, sectores de radicales y conservadores, se esforzaron por rechazarlo señalando

⁶⁰ Donoso, Ricardo: *Alessandri, agitador y demoleedor*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1952. Tomo 1. Págs. 416 y siguientes.

⁶¹ Constitución Política de la República de Chile. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952. Artículo 10, capítulos IV y V.

⁶² Sáez Morales, Carlos: *Recuerdos de un soldado*. Ob. cit. Tomo II, págs. 13.

que el régimen presidencial era la dictadura legal, y que la vuelta al régimen parlamentario modificado era la única garantía de democracia⁶³. Al día siguiente, el general Navarrete habló en nombre de las fuerzas armadas y colocó la espada en la balanza. Dijo: «Los dirigentes de los diversos partidos políticos en que está dividida la opinión pública deben aprender, en esta ocasión, las múltiples lecciones objetivas que han recibido desde el 5 de septiembre hasta el día de hoy. De ellas deben deducir lo que el país quiere, como asimismo inclinarse respetuosos ante su voluntad soberana, pues de otro modo tendremos a corto plazo que hacer, bajo la presión de la fuerza, las reformas que, en representación del pueblo, ha reclamado de modo tan significativo el elemento joven del ejército»⁶⁴. El problema quedó resuelto y no hubo más discusión. En pocas horas todos votaron favorablemente. El 30 de agosto se llamó a un plebiscito nacional para su aprobación y el 18 de septiembre de 1925, fue promulgada solemnemente la nueva Constitución Política de Chile. La dictadura militar impuesta el 23 de enero, por la oficialidad joven, había roto el poder político de la oligarquía y consolidado la primera fase de las transformaciones democrático-burguesas, jugando en este sentido un importante rol progresista en el desarrollo histórico de Chile.

⁶³ Alessandri Palma, Arturo: *Recuerdos de Gobierno*. Tomo 11. *Ob. cit.*, pág. 17.

⁶⁴ Sáez Morales, Carlos: *Idem.*, pág. 17.



ASI ES

Orígenes del socialismo chileno

*(Fermín Vivaceta y el mutualismo
en la segunda mitad del siglo XIX)*

EDUARDO DEVES VALDES

El objetivo consiste en estudiar los conceptos fundamentales a partir de los cuales se estructura el discurso mutualista de la segunda mitad del XIX. No solamente determinar las palabras principales sino que llegar también a comprender el significado específico que en ese discurso se les otorga, además de la dimensión que ellas adquieren por relación a una práctica determinada. Es decir, se trata de mostrar cómo «asociación», «trabajo», «ahorro», «protección a la industria» y otros conceptos se van perfilando y articulando para constituir un discurso; se trata asimismo de clarificar el significado de tales palabras en este discurso particular, puesto que son términos constitutivos también de otros discursos posibles; se trata, por último, de ligar el uso de dichas palabras, de sus significaciones y de sus articulaciones con una práctica específica de la cual ellas mismas son parte: conciencia y portavoz. Hay una cuestión totalizante que engloba el conjunto de estas preguntas y es el problema de la identidad: qué es, cómo es el discurso mutualista y el movimiento que lo profiere, cosa que será abordada por relación a otras manifestaciones del pensamiento (y de la práctica) chileno o latinoamericano.

Eduardo Devés es profesor de filosofía e historiador. Autor de *Escritos de prensa, de Recabarren* (con Ximena Cruzat), *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Santa María de Iquique, 1907*, y otros títulos.

Algunos conceptos fundamentales

Asociación

«Asociación» es el concepto clave de la conferencia de Fermín Vivaceta sobre unidad y fraternidad de los trabajadores, dictada en Valparaíso en 1877. Es clave pues organiza el discurso constituyéndose en la propuesta fundamental; esto quiere decir que es el pilar central de su pensamiento, concepto en el cual confluyen y desde el cual se proyectan los razonamientos en el nivel teórico y las acciones en el nivel de la práctica.

La idea de asociación está relacionada con muchas otras, una de ellas es la independencia de los artesanos como clase o como grupo, en la medida que por la asociación los trabajadores, por ellos mismos, podrán salvarse de la triste condición que los sujeta. Por esto mismo, asociación está ligada a «ahorro», que es uno de los medios privilegiados que posee el obrero para llegar a su bienestar y se opone, en consecuencia, a «caridad», humillante institución que degrada. Asimismo, la asociación, en la medida que posibilita el ahorro y hace innecesaria la caridad, por una parte, mejora las condiciones materiales y por otro lado, mejora la moralidad aumentando la dignidad del trabajador.

La asociación proporciona a los trabajadores toda una suerte de beneficios, en la medida en que las organizaciones se educan y se moralizan, además de aunar esfuerzos, para llevar a cabo una serie de iniciativas que favorecen sus intereses, como son, por ejemplo, las cooperativas. Estas contribuyen al ahorro, dan trabajo, socorren mutuamente y mejoran las condiciones de vida en general. Asimismo, al aumentar los puestos de trabajo, las asociaciones cooperativas actúan contra la ociosidad, cosa esta última que se encuentra cercanamente relacionada con la desmoralización y la deshonra y consecuentemente, con el vicio. La unión es, por lo tanto, «la gran medida que la clase obrera de Chile debe adoptar para conseguir el triunfo de sus aspiraciones, protección de sus industrias, y junto con esta protección obtener también el bienestar material de que hoy carece»¹.

Más en general, la asociación es una práctica en defensa de los pobres; defensa respecto de todos sus enemigos y particularmente de quienes los explotan. Ello especialmente, porque la asociación permite que los frutos del esfuerzo trabajador queden en manos del trabajador mismo y pueda éste usarlos en su propio beneficio, en vez que ese ahorro vaya a parar a manos de los grandes banqueros. En cuanto esto ocurra, no serán ya los trabajadores pasto de los usureros, quienes «sabeorean el pan amasado con lágrimas de los hijos de los pobres trabajadores»². Pero no es sólo armamento para defenderse de los

¹ *La Razón*, Santiago, 20-8-84.

² Fermín Vivaceta, *Unión y fraternidad de los trabajadores*, Valparaíso, 1877, pág. 20.

usurpadores, sino que va a defender también al país de diversas plagas; así, confirma Vivaceta, «la asociación será para los obreros armamento poderoso para dar a nuestra patria los triunfos del trabajo que engrandece a las naciones y que gozan de la dulce paz bienhechora después de los sangrientos combates que ha costado su independencia»³.

Desde otro punto de vista, es también la asociación la que permite vivir una vida cabalmente humana, superando el individualismo auto-destructor y egoísta y asimismo, posibilitando la realización de una sociedad donde se lleven a cabo los principios de igualdad, libertad y fraternidad. Por la asociación, precisamente, el trabajador, en un estado degradado, se superará, realizándose como hombre y como ciudadano, haciendo de Chile un país cabalmente republicano.

Instrucción

La instrucción es uno de los dos o tres objetivos más importantes que pregonan las organizaciones mutuales. No hay documento en que no se estampe que han sido creadas para «propender a la instrucción de los hijos del pueblo»⁴, para «procurar entre los socios la instrucción»⁵; para «fomentar la instrucción de los asociados»⁶, para «cultivar la instrucción de nuestra clase obrera (que) es otra de las grandes necesidades que las asociaciones cooperativas han de procurar»⁷.

¿Qué significa instrucción en este contexto?

«Instrucción» es un concepto importante para estudiar el pensamiento del artesanado, pues posee una significación muy precisa y que permite distinguirlo con nitidez del uso que hacen otros del mismo término, por ejemplo, L. E. Recabarren. La instrucción para el artesano, grupo compuesto o liderizado por pequeños industriales (sector más activo, capaz o preparado intelectualmente) y por tipógrafos, es fundamentalmente la enseñanza técnica. En Recabarren, instrucción significa sobre todo crecimiento de la conciencia política y adopción de una visión del mundo determinada; se trata en forma principal de educarse en derechos y deberes, abandonar ideas y aceptar otras, mucho más que aprender procedimientos o incorporar información, por eso la conferencia y la prensa juegan un rol mayor que la escuela. No ocurre lo mismo con los artesanos de 1860 ó 1880, quienes para mejorar sus productos, para competir con las manufacturas importadas, para aumentar sus ingresos requieren esencialmente de aumento de conocimientos «útiles»; instrucción es así, de manera principal, perfeccionamiento laboral, lo que no significa obviamente que la cultura

³ *Ibid.*

⁴ *El Artesano*, Talca, 11-11-1866.

⁵ Estatutos de la Asociación de Artesanos de Valparaíso, 1911.

⁶ Estatutos de la Asociación de Artesanos. *La Voz de Chile*, Santiago, 19-4-1862.

⁷ Vivaceta, *op. cit.*, pág. 26.

política o humanística se excluya. No recuerdo texto de Recabarren en que diga que el trabajador debe perfeccionarse en tanto que tal, ello incluso podría ser sospechoso de servilismo, de hacerle mejor el trabajo al patrón, de colaborarle al capitalista y, en tal sentido, parecería que todo perfeccionamiento profesional debería ser posterior a la revolución social. Con los artesanos, lo repetimos, ocurre algo distinto, opuesto: su trabajo es para ellos y no para otro; además, necesitan justificarse tanto grupal como individualmente en cuanto personas cultas, como hombres preparados para afrontar responsabilidades técnicas y sociales; necesitan, asimismo, ser y demostrar que son capaces de asumir las nuevas exigencias de la evolución económica y de las costumbres de la segunda mitad del siglo XIX, demostrando, de este modo, que ni la importación de cuadros técnicos ni de productos elaborados es necesaria.

Por las razones señaladas, lo que se requiere es una instrucción útil: cursos de dibujo lineal, geometría, química, física, mecánica, pintura, aunque también: aritmética, geometría, caligrafía. Por cierto, el estudio de todas estas materias no tiene por finalidad orientarse a la investigación ni a la erudición sino sobre todo a la actividad laboral cotidiana, por lo cual «en la enseñanza de estos ramos se evitará cuanto sea posible al estudio, debiendo aplicarse los métodos prácticos, sin perjuicio de aquellas teorías indispensables»⁸.

En este mismo sentido abundó Manuel Hidalgo⁹ en un interesante artículo publicado en 1884. Sostiene, quien fuera presidente de la Sociedad de Artesanos la Unión, que «sin disminuir en nada la importancia que las artes liberales y las ciencias prestan a la sociedad, no dejaremos de señalar a las industrias, como el elemento más moralizador de las masas, como la palanca poderosa que desentraña de la naturaleza los recursos materiales que nos proporcionan comodidades, riqueza, economía de tiempo y fuerza». Es en consecuencia, que «la enseñanza profesional, unida a la protección que los gobernantes *tienen el deber* de dispensar a las industrias del país, podrá convertir nuestros pueblos en talleres y fábricas industriales que llevan al más alto grado nuestro progreso moral y material». La educación ha dejado así de ser un beneficio únicamente para quien la recibe, como forma de crecimiento personal o como medio para trabajar mejor y mejor ganarse la vida, pasando a ser un programa nacional, palanca del bien general. Dice Hidalgo, puesto que «la riqueza de las naciones no proviene de una manera positiva sino del fomento de toda industria, siempre estaremos necesitados de industriales de esta inteligencia que con el buril, el martillo, la tijera o el pincel realizan los prodigios que admira el mundo». Es en consecuencia que deben crearse «en las capita-

⁸ Reglamento de la escuela de la Sociedad Unión de Artesanos. *La Voz de Chile*, Santiago, 22-9-1862.

⁹ No es éste quien fuere posteriormente diputado y senador.

les de provincia una escuela de artes y oficios y en los departamentos escuelas-talleres, ordénese la enseñanza profesional en el establecimiento primario»¹⁰.

Es digno de mencionarse, por otro lado, cómo este afán por reivindicar la educación profesional y exaltar la actividad industrial conlleva en los artesanos y pequeños industriales un afán muy manifiesto de «incorporación» a las élites e incluso cierta dosis de arribismo. Diversos artículos de los reglamentos que hemos citado transparentan ese carácter cosa que no deja de manifestar alguna tensión con el deseo de autonomía e identidad propia, que también buscan las sociedades de artesanos. Con relación a la mencionada incorporación son destacables algunas directivas estampadas: «los alumnos asistirán diariamente a sus clases a la hora señalada presentándose con el mayor aseo posible, en proporción a las facultades de cada uno»; «obedeciendo con buenas maneras a las órdenes de sus profesores e instructores»; «al entrar los alumnos en el salón saludarán a sus profesores, a fin de guardar aquellas atenciones de educación que impone la buena sociedad»; «para manifestar por este acto de política (el ponerse de pie) las buenas maneras que debe usar siempre el artesano educado»^{11, 12}.

Como se ha demostrado, la educación del artesano está muy ligada a las maneras, los comportamientos, la buena crianza y las normas de cortesía; está muy ligada también a algo más vasto y tal vez más importante como es la «moralidad». A este respecto, dicen los mismos reglamentos que, «teniendo por objeto la escuela la instrucción y la moralidad de sus alumnos, si alguno se presentara desgraciadamente ebrio será despedido en el acto»¹³; «si algún alumno sustrae algún objeto de la escuela, será expulsado de ella»¹⁴; «este premio (un diploma) será de *Moralidad* y lo obtendrán los alumnos que observen mejor conducta y sean más asistentes al establecimiento (...) y habrá entre ellos (los premios) un *gran premio de Moralidad* que lo obten-

¹⁰ *La Razón*, Santiago, 3-5-1884.

¹¹ Reglamento citado, *La Voz de Chile*, 22-9-1862.

¹² Es interesante señalar, a este respecto, cómo el periódico *El Artesano*, editado en Santiago en el año 1896, «Periódico didáctico ilustrado de letras, artes e industrias», confirma las ideas que esbozamos, aunque no es órgano oficial de ninguna sociedad mutual. El afán del periódico (suerte de revista ilustrada de 20 a 50 páginas) es «el mejoramiento indefinido de todos nuestros obreros de ambos sexos mediante su instrucción teórica, práctica y paulatina en las respectivas artes y oficios que hayan abrazado». Y en este afán no solamente reproduce artículos e ilustraciones explicativos sobre corte y confección, dibujo lineal y otras cosas, sino que además incluye informaciones útiles, datos históricos curiosos y hasta extractos del manual de Carreño, pues «no estando reñidos con las artes mecánicas los deberes morales del hombre, ni las reglas de *urbanidad* y buenas maneras, obsequiaremos de vez en cuando algunos extractos de la célebre obra de don M. A. Carreño, que es sin duda el tratado más perfecto que se conoce en castellano sobre tan importante materia».

¹³ Reglamento citado, artículo 22.

¹⁴ Artículo 23.

drá el alumno que presente mayor número de premios obtenidos mensualmente»¹⁵.

Moralidad

Se dice en un artículo aparecido en *El Artesano* de Talca el 15-2-1871 que «la moralidad es el conjunto de las virtudes privadas del individuo que tienen su asiento, digámoslo así, en el sano hogar y en la intimidad de las relaciones personales pero que imprimen un sello característico a todas las acciones del hombre».

Las sociedades mutuales generalmente desean hacer hombres morales y probos, lo que se dejó claro en los estatutos. La Sociedad Federico Stuyen de Valparaíso estipula que «el objetivo de la sociedad es. 1. Crear una caja de ahorro destinada al socorro de los asociados. 2. Fomentar la moralidad e instrucción de los asociados»¹⁶. Prácticamente lo mismo se declara en los estatutos de la Asociación de Artesanos de Valparaíso, allí se dice que ésta «tendrá por objeto el socorro mutuo de los socios, procurar entre ellos la instrucción, la moralidad y bienestar de modo que puedan cooperar eficazmente al bien público»¹⁷. Esto es reafirmado más adelante cuando se señala que «toda persona admitida a formar parte de la asociación, deberá prometer al presidente bajo su palabra de honor, observar los estatutos y reglamentos, y conducirse como buen ciudadano, ni jugar ninguna clase de juegos de azar, ni permitir en su casa tan pernicioso vicio»¹⁸.

Por cierto, esta aproximación ética comporta dos dimensiones: diagnóstico y proyecto. Tanto la realidad presente como el proyecto de sociedad se conceptualizan en dichos términos. Así, por ejemplo, puede afirmarse describiendo la clase obrera chilena que «son muy contados los artesanos trabajadores y honrados», y esto ocurre «porque falta la moralidad entre ellos, falta la pureza de costumbres, falta el hábito de sobriedad y de la virtud práctica que sofrena las pasiones y mata el vicio»¹⁹. Asimismo, se postula el remedio a estos males o el proyecto de transformación en los mismos términos: «la moralidad, antes que la instrucción, antes que el talento y antes que toda otra cualidad, trae inmensos bienes para el individuo, para la familia y para la sociedad y para la nación en general; respecto de la sociedad, del pueblo —la moralidad— trae necesariamente paz, los principios de orden, progreso, libertad bien entendidos y en general, todos los elementos de la prosperidad pública»²⁰. Y todavía para mayor abundamiento otro texto reafirma esta perspectiva: «He aquí dos caminos

¹⁵ Artículo 36.

¹⁶ Estatutos de la Sociedad Federico Stuyen, Imprenta del Pueblo, Valparaíso, 1886, pág. 5.

¹⁷ Imprenta de Julio Neuling, Valparaíso, 1911, pág. 3.

¹⁸ *Ibid.*, págs. 4-5.

¹⁹ *El Artesano*, Talca, 15-2-1871.

²⁰ *El Artesano*, Talca, 11-2-1871.

trazados (el del trabajo y el de la pereza). El uno es llano y cubierto de flores, el otro escabroso y sembrado de agudas y punzantes espinas. Los que abriguéis en vuestro pecho los principios de una sana moral, solidez de pensamientos cultivados por la instrucción y un alma elevada y virtuosa, caminarán sin duda por el primero. Predicad a los idólatras de la pereza el evangelio de la honradez y del trabajo»²¹.

Evidentemente coexiste con el discurso moralista otro que podemos llamar de corte «utilitario» y se fundamenta no en la idea del buen comportamiento sino en la defensa del interés. Este tipo de discurso responde a una cosmovisión distinta en la cual entran en juego otros elementos; ello es verdadero, sin embargo, tanto un discurso como otro apuntan a legitimar y a explicar la organización mutualista. Uno la justifica como causa y efecto de la moralidad, el otro como causa y efecto del sentido práctico, de defensa de los propios intereses de los asociados, y en múltiples oportunidades, o en todas, entran en simbiosis para reforzarse mutuamente en su finalidad fundamental.

Según Fermín Vivaceta, el sentido de la asociación de los trabajadores es, entre otras cosas, realizar un «plan de batalla contra la miseria»²²; y confirma esto mismo diciendo que, de lo que se trata, especialmente con las cooperativas, es de «impedir el creciente estado de atraso y pobreza que se hace sentir entre muchos trabajadores»²³. Con esta clase de organizaciones todos «se prestan mutuos servicios y acrecientan su fortuna»²⁴.

Las aseveraciones de Vivaceta se originan en un análisis de la sociedad y, en particular, de las condiciones económicas que a los artesanos está tocando vivir. Sostiene que «han transcurrido meses y años que una crisis general hace disminuir toda clase de negociaciones industriales y mercantiles, que refluyen en la paralización de fábricas, talleres y toda clase de trabajos que son el único recurso para la subsistencia del pueblo obrero»²⁵. Ante este diagnóstico se pregunta, dentro del mismo tipo de racionalidad, «qué arbitrios podemos adoptar para mejorar la condición de los trabajadores»²⁶. De este modo es que se postula la asociación de los trabajadores y en particular, bajo la forma de cooperativas, como la mejor solución para la crisis económica que produce desocupación y miseria.

Protección a la industria nacional

Es en el marco de este discurso que estamos llamando «utilitario» que aparece la reivindicación de la «protección a la industria nacional».

²¹ *Ibid.*

²² F. Vivaceta, *Unión y Fraternidad de los trabajadores*, op. cit., pág. IV.

²³ *Ibid.*, pág. 1.

²⁴ *Ibid.*, pág. 2.

²⁵ *Ibid.*, pág. 3.

²⁶ *Ibid.*, págs. 3-4.

Es éste, como todos los otros por lo demás, un concepto multívoco. Los artesanos carecen de una identidad suficientemente definida como para formular un discurso muy preciso. Su inteligencia, por lo demás, es pobre e incipiente. El concepto pareciera oscilar entre la defensa pura y simple de los intereses propios, a partir de los cuales sería obvio sostener el proteccionismo, con la adopción de los principios de liberalismo económico (entendido como la libertad más cabal) que son de buen tono en la época y que nadie, sin pecar de excéntrico, podría permitirse rebatir.

El periódico *El Artesano* de Talca, afirma: «no hemos encontrado otra palabra más adecuada que la *protección de la industria* para formular nuestro deseo que a las clases obreras del país se les proporcione un vasto campo de acción y todas las franquicias y facilidades posibles para el mejoramiento moral y material de sus respectivos oficios e industrias; prestando asimismo todas las garantías y libertades necesarias a las diversas asociaciones de aquel género»²⁷. Ahora bien, no se llega en el periódico a plantear el «proteccionismo», pues sería «inaceptable este principio para los que desean el bien común y general de la nación, desde que esa clase de protección se convertiría en beneficio de unos pocos con perjuicio de los más»²⁸. Pero incluso, a pesar del carácter ético de la objeción que señalan, van a ubicar el asunto desde el punto de vista de la clase a que pertenecen o, más en general, desde el punto de vista de los no favorecidos de la sociedad: «para nosotros (la protección a la industria) sería la manera de hacer esa libertad (que es el todo para la prosperidad del individuo y de las naciones) *práctica* en toda su extensión por lo que respecta al punto de que nos ocupamos, el más importante y principal para nosotros»²⁹. Esto se concreta entonces en el «fomento de la riqueza de nuestro país, promoviendo el *incremento y la planteación* de todo aquello que tienda a desarrollar los grandes intereses de la nación»³⁰.

El discurso «moralista» y el discurso «utilitario», si bien en ocasiones guardan sus respectivas autonomías, también en muchas oportunidades se unifican. Para el mutualista la moralidad y el interés se transforman en un solo todo. Esta unificación se realiza teóricamente al destacar, por una parte, que el artesano moralizado tiene más posibilidades de progresar y, por otra, al relacionar los progresos del artesano con los del país. Vivaceta realiza esta unificación en textos como el que sigue: «nos ligan deberes para con nuestra patria, deberes para con nuestros semejantes; nos ligan deberes para con nosotros mismos; y con toda la energía que anima a los hombre honrados, procuremos unir los esfuerzos de todos los trabajadores para evitar que tan infeliz

²⁷ *El Artesano*, Talca, 9-3-1867.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *El Artesano*, Talca, 9-3-1869.

³⁰ *Ibid.*

estado pueda llegar a manchar la bien merecida reputación de nuestra joven y rica República de Chile»³¹. Más explícito a este respecto es Liberato, quien escribe desde Llico para *El Artesano* de Talca un artículo sobre «Igualdad, democracia, industria». Moralidad e interés se hallan en dicho artículo organizados con mucha fuerza. Afirma Liberato: «El hombre honrado que se dedica al trabajo con constancia no puede cosechar sino buenos frutos. El trabajo es una virtud, no importa la clase de trabajo a que se consagre. La prosperidad de los pueblos es debida al trabajo; a la ociosidad la decadencia, la ruina, la desunión de las sociedades. Formemos hombres para el trabajo más bien que hombres para la guerra. Encárguense los gobiernos de la moralidad pública, de la instrucción del pueblo que dirigen, entonces habrá buenos ciudadanos»³².

Pero la obra teórica del mutualismo y de su líder máximo no queda allí. Yendo más allá en su reflexión Vivaceta transforma la «asociación», realidad donde confluyen y desde donde emergen moralidad e interés (individual y colectivo), en un concepto con carácter antropológico. Esto ocurre pues se concibe la asociación como la realizadora (nuevamente: la que genera y expresa) de la humanidad: el hombre aislado es menos hombre que el hombre asociado. Dice que «la asociación comunica a los hombres el vigor viril y la fuerza moral para sobreponerse a las dificultades»³³, y va más allá cuando afirma que «la asociación es una de las necesidades de la especie humana, que sólo ella puede proporcionar al hombre los recursos para suplir la debilidad de su naturaleza»³⁴.

La perspectiva antropológica se complementa con una filosofía política coherente. Sostiene que «desde que en nuestro país se puso en práctica el espíritu de asociación, los pueblos y los ciudadanos principiaron a conocer la realidad de la influencia benéfica y civilizadora de la vida republicana»³⁵ y es en razón de tal análisis que considera al «derecho de asociación como la más preciosa joya del sistema republicano»³⁶.

Hitos en la organización de los artesanos

1853 es el año que marca el inicio del mutualismo en Chile. En ese año se funda en Santiago la Sociedad de Tipógrafos, que intentó llevar por primera vez a la práctica los principios mutualistas. En 1855 se fundó en Valparaíso igualmente una sociedad de tipógrafos, pero

³¹ F. Vivaceta, *op. cit.*, pág. 6.

³² *El Artesano*, Talca, 18-11-1866.

³³ F. Vivaceta, *op. cit.*, pág. 6.

³⁴ *Ibid.*, pág. 7.

³⁵ F. Vivaceta, *ibid.*, pág. 8.

³⁶ *Ibid.*

los principios del mutualismo no fueron definitivamente confirmados sino hasta 1862, con la creación de la Sociedad Unión de Artesanos, en la capital.

1853 marca una frontera respecto a las anteriores organizaciones de artesanos que habían existido en el país. Tanto aquellas aparecidas en 1829 como las que se crearon en 1846, e incluso la Sociedad de la Igualdad, tuvieron como distintivo el ser fundadas con finalidades eminentemente políticas y, más aún, haber sido promovidas por personas más bien no pertenecientes a la clase artesanal, gente que buscaba sobre todo una caja de resonancia para la acción política y para las candidaturas respectivas.

Ahora bien, el que en 1853 haya aparecido la primera sociedad de artesanos con carácter mutualista, y el que a partir de esa fecha dicho carácter se haya hecho dominante, no significa que las otras sociedades, las fundadas con finalidad política, hayan desaparecido. En 1862, por ejemplo, se dio origen a la Sociedad de Artesanos «La Fraternidad», en cuyos estatutos se declaraba: «Art. 1. Se funda una sociedad democrática con el nombre de “La Fraternidad”; art. 2. Uno de los principales objetos de esta sociedad, es trabajar por la reforma de la Constitución Política de 1833»³⁷. El mismo periódico, *La Voz de Chile*, que transcribía esos estatutos, traía en otro de sus números un artículo donde se señalaba: «esta asociación cuyos miembros son, en su mayor parte, artesanos, ha debido su origen a las restricciones del derecho de sufragio, establecidas por la ley montt-varista que nos rige. El pueblo obrero no se resigna a una exclusión injusta y oligárquica»³⁸. Dicho texto era firmado por Isidoro Errázuriz.

Sin embargo, aunque continúen subsistiendo sociedades de artesanos de corte político contingente, la segunda mitad del siglo XIX está claramente marcada por agrupaciones de artesanos que se reúnen esencialmente con objetivos de apoyo mutuo, de instrucción y de ahorro, y que además excluyen explícitamente de sus actividades la participación como instituciones en la política del país, así como también excluyen de los temarios de sus reuniones las cuestiones de política y religión. Esta explícita declaración de apoliticismo no significa, por otra parte, que no se identifiquen con el sistema republicano, que no hablen de democracia³⁹ o que no incorporen entre sus postulados la lucha contra el cohecho; aunque esto último no tanto como hecho político sino sobre todo como cuestión moral, pues no les preocupa primordialmente como vicio del sistema electoral sino como defecto de las personas y así un asociado que venda su voto, en el caso de pertenecer a Artesanos La Unión, por ejemplo, tendrá que soportar que

³⁷ *La Voz de Chile*, Santiago, 5-12-1862.

³⁸ *Ibid.*, 10-12-1862.

³⁹ Dice un texto de *La Razón*, periódico de Santiago, del 20-8-1884: «El poder de las clases trabajadoras, estando unidas bajo un solo y único programa, sería de tal naturaleza que vendría a realizar en Chile la verdadera fórmula del gobierno democrático».

su nombre aparezca afichado durante un mes en los muros de la sede social⁴⁰.

Pero esto de la marginación de las preocupaciones políticas y religiosas, si bien es algo marcante al comienzo del periodo que estudiamos, así como van avanzando los años y se van asegurando las libertades públicas, van desapareciendo en el seno de las organizaciones algunas opiniones. Se produce una identificación con el radicalismo y luego con el partido demócrata: en ambos casos hay mayor presencia de la problemática política en sus publicaciones y una cruda propaganda antirreligiosa —o más bien anticlerical— se hace presente.

Sin embargo, esto último debe también ser matizado, pues, en la medida que así como la parte más dinámica del artesanado va realizando la evolución que señalamos, paralelamente comienzan a surgir sociedades mutuales de orientación confesional católica, como la de artesanos de la parroquia de Santa Ana. Por cierto, los postulados políticos y doctrinarios de estas nuevas asociaciones van a ser opuestos a los de la sociedad de artesanos de Talca, por ejemplo, una de las que poseía mayor desarrollo político e ideológico hacia 1870, como lo prueba su periódico *El Artesano*, editado en la ciudad del Maule durante esos años.

Diagnóstico

Parece relevante detenerse mayormente en el diagnóstico de la realidad que llevan a cabo los artesanos organizados de la segunda mitad del XIX y de las causas que según ellos explican la situación en que se encuentran.

De forma parecida a lo que años más tarde haría Recabarren en su conocida obra *Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana*, Fermín Vivaceta realiza también un análisis del periodo que va corrido entre 1810 y 1877 en que escribe. Dice el líder mutualista que «tres cuartos de siglo han transcurrido en el pleno goce de la libertad política de nuestro país, sin que esa libertad tenga la menor influencia para cambiar las costumbres y las preocupaciones que existían en la época del dominio español»⁴¹. Esta degradada condición la especifica por relación a tres elementos: la libertad, la igualdad y la fraternidad; trilogía que por cierto no es casual y no hace si no mostrarnos los puntos de referencia en relación a los cuales piensa Vivaceta. Según él, los trabajadores entienden la libertad como aislamiento individual, para que nadie intervenga en sus desarreglos⁴²; la igualdad,

⁴⁰ «Si un socio enajenase su derecho ciudadano por interés pecuniario, se fijará su nombre por un mes en la pizarra de la Sociedad, expresando la causa» (art. 170).

⁴¹ Fermín Vivaceta, *Unión y fraternidad de los trabajadores*, Valparaíso, 1877, pág. 9.

⁴² *Ibid.*, pág. 9.

a pesar que a los obreros «nos complace, porque es palabra simpática a nuestro oídos», en realidad no existe si no más bien «un antagonismo muy personal entre los obreros»⁴³; la fraternidad, por último, «no existe de ninguna manera, pues somos indolentes a la protección mutua»⁴⁴.

Los trabajadores, según Vivaceta, continúan en medio de las costumbres que les impuso la Colonia, esto es, el «sistema separatista entre los obreros», uno de los objetivos de la «alta política española» que permanentemente trataba de «evitar que los plebeyos pudieran pensar en sus intereses civiles ni materiales». En otras palabras, hace una analogía entre la emancipación nacional y la específica de la clase obrera: ésta, junto a todos los chilenos, se encontraba encadenada a la metrópoli y ha llevado a cabo su primera emancipación. Pero quedan todavía otras cadenas de que liberarse, y al parecer la más importante es la indiferencia de los obreros para asociarse: el aislamiento, la separación, la desunión, la ausencia de fraternidad. Y ésto es así a pesar que cuentan con todas las condiciones básicas para superar dicha situación, pues, «por defectuosas que parezcan a nuestra clase obrera las instituciones que nos rigen, ellas son bastante liberales y a propósito para admitir las asociaciones cooperativas que como cualquier otra de las asociaciones económicas y mercantiles, tenemos perfecto derecho para establecerlas»⁴⁵.

Por otra parte, y ya hemos señalado algo a este respecto, la triste situación en que se hallan los trabajadores débese a razones económicas. Fuera del problema «cultural» que significa la poca conciencia o la poca voluntad de la clase trabajadora chilena, existe también el problema de las «crisis económicas que la conciencia ha inventado para hacer morir de hambre a las familias de los obreros»⁴⁶. Estas crisis hacen a Vivaceta caracterizar los momentos en que escribe como tiempo de «penosos acontecimientos»⁴⁷, tiempos en que cada vez más disminuye «toda clase de negociaciones industriales y mercantiles que refluían en la paralización de fábricas, talleres y toda clase de trabajos que son el único recurso para la subsistencia del pueblo obrero»⁴⁸.

Es destacable que quince años antes, en 1862, en textos, es cierto, mucho menos elaborados, Vivaceta coincidía con este mismo diagnóstico. Fundamenta la creación de la sociedad de artesanos en esa fecha en razón de la triste situación por que atraviesa el artesanado. En carta al Intendente de Santiago dice que «los maestros de fábricas y talleres, en vista de la angustiada situación de sus operarios por la notable falta de ocupación, se creen en el deber de reunirse con el objeto de

⁴³ *Ibid.*, pág. 9.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 9.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 29.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. IV.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. IV.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 3.

formar una asociación que exclusivamente se ocupe de promover los medios de remediar el mal estado de esa gran parte de artesanos que no cuentan con el menor recurso de subsistencia»⁴⁹. Por otra parte, señala en el discurso de instalación de la sociedad que el país se halla en un estado de «atraso ocasionado por las armas»⁵⁰, aludiendo seguramente a la guerra civil de 1859.

Siendo grosso modo acorde con el planteamiento de Vivaceta, el editorial de *El Artesano* afirma que «hoy se oprime al obrero, al industrial, al agricultor y finalmente al proletario, por el sistema vicioso en su aplicación: de patentes, contribuciones y servicios a la Guardia Nacional. La guerra es contra el pobre, él está llamado no más, a ser el blanco sobre el que recaigan los viles antojos y mal premeditadas leyes, que contrariando el buen sentido y atacando en los más íntimo a la mayor parte de una nación, como es la clase proletaria, salga siempre con el llanto y la miseria, engrosando la bolsa de comerciantes, de usureros, el déficit del gobierno»⁵¹. Lo que agrega respecto a Vivaceta es la opresión de un grupo social por otro, explicando que los grandes problemas del artesanado están relacionados con la opresión que comerciantes, prestamistas, burócratas y políticos realizan.

Lo económico y lo cultural se imbrican. Mientras los trabajadores ven arruinarse a muchos de sus compañeros, no hacen absolutamente nada sino compadecer a quienes «se despojan del pobre menaje de la casa, la ropa y hasta las herramientas que se necesitan para trabajar, entregándolas al prendero»⁵². Esta proletarización progresiva de lata en el trabajador chileno un claro «sistema imprevisor»⁵³. Vivaceta caracteriza finalmente la situación de la clase trabajadora, situación producida parcialmente por las causas que hemos esbozado, como un «creciente estado de atraso y pobreza»⁵⁴.

Se suma a lo que decimos una serie de razones de tipo jurídico que se relacionan con leyes y costumbres del país. El anhelado «sistema proteccionista de los gobiernos para mejorar la condición de los trabajadores es otra esperanza más lejana e imposible», pues, «conocemos la opinión general, dominante en la época del país en que vivimos; sabemos que la constitución y las leyes de la República de Chile se fundan en la más amplia libertad industrial»⁵⁵, por ello no es posible «conseguir la protección especial en favor de nuestra clase obrera»⁵⁶.

De la variedad de razones que el dirigente mutualista señala para

⁴⁹ *La Voz de Chile*, Santiago, 19-4-1862.

⁵⁰ *La Voz de Chile*, Santiago, 21-7-1862.

⁵¹ *El Artesano*, Santiago, 26-6-1869.

⁵² Fermín Vivaceta, *Unión...; op. cit.*, pág. 3.

⁵³ *Ibid.*, pág. 3.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 1.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 4.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 5.

dar cuenta de la postrada situación en que se encuentra el artesanado chileno, subraya claramente aquellas que se refieren a la propia inacción de los afectos. Siendo los propios artesanos los principales culpables de su mala situación, toca esencialmente a ellos el mejorarla. Para fundamentar esto retoma su argumentación acerca del período independiente y acerca de la emancipación de la metrópoli. Así, según su interpretación de la gesta de 1810, la sangre derramada en la independencia no fue «para transmitir a las generaciones venideras de la nación chilena una libertad ficticia, ni una vanagloria republicana; sino para que cada ciudadano en su taller, otros cultivando los estudios de la ciencia, aquéllos labrando la tierra de los campos, todos y cada uno tratase de asociar la inteligencia y el trabajo para saborear los dulces frutos que produce la libertad en sus relaciones con el bien universal»⁵⁷. Y reitera estos mismos asuntos con más fuerza aún cuando dice que no nos emancipamos de la esclavitud del soberano para continuar «en la voluntaria esclavitud del aislamiento individual que nos priva de todos los beneficios obtenidos por el sistema republicano»⁵⁸. Lo que corresponde entonces es realizar cabalmente los objetivos que estaban insertos en el proceso de Independencia nacional, esto es hacer «efectivos nuestros derechos, poniendo en práctica el sistema de asociación que produzca la libertad, igualdad y fraternidad en todas las clases trabajadoras»⁵⁹.

Dentro del grupo social y período que nos hemos dado como objeto de estudio hay ciertamente diferencias; algunas de éstas se deben a la evolución de los procesos a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Es relevante a este respecto la distinta evaluación que se hace de las actitudes, de la práctica, de la moralidad, etc., del artesanado. Hemos citado las apreciaciones de Vivaceta, que son bastante negativas; pero hay otros analistas que, tal vez por escribir algo más tarde, señalan situaciones mucho más positivas a sus ojos.

Un ejemplo de esto es el conjunto de artículos publicados en *El Gutemberg* de Santiago, en noviembre de 1886, bajo el título de *Un mal con remedio*. Allí el autor, Félix Himeneo, afirma que «gratisima satisfacción experimentamos al notar el grado de progreso que han alcanzado los artesanos, en todo aquello que tiende a la protección mutua y hábitos económicos (...) en los distintos gremios obreros se halla encarnada la idea de estrecharse en un centro común, con el objeto de ir depositando la parte de las ganancias que antes se derrochaba y malgastaba»⁶⁰. Abunda en la evaluación positiva de los progresos del artesanado cuando afirma que «muy exigentes seríamos si no viéramos en esto manifestaciones de dignidad y nobleza en los artesa-

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 10.

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 10.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 11.

⁶⁰ *El Gutemberg*, Santiago, 13-11-1886.

nos, muestras evidentes de adelantamiento moral, hermosas conquistas en el campo de su regeneración». Muestra particular de esta regeneración a que alude es que «la taberna y la chingana, donde antes los obreros eran los héroes de la fiesta, estén ahora sustituidas por decentes y cultas tertulias»⁶¹.

Todo este «adelantamiento moral» no significa que en el análisis que se realiza de la situación de la clase artesana nacional, y en particular de la santiaguina, dejen de percibirse algunas lacras, como el poco o nulo «adelantamiento intelectual». Los artesanos apenas poseen la rudimentaria instrucción que se les da en la escuela y muchos ni ésa siquiera⁶².

Este movimiento de regeneración no se inició sin embargo en la década del ochenta. Ya varios años antes, en 1869, un periódico de Santiago decía: «de plácemes se encuentra *El Artesano*, al contemplar las iniciativas de asociación de obreros que se van promoviendo, con propósitos dignos de elogios»⁶³. Luego, en otro número, constataba que «en toda la República se han establecido asociaciones de obreros, único medio para mejorar el desolador estado de gran parte de la nación, cuales son los obreros y proletarios»⁶⁴.

Antecedentes

Obviamente es posible encontrar relaciones entre las sociedades de socorros mutuos fundadas por artesanos y otras sociedades fundadas anteriormente y cuya finalidad no era el socorro. Es verdadero, sin embargo, que dichas semejanzas se van palpando con mayor facilidad una vez que las sociedades de artesanos alcanzan un carácter algo diferente a aquel que las había inspirado en un primer momento. Citarémos tres antecedentes: la Sociedad de Amigos del País, la Sociedad de Agricultura, la Sociedad de la Igualdad.

Es clara la relación que puede hacerse entre las sociedades mutuales y las de amigos del país que tuvieron su auge a fines del siglo XVIII en los territorios de la corona española y que continuaron con alguna vida en América luego de la independencia. Según Gonzalo Izquierdo, «sus metas fueron el desarrollo de las economías locales. Se preocuparon fundamentalmente del adelanto de la agricultura y de la introducción de nuevos métodos de cultivo y maquinaria, como también de la construcción de caminos. En cambio, demostraron poco interés por la industria, la banca y el crédito. No se comprometieron en la reforma agraria, ni fueron excesivamente críticas a la legislación

⁶¹ *El Gutemberg*, Santiago, 13-11-1886.

⁶² *Ibid.*, 20-11-1886.

⁶³ *El Artesano*, Santiago, 13-6-1869.

⁶⁴ *Ibid.*

imperante. Pusieron gran énfasis, en cambio, en la instrucción profesional y en la educación en general»⁶⁵.

En Chile, en 1813 se fundó la Sociedad Económica de Amigos del País. Dice el mismo historiador citado que Irisarri, secretario de la sociedad, «destaca las patrióticas intenciones de esa institución benéfica que, en un mundo asolado por la destrucción y el odio, sólo se preocupa del bienestar del pueblo y del progreso»; y añade todavía el mismo Irisarri: «¡qué gloria, qué honor para el hombre americano! Allí (en Europa) pretenden los hombres confundirse con las fieras, cuando aquí ofrecemos un asilo a la humanidad. Nosotros que detestamos un ejemplo tan bárbaro y atroz, pretendemos conservar la majestad de la razón y la dulzura de la humanidad, que son las dos prendas características del hombre. Nosotros cultivaremos las virtudes y haremos nuestra vida feliz y deliciosa. He aquí el objeto de la sociedad, cuya apertura celebramos»⁶⁶. Los estatutos de ella establecen que es objetivo de la misma trabajar las memorias para el fomento de la agricultura y la ganadería; fomentar el establecimiento y buen desarrollo de escuelas que hoy llamaríamos técnicas incluso para mujeres; elaborar cartillas educativas sobre temas de agricultura e industria y, en general, ocuparse de «todas las cosas que tuviesen relación con la riqueza nacional»⁶⁷. Hay, entre esta sociedad y las mutuales que se fundaron cuarenta y cincuenta años más tarde, semejanzas tanto en los objetivos como en el lenguaje. Pero esta semejanza sólo empieza a ser real cuando las sociedades mutualistas comienzan a trascender los meros objetivos de protección, para irse interesando paulatinamente por todo aquello que atañe a la suerte del obrero, a su bienestar y su vida.

Particularmente sigue esta línea la sociedad de artesanos talquina, la cual, desde muy temprano, va desarrollando una preocupación por diversos problemas que se sitúan más allá de lo propiamente societario. Textos como los siguientes son reveladores de lo que venimos diciendo: «Lo que en Chile necesitamos es volver las espaldas a los politiqueros vacíos de ideas y henchidos de palabras y dar paso franco a las cuestiones de un interés más inmediato y palpitante para el pobre pueblo. Reemplazar a los superficiales abogados, por los hombres que se preocupan de estudiar las miserias de las masas y aplicarles remedio. Todavía no tenemos los hombres que se interesen con ardor en la educación obligatoria, en el régimen penitenciario, en los hábitos de moralidad del pueblo, en la organización del inquilinaje»⁶⁸, «La aspiración que más de lleno ha ocupado y ocupará siempre la men-

⁶⁵ Gonzalo Izquierdo, *Un estudio de las ideologías chilenas. La Sociedad de Agricultura en el siglo XIX*, CESOC, Santiago, 1968.

⁶⁶ *La Aurora de Chile*, 4-2-1813. Citada por Izquierdo, *op. cit.*, págs. 21-22.

⁶⁷ Sesiones de los cuerpos legislativos, tomo I, págs. 267-271. Citados por Izquierdo, *op. cit.*, pág. 22-23.

⁶⁸ *El Artesano*, Talca, 9-3-1867.

te de los buenos ciudadanos, principalmente de los que nos hemos constituido en sociedad, es sin disputa la instrucción del pueblo»⁶⁹.

La Sociedad de Agricultura que se fundó en 1838 puede considerarse también, de algún modo, como antecedente de las organizaciones mutuales, aunque hay en ella características que la diferencian netamente de estas otras. Pueden citarse, entre los elementos diferenciadores, el reunirse en torno a la preocupación por la agricultura, el no preocuparse por el socorro de los asociados y el estar constituida por personas de tal manera más influyentes que los artesanos y con tanta mayor proyección nacional que también esto le otorga un carácter distinto a su quehacer, a su poder y a su presencia en las decisiones del gobierno⁷⁰. Hay, sin embargo, otras cosas en las que se asemeja a las organizaciones de artesanos que estudiamos, siendo la primera y más obvia la asociación de personas con intereses comunes y pertenecientes a un mismo gremio. La prescindencia de lo político y lo religioso, es otra característica que las acerca. En los estatutos de la Sociedad de Agricultura se establece una prohibición a «toda discusión extraña a la ciencia y profesión que son objeto los trabajos de la sociedad»⁷¹. Por otra parte, señalase en una de sus declaraciones de principios, la del año 1845, una preocupación por el hecho que los campos son «habitados por la miseria y la ignorancia; las clases pobres yacen en el abandono y sin tener más conocimientos de sus deberes de hombres que aquellos que el instinto les hace conocer, los cuales son muchas veces ahogados por los vicios que alimentan sus corazones desde la edad de la infancia»⁷². Y esta observación es algo también muy similar, aunque de un carácter más paternalista, a lo que vemos en distintas declaraciones de artesanos organizados o de sus portavoces.

Hemos ya mostrado cómo algunos antecedentes del pensamiento mutualista se encuentran en instituciones de diverso cuño. Se ha dicho que en particular en la Sociedad de la Igualdad participaron muchos artesanos, incluso entre los fundadores de ésta⁷³; se ha dicho igualmente que hasta el mismo Fermín Vivaceta habría tomado parte en algunas actividades de esta sociedad⁷⁴. Sea como fuera, existen en todo caso textos en *El Amigo del Pueblo*, primer periódico de los igualitarios, en los cuales se expresa un pensamiento muy cercano al de las organizaciones de artesanos posteriores. Es el caso, por ejemplo, de un artículo aparecido el 16-4-1850 bajo el título de «Asociación Popular», en el cual se expresa: «Para llegar a esta altura, necesita la cla-

⁶⁹ *Ibid.*, 18-5-1867.

⁷⁰ Véase a este respecto Gonzalo Izquierdo, *op. cit.*, pág. 29-30.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 31.

⁷² *Ibid.*, pág. 33.

⁷³ José Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*, Santiago, 1851.

⁷⁴ R. Torres Martínez, *Semblanza de Fermín Vivaceta*, Edición de la Sociedad de Artesanos «La Unión», Santiago, 1953, pág. 15.

se obrera unión y entusiasmo. Porque entonces habría talleres nacionales en donde el trabajo fuera seguro, mejor retribución según la honradez y capacidad de cada obrero y menos pesado. Entonces habría fondos destinados para el fomento de las industrias chilenas. Entonces habría escuelas gratuitas para todos. Entonces los vicios y la indolencia huirían de la clase obrera, porque la educación, el trabajo y la dignidad que le inspirase su posición la moralizarían y la elevarían. Para conseguir todo esto es preciso que comience la clase de artesanos a unirse entre sí y a fomentarse. Asociaos artesanos, y comenzad a pensar en vuestros intereses. No necesitáis para eso pertenecer a tal o cual partido». En otro artículo con el mismo título del 18-4-1850 se dice: «La asociación popular que predicamos es esa que fortalece a los hombres con un lazo de fraternidad y mutuos intereses; es esa que da al pueblo fuerza moral para resistir sin violencia los golpes del poder, conciencia de la justicia que acompaña su causa y suficiente patriotismo para rechazar todo trastorno violento y destructor». Así como estos hay diversos otros textos en *El Amigo del Pueblo* en los cuales se diagnostica la situación de las clases populares y se van proponiendo una serie de soluciones para mejorar esa condición, soluciones que corresponde llevarlas a cabo a la propia clase trabajadora y/o a los poderes públicos.

Algunas ideas para terminar

1. En cierto modo, el pensamiento del movimiento mutualista chileno de la segunda mitad del XIX (a excepción de los grupos de orientación católica confesional) puede adscribirse al proyecto histórico que Leopoldo Zea englobó bajo el concepto «emancipación mental»: completar a nivel cultural la tarea que, emprendida con la independencia, ya ha sido lograda en lo público.

Esto sólo en cierto modo pues, si bien el mutualismo reivindica la emancipación de las antiguas costumbres para incorporarse a las ideas modernas, por otra parte, debido a su condición de clase, va a señalar diferencias, e incluso antagonismos, con el proyecto del sarmientismo propiamente tal, en ese momento identificado con un grupo que se constituye como dominador. Lo propio, por ejemplo, de Vivaceta, es completar la obra emancipadora en el sentido de incorporar a los trabajadores a las conquistas que nos legaron los padres de la patria. Ya en esto hay una acentuación que muestra la perspectiva desde la que piensa el líder mutualista, pero la identidad de la reflexión de este grupo social se hace aún más patente cuando cuestiona la inmigración europea, la importación de manufacturas de los países industriales, el desarrollo de las técnicas productivas como fuentes de cesantía y miseria.

Es decir, se enmarca únicamente de manera parcial en el proyecto

modernizador y europeizante del sarmientismo: recibe en buena medida las ideas de la Ilustración, del romanticismo social y hasta del positivismo, pero no está dispuesto a aceptar la materialización que dichas ideas han tenido en los países industrializados, ni mucho menos la invasión (aceptada o directamente propiciada por los grupos dominantes latinoamericanos) que aquellos llevan a cabo, tanto por su gente como por sus productos.

Esto no significa, sin embargo, que no puede tomarse en numerosas oportunidades a Inglaterra o Estados Unidos como modelos que deben hasta cierto punto ser imitados. Se dice, al señalar las causas del atraso en que se encuentra Chile que, si como en tales países se diera entre nosotros la debida importancia a la instrucción o a la formación profesional, no ocurriría aquí lo que se está lamentando.

2. El pensamiento y la práctica del mutualismo van a evolucionar, y ya hemos ido mostrando algunos aspectos, desde el socorro hacia un proyecto nacional alternativo.

Hemos visto cómo estas organizaciones se fundaron teniendo por objetivo primordialísimo la protección mutua entre los asociados; los trabajos de la sociedad están orientados a aliviar los momentos dolorosos en la vida del trabajador y su familia. Paulatinamente, no obstante, y sin abandonar jamás la posición señalada, van a irse abriendo a nuevas dimensiones al concebir que el bienestar del artesano es imposible de entenderse y de lograrse si no es en conjunto con una serie de elementos económicos, políticos y culturales de alcance global. Es decir, en la medida que el análisis de los problemas y el planteamiento de las soluciones se van percibiendo con un sentido estratégico.

Así aparece la necesidad de trascender el nivel de la seguridad individual para comenzar a preocuparse conjuntamente de las situaciones en medio de las cuales se ubica la existencia del artesanado. Se manifiesta entonces la preocupación por lo relativo al desarrollo o deterioro de la industria nacional y las políticas fiscales de proteccionismo o librecambismo, el desenvolvimiento de una cultura y de una educación útiles y funcionales al propio desarrollo de las manufacturas en el país, las condiciones de vida y trabajo de los artesanos. A este último respecto, son relevantes las dos campañas que lleva a cabo *El Gutemberg* en 1886 a propósito del trabajo nocturno de los tipógrafos y de las altas tarifas cobradas por el ferrocarril urbano.

Todos estos asuntos van a ir dando lugar a un desarrollo ideológico y a una evolución de la práctica de estas sociedades, cosas ambas que van a cristalizar haciéndose proyecto político en 1887 con la fundación del Partido Democrático.

Hay que destacar, por otra parte, que la evolución producida no es únicamente fruto de una madurez, sino que también es producto de la consolidación de algunas libertades. Durante el gobierno de Manuel Montt (1851-1861) haber realizado planteamientos políticos de alcance nacional y, sobre todo, por parte de organizaciones, habría

significado ser por la fuerza suprimidas. La consolidación de la libertad de asociación y de la libertad de imprenta permitieron que los artesanos pudieran expresar la cabalidad de su pensamiento y no debieran estar autocensurándose a aquellos elementos más inofensivos. Por cierto, este mismo aumento de libertades facilitó la consolidación de las sociedades mutuales y, al interior de ellas, de una intelectualidad obrera capaz de desarrollar un pensamiento más elaborado y coherente.

3. Otra cuestión que debe ser destacada es la asimilación, por parte del artesanado, de una serie de pautas de comportamiento tomadas de las clases altas de la sociedad y de los países industrializados, cosa ésta que va seguramente unida con una estratificación en el interior de la clase trabajadora: entre los artesanos que han sido capaces de sobrevivir a la invasión de manufacturas y quienes han sucumbido transformándose en simples proletarios o en artesanos dependientes de un jefe de taller.

Hay una serie de informaciones que nos entrega la prensa de la época acerca de la modificación de las costumbres: el aprendizaje de técnicas que requieren estudio, la práctica del ahorro sistemático en instituciones ad hoc, la organización y participación en organizaciones gremiales o de educación, diversión, etc. Hay asimismo numerosas informaciones que nos son entregadas por la documentación iconográfica, en particular por la fotografía, y que se refieren al atuendo personal, a la ornamentación de los locales societarios, al vestuario. Ambas fuentes, tanto la prensa como la fotografía, dan testimonio de un cambio significativo entre 1850 y 1900, en que paralelamente el carácter social y el económico del artesanado de las ciudades importantes se ha modificado, así como se ha modificado también la manera de trabajar y sobre todo de vivir cotidianamente, tanto en la esfera de lo privado como especialmente de lo público.

4. Las sociedades de artesanos de la segunda mitad del XIX manifiestan a través de su pensamiento, diversas iniciativas cercanas al socialismo: la asociación de los trabajadores, la organización cooperativa, la petición al Estado de una planificación educacional, el afán de una práctica autónoma y de clase. Sin embargo, esto no llega a conformar un pensamiento que se plantee como alternativa coherente al liberalismo, ni como proyecto económico opuesto al capitalismo.

Lo que marca el pensamiento de estas sociedades es la ilustración y el deseo de extender a toda la población distintos beneficios de los que ya goza una parte de ella. Se trata de un pensamiento ilustrado popular. Pensamiento que proviene manifiestamente de la misma fuente en que bebieron los hombres de la independencia y del liberalismo posterior, aunque el sello de la clase artesana industrial esté relativamente explícito. La recurrencia a la trilogía francesa, el uso permanente de expresiones como «ilustración del pueblo», «sistema republicano», «liberalismo», «artes industriales» y todos éstos, en oposición a «letargo del coloniaje» o «herencia hispánica», hacen patente

la presencia de una tradición ideológica que no se estructura primeramente en términos de propietarios-proletarios.

No obstante lo dicho, ello no significa que, en oportunidades, no aparezca la polaridad clasista, como algo importante y decisivo. En diversas ocasiones los grandes industriales o los poderosos o los dueños del gobierno aparecen como los causantes principales de los males que aquejan a la clase pobre. Pero ante este análisis, lo que se propone no es la subversión del orden económico social. No se busca suprimir el sistema que posibilita la existencia de esos grupos sociales nefastos para el artesanado.

Algo paralelo es lo que ocurre con respecto a los países industrializados. El artesanado chileno percibe claramente el perjuicio que significa para sus intereses la importación de manufacturas extranjeras. Denuncia esta realidad y propone una serie de medidas de corto y largo plazo para terminar con una situación que tiende a arruinarlo y a transformarlo en proletariado. Pero en todo caso no se llega a articular un programa de corte antiimperialista que pudiera enfrentar el asunto de manera global.

Se postula, sí, una serie de medidas para que nuestro país pueda defenderse y luego competir con las potencias industriales, pero no se llega a elaborar una teoría del imperialismo económico ni tampoco un proyecto de independencia nacional, aunque como decía se esbozan algunos elementos. No es menos cierto, por otra parte, que en esta época y para este grupo la presencia del imperialismo es todavía relativamente débil, pues no ha manifestado toda su fuerza ni las articulaciones entre lo económico, lo cultural y lo político-bélico con suficiente claridad. En todo caso el pensamiento del artesanado tiene en cuenta la crítica a la política librecambista y a la penetración económica extranjera de manera mucho más fuerte que los socialistas o los anarquistas posteriores, quizás hasta 1920.



SUITE CHILENA



La serie «Suite chilena» está compuesta por veintiocho dibujos que fueron hechos inmediatamente después del golpe de Estado en Chile. El impacto emotivo, la fuerza dramática de las noticias que nos llegaban sin interrupción a todos aquellos que, como yo, se encontraban lejos del teatro de los sucesos, la emoción desbordante impedía casi toda reflexión. Esta «suite» fue hecha con un nudo en la garganta. Creo que ella tiene validez, quince años más tarde.

(Andrés Monreal)



SUITE CHILENA

Caminos para la conquista de la democracia en Chile

LUIS MAIRA

El triunfo popular del mes de octubre del 88 ha cambiado el rostro político de Chile. Ahora se habla de «un antes y un después para situar correctamente el análisis de casi cualquier hecho de la vida política y social chilena», como sosteníamos en el editorial del número anterior de nuestra revista.

Pinochet fue derrotado, pero no hay que equivocarse. El dictador —como apuntaba un observador recientemente— actúa cada vez más y más como si «hubiera ganado él el plebiscito». Todo eso conlleva peligros muy reales para la frágil situación política nacional y plantea a los partidos democráticos y a sus dirigentes graves responsabilidades. Como se señala en el texto que se leerá enseguida, la transición política no ha comenzado todavía en Chile. Es algo que conviene tener muy presente para no llamarse en esto a engaño.

Serias y duras luchas le esperan aún al pueblo, que ganó una batalla importante que no es, sin embargo, la última.

Recientemente, como se sabe, se organizó el llamado Partido Amplio de la Izquierda Socialista (PAIS), agrupación llamada «instrumental» por su carácter de partido formado con el solo fin de participar en las probables elecciones parlamentarias y presidenciales de 1989. Su presidente es el dirigente de la Izquierda Cristiana Luis Maira, quien pronunció en Madrid la conferencia que publicamos a continuación, en la sede de la Fundación Pablo Iglesias.

Se puede o no estar de acuerdo con algunos de los puntos de vista

del conferenciante, pero es evidente que su análisis —que aparece por lo demás respaldado por la autoridad que le da su carácter de Presidente del PAIS— entrega no pocos elementos de reflexión del mayor interés sobre el difícil momento político que vive Chile.

Quiero desarrollar mis ideas en torno a la situación política chilena de este instante, fijando el análisis en torno a tres puntos.

En primer lugar, me interesa abordar el problema de la naturaleza de la dictadura chilena, como un modo de responder a la siguiente pregunta: ¿a quién derrotamos en el plebiscito?

En segundo lugar, intentaré hacer una evaluación de la coyuntura actual, lo que significa responder a esta otra interrogante: ¿en qué punto estamos después de haber ganado el plebiscito?

Finalmente, un tema más prospectivo, una tentativa de asomarse a ciertos aspectos del futuro, respondiendo a la pregunta: ¿qué debemos hacer para llegar a una plena transición democrática en Chile?

La naturaleza de la dictadura chilena.

Estoy firmemente convencido que el pueblo chileno derrotó a la dictadura más poderosa de la historia contemporánea de la América del Sur, o si se prefiere, a la última dictadura de la Seguridad Nacional que queda en la parte sur de nuestro continente.

Todos sabemos que en 1964 se abrió un nuevo ciclo de dictaduras latinoamericanas, con el golpe de Estado que derribó en Brasil al gobierno de Joao Goulart, y todas ellas aparecían con un signo común: su adhesión a la Doctrina de la Seguridad Nacional. Se hicieron masivas, cubrieron la mayor parte del territorio de Sudamérica. Primero en 1971 con el golpe de Banzer en Bolivia, luego en junio del 73, cuando en Uruguay se interrumpió el proceso democrático; vino luego en septiembre de ese mismo año el derrocamiento y muerte de Salvador Allende, y finalmente en Argentina, donde desde 1966 ya había habido experiencias similares con Onganía y sus sucesores, se produce el derrocamiento de María Estela Martínez de Perón, lo que abre el segundo ciclo en el país, iniciado con la Junta Militar del general Videla.

De este ciclo sudamericano, la única dictadura que va quedando es la de Pinochet. Hacia fines de los 70, en Bolivia, y comienzos de los 80 en Argentina, Uruguay y Brasil, se inicia un proceso de descomposición y deterioro que va poniendo fin a esos regímenes dictatoriales.

Nosotros dijimos siempre, haciéndonos cargo de esta situación, que los chilenos les debíamos una explicación a muchos pueblos del mundo, a toda la gente que estos años nos ha ayudado, de por qué en nuestro país seguía manteniéndose la dictadura del general Pinochet. Es cierto que en la zona hay todavía otra, la de Stroessner —que data

desde 1954—, pero se trata de una dictadura que no responde a la lógica de la Seguridad Nacional. Es una dictadura que se entronca mucho más con un modelo más arcaico, más primario y tradicional.

Yo tengo la convicción de que la dictadura chilena no ha durado por culpa de su pueblo —que no es, como todos sabemos, un pueblo cobarde—, porque haya carecido de voluntad de lucha o no haya librado las suficientes batallas hasta el final. No es así. En Chile se luchó, hubo inmensos sacrificios al mismo nivel que otros pueblos que han logrado sacudirse de sus dictaduras. Si en Chile el régimen no cayó, es algo que no tiene tanto que ver con la oposición como con la propia dictadura. Lo cierto es que Pinochet hizo ciertos aprendizajes alrededor de algunas fisuras y debilidades del modelo clásico de dictadura de la Seguridad Nacional. En Chile se hicieron correcciones que hicieron de su dictadura una versión modificada de aquel modelo, según lo conocimos en los países del Atlántico. Todo ello ha ayudado a mantener la supervivencia de Pinochet, le permitió sortear períodos de crisis y de asedio tan grandes como los que ha vivido después de 1983.

Ahora bien, ¿cuáles son estas modificaciones? Yo creo que son las siguientes:

1. *La centralización del poder*

En lugar de intentar un ejercicio colectivo del poder por todos los militares, formando equipos de generales y almirantes como en Brasil, Uruguay y Argentina, en que éstos eran los que ponían y quitaban presidentes cada cierto tiempo, los que cambiaban la política económica, los que revisaban la política social, los que definían la política exterior, Pinochet entendió que una clave para fortalecer y prolongar el modelo era la personalización del poder. La buscó sistemáticamente, lográndola de modo pleno después de la crisis con el general Leigh en 1978. La dictadura chilena se convirtió así en la más centralizada y en la más personalizada de todas las dictaduras de la Seguridad Nacional.

Pinochet usó un modelo muy parecido a las dictaduras de Franco y Oliveira Salazar, en cuanto al papel que un Conductor autoritario juega en el funcionamiento del régimen dictatorial. Y eso le dio grandes dividendos, porque en los momentos de crisis pudo mantener firmemente asido el timón y pudo subordinar y colocar detrás suyo a sectores que en otro contexto habrían vacilado o habrían buscado caminos distintos.

Mientras que los científicos políticos latinoamericanos subrayan que en la Argentina de Videla, en el Uruguay del general Alvarez, o en el Brasil de cualquiera de los cinco presidentes militares —de Castelo Branco a Figueiredo— las fuerzas armadas funcionaban como un partido político sui-géneris, cuya comisión política era el cuerpo de má-

ximos oficiales —los generales, los almirantes de mayor rango—, donde había una deliberación colectiva, en Chile no hubo un partido político de los militares. Hubo un mando unipersonal y las fuerzas armadas simplemente cumplieron en función de la lógica prusiana las instrucciones y las órdenes que Pinochet ha dado invariablemente. El escogió, personalmente, colaboradores civiles y militares que no tenían un rango decisorio, sino que eran consultores o asesores a los que él tomaba o no en cuenta según su leal saber.

Este elemento de la centralización del poder fue decisivo para sobrevivir a la crisis tan dura del 83 al 87.

2. *El mando militar*

Pinochet supo retener el mando militar, lo que no tuvieron los presidentes de las dictaduras de la Seguridad Nacional del Atlántico. Fue al mismo tiempo el presidente de la República por tiempo indefinido y el Comandante en jefe del Ejército, lo que le permitía escrutar permanentemente el comportamiento de los integrantes de la rama principal de las fuerzas armadas chilenas, ver quiénes eran los efectivamente leales, ponerlos a prueba, evaluar su comportamiento, traerlos al aparato político cuando eran personas probadas y sacarlos de las filas cuando tenía alguna duda sobre su lealtad o sobre su capacidad para opacar su propia posición como el Número Uno del país.

3. *El papel de la Constitución del 80*

De algún modo, Pinochet entendió que por las características históricas de Chile como nación, lo jurídico jugaba un papel fundamental, y que resultaba decisivo para usar él la legalidad como un factor de reproducción de la legitimidad del mando autoritario. Y esto se tradujo en la Constitución de 1980.

La Constitución del 80 es probablemente la más estudiada y revisada de todas las constituciones que jamás haya aprobado una dictadura. La comisión designada por Pinochet para ocuparse del texto constitucional inició sus trabajos en octubre de 1973 y los terminó en julio de 1980. Realizaron 560 sesiones de trabajo en que escribieron y reescribieron una y otra vez cada una de las cláusulas constitucionales. Para hacer de la constitución un texto cerrado, hermético, que reprodujera ojalá al infinito la naturaleza dictatorial y que cerrara para siempre el paso al mecanismo de apertura a la transición o a la democracia.

El texto de Pinochet no es un texto cualquiera; es una constitución hecha sabia y deliberadamente para clausurar cualquier posibilidad de retorno a la democracia política tal como la conocemos en el mundo. Por lo tanto, cada una de sus disposiciones está perfectamente concebida para lograr ese objetivo. De allí la desconfianza y la descalificación que provoca el texto en la oposición, en todo el amplio arco del

espectro político chileno, y la resistencia más que subjetiva a usarla como un instrumento.

Ahora bien, como dice el jurista Francisco Cumplido, tampoco en el campo institucional existe el crimen perfecto, y la constitución de Pinochet mostró el 5 de octubre en una de sus instituciones, la convocatoria al plebiscito, que por más que se estudió en quinientas sesenta sesiones, algo falló...

Pero quedemos, por ahora, en lo principal: esta dictadura chilena tiene dos características simples pero básicas; es una dictadura con Dictador y es una dictadura con Constitución, y la suma de ambas cosas es —lo digo como opositor que ha tenido que enfrentar duramente al régimen todos estos años— algo bastante serio. Crea un cuadro difícil, complica y desordena el quehacer de la oposición, porque el régimen tiene una legitimidad a invocar, las normas de su Ley Fundamental, y por otro lado, la centralidad del mando político, lo que le permite manipular, dividir, reprimir, asesinar, exiliar, hacer desaparecer.

Las crisis del 83 y del 86

Por todo eso Pinochet pudo sortear crisis tan serias: la crisis social del 83, año en el que, como bien se ha dicho, se constituye una mayoría social activa y esa mayoría se divide rápidamente en bloques antagónicos, no alcanza la unidad política: aparecen el MDP, la Alianza Democrática, y la oposición empieza a marchar por caminos distintos, contrapuestos. Después, en 1986, hay un segundo momento de ascenso. El famoso año decisivo. Todos conveníamos que no nos convenía transitar por los cauces constitucionales de Pinochet. Y que había que dirimir el enfrentamiento justamente ese año. En eso había un consenso: desde la derecha a la izquierda, todos los sectores políticos. El 86 era el año en que debían desplegarse todas las energías, todas las tensiones acumuladas, para lograr el fin de la dictadura, su derrocamiento. Y eso se trató de hacer. Se había constituido la Asamblea de la Civilidad, se convocaron paros nacionales, se produjo una acumulación de fuerza. Pero hubo un segundo momento en que surgieron discrepancias en la oposición en torno a si la salida era política o militar. Y la oposición, que iba bien hasta la mitad del año, después de dos episodios trágicos —la historia de la intercepción de armas en Carrizal Bajo, y el fracaso del atentado contra Pinochet— surge un cuadro de desmovilización, de paralogización, y viene el estado de sitio y una completa recuperación de la iniciativa por parte de la dictadura.

Uno podría dedicar mucho tiempo a explicar por qué se produjo todo esto. Si construye bien sus argumentos, podría encontrar culpables en la derecha, en el centro y en la izquierda. No faltan razones

para enjuiciar a cada uno de los actores. Lo importante es que tampoco en el «año decisivo» la confrontación social produjo el resultado deseado. Y entonces todos fuimos el 87 a plantear la única demanda que nos quedaba: la lucha por elecciones libres. Las elecciones libres no se consiguieron, y hacia fines de ese año resultaba inequívoco para quienquiera que quisiera ver la realidad con sus ojos, que no iba a haber elecciones libres, que Pinochet no sólo había impuesto el paso del camino social a la política institucional definida por él, sino además estaba imponiendo la fórmula misma, que era la del plebiscito. Y ese fue el cuadro que se impuso.

El plebiscito

El plebiscito fue asumido por todos los actores de la oposición. A unos les resultó más duro que a otros, y eso dilató la decisión, no siempre en beneficio del bloque opositor. Al final, todos entramos, porque entendimos que el desafío estaba colocado y que era para nosotros ineludible, que plebiscito iba a haber lo quisiéramos o no. Y esto origina en febrero del 88 la concertación de 13 partidos de derecha democrática, centro e izquierda.

Se trataba de un esfuerzo extremadamente difícil, porque de acuerdo a la Constitución el plebiscito no representaba nada. El propio Pinochet lo definió alguna vez como un simple trámite. Y en diciembre del 87, en un discurso pronunciado en una ciudad nortina, pronosticó lo que iba a pasar: «Voy a arrasar». Es decir, leyes y normas que funcionaban a favor de la dictadura, y un juicio subjetivo del dictador, enteramente tranquilo y optimista, frente a una oposición que no lograba el entendimiento. Hay un olvidado episodio dramático que quiero recordar; apenas ocupó en su tiempo algún espacio en la pequeña crónica. Fue en diciembre de 1987: una huelga de hambre que hicieron dos líderes cristianos de acción parroquial, un evangélico y un católico, los dos de Valparaíso. No era contra Pinochet, como tantas huelgas de hambre que se han hecho en Chile; era contra los dirigentes opositores para exigirles que se unieran, que se pusieran de acuerdo. La gente intuía que divididos estábamos perdidos, que en el juego sectario del «yo tengo razón», «mi camino es el que sirve», no había salida, no había destino. Sólo un pueblo unido, con capacidad para unirse y organizarse podía cambiar la naturaleza y el carácter del plebiscito y hacer de él algo distinto de lo que quería Pinochet.

Yo creo que la batalla del plebiscito la emprendimos entre todos y la ganamos entre todos. Con aportes aluvionales bien descritos en los testimonios que nos hablan de la composición de las mesas electorales: primero se inscribieron los partidarios de la dictadura, los carabineros de todas las comisarías, los oficiales de todos los regimientos, las señoras de rojo, de verde y de azul que trabajan en torno a la presi-

dencia de la República, y los hombre de Derecha. Una nota importante, que fue para los dirigentes de izquierda un primer chispazo de importancia sociológica: se inscribió también entonces la gente que en Chile tenía una vieja tradición democrática; se inscribió desde el primer día sin que ningún partido le hubiera dado instrucciones, no esperaron las decisiones de los dirigentes políticos. Era la gente de más de cuarenta años, que tenía incorporada a su personalidad misma el sufragio como arma de lucha del pueblo chileno.

Luego vinieron las decisiones de los partidos —de derecha, de centro, de izquierda—, favorables a la participación en el proceso, y posteriores al acuerdo para inscribirse en los registros electorales, que se había tomado el 87 (el Partido Comunista, que el fue el último en apoyar el acuerdo, lo hizo en noviembre de ese año).

La decisión de entrar en el plebiscito fue, como se sabe, complicada. Se fue definiendo en el curso de 1988, y a medida que la batalla fue tomando su perfil final: una batalla electoral y social, donde la dimensión de masas se va dando de modo progresivo, así como el proceso de reorganización popular, el fortalecimiento de los movimientos: de jóvenes, de mujeres, de pobladores, de trabajadores, de profesionales, de campesinos.

La incorporación de un número cada vez mayor de actores fue reforzando el carácter más radical y más social de esta lucha, y yo creo que esta batalla, para cualquiera que la haya vivido de cerca o conozca su desarrollo, fue una gigantesca empresa de lucha y movilización social del pueblo chileno. Excedió largamente su dimensión electoral, que fue también, sin embargo, importante, porque fue justamente el punto en que se produjo el desborde.

El plebiscito probó —yo lo veo así— que a pesar de que hay, al menos, tres maneras en que las dictaduras se acaban, en cada país terminan sólo de una, que es la que más se acerca a la manera como ese pueblo sabe luchar, organizarse y vencer para recuperar la democracia.

En teoría, una determinada dictadura puede caer por la negociación intrasistemas: si los militares son razonables, si hay un sector que busca la negociación desde dentro de la institución. En Uruguay ocurrió así en la culminación del proceso.

Las dictaduras pueden terminar también por la derrota militar, si hay una vieja tradición de organización militar, de combate militar en un determinado pueblo, y se logra constituir una fuerza armada alternativa mínimamente proporcional, para ir cercando y asediando a la fuerza militar oficial. Así ocurrió en Nicaragua, para recordar la experiencia más reciente.

O terminar con la derrota política del régimen, cuando la tradición fundamental de ese pueblo es la lucha social de masas, y ese pueblo es capaz de constituir una mayoría nacional activa que bajo diversas formas de expresión vaya cercando y aislando al dictador y permitiendo que se exprese en los cauces en que encuentre —en este caso el cau-

ce electoral, y más en concreto, el plebiscito— la voluntad de pasar de la dictadura a la fórmula democrática.

En definitiva —no lo sé con exactitud— unos pueden haber sido más lúcidos que otros, unos más oportunos que otros, eso nunca se excluye en la política, pero lo concreto es que todos hemos aprendido juntos. No hay administradores privilegiados, ni conductores privilegiados en esta empresa, porque el secreto fue sumar en un proceso muy diverso, muy variado y muy plural, estilos, convocatorias y métodos distintos, que iban desde los sectores de derecha —los empresarios por el No, por ejemplo— hasta los sectores populares más radicales de las poblaciones —La Victoria, La Hermida— quienes ocuparon a su manera un espacio de lucha frontal contra la dictadura, sumando una cuota de apoyo sustancial a la victoria.

El triunfo ha tenido efectos muy importantes, y éste es un segundo punto que creo necesario dejar esclarecido. Si ganamos fue porque logramos dar con aquella forma de acumulación de fuerzas que era la lucha política de masas, con una dimensión electoral que le permitiría a Chile salir de la dictadura. Cosa que no le permitiría —y yo estoy convencido de eso— la acumulación de fuerza militar propia, ajena a la historia del pueblo chileno, imposible en mi opinión en un plazo razonable de tiempo en función de la estructura y desarrollo de las Fuerzas Armadas, que se unirían en torno a Pinochet si tuvieran al frente la amenaza formal de un enemigo armado. Tampoco en Chile era posible una negociación, porque una dictadura armada centralizada y con una Constitución propia, no negocia.

Sólo era posible derrotar a la dictadura por el camino que se eligió, y la clave fue la unidad, porque veníamos intentando este camino desde el 83, pero desunidos, dispersos. Unidos la derrotamos; desunidos habríamos perdido. Cualquier estudio numérico lo demuestra. Cuando se gana por cuatro millones contra tres (redondeando en cifras gruesas), cualquier sector significativo del país puede ser decisivo. En consecuencia, sólo sumando todos esos componentes se podía ganar. Sin la derecha democrática no se ganaba, sin la izquierda tampoco se ganaba; en ninguna de las expresiones que la izquierda tiene. Y el centro solo ganaba menos. De modo que la derrota de la dictadura no tiene administrador.

La coyuntura actual

¿Dónde estamos ahora? Yo creo necesario puntualizar, desde luego, que en Chile no ha empezado ninguna transición. Hay, sí, una dictadura electoralmente derrotada y políticamente aislada. El país, además, ha cambiado mucho. Pero las transiciones sólo comienzan según sea la naturaleza de quien detenta el poder. La transición podría em-

pezar perfectamente mañana mismo si Pinochet quisiera abrirse a un diálogo con sectores de la oposición.

Recuerdo una conversación que tuve con un periodista francés que llegó en los días de la crisis haitiana. El me dijo: «¿Usted no cree que Pinochet debería irse, tomando un avión como Duvalier?» Yo le contesté que hay a mi parecer, en último término, dos clases de dictaduras: los de aeropuerto y los de bunker. Los de aeropuerto son los que quieren salir a gastarse los dineros mal habidos, lo que acumularon con la corrupción y el fraude, y a quienes les importa más aprovechar el tiempo que les queda en la Riviera francesa, o moviéndose por el mundo, pasando una buena vida. Y hay dictadores de bunker, a quienes eso no les interesa; tiene una fría pasión por el poder, una visión mesiánica de las cosas, sienten que forman parte de una tarea, de un conflicto central.

Pinochet —que es de este segundo tipo de dictador— se siente en guerra con la Unión Soviética, siente que es el único en el mundo contemporáneo que la ha derrotado; ésta ganó en Yalta, en Berlín, en Corea, en Vietnam, en Cuba. ¿Dónde ha perdido? Sólo en Chile. En consecuencia, es tarea suya mantener a raya a este enemigo derrotado, abriendo los ojos de los gobernantes del mundo occidental, llamando la atención del presidente de los Estados Unidos, de los jefes de las naciones europeas, manteniendo esta cruzada porque el comunismo es tan perverso que si alguien no asume la tarea de abrirle los ojos a los demás gobernantes del mundo occidental, puede ocurrir que claudiquen, como lo han hecho otras veces frente al expansionismo soviético. Y esta tarea no es sólo la tarea de un hombre, sino de todos los integrantes de una fuerza armada tan patriótica como la chilena, y por eso hay que proyectar esto de una manera indefinida, hasta que el comunismo se acabe en el mundo después que se haya acabado en Chile.

O sea, que Pinochet no se va a ir. Esto es algo que hay que entender. Eso, unido a la personalización del poder, son claves para entender este tiempo. Pinochet ha sido derrotado electoralmente, hoy representa infinitamente menos que antes del 5 de octubre; es un dictador en una fase terminal, un dictador a plazos, pero su lógica interna sigue siendo la de la guerra interminable y perpetua, y él va a seguir en guerra perpetua mientras tenga alguna capacidad de mando. Y lo ha demostrado colocando en la Junta —nuestro «poder legislativo» tan sui géneris— al hombre más duro que tenía: al general Sinclair, su seguidor más incondicional.

Lo que Pinochet nos ha querido decir es: «Aquí no va a haber negociación, ni modificación de la Constitución, ni nada». Mientras él esté su régimen va a seguir siendo hermético, y eso es algo que la oposición debe asumir. Tiene que planear su ofensiva y sus respuestas en función de que con Pinochet no se va a negociar, porque él no quiere la negociación, aunque cierta gente dentro del régimen pudiera que-

rerla como efectivamente la quieren, incluso gente dentro de la propia Junta.

Estos son algunos de los elementos del cuadro dentro del cual tenemos que definir qué podemos hacer, qué decisiones tomar.

La verdad es que somos la mayoría de Chile. El plebiscito lo ganamos con el 55 por 100 de la votación, pero hoy debemos ser ya el 70 por 100 o más, porque el 42 por 100 de Pinochet incluyó mucha gente amedrentada, gente a quien el coraje sólo volvió después de conocer los resultados, gente engañada, que creyó sinceramente que el gobierno tenía medios para detectar lo que hacía en el interior de la caseta de las votaciones. Somos la mayoría abrumadora, pero Pinochet está todavía allí, con la fuerza militar suficiente para mantenerse, sin que nosotros contemos con la fuerza social suficiente como para desencadenar una insurrección popular que pudiera tomarse el palacio de La Moneda.

Reformas a la Constitución y elecciones

¿Qué podemos hacer en estas condiciones? En este contexto, hay dos o tres grandes batallas y dos o tres empresas que son posibles y que hay que proponerse hacer. La primera se desprende de esta pregunta: ¿qué relación hay entre los cambios constitucionales que estamos exigiendo —frente a los cuales la respuesta ha sido negativa— y las elecciones que se realizarán el próximo año? ¿Debemos participar en ellas, con o sin cambio en la norma electoral o debemos condicionar a ese cambio nuestra participación? Mi respuesta es tajante: no podemos plantear esa condición, tal como no condicionamos nuestra participación en el plebiscito a la garantía previa de que no habría fraude.

Ese es un debate que ya se tuvo en el interior de la izquierda. Dijimos: hay que derrotar el fraude y luchar contra él creando garantías desde el movimiento social popular, pero no entregándole a Pinochet la capacidad de regular nuestra conducta. La dictadura no nos dio las garantías pedidas, pero aun así nosotros no renunciamos a participar. Si hubiéramos renunciado no habríamos ganado el plebiscito. Y lo mismo tenemos que hacer ahora. De lo que se trata es de abrir una gran batalla política y cultural en Chile. Hay que explicarle a la gente por qué las cuatro demandas que estamos exigiendo son previas y fundamentales para que se inicie la transición democrática, por qué no puede haber un país que funcione y un sistema político legítimo con proscripción ideológica, como la que establece el artículo octavo. Mientras que ciertas concepciones del hombre, del mundo estén prohibidas, en Chile no habrá libertad política, no habrá un sistema político válido. Por tanto, hay que derogar el artículo octavo. Es una condición, es un requisito para el inicio de la transición.

Otro problema es el de los senadores designados, procedimiento

que es totalmente ajeno a la tradición chilena. Diez senadores designados, de los cuales ocho lo son directa o indirectamente por Pinochet. En un cuadro que altera el funcionamiento de un parlamento que apenas merecería el nombre de tal, sin contar con que el número de senadores se ha reducido considerablemente; sólo son 26, cuando históricamente eran 50. En 26, los diez designados constituyen más de un tercio, cifra clave de funcionamiento de acuerdo con las cláusulas de la Constitución. Como puede verse, es una trampa. Hay que hacer una campaña para explicar por qué no son lícitos estos senadores designados, que no tienen otro precedente conocido que el de la dictadura brasileña: los llamados «senadores biónicos».

Hay que demostrar, enseguida, por qué no puede haber transición a la democracia con la existencia de un Consejo de Seguridad Nacional en el que, por su composición, tienen mayoría los representantes militares: cuatro entre siete. Este Consejo tiene la atribución de vetar cualquier decisión de la autoridad civil elegida por el pueblo: el Presidente, el Parlamento. Esto no puede aceptarse. No hay democracia que pueda funcionar de esa manera.

Finalmente, no se puede aceptar que una Constitución, sólo porque así se aprobó el año 80, no pueda ser modificada. En todas las cuestiones básicas la Constitución no puede ser cambiada sin contar con el acuerdo de los dos tercios de los diputados y senadores en ejercicio (recuérdese que diez senadores son *designados*), y si esto por algún milagro llega a conseguirse, el trámite se interrumpe y se posterga la aprobación del proyecto hasta 1994, fecha de la completa renovación de los cuerpos legislativos. Y es este nuevo parlamento el que, *también por los dos tercios* de sus miembros en ejercicio, el que debe ratificarlos, para que recién entonces, siempre que no sea vetado por el Presidente, pueda considerarse como definitivamente aprobado.

En otras palabras, tenemos una Constitución que inhabilita a un pueblo entero, desconociendo el principio liberal de que el poder constituyente originario radica en el pueblo, en su soberanía; lo inhabilita e inhabilita a los parlamentarios elegidos por él para modificar la Constitución, que pasa así a ser virtualmente una Constitución invulnerable, eterna, pétrea.

Hay que dar, pues, dentro de ese cuadro, una batalla a fondo para comprometer la conciencia de todos los chilenos. Tenemos que hacer un gigantesco esfuerzo de pedagogía política, de explicación de estos temas, para que los conozcan los obreros, los jóvenes, las mujeres, los pobladores. Así se podrá crear una conciencia y llegar a lo que llamamos una ruptura democrática. Y como esta Constitución no se puede romper de acuerdo a sus propias reglas, tendremos que romperla de acuerdo con los principios generales de funcionamiento del sistema democrático.

Cuando se gane el próximo gobierno, gracias al acuerdo unitario de todos los sectores de la oposición, creemos que simplemente se puede

convocar a un plebiscito para modificar la Constitución conforme a lo que se pide. Yo creo que no hay fuerza social en Chile que se puede oponer a que esto se haga así.

El proceso que el pueblo chileno inició a partir del día siguiente al plebiscito no puede detenerse. Se trata de que hay que organizar de modo más sistemático la democratización de la sociedad chilena. Las dictaduras nunca se terminan de un día al otro. Puede acabarse la cúpula autoritaria del poder, pero la sociedad sólo se va democratizando, va ganando espacios a costa de una enorme batalla por la libertad.

La democratización de la sociedad civil es un prerequisite de la democratización de un país. En Chile ya empezó, porque los pobladores no esperaron que los partidos les dijeran que tenían que luchar contra las juntas de vecinos designadas por el gobierno, o llevar un asedio sistemático contra el alcalde nombrado por la dictadura, porque entendieron que ése era el pequeño Pinochet que a ellos les tocaba directamente combatir. Y sin perjuicio de que el otro Pinochet siga allá arriba, las cosas pueden ir cambiando en la medida que cambie la correlación concreta que se establece en la sociedad, en la base del pueblo chileno.

Y lo que mencionamos de los pobladores vale también para los jóvenes y su lucha contra los rectores militares de las universidades y los rectores de los liceos designados por los alcaldes; y la relación entre la Central Unitaria de Trabajadores y las autoridades del Ministerio del Trabajo. Estas luchas ya han empezado, pero hay que hacerlas más sistemáticas, más nítidas, más globales, más masivas. Es también ésta una tarea de los partidos. El pueblo la va a llevar adelante de todas maneras y espera que las direcciones de los partidos lo entiendan plenamente, para no verse obligado a verlos simplemente como burócratas interesados sólo en el problema electoral del parlamento y la presidencia. La preocupación por las elecciones no puede ser utilizada como pretexto para olvidar los otros aspectos de nuestra lucha.

Un programa para la transición democrática

Un asunto que me parece de la mayor importancia es entrar a proponer en detalle la propuesta programática para la transición.

No hay dos transiciones iguales; cada pueblo tiene su estilo, su manera de luchar, de exigir ciertas conquistas fundamentales. Y el pueblo chileno creo que hace ya un largo tiempo que ha identificado ciertas conquistas como claves, y los partidos que aspiren a representar las aspiraciones populares tendrán que asumir esas conquistas.

El Partido Amplio de la Izquierda Socialista (PAIS) encara este problema de la siguiente manera: tiene cinco preocupaciones programáticas básicas que consideramos fundamentales para los años de transición

que vienen, y a pesar de nuestra fuerte determinación unitaria, creemos que sin ellas no es posible una transición verdaderamente justa y ordenada.

1. El próximo gobierno tiene que ser un gobierno capaz de garantizar las libertades públicas, capaz de garantizar la igualdad para todos los sectores, capaz de devolver a los chilenos el derecho a la organización política y social sin exclusiones.

Necesitamos un gobierno que termine con las formas de proscripción y con la Inquisición ideológica que es hoy día el Tribunal Constitucional, y dé plena expansión a todas las maneras que tiene el hombre de mirar el mundo y la sociedad. Que en Chile sea el pueblo el que decida qué manera de ver las cosas le parece válida y que no sea un cuerpo de siete personas (que tampoco son doctas en política) los que decidan qué ideas pueden circular y cuáles no.

2. Necesitamos un gobierno que se ocupe de verdad del problema de los Derechos Humanos.

Este tema ha envenenado otras transiciones. Tenemos que entender que se trata de un problema central y de que hay que resolverlo adecuadamente. En Chile hay condiciones más favorables que en otros países, porque casi desde 1973 funcionan instancias humanitarias respetables: la comisión de Derechos Humanos, y la Vicaría de la Solidaridad de la Iglesia Católica. Llevan expedientes con las violaciones más graves, conocen a los culpables, han realizado investigaciones e iniciado procesos. En Chile el problema de los derechos humanos no es un problema de juicios por abrir, sino de procesos pendientes: crímenes por esclarecer, cuestiones tremendas que si no se aclaran van a impedir que los chilenos podamos en el futuro mirarnos a la cara. El caso Prats, el caso Letelier, el de los degollados, los quemados, los dinamitados, los suicidados, el asesinato de José Carrasco. Todos esos casos de horror provocados por la dictadura y para los cuales nos faltan palabras. Los setecientos treinta y siete expedientes de detenidos-desaparecidos.

Distinto es el problema de las sanciones, eso es algo posterior que habrá que ver cómo se aborda. Pero no podemos renunciar al principio de que los derechos humanos violados gravemente no puedan ser investigados, porque eso tiene que ver con la convivencia. Hay que aprender la lección de los países vecinos, porque no se puede permitir que el problema quede rondando sobre la sociedad chilena durante un largo tiempo.

Pero hay algo más que debe hacerse: demostrar que el problema de los Derechos Humanos es algo importante, que no es una cuestión instrumental que cierto grupo levanta contra la dictadura para mañana desconocerlo, sino que es un común denominador de todos los sectores democráticos, y que vamos a construir una democracia fundada en el respecto y la vigencia de los Derechos Humanos.

3. Debe preocupar nuestra imaginación y nuestra conciencia y

conmover la voluntad de los dirigentes democráticos, el problema de la deuda social.

Nosotros creemos que es posible pagar esta deuda social en su dimensión básica. Pagar la pérdida de salarios reales, la privación de prestaciones de salud, de educación, de vivienda, el empeoramiento de las condiciones cotidianas de vida. El 44 por 100 de los jóvenes chilenos entre los dieciseis y los veintitres años no estudia ni trabaja. Es imposible construir un país en que casi la mitad de los jóvenes no estudian ni trabajan. ¿Va a funcionar en ese contexto una democracia política? Todos sabemos que no.

El tema de la deuda social es, por eso, un tema básico, un tema acuciante. Hay que buscar los recursos para resolverlo, y nosotros pensamos que esos recursos existen. En 1988 el precio del cobre ha tenido un incremento de casi el 90 por 100 en sólo algunos meses. Ha generado un sobrepeso de 800 millones de dólares que no estaban previamente presupuestados. Hay recursos, entonces, porque el mercado hacia el futuro, además, anticipa una proyección favorable.

En Chile no hay en este instante, prácticamente, sistema tributario. Las franquicias han abolido en los hechos la tributación para los empresarios, y sus utilidades son gigantescas. Ellos mismos lo han reconocido en sus diálogos con los dirigentes democráticos, agregando que es una situación que no puede durar, un paraíso que no puede prolongarse porque no existe en ninguna otra parte del mundo. Hay recursos, y como lo han probado algunos grupos de estudio requeridos por la Iglesia Católica, un programa basado en el empleo de esos 800 millones de dólares podría resolver en dos años y medio algunos de los problemas básicos de la extrema miseria de los cinco millones y medio de pobres que tiene el país como herencia de la dictadura.

Es algo que no puede dejar de hacerse, una tarea prioritaria en el programa del nuevo gobierno.

4. Una importancia similar tiene el problema de la participación popular. Porque aquello que no se pueda dar como prestaciones o ventajas inmediatas, hay que darlo en su equivalente psico-político, algo esencial en un proceso de transición: la sensación de la dignidad que le da a la gente la posibilidad de participar. En un país en desarrollo con una historia larga de participación política, una sociedad civil con gente rica desde el punto de vista de la conciencia de sus derechos ¿cómo no aprovechar ese capital que está allí, en cada rincón del país, para ponerlo a trabajar junto con la autoridad democrática?

5. El último punto es el que se refiere a la unidad. Los partidos políticos tenemos la obligación de trabajar por desarrollar un contexto unitario amplio. Por la no exclusión, por la recuperación de la capacidad de la diversidad democrática, por terminar con el macartismo que ha logrado vender como producto fatal estos quince años la dictadura. Por poner en su justo término las diferencias que tenemos los sectores democráticos, y por reafirmar la necesidad de discutir nues-

tros proyectos de otra manera, entendiendo que hay un tiempo inicial en que tenemos que conjuntar esfuerzos para sacar adelante una transición que haga a Chile posible.

No será fácil, porque Chile será un país con deudas y cargas sociales brutales. Una deuda externa gigantesca, desde luego, pero también con una terrible sobrecarga de violencia acumulada todos estos años. Hemos ya vivido episodios en que el incremento del terrorismo de Estado da cuenta de lo que va a ser en el futuro el fenómeno de las bandas paramilitares, una vez que los organismos de seguridad salgan del ámbito de su acción oficial actual. Chile es una sociedad que se ha hecho violenta estos años, que ha vivido el desgarramiento de la violencia del terrorismo de Estado y de la violencia de la respuesta.

Todo esto habrá que reabsorberlo para que —insistimos— Chile pueda convertirse en un país posible. Será una tarea lenta, difícil, compleja, que va a exigir una gran amplitud en la dirección y una comprensión de que hay deberes sociales que emprender y no simplemente el cumplimiento de una función de administración.

Quiero decir, para terminar, que lo que está consumiendo hoy una buena parte de nuestro tiempo es lo menos importante. Lo primero es el programa, lo que nos da la identidad alrededor del quehacer de los años de transición que vienen. Lo que yo llamaría las dimensiones programáticas del acuerdo unitario. Que a la gente le quede muy claro cómo se van a lograr los cambios constitucionales, cómo el pueblo va a poder participar, cómo se va a manejar la economía, qué va a pasar con el ejército, con la Justicia. Un programa nítido, que defina las preocupaciones básicas de nuestro pueblo, que lo aliente a luchar, para que en esta etapa la dictadura termine por extinguirse del todo. Cosa que está plenamente al alcance de nuestra mano.

Hay algo, finalmente, que resume lo que en verdad nos interesa. Ya en 1980 nuestro pueblo levantaba una consigna cuyas señas quedaban en los rayados de los muros o en las letras de sus canciones: *Pan, trabajo, justicia, libertad*. Estas cuatro palabras resumen con bastante fidelidad lo que los chilenos piden y quieren, y es nuestro deber recoger lo que hay en esa petición de desafío.



SUITE CHILENA

La Iglesia y la Doctrina de la Seguridad Nacional en América Latina

MARIO BOERO

La actualidad de la Doctrina de la Seguridad Nacional, DSN, denunciada en la Conferencia Episcopal de Puebla, induce a tomas de posturas muy significativas después de Medellín en la Iglesia Católica, especialmente cuando tal doctrina constituye un marco político-militar indispensable para comprender la crítica relación Iglesia/regímenes militares latinoamericanos, jugando un determinado papel en este proceso la teología, el espíritu y la labor eclesial de movimientos cristianos en el continente.

La DSN surge en América Latina gracias a la convergencia de un nacionalismo exacerbado, de una ideología tecnocrática y del pensamiento católico integrista, como un corpus doctrinal ideológico y político que intenta aplicarse como modelo conductor de la nación, articulando «seguridad» y «desarrollo» y privilegiando en este proceso el papel de FF.AA. en el Estado una vez consolidados regímenes militares¹.

Las fuentes ideológicas indirectas más remotas —y más alejadas de América Latina— de la DSN pueden encontrarse, entre otros, gracias a la reflexión «geopolítica» de R. Kjellen, F. Ratzel, K. Haushofer y al pensamiento filosófico-jurídico de C. Schmitt, de las primeras dé-

Mario Boero es teólogo, vive en Madrid, España.

¹ Cf. M. Ruz. «Doctrina de la seguridad nacional en AL. Contribución a un debate». *Mensaje* 26 (1977), págs. 418-26.

cadras del siglo, pero su concreta plasmación militar formulada de este modo en el continente latinoamericano la encontramos a raíz del golpe militar de Brasil en 1964. Este largo lapso histórico entre la génesis teórica de tal doctrina, pasando por el nacionalsocialismo alemán, hasta su cristalización en el Cono Sur de América ha permitido encontrar, por ejemplo, marcos políticos relativos a la DSN en Filipinas, Corea del Sur, Indonesia, Suráfrica, Grecia, Guatemala o Chile.

Los antecedentes histórico-políticos próximos de la DSN descansan, en términos generales, a raíz del equilibrio hegemónico mundial que intenta conseguir Estados Unidos una vez concluida la Segunda Guerra Mundial («guerra fría»). Centro neurálgico de un bloque de un mundo dividido, Estados Unidos desarrolla a partir de la década de los 50 una concepción ideológica relativa a la «seguridad internacional» buscando con ella el beneficio de la propia seguridad nacional norteamericana incluso antes, durante y después de vivir conflictos como el de Cuba y Vietnam.

Esa «seguridad internacional» buscada por Estados Unidos queda reflejada, por ejemplo, en el discurso del presidente Harry Truman, el 12 de marzo de 1957, donde dice: «Los regímenes totalitarios impuestos a pueblos libres por la agresión directa o indirecta minan los cimientos de la paz internacional y, por tanto, la seguridad de los Estados Unidos»².

La facilitación de programas económicos, técnicos y militares norteamericanos al continente latinoamericano a partir de los años 60, pero con antecedentes ya en el año 1947 con el «Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca» (TIAR), condicionan la formación profesional de las FF.AA. latinoamericanas instruidas en Panamá o en los Estados Unidos, así como las posturas ideológicas de los uniformados una vez instalados en el continente. A esta notable influencia norteamericana en América Latina pueden sumarse los programas «desarrollistas» (como la «Alianza para el Progreso» de John F. Kennedy) como un factor más que caracteriza la hegemonía de Estados Unidos en el continente, incrementándose de este modo «el papel político de las FF.AA., a fin de asegurar el control de la subversión o de la agitación social en cada país del continente garantizando la estabilidad política interna»³.

Entre los diversos ideólogos y funcionarios norteamericanos que intentan definir con mayor precisión esa «seguridad internacional» promovida por Estados Unidos en el mundo occidental una vez terminada la Segunda guerra, cabe señalar aquí, a modo de ejemplo, la obra

² V. Valentin. *Historia Universal*, tomo III, Buenos Aires, 1958, pág. 314, citado por H. Pozo. *La seguridad nacional: Raíces internacionales*. Programa FLACSO, Santiago-Chile, 1983, pág. 11.

³ J. Tapia Valdés. *El terrorismo de Estado. La DSN en el Cono Sur*, México, 1980, pág. 65.

de Robert MacNamara, titulada *La esencia de la seguridad*. Secretario de Defensa del gobierno norteamericano entre 1961-68, figura en gran medida similar a la de Kissinger y Brzezinski en los gobiernos de Nixon y Carter respectivamente.

En esta obra MacNamara pone de relieve, como indica H. Pozo⁴, que la seguridad mundial y colectiva como la que intenta fomentar Norteamérica se encuentra con dos desafíos evidentes: las FF.AA. enemigas comunistas y la miseria de los países del Tercer Mundo, amenaza esta última —brote de izquierdismo y subversión según el Secretario de Defensa— correlativa con la primera, pues MacNamara considera que «la pobreza y la injusticia social pueden poner en peligro nuestra seguridad nacional, no menos de lo que puede hacerlo cualquier amenaza militar». En este sentido deben promoverse entonces la protección y la ayuda económica, militar y técnica a los países en desarrollo, pues «luchar contra el subdesarrollo es luchar por la seguridad y en contra del comunismo». Pero este binomio desarrollo/seguridad no puede darse a cualquier condición: «para florecer necesita un mínimo de *orden y estabilidad*», que pueden establecerse gracias a la ayuda prestada por Norteamérica, según palabras del Secretario de Defensa MacNamara⁵.

El breve cambio introducido en la política exterior norteamericana con la presidencia de Carter (1977-80), gracias a la promoción y defensa de los Derechos Humanos —política inicialmente incómoda para regímenes inspirados por la DSN— también responde a una estrategia vinculante con la «seguridad» y el «desarrollo» buscados por Estados Unidos en sus áreas de influencia. La novedad de esta posición sin embargo reposa en un conjunto de nuevas razones políticas, económicas y también éticas fomentadas por el trilateralismo, emanadas de la Comisión Trilateral —organización de consorcios transnacionales con poder de decisión en órganos gubernamentales norteamericanos— tendentes a modificar el carácter excesivamente ideológico de la tradicional diplomacia norteamericana por otra más concretamente económica (países pobres/países ricos; Sur/Norte). Aunque sin dejar de lado lo estrictamente ideológico, el trilateralismo promueve en el caso de las dictaduras del Cono Sur un retorno a la democracia, pero no a su clásico sentido liberal, sino a una «nueva» democracia, «protegida y autoritaria», desempeñando un papel determinado dentro de este proceso la economía social de mercado diseñada por el ultraliberalismo de la Escuela de Chicago (M. Friedmann, A. Harberger); y donde la campaña relativa a la defensa de los derechos humanos por parte de Carter no consiste en garantizarlos de un modo permanente, sino «en mantener el nivel de la violación de esos derechos dentro del marco de “lo necesario” en función de la libre

⁴ Cf. H. Pozo, *Ob. cit.*, págs. 44-50.

⁵ Cf. H. Pozo, *pág.* 50.

acumulación de capital a escala mundial», según apunta el investigador F. Hinkelammert ⁶.

Este conjunto de características ideológicas, económicas, políticas y militares articuladas entre sí gracias a su concreción geopolítica en América Latina son promovidas por la DSN destacando el papel del Estado, identificado en «La Patria», con el objeto de alcanzar a toda costa ese binomio orden/estabilidad, decisivo para el progreso nacional. De aquí se deriva la enorme relevancia que adquiere en el lenguaje y en la práctica de dicha doctrina, la «guerra» y el «enemigo interno», una vez desvirtuadas, para la DSN, las fronteras geográficas nacionales de la nación como defensivas, pues incluso en su interior existe agresión de ese «enemigo interno». En el fondo éste es caracterizado en «todo desarrollo de formas avanzadas de democracia política»⁷, lo que establece y provoca una «guerra no convencional» en la sociedad, dando así paso a una política autoritaria y excluyente en países latinoamericanos, denominada, aunque no sin polémica conceptual, como «fascista».

Las consecuencias prácticas de la DSN en el continente han repercutido de un modo conflictivo en los últimos años en las bases de la Iglesia latinoamericana, empeñadas por promover y salvaguardar el derecho de los pobres en el status quo injusto de América Latina. Sobre todo a partir de Medellín, recogiendo a la vez el espíritu magisterial nuevo que anima al Vaticano II relativo a los derechos humanos. En este sentido se destaca en el contexto latinoamericano el trabajo de Cándido Padim, obispo de Baurú (Brasil), titulado «La DSN a la luz de la Doctrina de la Iglesia», publicado en 1968, precursor de posteriores reflexiones relativas al tema. En este trabajo se denuncia el carácter totalitario que se esconde en la DSN que rige al Brasil después del golpe militar y su incompatibilidad con las tareas y la palabra de la Iglesia. Uno de los teólogos que ha avanzado en el estudio sobre la DSN es Josep Comblin con su obra *El poder militar en América Latina*.

Asumiendo una praxis pastoral nueva en su historia, progresista o moderada en algunos casos gracias al apoyo de declaraciones de la Conferencia de Puebla y de diversos episcopados (Brasil, Perú, Bolivia,

⁶ F. Hinkelammert, «Las armas ideológicas de la muerte». *Sigueme*, Salamanca, 1978, pag. 153. Cf., también A. Sist y G. Iriarte. «De la Seguridad Nacional al Trilateralismo». Varios autores, *Pueblo en Puebla*, Madrid, 1979, págs. 166-186; Boff, Leonardo. «La estrategia de la trilateral y la Iglesia», en *La fe en la periferia del mundo. El caminar de la Iglesia con los oprimidos*, Sal Terrae, Santander, 1981, págs. 201-05; A. Díaz Calleja, «La trilateral y la democracia restringida ¿Hay un modelo en marcha?» *Nueva Sociedad* 45 (1979) págs. 50-71; V. Trias. *Las transnacionales y la influencia de la Escuela de Chicago*. *Nueva Sociedad* 38 (1978) págs. 5-19; Dussel, Enrique. «Desintegración de la cristiandad colonial y liberación», *Sigueme*, Salamanca, 1978, pag. 76.

⁷ S. Rojas, «Reflexiones sobre la doctrina de la Seguridad Nacional en Chile», *Araucaria de Chile* núm. 9 (1980), pag. 54.

Chile), diferentes colectivos cristianos entran en conflicto con la política de la DSN a raíz de tres factores, consubstanciales a ese proyecto nacional militar: 1) el problema relativo a la represión y los derechos humanos; 2) el problema relativo al «desarrollismo», y 3) los problemas relativos a «la anulación del pueblo» ejercida por la práctica de la DSN⁸; factores que se han hecho evidentes una vez instauradas las dictaduras de Brasil (1964), Uruguay (1973), Chile (1973), Argentina (1976) y las de Guatemala y El Salvador en Centroamérica, jugando un papel particular dentro de todo ello la Teología de la Liberación, TL. En este sentido cabe decir aquí que la política exterior norteamericana, poco preocupada en general por el papel expresado por la Iglesia en América Latina, Centroamérica o el Caribe, comienza a prestar atención a esta nueva postura eclesial solidaria en el continente a partir de la década de los 70, llegando incluso a considerar el «Documento de Santa Fe», redactado por los asesores de Reagan durante su primera campaña presidencial de 1980, que

«la política exterior de Estados Unidos debe comenzar a enfrentar (y no simplemente a reaccionar con posterioridad) la teología de la liberación tal como es utilizada en América Latina por el clero de la teología de la liberación. El papel de la Iglesia en América Latina es vital para el concepto de libertad política. Lamentablemente las fuerzas marxistas-leninistas han utilizado a la Iglesia como arma política contra la propiedad privada y el sistema capitalista de producción, infiltrando la comunidad religiosa con ideas que son menos cristianas que comunistas»⁹

La incomodidad despertada en esferas gubernamentales militaristas estadounidenses por la relevancia que adquiere la Iglesia a raíz de ese compromiso en contra de la DSN introduce nuevos matices en la estrategia de la seguridad continental norteamericana.

Hasta tal punto es de interés el eco político de «lo religioso» hoy en la Administración norteamericana, que la autora Ana María Ezcurrea indaga coordinadas ideológicas comunes entre la política de Ronald Reagan y el Vaticano¹⁰. Intentando desentrañar el por qué y cómo de esta relación la autora busca antecedentes ideológicos en gobiernos norteamericanos pasados y actuales.

Fruto de la búsqueda de estos antecedentes, la autora constata los cambios existentes en la política exterior norteamericana a partir de Carter, destacando cómo emergen en Estados Unidos hoy dos filosofías políticas con afanes hegemónicos: la «nueva derecha» y el «neo-conservadurismo». Ideologías las dos con poder de decisión en la

⁸ H. Divad. *La ideología de la Seguridad Nacional y los derechos humanos. Un desafío a la Iglesia en AL*. Moralia 4 (1982) pág. 30.

⁹ «El documento de Santa Fe. Una Nueva política interamericana para los años ochenta». *Cuadernos de Discusión política*, IEPALA, Madrid, 1982. Parte segunda, proposición tres.

¹⁰ Ezcurrea, A. María. *El Vaticano y la Administración Reagan*. IEPALA-Fundamentos, Madrid, 1986.

Administración Reagan, muy relacionadas entre sí, caracterizadas por afianzar dentro de Occidente y el Tercer Mundo el siguiente axioma: la democracia política es impensable sin capitalismo. Para que esta «democracia» fructifique es conveniente recurrir en el fondo a una lucha ideológica («guerra de ideas» la denominan los estadounidenses) contra el socialismo, donde incluso las Iglesias Católicas y protestantes, y en general todo campo de «lo religioso», sean instrumentos valorados como propios, naturales y genuinos del pensamiento conservador. Tentativa clara de amalgamar religión y política en función de una restauración. Con ello se quiere mutilar toda transformación social, histórica, política, que intente llevarse a cabo a partir de esa fe cristiana que emerge de ambientes progresistas de países ricos y del Tercer Mundo, pensando la «intelectualidad» neo-conservadora en Nicaragua y en la TL. Sin embargo, en estos dos empeños ideológicos hay cierta divergencia respecto al ámbito político nacional donde actúan:

«Mientras la nueva derecha desea consolidar una coalición de masas —congregadas en agencias y entidades propias— con el fin de poder disputar el poder político interno, los neoconservadores se perfilan como una corriente intelectual de influencia en los sectores dirigentes y en la opinión pública. Mientras la nueva derecha pone hincapié en “asuntos singulares” morales y sociales, los neoconservadores se esfuerzan sobre todo en temas de política exterior. Ambos subrayan el valor de la lucha ideológica contra los liberales y la “nueva clase” o “izquierdistas” y para ello, les pelean el dominio de lo religioso como un terreno clave para la recreación de consenso» (p. 40)

El «Instituto sobre Religión y Democracia» (IRD) cobra un papel importante a partir de 1981 en Estados Unidos para los neoconservadores¹¹, añade la autora. Con él se intenta consolidar en el terreno internacional una postura beligerante respecto a la revolución nicaragüense, promoviendo intereses religiosos en contra del proceso sandinista, arguyendo que éste amenazaría a la democracia centroamericana. Con este fin el IRD aprovecha reivindicar el papel de los indios miskitos en Centroamérica, instrumentalizados por las decisiones de la «contra». Junto a ello, diversos círculos católicos e iglesias protestantes en Estados Unidos van adquiriendo una mayor identificación con el discurso del IRD, encargado de defender los intereses de la democracia norteamericana gracias a la mediación de una religión «civil».

Al calor de este proceso ideológico norteamericano, apunta A. M. Ezcurra, el Vaticano emplea en América Latina una política restauradora de valores amenazados por la secularización y el marxismo. Los cambios de posiciones pastorales en el CELAM estimulados por el Papa, las ofensivas contra la TL por el Cardenal Ratzinger y ciertos epis-

¹¹ De Lella, Cayetano. *El rol del Instituto sobre Religión y Democracia en la ofensiva neoconservadora*. IEPALA, Madrid, 1984.

copados latinoamericanos, la crítica permanente a la «Iglesia de los pobres» por ideólogos católicos en Centroamérica, las amenazas y sanciones a los ministros sacerdotes en Nicaragua por Roma, el auge del Opus Dei y de otros colectivos católicos en el Cono Sur, son en general ciertos síntomas de convergencia sobre la religión entre la Administración Reagan y el actual papado. En este sentido comenta la autora la concordancia de obstáculos puestos a Nicaragua entre el Vaticano y Estados Unidos, con apoyos de la jerarquía nicaragüense (Cardenal Obando y Bravo), señalando además el clima común que respira el Papa Wojtyla con los movimientos ideológico-religiosos que emergen en Estados Unidos en cuanto diseños de una nueva cristiandad.

Aunque sin tocar en concreto el tema relativo a la DSN esta obra resulta ilustrativa para enfocar el problema en términos político-religiosos.

En el fondo las causas de conflictos entre Iglesia y DSN reposan en último término en el «sujeto» y en el «modelo de sociedad» diseñados por el militarismo latinoamericano. Aunque éste hace evidente en sus discursos formulaciones y simbologías relativas a «lo cristiano», apropiándose de un lenguaje de cristiandad ofrecido por colectivos integristas como el Opus Dei («lucha católica contra el comunismo ateo», «promoción del bien común en la patria», «defensa de la civilización cristiana», etc.) proclamando los propios militares su cristianismo, es claro que todo ello permanece en la DSN sólo como ideología, sumamente conveniente para los objetivos nacionales desarrollistas propuestos por razones de Estado. Propósitos todos ellos contrastantes con la postura general de la Iglesia latinoamericana relativa a su concepción de Estado y del hombre, fomentando la participación política en sistemas democráticos.

En este sentido es conveniente hacer notar que la Iglesia no se opone ni se ha opuesto a un proyecto de seguridad nacional concreto, legítimo en regímenes democráticos con FF.AA. no deliberantes y constitucionalistas, pero ella sí critica la institucionalización doctrinaria de seguridad nacional impuesta en la sociedad donde el Estado pasa a ser un instrumento al servicio de «la patria y el orden». En último término, de este conflicto se desprenden las hostilidades sufridas por la Iglesia en el continente, la persecución a comunidades comprometidas, las amenazas sobre el pueblo pobre y la tortura y muerte de tantos cristianos a lo largo y ancho de América Latina¹².

¹² Una reseña de actos contra la Iglesia latinoamericana en: Rodríguez Martínez, S. «La Seguridad Nacional. Un respaldo ideológico de la persecución a la Iglesia en AL». *Misiones Extranjeras* 38/39 (1977) págs. 182-88; cf., también García Ramírez, R. «El martirio en la Iglesia latinoamericana». *Estudios Franciscanos* 84 (1983) págs. 143-171; Pujadas, I. «Joan Alsina. Chile en el corazón». *Sígueme*, Salamanca, 1979; Varios Autores. *La pasión según Frei Tito. Torturado hasta el suicidio*, Bilbao, 1978; Useros, M. López Vigil M. *La vida por el pueblo. Cristianos de comunidades populares en AL*, Editorial Popular, Madrid, 1981; Boff, L. *Pasión de Cristo. Pasión del Mundo*, Sal Te-

José Ramos Regidos estima que las posiciones establecidas por los episcopados latinoamericanos ante la política de la DSN están matizadas según las opiniones de la jerarquía:

«A este propósito se pueden distinguir tres posiciones fundamentales: 1. la de los sectores integristas que aceptan la DSN junto con un anticomunismo visceral; 2. la posición mayoritaria que distingue en esta doctrina aspectos positivos que pueden aceptarse y los negativos que deben rechazarse, colocándose en la perspectiva de la teología tradicional, más metafísica y abstracta que histórica y concreta; en el interior de esta postura se dan diferencias notables que van desde las posiciones conservadoras y ambiguas de López Trujillo que se resiste a atribuir a la Seguridad Nacional un carácter totalizante... hasta las posiciones más avanzadas de buena parte del episcopado chileno, brasileño (con acentos «liberacionistas», propios de lo que se expondrá en la tercera posición) uruguayo, paraguayo, boliviano y peruano, que la condenan como ideología totalizante y ligada al militarismo... 3. por último, la de los que parten de su experiencia de oposición al militarismo y del conocimiento científico del fenómeno, a la luz del análisis sociopolítico e inspirados en la teología de la liberación, ejercen una denuncia profética del sistema de estado militarista; en esta perspectiva histórica y concreta, no escolástica y abstracta, hay que situar la intervención de algunos obispos como Mons. Casaldáliga, Marcelo P. Carvalheira, etc.»¹³

Todo ello hacer pensar en la serie de conflictos intraeclesiales en los episcopados de Chile y Brasil, por ejemplo, a raíz de los respectivos golpes militares¹⁴.

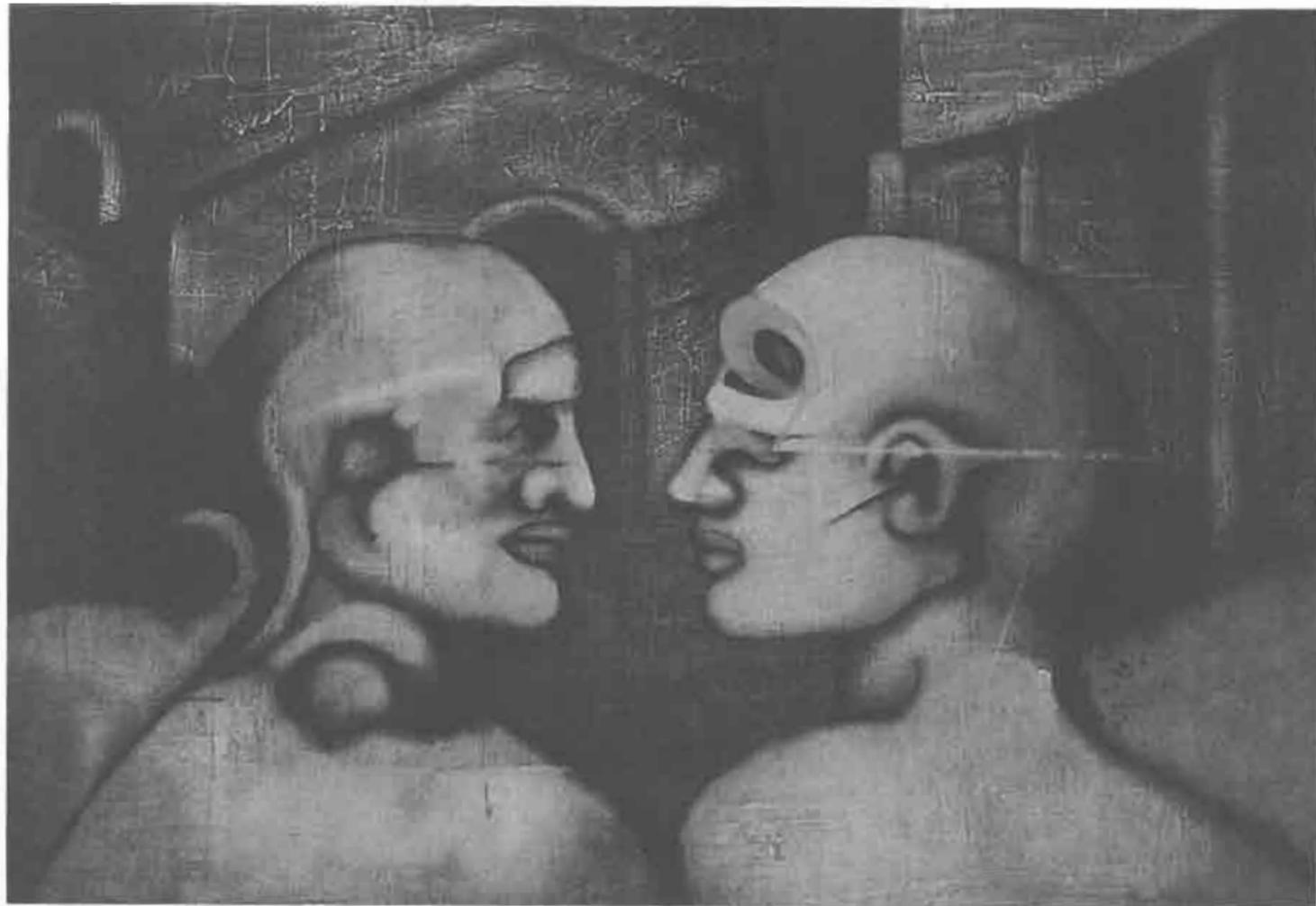
rrae, Santander, 1980, págs. 158-264; Sobrino, Jon, «El testimonio de la Iglesia en AL. Entre la vida y la muerte», en *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Sal Terrae, Santander, 1981, págs. 177-209; Martialay, Roberto, «Comunidad en sangre (1973-83)», *Mensajero*, Bilbao, 1983.

¹³ Ramos Regidor, José. «Jesús y el despertar de los oprimidos». *Sígueme*, Salamanca, 1984, págs. 56-57; también cf., Viera-Gallo, J. A. «La Iglesia frente a la DSN en AL». *Nueva Sociedad*, 36 (1978) págs. 24-34; Comblin, Joseph. «Iglesia y Derechos Humanos». *Mensaje* 26 (1977) págs. 475-82.

¹⁴ Assmann, Hugo. «Teología desde la praxis de la liberación» («La función legitimadora de la religión para la dictadura brasileña»), *Sígueme*, Salamanca, 1976, págs. 211-20; Boero, Mario. «Iglesia y Sociedad. ¿Hacia una teología de la liberación en Chile?». *Estudios Franciscanos* 88 (1987) págs. 277-316.



SUITE CHILENA



DIALOGO

Estructura de la impotencia

Apuntes para un retrato

EDUARDO GALEANO

«Nosotros estamos con la democracia, pero la democracia no está con nosotros», dijo un habitante de los suburbios de Buenos Aires, respondiendo a una encuesta reciente. El es uno de los muchos que sirven la mesa de la gran ciudad y están condenados a vivir de sus sobras.

En América Latina, el peor enemigo de la democracia no es el ejército, aunque el ejército hace lo posible por parecerlo. El peor enemigo de la democracia en América Latina, es toda una estructura de la impotencia, que el ejército custodia, y que tiene su base en el sistema económico. Ese sistema integra un sistema mayor, una maquinaria internacional de poder. Uno de los mecanismos de esa vasta y complicada maquinaria se llama democracómetro y cumple la función de medir el mayor o menor grado de democracia que existe en cada país. Por regla general, los medios masivos de comunicación, que fabrican opinión en el mundo, difunden las mediciones de este aparatito y las convierten en inapelables veredictos de Occidente.

Pero la verdad del democracómetro, que es la verdad del sistema, puede ser mentira para las víctimas del sistema. No creo que crean en la democracia los ocho millones de niños abandonados que vagabundean por las calles de las ciudades de Brasil. No creo que crean, por-

Eduardo Galeano, uruguayo, es autor del célebre libro *Las venas abiertas de América Latina*, de *Memoria del fuego* y de diversos otros títulos de análisis de los problemas históricos, políticos y económicos de nuestro continente.

que la democracia no cree en ellos. No tienen ninguna democracia en la que creer: la democracia brasileña no fue hecha por ellos, ni para ellos funciona, aunque cumpla con algunos de los requisitos formales que el democracómetro exige para dar su visto bueno.

«Nada de importancia», dijo el Rey

La democracia no es lo que es, sino lo que parece. Estamos en plena cultura del envase. La cultura del envase desprecia los contenidos. Importa lo que se dice, no lo que se hace. El Brasil no tiene pena de muerte, ni la tendrá, según la nueva Constitución, pero aplica la pena de muerte continuamente: cada día mata mil niños de hambre, y por bala mata quién sabe cuántos hombres en los violentos suburbios de sus ciudades y en sus latifundios invadidos por los peones desesperados. Se supone que la esclavitud no existe desde hace un siglo, pero un tercio de los trabajadores brasileños gana poco más de un dólar por día y la pirámide social es blanca en la cúspide y negra en la base: los más ricos son los más blancos y los más pobres, los más negros. Cuatro años después de la abolición, allá por 1892, el gobierno brasileño había mandado quemar todos los documentos relacionados con la esclavitud, libros y balances de las empresas negreras, recibos, reglamentos, ordenanzas, etc., como si la esclavitud no hubiera existido nunca.

Para que algo no exista, basta con decretar que no existe. El 14 de julio de 1789, el rey Luis XVI escribió en su diario: «Nada de importancia». El dictador de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, decretó en 1902 que todos los volcanes del país estaban en calma, mientras el alud de lava y fango del volcán Santa María, en plena erupción, estaba arrasando más de cien aldeas en los alrededores de Quezaltenango. El Congreso colombiano aprobó en 1905 una ley que establecía que los indios no existían en San Andrés de Sotavento y en otras comarcas donde habían brotado súbitos chorros de petróleo: los indios que existían eran ilegales, y por lo tanto las empresas petroleras podían matarlos impunemente y quedarse con sus tierras.

El como si

En el Uruguay, la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, de fines de 1986, manda olvidar las torturas, los secuestros, las violaciones y los asesinatos cometidos por la reciente dictadura militar, como si no hubieran existido esos actos de terrorismo de Estado. Ley de Impunidad, prefirió llamarla el pueblo uruguayo, que le ha interpuesto un parete de más de seiscientas mil firmas. Poco antes de promulgar esta ley, que absuelve a los torturadores, el Uruguay había

firmado y ratificado la Convención Internacional contra la Tortura, que obliga a castigarlos. Lo mismo pasó en la Argentina. Esta convención niega explícitamente la excusa de la orden superior: el gobierno argentino la firmó y la ratificó, y acto seguido legalizó las torturas realizadas en obediencia a los altos mandos. Las convenciones internacionales equivalen, en nuestros países, a leyes nacionales. *Pero ocurre que unas mandan respetar los derechos humanos que las otras autorizan a violar: unas simulan que existen, las otras existen de verdad.*

La historia latinoamericana enseña a desconfiar de las palabras. En 1965, la dictadura militar del Brasil, la dictadura militar del Paraguay, la dictadura militar de Honduras y la dictadura militar de Nicaragua invadieron Santo Domingo, junto a los marines norteamericanos, para salvar a la democracia amenazada por el pueblo. En nombre de la democracia desembarcaron en las costas cubanas de Playa Girón, en 1961, los nostálgicos de la dictadura de Batista. Ahora, en nombre de la democracia atacan a Nicaragua los nostálgicos de la dictadura de Somoza. El presidente de Colombia habla de democracia, mientras el terrorismo de Estado mata impunemente a más de mil opositores políticos y sindicales en 1987, de acuerdo con las instrucciones del Manual de Contrainsurgencia del Ejército, que enseña a crear organizaciones paramilitares.

El lenguaje oficial delira, y su delirio es la normalidad del sistema. «No habrá devaluación», dicen los ministros de Economía, en las vísperas del derrumbamiento de la moneda. «La reforma agraria es nuestro principal objetivo», dicen los ministros de Agricultura, mientras extienden el latifundio. «No existe censura», celebran los ministros de Cultura, en países donde la inmensa mayoría de la gente tiene los libros prohibidos por el precio o por el analfabetismo.

Un perfecto momento de locura

El sistema aplaude la infamia, si es exitosa, y la castiga si fracasa. Recompensa a quien roba mucho y condena a quien roba poco. Invoca la paz y practica la violencia. Te predica el amor al prójimo y a la vez te obliga a sobrevivir devorándolo. El lenguaje esquizofrénico alcanza uno de los más perfectos momentos de locura cuando confunde la libertad del dinero con la libertad de la gente: así, identifica lo que está en contradicción, abierta contradicción que el simple sentido común advierte, y cualquiera puede darse cuenta de que esta locura no es inocente. Sin embargo, no faltan intelectuales dispuestos a caer en la trampa, como se ha puesto en evidencia, recientemente, a raíz de la nacionalización de la banca privada en el Perú. Hay quien coloca en el mismo plano la libertad de expresión de los poetas y la libertad de expresión de los banqueros. Pero en América Latina, como en todo el Tercer Mundo, la libertad de los negocios no sólo no tiene nada que

ver con la libertad de las personas sino que, además, una y otra son incompatibles. Para dar plena libertad al dinero, las dictaduras militares encarcelan a la gente. Mucha sangre, demasiada, se ha derramado a lo largo de los siglos para que esto resulte una evidencia que rompe los ojos.

Se nos entrena para no ver. La educación deseduca, los medios de comunicación incomunican. Y la educación y los medios nos inducen a aceptar gato por liebre.

La usurpación de la realidad

Hasta el mapa miente. Aprendemos la geografía del mundo en un mapa que no muestra al mundo tal cual es, sino tal como sus dueños mandan que sea. En el planisferio tradicional, el que se usa en las escuelas y en todas partes, el Ecuador no está en el centro: el norte ocupa dos tercios y el sur, uno. Escandinavia parece mayor que la India, cuando en realidad es tres veces más pequeña; la Unión Soviética duplica al Africa, cuando en realidad es bastante menor. América Latina abarca en el mapamundi menos espacio que Europa y mucho menos que la suma de Estados Unidos y Canadá, cuando en realidad América Latina es dos veces más grande que Europa y bastante mayor que Estados Unidos y Canadá.

El mapa, que nos achica, simboliza todo lo demás. Geografía robada, economía saqueada, historia falsificada, usurpación cotidiana de la realidad: el llamado Tercer Mundo, habitado por gentes de tercera, abarca menos, come menos, recuerda menos, vive menos, dice menos.

Y no sólo abarca menos en el mapa; también abarca menos en los diarios, en la tele, en la radio. Menos, es decir: no abarca casi nada. A veces América Latina, por ejemplo, se pone de moda. Moda Fugaz, como toda moda. Entonces los intelectuales del norte nos echan pasajeras miradas de adoración. A fines de la década del cincuenta, fue el turno de Cuba. A fines de la década del setenta, el de Nicaragua. Entre una y otra alucinación, espejismos de revoluciones sin mácula, hubo la guerrilla del Che Guevara y otras gestas románticas. Estas fulminantes pasiones han desembocado fatalmente en el desencanto y la abominación pública. Como en el siglo XVI, la realidad defrauda las ilusorias promesas del Eldorado. La realidad es como es, y no como quisieran que fuera quienes la confunden con el Cielo para luego tener derecho a confundirla con el infierno, y al infierno condenarla por siempre jamás: al infierno del silencio, al infierno del desprecio. La fascinación y la maldición son la cara y la contracara de una misma actitud, que ignora la realidad y le falta el respeto.

El sistema universal de la mentira

En el artículo que publiqué hace años, escrito con evidente simpatía por la rebelión obrera en Polonia, yo me permití una observación que cayó muy mal. Sigo creyendo, sin embargo, que esa observación era correcta: dije que si Lech Walesa hubiera nacido en Guatemala, lo hubieran destripado en la primera huelga, y su asesinato no hubiera merecido un milímetro en los grandes diarios del mundo, ni un segundo en las grandes cadenas de televisión.

Guatemala ha sufrido, desde la invasión de 1954, la más larga y sistemática carnicería de América Latina. Los fabricantes de opinión, que controlan la producción y el consumo de noticias en escala internacional, se han encogido de hombros. En Guatemala, la sangre no es noticia. El terror militar y la miseria se consideran «naturales». Los terremotos, en cambio no: en febrero de 1976, cuando la tierra tembló y mató a veintidós mil guatemaltecos, una multitud de periodistas acudió desde todo el mundo. De esos periodistas, unos pocos prestaron alguna atención al hecho de que más de veintidós mil personas habían sido asesinadas en Guatemala, en esos años setenta, por obra de los escuadrones de la muerte organizados por el ejército. Y casi nadie mostró algún interés en enterarse de que más de veintidós mil personas habían muerto en un solo año, asesinadas por el hambre, que mata en silencio. País pobre, país de indios: como la muerte, el horror ahí es costumbre.

Todos somos vecinos en este mundo de programas multinacionales y transmisiones simultáneas vía satélite; pero, como diría Orwell, unos son más vecinos que otros. Las comunicaciones están centralizadas. Cuanto ocurre en el planeta se traduce en los centros de poder, se traduce al lenguaje de un sistema universal de la mentira, y se devuelve convertido en imágenes y sonidos de difusión masiva. ¿Objetividad? *Desconfiemos de esta objetividad que nos reduce a objetos.* La miseria del Tercer Mundo se convierte en mercancía. Los países opulentos la consumen de vez en cuando, para felicitarse por lo bien que les ha ido en la vida. El sistema universal de la mentira practica la amnesia. El norte actúa como si se hubiera sacado la lotería. Su riqueza, sin embargo, no es resultado de la buena suerte, sino de un largo, muy largo proceso histórico de usurpación, que viene de los tiempos coloniales y se multiplica, mediante sofisticados mecanismos de despojo, en la época actual. Cuanto más resuenan, en los foros internacionales, los discursos que exaltan la equidad y la justicia, tanto más se derrumban, en los mercados internacionales, los precios de los productos del sur, y tanto más suben los intereses del dinero del norte, que con una mano presta lo que con la otra roba. *Los mecanismos de despojo obligan al sur a pagar la cuenta de lo que el norte despilfarra, incluyendo los platos rotos del fin de cada fiesta:* sobre las espaldas de los suburbios del sistema, se descargan las crisis de los centros.

¿Qué nos dicen?

En las versiones dramatizadas de la conquista de América, que los indios representan todavía en la región andina, los curas y los conquistadores hablan moviendo los labios, pero sin emitir sonidos. Los vencedores hablan, en el teatro indígena, un lenguaje mudo. Hoy día las voces del sistema internacional de poder, que la cultura dominante trasmite, ¿qué nos dicen? ¿Qué nos dicen que tenga que ver con nuestras necesidades reales? La cultura dominante, que actúa a través de la estructura educativa y sobre todo, en mucho mayor medida, a través de los medios de comunicación, no revela la realidad: la enmascara. No ayuda a los cambios: contribuye a evitarlos. No estimula la participación democrática: induce a la pasividad, a la resignación, al egoísmo. No genera creadores: multiplica consumidores.

Cada vez hay más opinados y cada vez menos opinadores. A medida que perfecciona sus instrumentos de irradiación, la cultura dominante va revelando su vocación antidemocrática y va reduciendo los espacios públicos de creación y participación. La difusión avasallante de la televisión, por ejemplo, hiere, y creo que hiere feo, a la cultura popular, en una larga embestida que pretende convertir a toda América Latina en un vasto suburbio de Dallas. Y esto es grave, creo, porque en América Latina la cultura popular es la cultura nacional más verdadera. Bien dicen que cada anciano que muere en los pueblos perdidos de por ahí, es una biblioteca que arde. Gracias a la cultura popular, que hereda y enriquece la memoria colectiva, los latinoamericanos hemos podido perpetuar algunas claves fundamentales de identidad. La cultura oficial, copiona y estéril, eco bobo de la cultura dominante, ignora esas claves o, conociéndolas, las desprecia. O quizás, en el fondo, las teme: esas claves se refieren a la dignidad, a la imaginación y a otras enemigas de los dueños del poder.

Valium para no pensar

La cultura popular es, por naturaleza, cultura de participación: es, por naturaleza, democrática. Se trasmite, sobre todo, por tradición oral, y se le hace cada vez más difícil multiplicarse y renovarse a medida que el progreso tecnológico le va reduciendo los espacios de encuentro donde ella es fecunda: plazas, cafés, tablados, mentideros, mercados... La televisión, en cambio, recluye, separa, aísla: trasmite en una sola dirección, viaje de ida sin vuelta, de la máquina emisora hacia la persona receptora, y la persona receptora come emociones importadas como si fueran salchichas en lata.

La lucha contra las estructuras enemigas de la democracia, estructuras de la impotencia, pasa por el desarrollo de una cultura nacional liberadora capaz de desatar la energía creadora de la gente y capaz de

lavarle los ojos de las telarañas que impiden que la gente vea y se vea. Los mensajes que la televisión irradia en nuestros países, símbolos que la cultura dominante vende a la cultura dominada, símbolos del poder que nos humilla, no contribuyen mucho, que digamos, al desarrollo de esa cultura desatadora. Pero que no se me entienda mal. Esta comprobación no implica una negación de la televisión en sí, sino un rechazo de la televisión como droga socialmente legitimizada, valium para no pensar, del mismo modo que tampoco implica una negación de sus mensajes por el hecho de que provengan de los Estados Unidos o de otros países extranjeros.

Una estupidez reaccionaria

El nacionalismo de derecha, que entra en la historia de espaldas, reculando, cree que la cultura nacional se define por el origen de sus factores.

Si así fuera, pongamos por caso, no habría cultura andaluza, porque los típicos patios de Andalucía vienen de la Roma imperial, las verjas y las cancelas de la Florencia renacentista, y los floridos mantones de la China de la dinastía Ming; los churros son árabes y el cante jondo resultó de la mezcla de música gitana, melodías árabes y cantos hebreos. Fue un alemán quien inventó el bandoneón, en el siglo pasado, con la intención de crear una especie de armonio portátil, útil para tocar música sacra en las procesiones de su país; pero el bandoneón se escapó de Alemania y antes de caer en las manos de Aníbal Troilo ya se había convertido en el más típico instrumento del tango rioplatense —cuyo cantor más importante, Carlos Gardel, nació quién sabe dónde, pero muy probablemente en la ciudad francesa de Toulouse. El muy cubano daiquirí viene de la caña de azúcar que trajo Colón, del limón que llegó de España y de las técnicas extranjeras de elaboración del azúcar y el hielo.

La cultura nacional se define por su contenido, no por el origen de sus factores, y cuando está viva cambia sin cesar, se desafía a sí misma, se contradice y recibe influencias externas que a veces la lastiman y a veces la multiplican, y que suelen operar simultáneamente como peligro y como estímulo. La negación de lo que nos niega no tiene por qué implicar la negación de lo que nos alimenta. América Latina no tiene por qué renunciar a los frutos creadores de culturas que han florecido, en gran medida, gracias a un esplendor material para nada ajeno a la explotación despiadada de sus hombres y sus tierras. Si así lo hiciera, estaría cometiendo un pecado de irrealidad y una estupidez reaccionaria. El anti-imperialismo también tiene sus enfermedades infantiles.

Pero ocurre que América Latina constituye, todavía, un enigma a

sus propios ojos. *¿Qué imagen nos devuelve el espejo? Una imagen rota. Pedazos. Pedazos desconectados entre sí: un cuerpo mutilado, una cara por hacer. Y estamos entrenados para escupir al espejo.*

Los falsos Partenones de una clase estéril

Las culturas dominantes, culturas de clases dominantes dominadas desde afuera, se revelan patéticamente incapaces de ofrecer raíz y vuelo a las naciones que dicen representar. Son culturas cansadas, como si mucho hubieran hecho. A pesar de sus engañosos fulgores, expresan la opacidad de las burguesías locales, todavía hábiles para copiar pero cada vez más inútiles para crear. Después de haber regado nuestras tierras con falsos partenones, falsos palacios de Versalles, falsos castillos del Loira y falsas catedrales de Chartres, hoy dilapidan la riqueza nacional en la imitación de los modelos norteamericanos de ostentación y derroche. Amuralladas en grandes puertos y babilónicas ciudades, ignoran y desprecian la realidad nacional, o todo lo que en ellas las contradice; y prácticamente se limitan a operar como correas de transmisión de los centros extranjeros de poder. Los niños vienen de París, en el pico de las cigüeñas, y la verdad viene de Nueva York o Miami en estuches de video.

Las más de las veces, esa cultura fabricada en serie se orienta a vaciar la memoria de América Latina y a castrarle sus fecundidades, para que no se conozca a sí misma como realidad ni se reconozca como posibilidad: la induce a consumir y a reproducir, pasivamente, los signos de su propia maldición. Sus mensajes otorgan legitimidad moral a la atroz ley del más fuerte, y nos enseñan que si estamos jodidos por algo será: porque ofrecemos suelo fértil a la semilla comunista, de la que sólo brota la zarza espinosa, y sobre todo porque somos tontos, haraganes, torpes y cobardes, y en el fondo nuestra situación es el destino que merecemos.

La poderosa, muy poderosa estructura de la impotencia empieza en la economía, pero no termina en ella. En realidad, el subdesarrollo es eso: no solamente un asunto de estadísticas, no solamente una sociedad de violentas contradicciones, océanos de pobreza, islotes de opulencia, no, no solamente: *el subdesarrollo es sobre todo una estructura de la impotencia, montada para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas.*

El secuestro de la historia

A los muertos de hambre, el sistema les niega hasta el alimento de su memoria. Para que no tengan futuro, les roba el pasado. *La historia*

oficial está contada desde, por y para los ricos, los blancos, los machos y los militares. Europa es el Universo. Poco o nada aprendemos del pasado pre-colombino de América y ni qué hablar del África, a la que conocemos a través de las viejas películas de Tarzán. *La historia de América, la verdadera, la traicionada historia de América, es una historia de la dignidad incesante.* No hay día del pasado en el que no haya ocurrido algún ignorado episodio de resistencia contra el poder y el dinero, pero la historia oficial no menciona las sublevaciones indígenas ni las rebeliones de esclavos negros, o las menciona al pasar, cuando las menciona, como episodios de mala conducta —y jamás dice que algunas fueron encabezadas por mujeres. Los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo: se los escamotea para que los llamados «países en desarrollo» no sepan que no van hacia el desarrollo sino que vienen de él, porque a lo largo de una larga historia han sido subdesarrollados por el desarrollo de los países que les sacaron el jugo. Lo que importa es aprender de memoria las fechas de las batallas y los exactos cumpleaños de los próceres. Ataviados como para fiesta o desfile, estos hombres de bronce han actuado solitariamente, por inspiración divina, seguidos por la sombra fiel de la abnegada compañera: detrás de todo gran hombre hay una mujer, se nos dice, dudoso elogio que reduce a la mujer a la condición de respaldo de silla. En el duelo entre el bueno y el malo, los pueblos cumplen pasivamente el papel de comparsas. Los pueblos forman un confuso montón de débiles mentales, ansiosos de jefes mandones, y periódicamente engullen, como si fuera caramelo, el veneno rojo.

Foráneo es el capitalismo

La demonización de las fuerzas del cambio, agentes de ideologías foráneas, traficantes de cocaína, marxismo y otras drogas, requiere el previo vaciamiento de la memoria histórica. *En realidad, lo foráneo en América es el capitalismo*, que no fue inventado por Manco Cápac ni por Moctezuma, sino que fue impuesto desde fuera y desde arriba por los invasores europeos del siglo XVI. La Conquista mercantilizó la vida americana, impuso el tanto-a-cambio-de-cuanto, mientras la Iglesia proyectaba al orden divino la ley de la ganancia y la ley del miedo: si obedeces, ganarás el Cielo; si desobedeces, el infierno te castigará. *En cambio, no hay en América tradición más antigua que el modo comunitario de producción y de vida.* Además de ser la más antigua, la comunidad es la tradición más porfiada, la más obstinadamente viva, a pesar de la persecución incesante que sufre desde hace cinco siglos. Bien puede decirse, pues, que el socialismo viene desde adentro y desde abajo, desde lo más hondo y verdadero de la memoria de nuestras tierras.

En el mismo sentido, no está demás advertir que *la democracia no*

fue una novedad que los indios bárbaros recibieron de las monarquías europeas, ni de su civilizada Inquisición. Fuera del Cuzco y Tenochtitlán, que eran centros de despotismo hereditario, las crónicas de la época relatan varias situaciones reveladoras, ocurridas en comarcas diversas: los indios preguntaban quién había elegido al rey de España, o al de Inglaterra, porque ellos elegían a sus jefes en asamblea —donde las mujeres, por cierto también opinaban y votaban.

El caño del fusil está torcido

La historia oficial, pieza clave del engranaje de la cultura dominante, actúa también como un instrumento de desvínculo. Se nos enseñan historias divorciadas entre sí. La historia de cada pedazo de América Latina poco o nada tiene que ver con la historia de los demás: estos puñados de una misma tierra sólo se encuentran para pelearse. Así, se nos induce a la bronca mutua y se nos adiestra para disparar apuntando al costado. Ya el gaucho Martín Fierro, hombre de mucho camino, había dicho que la unidad de los hermanos es la ley primera, porque mientras ellos se pelean los devoran los de afuera. Sería infinita la lista de celos y rencores entre uruguayos y argentinos, argentinos y chilenos, chilenos y peruanos, peruanos y ecuatorianos...

No equivocarse de enemigo, y enderezar el caño del fusil si está torcido, son necesidades urgentes de las democracias que han renacido en América Latina. Al fin y al cabo, nuestros países viene de sufrir dictaduras fabricadas en una misma matriz, en una matriz común. Si el modelo de represión no hubiera sido armado afuera, modelo único y de aplicación múltiple, no tendría explicación el curioso hecho de que una misma camisa de fuerza ha sido impuesta, con ligeras variantes, sucesivamente en Brasil, que es el país más grande de América del Sur, y en Uruguay, que es el más pequeño; en la Argentina, que es el más desarrollado, y en Bolivia, que es el menos. Y este modelo de represión ha sido aplicado en función de los intereses de clases dominantes que suelen llevarse bastante mal entre ellas, pero que saben coincidir cuando las papas queman. Entoces el sistema viola los derechos humanos, porque necesita hacerlo para asegurar la continuidad del derecho de herencia y el deber de obediencia en los países que proporcionan brazos baratos, materias primas baratas y mercados abiertos.

Algo hemos avanzado

La conciencia de las raíces compartidas, el conocimiento de un proceso histórico íntimamente entrelazado, abriría nuevas puertas, o al menos nos ayudaría a abrirlas, para salir de la incomunicación recíproca. Los comunes desafíos exigen respuestas comunes; y creo que algo he-

mos avanzado en esa dirección. La deuda externa y, sobre todo, la crisis de América Central, lo están demostrando. Dificultosamente empieza a perfilarse un frente latinoamericano unido ante la banca internacional. Muy generosos habían sido los usureros del mundo con las dictaduras militares, que multiplicaron nuestra deuda externa para comprar armas, financiar lujos y evadir capitales; y ahora las democracias están cobrando conciencia de la necesidad de aplicar una estrategia común contra sus exigencias. Y en cuanto a la crisis centroamericana, bastaría recordar la facilidad con que el gobierno norteamericano obtuvo los votos de la OEA para expulsar a Cuba y para invadir la República Dominicana. Un cuarto de siglo después, bastante han cambiado las cosas. A pesar de las amenazas y los sobornos, el presidente Reagan no sólo no ha obtenido el apoyo de la OEA para arrasarse Nicaragua, sino que, además, se ha tenido que tragar el sapo vivo de los recientes acuerdos de paz, que lo han dejado a solas con su voluntad de exterminio. En la Casa Blanca siguen actuando como si se hubiera comprado a Latinoamérica en un supermercado; pero estas tierras empiezan a unirse para exigir respeto.

«La seguridad nacional es como el amor», dijo el General

La democracia y la justicia social han sido divorciadas por el sistema. Quien pretenda casarlas, desata la tormenta. Este es el más grave delito de la revolución sandinista en Nicaragua. La reforma agraria, la nacionalización de los bancos, la alfabetización y los programas populares de salud, que están salvando la vida de la mitad de los niños que antes morían, atentan contra las bases de la Seguridad Nacional de Occidente.

«La Seguridad Nacional es como el amor: nunca es suficiente», dice el jefe de la policía secreta del dictador Pinochet, el general Humberto Gordon. Pero no sólo las dictaduras elogian la Seguridad Nacional con tanto ardor. Esta doctrina, doctrina de la guerra hacia adentro, guerra contra la gente, guerra contra las fuerzas del cambio, no cesa mágicamente cuando los militares dejan el gobierno a los civiles. Los aparatos de represión, que en el Uruguay, por ejemplo, tienen un presupuesto quince veces mayor que el de la Universidad, siguen funcionando al servicio de la Seguridad Nacional: montando guardia vigilante, someten la democracia a extorsión continua. *La democracia es tratada como una menor de edad, que no puede salir sin permiso; y ella camina en puntas de pie, pidiendo disculpas por molestar.*

Las caras y las máscaras

El discurso de la libertad formal, una libertad por encima de las contradicciones de la realidad, sirve a los fines de los zorros que exigen

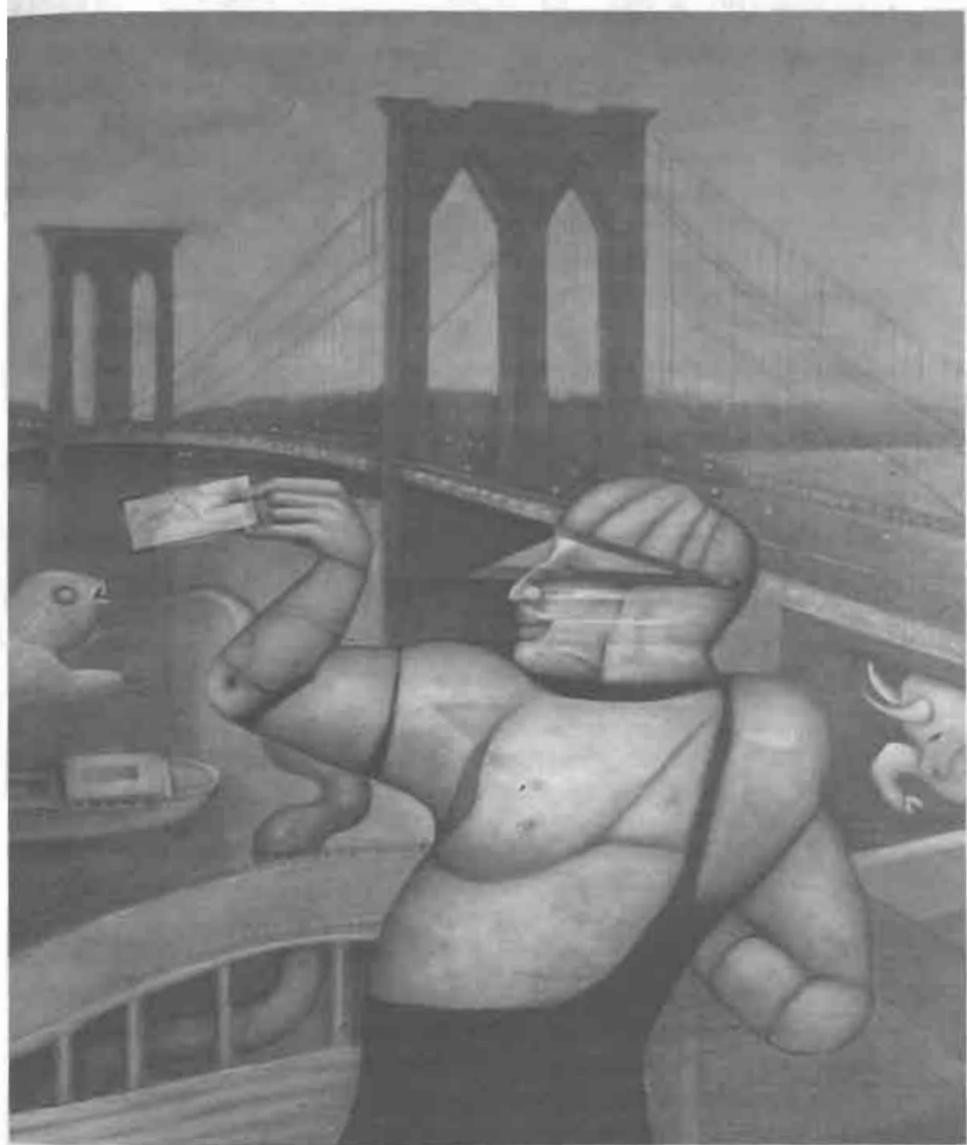
libertad de acción en los gallineros. Lo mismo ocurre con el discurso de la democracia formal, ajena al pueblo que dice servir. El democracómetro occidental expresa una cultura de la apariencia: el contrato de matrimonio importa más que el amor, el funeral más que el muerto, la ropa más que el cuerpo y la misa más que Dios. *El espectáculo de la democracia importa más que la democracia.*

Las democracias latinoamericanas quieren ser democracias de verdad. No se resignan a ser democraduras, democracias hipotecadas por las dictaduras, aunque el democracómetro no otorgue mayor importancia a este detalle. *Para la estructura de la impotencia, cualquier democracia dinámica, transformadora de la realidad, resulta peligrosa.* Bien se sabe lo que ocurrió con Salvador Allende y con miles de chilenos cuando Chile se tomó la democracia en serio.

Quince años después de la tragedia de Chile, Nicaragua resiste. A pie firme se aguanta los malos vientos esta experiencia de participación popular y voluntad colectiva de dignidad nacional. En Nicaragua no se enfrenta solamente el ejército popular contra los soldados de alquiler que invaden el país: también se enfrentan las energías de la creación humana contra la herencia maldita del subdesarrollo, contra la ignorancia, la pasividad, la irresponsabilidad, contra el miedo de cambiar, contra el miedo de ser, contra el miedo de hacer. Y el miedo, como bien dicen las Madres de Plaza de Mayo, es una cárcel sin rejas.

Mucho más han descubierto los sandinistas, en estos últimos años, que los conquistadores españoles hace cuatro siglos y medio. Nicaragua se nicaragüiza, Nicaragua empieza a descubrirse a sí misma. El país, ciego, se lava los ojos, y se sorprende de verse por primera vez, iluminado por la insurgencia de un pueblo que ha dejado de ser testigo de su propia desgracia.

Y uno se pregunta: ¿Qué imagen deslumbrante se alzarán al fin de los siglos del miedo, cuando la realidad deje de ser un misterio y la esperanza un consuelo? Cuando el poder sea de todos y la palabra también, nuestras tierras, ¿qué dirán? Porque cada combate contra la estructura de la impotencia anticipa una asombrosa realidad posible, y cada triunfo, por pequeño que sea, por triunfito que sea, gana laureles: laureles que no sirven para ceñir la frente de los héroes militares, ni de los poetas cortesanos, ni de los dioses de ningún Olimpo, pero que sí sirven para multiplicar el sabor y la alegría de la humeante, de la bullente, de la creciente olla del pueblo.



EL ESPEJO QUEBRADO



COMEDIANTE (SEGUN BOTTICELLI)

Uruguay hacia fines de los ochenta

RICARDO MORENO

1. Las secuelas de la dictadura

Recorrer Uruguay después de quince años de ausencia permite calibrar en toda su hondura la magnitud de la tarea destructiva llevada a cabo por doce años de dictadura militar. Aunque el deterioro general tiene antecedentes más lejanos, los militares le imprimieron tal aceleración que el resultado ha sido otro país apenas reconocible.

La otrora *ínsula europea* ha caminado gradual pero firmemente hacia la latinoamericanización, sin que la extendida clase media que sustentó una de las más arraigadas sociedades democráticas del continente haya adquirido plena conciencia de ello. Esto determina un dramático desajuste entre el país real y la añoranza de lo que fue y ya no es.

De la euforia colectiva existente cuando el retiro de los militares —que en buena parte respondía a una necesidad íntima de compensar el «tiempo del desprecio» de los años de la dictadura—, poco o nada queda luego de tres años de Gobierno democrático. La realidad se ha encargado de ir desmontando la ilusión de que el advenimiento de la democracia significaba al mismo tiempo el de una nueva etapa histórica en un país distinto, porque tantas cosas no pasan en vano, con los rasgos de humanismo, justicia y convivencia que había tenido.

Un sentimiento de frustración y de tristeza ha ocupado el lugar

de la esperanza, impregnando el alma colectiva, con excepción, claro está, de los portavoces gubernamentales y de la minoría de los que, en la crisis o en la prosperidad, en la dictadura o en la democracia, se las ingenian siempre para salvaguardar o aun acrecentar sus privilegios. Nadie esperaba milagros del Gobierno civil que heredó un país saqueado en medio de una prolongada coyuntura internacional desfavorable. Se esperaba, nada más y nada menos, que junto con la restauración de las libertades democráticas se pusiera en marcha, dentro de los límites posibles, un proyecto nacional en el que la justicia dejara de ser un recuerdo nostálgico de los uruguayos. Empresa difícil sin duda, pero a la que todos o casi todos estaban dispuestos a respaldar. No ocurrió así, y ello, junto con la presencia vigilante de las fuerzas armadas a la sombra del Gobierno constitucional, establece, si no a corto plazo, la amenaza potencial más concreta para el futuro de esta joven democracia.

Si graves fueron las violaciones de los derechos humanos cometidas por los militares, por las cuales la sociedad uruguaya intenta ahora juzgarlos con las garantías que ellos nunca dispensaron a los vencidos, mediante un plebiscito, llama la atención que no se les hayan exigido responsabilidades por el saqueo y la entrega de la economía del país. Cuando asaltaron el poder en 1973, la deuda externa no alcanzaba a los 800 millones de dólares. Cuando lo dejaron, llegaba casi a los 5.000 millones. Las únicas obras visibles que quedaron fueron algunos mamarrachescos monumentos de exaltación de valores patrióticos que no habían sabido preservar.

Por lo demás, pocas cosas quedaron funcionando en el país. Hablar por teléfono, aun dentro de la ciudad de Montevideo, exige tiempo y paciencia hasta lograr que el número marcado corresponda con el interlocutor buscado, que la conversación sea audible y no compartida por otros que están intentando también comunicarse. El director de Correos, que en un raptó de sinceridad declaró en una entrevista que el servicio postal no funcionaba mejor que en Africa, fue relevado del cargo por el Gobierno civil.

Es cierto que en el negocio de la deuda externa fueron grupos civiles, la *rosca financiera*, los principales beneficiarios. Los militares, ineptos para gobernar —más aún el mundo de las finanzas—, fueron los ejecutores y seguramente los socios menores en las ganancias de una política que diseñaron otros. Pero muchos generales y oficiales que en este país provenían de la clase media y vivían holgada pero modestamente, de acuerdo al estilo predominante, emergieron de sus años de «sacrificio por la patria», dueños de estancias y de costosas residencias privadas. No se ha investigado la posibilidad de que también posean su parte en las millonarias cuentas bancarias en el exterior.

Como institución, las Fuerzas Armadas no tienen actualmente —si se exceptúa al ex comandante en jefe, general Hugo Medina, que ocupa la cartera de Defensa en el Gobierno civil— una presencia os-

tensible en la sociedad, que si antes los menospreciaba ahora los desprecia. Pero muchos de sus actos arbitrarios no sólo quedaron sin sanción, sino que han sido tácitamente convalidados por el actual Gobierno.

Un recorrido por el interior de Uruguay, donde sólo van quedando rebaños de ganado vacuno o lanar y apenas testimonios de la presencia de hombres trabajando, permite ver modernas construcciones para uso militar o policial, en tanto las escuelas rurales funcionan en inhóspitos locales carentes de las condiciones mínimas. Los hospitales militar y policial de Montevideo son los mejores equipados del país y se los ve en proceso de modernización y ampliación, mientras que en los de Salud Pública el deterioro alcanza niveles impactantes.

Frecuentemente pueden leerse en la prensa cartas del cuerpo médico dirigidas a las autoridades denunciando la imposibilidad de seguir practicando un remedo de medicina en tales condiciones. Naturalmente quedan sin respuesta, y como el médico tiene que sobrevivir y no puede prescindir de uno de sus varios trabajos, termina por resignarse y aceptar una situación que violenta toda ética.

Cuando los militares se retiraron del Gobierno, abandonaron el hospital de Clínicas, que siempre estuvo administrado y atendido por la Universidad de la República, a través de la facultad de Medicina y era uno de los mejor equipados. Antes de irse se llevaron todos los equipos que pudieron, y cuando no lo hicieron, los dañaron deliberadamente.

La presencia militar en la vida uruguaya tiene sus expresiones políticas en las ambiguas respuestas del general Hugo Medina, ministro de Defensa, sobre la actitud de sus subordinados ante un eventual rechazo de la ley de impunidad en el plebiscito, que tendrá lugar, probablemente, este año. Los pronunciamientos de integrantes de la oficialidad en la revista del centro militar *El Soldado*, órgano de difusión restringido al ámbito castrense, son también una clara muestra del poder militar.

En materia económica, con precios europeos y salarios tercermundistas, los uruguayos se debaten entre el desaliento y la resignación. No es todavía la miseria de muchos países de África o de Latinoamérica.

2. Una democracia a mitad de camino

El Gobierno del presidente Julio María Sanguinetti, que asumió el poder en marzo de 1985, contabiliza a su favor algunos éxitos en materia económica: reducción de la inflación y del déficit fiscal, aumento de las exportaciones, reducción del gasto público y un leve descenso del número de parados, que economistas del Gobierno y de la oposición evalúan de diferente manera. En cualquier caso, otra es la situación

en el campo político, en cuyo análisis coinciden desde vertientes tan distintas como son la izquierda y los obispos uruguayos: el país se encuentra sumido en la frustración y la desesperanza.

Mientras el Gobierno afirma que el despegue económico se debe a su política interna, la oposición considera que se debe a circunstancias que derivan de la situación internacional, como la reducción de los precios del petróleo —que supone cerca del 30 por 100 de las importaciones del país—, el descenso de las tasas internacionales de interés, la desvalorización del dólar y la repercusión positiva en el comienzo de los planes *Cruzado*, en Brasil, y *Austral*, en Argentina. En este sentido, cabe señalar que la reactivación en los dos países vecinos, han perdido impulso.

Aun cuando esos factores no fueran coyunturales y el crecimiento económico se mantuviera, la realidad indica que en Uruguay ese crecimiento no se ha traducido en una disminución de la miseria.

Pocos días antes de la polémica visita del papa Juan Pablo II a Uruguay el pasado mes de mayo, la Conferencia Episcopal Uruguaya (CEU) dio a conocer con el título *La Iglesia y los derechos humanos*, una «reflexión pastoral sobre la situación actual» muy elocuente. «Si bien los uruguayos nos sentimos felices de haber recobrado la normalidad institucional», dicen los obispos, «la realidad que estamos viviendo nos dice que faltan todavía otros pasos para alcanzar la plenitud de una democracia auténtica. Sin una renovación de las actitudes y los criterios que rigen la acción política y social y sin los cambios de ciertas estructuras inconciliables con la justicia distributiva, la sola libertad electoral es insuficiente para sostener un orden de convivencia que (...) evite las frustraciones y los conflictos permanentes».

Los obispos analizan la situación de esta manera: «Sin duda las situaciones que violan los derechos humanos no son fruto del azar. Proviene de la conducta de las personas que las provocan, las admiten o no las corrigen. Una sociedad que mira sin inquietarse el espectáculo de muchos hermanos abandonados a la vera del camino, demuestra una dureza de corazón inconciliable con el amor al prójimo exigido por la ley de Dios».

Los obispos uruguayos no están solos en sus críticas. El líder de la coalición de izquierda Frente Amplio, Liber Seregni, que ha mantenido, no sin cierto malestar de las bases, una actitud de gran tolerancia hacia el Gobierno, señaló el pasado 19 de abril en un mitin multitudinario: «El Gobierno del Partido Colorado —y la gobernabilidad acordada por el Partido Nacional— ha seguido la tendencia conservadora preconizada en el extranjero, también obedecida por otros gobiernos latinoamericanos. Se trata de una política antinacional, antipopular y antidemocrática».

Más adelante se refiere a «la no resolución de los problemas de nuestra juventud, sin horizontes ni esperanzas, condenada a la emigración o a la frustración».

Desde vertientes tan distintas como son la iglesia y una coalición de partidos de centro-izquierda se emplean casi las mismas palabras, frustración, desesperanza, para tipificar un estado colectivo de conciencia.

El Gobierno democrático, que ha demostrado ser poco receptivo a las críticas, reaccionó con acritud por intermedio de alguno de los medios que le apoyan, calificando a los obispos de pesimistas y cuestionando entre líneas su derecho a pronunciarse sobre estos temas. El discurso de Seregni, por su parte, levantó una tormenta política desde los aledaños del poder, donde parece haberse entendido mal que convivencia política no significa anulación de la crítica ni del derecho a la oposición.

Peligroso malentendido porque tiende, y ya lo ha hecho, a atribuir a quienes disienten la intención de desestabilizar la democracia y querer volver a un pasado de violencia que nadie desea.

Seguramente el argumento volverá a ser utilizado cuando la resignación actual dé paso, inevitablemente, a la protesta. En el Uruguay la única violencia visible hasta ahora es la de la marginación en la miseria de tantos seres humanos. Esa parece ser la gran desestabilizadora de la democracia uruguaya y también de las otras nuevas democracias del continente. Y esto hay que decirlo sobre todo en la Europa donde suele identificarse elecciones y ausencia de atropellos a los derechos humanos con la vigencia de la democracia. Quizás sea esta manida palabra la que esté necesitando de una puesta a punto.

3. Caleidoscopio uruguayo

Adquirir un libro es prohibitivo para el uruguayo medio, y el servicio de bibliotecas públicas es prácticamente inexistente. Los diarios han pasado a ser un artículo de lujo en un país en el que pocas familias dejaban de recibirlo cada día y que tenía uno de los más altos índices de lectura del mundo. Ahora se compran sólo los domingos, y las tiradas de los de mayor circulación, que eran de unos 80.000 a 100.000 ejemplares, ya no llegan a 20.000. Una media docena de semanarios de diversas tendencias se publican con normalidad y tienen un público estable. El coste de un diario es actualmente de unos 300 pesos, pero el salario promedio está por debajo de 50.000 pesos, que es lo que cuesta el alquiler mensual de un modesto apartamento.

* * *

Una de las pruebas más concluyentes acerca del deterioro de la situación uruguaya es que los jóvenes siguen emigrando. No es el aluvión de los años del terror durante la pasada dictadura, sino una sangría que gotea cada día frente a las puertas del consulado argentino. No

es que en el vecino país estén mejor, pero las dimensiones de Argentina y su mayor tamaño de mercado hacen menos difícil la supervivencia en lo que ahora se denomina, con tecnocrática ambigüedad semántica, economía informal.

Con todo lo que significa para los uruguayos una democracia, que les permite dormir tranquilos sin el riesgo de que una patrulla militar los arranque de su casa en la madrugada, no es suficiente para evitar que abandonen el país. Y esto da la medida de la endeblez de una democracia que, además de tutelada, se ha quedado a mitad de camino en el tema de los derechos humanos.

Muchos se preguntan si un país de menos de tres millones de habitantes puede permitirse el lujo de seguir perdiendo población, con lo que conlleva de pérdida de la fuerza de trabajo más capacitada, sin poner en riesgo su propia supervivencia de pequeña nación. Uruguay, con una extensión de 178.000 kilómetros cuadrados, aprovechables en su casi totalidad, donde pacen y se reproducen librados *a la mano de Dios* 10 millones de vacunos y 24 de ovinos, está enclavado entre dos gigantes, Brasil y Argentina, 45 y 15 veces, respectivamente, más grandes.

* * *

La delincuencia juvenil es uno de los índices que mayor aumento han experimentado en los últimos años, al punto de crear un problema de inseguridad ciudadana. Pese al carácter eminentemente social del fenómeno, la solución propuesta por el Gobierno democrático es simplemente de tipo jurídico: bajar de 18 a 16 años la edad penal. Afortunadamente, hasta juristas del propio partido del Gobierno se han opuestos a esa modificación jurídica y el tema está sujeto a debate en el Parlamento.

Acercas de este tema, los obispos de la Conferencia Episcopal Uruguaya afirman en un reciente documento que «aumenta la deserción escolar, claro signo de la miseria material que exige el trabajo prematuro de los niños, empuja a la mendicidad o, lo que es peor, a la delincuencia infantil. Todo ello oscurece el futuro de cada generación».

El mismo documento pasa revista a otros problemas de tipo social, al constatar que «continúa la emigración interna o externa hacia otros lugares y, con los inconvenientes de ese desarraigo, aumenta el consumo de drogas entre los adolescentes y los jóvenes, prosigue la depauperización hasta el punto extremo de que algunos hermanos nuestros se alimentan de lo que otros desechan». Tan nefasta como la emigración externa es la creciente e imparable migración interna. Montevideo, la capital y el más pequeño de los departamentos del país, con apenas algo más de 900 kilómetros cuadrados, alberga aproximadamente la mitad de la población del país.

* * *

Dos generaciones de estudiantes pasaron por los distintos ciclos durante los años de la dictadura y sufrieron el daño considerable infligido por los militares a la formación educacional. La primera tarea consistió en dismantelar los cuadros docentes, que, en términos generales, tenían una buena preparación y habían accedido a sus cargos mediante pruebas de oposición. Los sustituyeron por quienes tenían como únicos méritos una militancia antidemocrática y una probada obsecuencia al poder imperante.

Modificaron programas de estudio con saña oscurantista retrospectiva, eliminando de la historia acontecimientos fundamentales por no ser del agrado de las concepciones de los militares. Las revoluciones francesa o rusa y el marxismo dejaron de existir. Prohibieron autores nacionales o extranjeros. Todo su empeño docente estuvo centrado en implantar una disciplina militar en los liceos y escuelas; en cortar cabellos, ya que cortar cabezas de adolescentes no iba a ser bien visto por la comunidad internacional, y en prohibir a las jovencitas que usaran ropas que pudieran realzar sus atributos físicos.

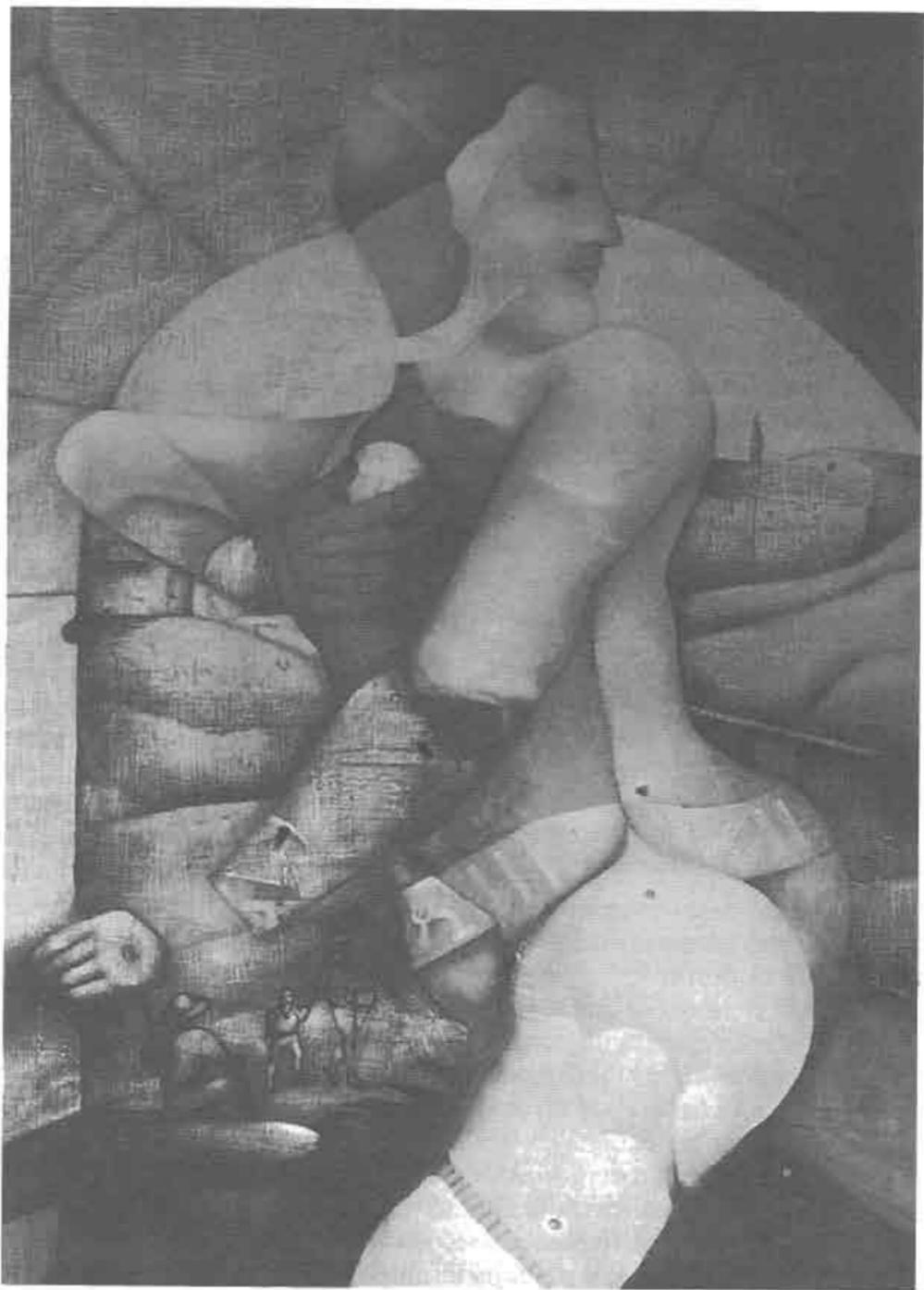
Hoy se pueden medir las consecuencias de esta combinación de oscurantismo y deliberada intención de cortar a los jóvenes el cordón umbilical con la historia, la propia y la del mundo, como una forma de desconectarlos del futuro. Los profesores que retornaron a sus cargos después de la dictadura se encuentran con una ignorancia sorprendente aun en alumnos de ciclos superiores. Autores nacionales o extranjeros conocidos internacionalmente, nada dicen a los actuales estudiantes. Desde un punto de vista cultural, es válido hablar de una generación perdida.

* * *

El paulatino despoblamiento de las gentes del campo es generalizado y testimonio incuestionable de un injusto e irracional sistema de tenencia de la tierra.

El otro elemento a que alude la frase anterior del documento episcopal está referido a la industria de la basura. Hace unos años era posible encontrar en las madrugadas de Montevideo un hombre con un carrito, a veces tirado por un caballo, recogiendo las bolsas de basura depositadas en las calles.

Era una actividad vergonzante hasta para el propio hombre y por eso salía a la calle mientras la ciudad dormía. Actualmente son miles de uruguayos los que viven de la recolección, clasificación y venta de desechos domiciliarios, y muchos también se alimentan directamente de esas sobras. La necesidad ha acabado con cualquier escrúpulo y no es inusual ver por el centro de la ciudad, aún de día, una familia entera montada en un carrito cargado de basura, a veces tirado por el hombre o la mujer, sin siquiera haber alcanzado la categoría de tener caballo propio.



PASEANDO CON MI PADRE

Uruguay: resistencia y después...

GRACIELA MANTARAS LOEDEL

En marzo de 1975, en Buenos Aires, Mario Benedetti me pidió que escribiera un estudio sobre el estado de la literatura uruguaya. Llegué a pensarlo en sus líneas generales y a titularlo, pero no a escribirlo porque los azares de los nuevos exilios de Benedetti nos incomunicaron largamente. Lamento no haberlo hecho: hoy sería un buen testimonio de lo que muchos sentíamos en aquellos años de negrura cerrada, de pozo inescapable. Una idea de ese sentimiento puede darla el título: «Literatura uruguaya: capítulo final». Esa visión apocalíptica —sin ángeles, trompetas ni portentos; pero con mucha sangre que nadie veía, con clamores que nadie escuchaba— tenía más que ver con el país mismo que con su literatura. Para ésta yo preveía un epílogo más prolongado a cargo de los escritores del exilio. Lo que sentíamos todos acá —o casi todos— era el fin del país. No sólo la desaparición del Uruguay democrático, pluralista y tolerante —pero también estancado, injusto, marginador de mayorías e hipócrita cuando se trataba de realizar autocríticas. La desaparición del país en tanto tal; la mediatización de su destino, su conversión en plaza financiera, su despoblamiento progresivo.

Números para un apocalipsis

No se trataba de una impresión únicamente subjetiva, propia de los que militábamos en el bando opositor. Había cifras récords que la sustentaban:

1. Para una población de dos millones seiscientos cincuenta y nueve mil habitantes en 1963, doscientos cincuenta mil emigrantes; el 18,7 por 100 de los cuales, jóvenes entre veinte y veintinueve años, de ellos, el 13,4 por 100 había completado el nivel secundario de estudios; el 14,4 por 100, el nivel universitario; el 18,5 por 100, la enseñanza técnica. (En esos tiempos circularon algunas de las bromas más feroces que puedan oírse: un cartel en el aeropuerto de Carrasco recomendaba: «El último que salga, apague la luz». En la base del monumento a Luis Alberto de Herrera, líder del Partido Nacional o Blanco, que muestra al caudillo de pie, en actitud de marcha, alguien escribió: «Yo también me voy»).

2. Los mayores porcentajes de presos y torturados del mundo, con relación a la población; uno de cada treinta habitantes pasó por las cárceles; uno de cada cincuenta fue torturado.

3. Los efectivos de seguridad —Fuerzas Armadas y Policía— crecieron de diez mil a sesenta mil; y los gastos en ese sector se situaron entre el 30 y el 40 por 100 del presupuesto nacional.

4. Los gastos en educación en 1967 fueron el 26,1 por 100 del presupuesto, lo que equivalía al 4,2 del PBI; en 1982 ocuparon el 9,6 por 100 del presupuesto y el 2,2 por 100 del PBI. En 1978 el Uruguay fue el sexto de los países latinoamericanos que gastaron menos en educación.

5. La desocupación era del 7,3 por 100 en 1970: llegó al 13 por 100 en 1976 y al 17 por 100 en 1984.

6. El salario real descendió un 37,6 por 100 desde 1968 al 80. Todo este panorama confirmaba algunas de las más desoladoras profecías que el maestro Carlos Quijano había advertido desde *Marcha*. En 1971, en el acto inicial del Frente Amplio —la coalición de las izquierdas que significó la esperanza en uno de los peores momentos de la crisis hasta esa fecha— el general Liber Seregni cifró en el mismo sentido la alternativa: «O el pueblo oriental termina con la oligarquía, o la oligarquía termina con el pueblo oriental». Y en 1973, apenas ocurrido el golpe de Estado, Eduardo Galeano concluyó en la revista *Crisis* «La oligarquía decidió sobrevivir al más alto costo posible: al costo del país mismo».

El golpe de Estado del 27 de junio del 73 fue la oficialización del desguazamiento de un país que por décadas había descansado sobre falsas ilusiones y había optado por alternativas mentirosas. Pasados el *crack* del 29 y la dictadura de Terra del 33, que fue su consecuencia, sobrevivimos gracias a las prosperidades de la guerra mundial y de Co-

rea. Y todas y cada una de las emergencias críticas que sobrevinieron fueron postergadas con remiendos.

Junio del 73 fue una oficialización. Ya en 1955 se estancó el crecimiento del PBI. 1958 fue un año de emergencia estudiantil enfrentado a la policía en la lucha por la Ley Orgánica universitaria. A fines de ese año, por primera vez en noventa, el Partido Nacional gana las elecciones. En 1959 se firma la primera Carta de Intenciones con el FMI. De ahí en adelante: la crisis se agrava progresivamente; las fuerzas populares crecen en combatividad y organización; la derecha y el imperio, siempre unidos, preparan mejor sus ataques. Probablemente, el «año Cero» de la dictadura pueda datarse en diciembre de 1967, cuando Jorge Pacheco Areco, Presidente constitucional (pero «casual y policíaco, / ungido por un síncope cardíaco», según un estupendo soneto satírico de Roberto Ibáñez) inicia una dictadura cada vez más agresiva para la cual no tuvo que recurrir al expediente del golpe de Estado. Su mandato hizo posible el tríptico alternativo que Quijano estableció más tarde: «encierro, destierro o entierro».

El desguazamiento de un país

Toda esa tarea de desguazamiento de un país no fue resultado del error, ni del exceso, ni de la torpeza gobernante. Fue, por el contrario, una acción planificada que consiguió casi todo lo que se propuso.

Convertir al país en plaza financiera exigía liquidar su aparato productivo. Así se hizo, y tanto, que el gobierno militar consiguió el récord de que se movilizaran en su contra los grandes latifundistas de la Asociación Rural y los industriales de la Cámara de Industrias. Bajar en casi un 40 por 100 el salario real imponía dismantelar los sindicatos y la central obrera (CNT), organizaciones poderosas de ejemplar militancia y honestidad. Reclutar en el ápice de la pirámide social un pequeño núcleo de población educada, exigía destrozar la enseñanza democrática que habíamos tenido: se hizo destituyendo en masa a profesores y maestros y fabricando analfabetos. (De los diez mil destituidos de la administración pública, casi la mitad eran docentes; los motivos políticos —todos eran opositores— se aunaron a los técnicos: eran también —¡oh casualidad!— los educadores de más alta calificación. Entre 1968 y 1977, la enseñanza primaria perdió cuarenta y seis mil alumnos; entre 1973 y 1980, la secundaria perdió veintisiete mil; entre 1967 y 1981, magisterio perdió el 80 por 100 de sus estudiantes; el Instituto de Formación de Profesores, el 50 por 100 entre 1973 y 1976; la universidad, cinco mil estudiantes en un año: 1973-74; la enseñanza técnica dos mil trescientos alumnos entre 1969 y 1972). Todo esto se asentaba en el terror. Por eso el aparato de seguridad creció enormemente y lo hizo después de que la insurrección tupamara estaba vencida, como lo han reconocido los mismos jefes militares.

El régimen republicano-democrático no fue arrasado ni por la guerrilla tupamara, ni por los partidos de izquierda, ni por los sindicatos. Fue arrasado por la oligarquía y su brazo armado, en nombre de la libertad y de la democracia. (Porque vivimos en la era de la perversión semántica.) Pero una vez que el brazo armado se encaramó al poder, terminó no sirviéndole ni a la propia oligarquía, excepto a su sector financiero e importador. Eso explica que en el pasaje de la mera sobrevivencia a la resistencia, hayan podido unirse en la oposición los obreros y la Cámara de Industria, los pequeños productores rurales y los latifundistas, los estudiantes y todos los partidos políticos.

En el principio fue la sobrevivencia

Hablamos de sobrevivencia y de resistencia. Los años iniciales de la dictadura fueron de miedo, aislamiento y silencio. (Habiéndolos vivido, esas palabras resultan eufemismos). En esos años, sobrevivir fue una proeza: en la cárcel, en el exilio, en el insilio. Los que pudimos optar por el insilio, en los momentos de optimismo, reivindicábamos el hecho de ocupar un lugar físico en este territorio y de mantener viva la memoria. Esa memoria no era fuente del «harto consuelo» manriqueño: era una memoria cargada de futuro. Futuro colectivo, nunca personal. Si en aquel período alguien me hubiera dicho que en una década estaría escribiendo estas notas para la revista de la Casa, no me hubiera reído ante lo imposible, hubiera llorado de desesperación impotente.

Hasta fines del 79 y comienzos del 80, la única resistencia posible fue sobrevivir —o «sobremorir», para usar el neologismo de Benedetti. En el terreno editorial, era casi imposible editar por razones económicas y de censura. De los escritores exiliados ni siquiera podía leerse lo aparecido antes del 73, aunque no fuera material político. Tampoco se los podía mencionar públicamente: los nombres de Quijano, Onetti, Martínez Moreno, Benedetti, Angel Rama, Cristina Peri Rossi, Eduardo Galeano, etc., eran impronunciables. La enorme mayoría de los que pudieron quedarse estaba en situación similar. Los libros fueron convertidos en pasta de papel, desaparecieron de las bibliotecas públicas, y en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional años enteros de publicaciones periódicas —aún las de derechas— no podían consultarse.

Algunos pocos centros privados se mantuvieron en estado de vida latente con ingente esfuerzo: la Feria Nacional de Libros. Grabados, Dibujos y Artesanías que mantuvo con ejemplar entereza la poetisa Nancy Bacelo; las editoriales Arca y Banda Oriental; la Cinemateca Uruguay y algunos grupos de Teatro Independiente, en especial el Teatro Circular y el Grupo Uno.

El descabezamiento de la docencia y la investigación en la Univer-

sidad de la República encontró alivio parcial en algunas instituciones académicas privadas, sobre todo en el campo de las ciencias sociales, la economía, la historia y las ciencias de la educación (CLAEH, CIEDUR, CIESU, CIEP, etc.)

Ocurrió también el fenómeno del surgimiento del Canto Popular. Un nutrido grupo de cantautores jóvenes —los iniciadores de la canción protesta estaban en la cárcel o en el destierro— logró una audiencia que le permitió, en poco tiempo, realizar los primeros e insospechados actos de masas del período.

De la sobrevivencia a la resistencia

Cuando, en 1980, el gobierno plantea su proyecto de Reforma Constitucional convocando a un plebiscito, se asiste a una primavera política que enseguida se manifiesta en el terreno cultural. La resistencia sustituye a la mera sobrevivencia.

El país reaccionó con inesperada rapidez y aprovechó todos los espacios posibles. Surgieron varios semanarios de oposición —a los que había precedido el suplemento sabatino de *El Día*— que oficiaron una restauración de la crítica. Esa actividad había sido fundamental en la tarea cultural de la Generación del 45 o del 40, o «*de Marcha*», su descaecimiento fue luego notorio. La nueva crítica de los 80 fue abundante pero dispareja de calidad y nivel y muy pocas veces tentó esbozar un proyecto cultural para el país. No obstante, dado el desierto anterior, cumplió una función no totalmente desdeñable.

En los semanarios —y en una revista de nivel y dignidad ejemplares: *La Plaza*— comenzaron a decirse cosas absolutamente elementales, pero que hasta ese momento nadie se atrevía a expresar más que en recoletas reuniones familiares (y con escasos integrantes: una reunión de más de diez personas requería autorización policial), cosas tan elementales como defender la Constitución del 67. Defensas de este tipo daban la impresión de un retroceso histórico: las energías individuales y colectivas se gastaban en la misma lucha que ya el siglo XVIII había peleado y ganado, en lugar de aplicarlas a proyectos futuros. En el Uruguay, el pasado se había vuelto «subversivo».

En ellos también empezaron a figurar algunos de los innombrables. Entre los del insilio, unos cuantos pudimos firmar nuestros artículos y conjurar parcialmente esa suerte de «muerte civil» que se nos aplicaba. De los del exilio por ejemplo, Carlos Martínez Moreno en un editorial del actual vicepresidente, Enrique Tarigo. El Premio Cervantes concedido a Onetti —aparte de su justicia literaria— fue políticamente utilísimo. Hasta entonces, cuando se lo aludía, era mediante perífrasis del tipo «El autor de *La vida breve*», lo que hacía posible defenderse contrargumentando que se trataba de Manuel de Falla. Gracias al Cervantes ocurrió el aluvión de páginas y suplementos especia-

les dedicados a su persona y a su obra. Otro tanto aconteció con el Premio Planeta a la novela *Volaverunt* de Antonio Larreta, el más completo hombre de teatro que ha tenido el país. Empezaron a abrirse brechas para que ingresaran obras prohibidas, no por sus contenidos temáticos sino por el nombre de sus autores. O aun sin tener esto en cuenta: bastaba que no estuvieran acá para ser sospechosos. Porque todos lo éramos. Estar vivos nos hacía susceptibles de peligrosidad; si, además, escribíamos, sin duda éramos delincuentes.

Un centro de vida corta pero intensa fue la Casa del Autor Nacional que fundó el sicólogo Enrique Sobrado. Entre abril del 82 y julio del 83, funcionó como librería, local de exposición y venta de objetos de arte, salón de conferencias y cursillos. Permitió a más de un docente destituido volver a enseñar: la expulsión de la enseñanza pública implicaba la imposibilidad de ejercer en institutos privados habilitados por el gobierno. La Casa fue un lugar de encuentro, tal como se lo propuso, y alcanzó su culminación en la serie de actos de homenaje a Paco Espínola a los diez años de su muerte —que coincidió con la madrugada del golpe de Estado.

La respuesta estética de la narrativa

A partir del 80 comienza a publicarse una serie de obras narrativas altamente auspiciosa: *Donde llegue el Río Pardo* de Miguel Angel Campodónico (1939), *París* de Mario Levrero (1940), *Las orillas del mundo* de Anderssen Banchemo (1925), *Crónica del descubrimiento* de Alejandro Paternain (1933), *Lucifer ha llorado* de Enrique Estrázulas (1942), *Daguerrotipo* de Sergio Otermin. Luego de años en los cuales cualquier libro resultaba un acontecimiento, ese fenómeno pareció una inundación. En especial porque algunas de ellas eran de enorme calidad. La de Campodónico revelaba la presencia de un gran novelista en su obra inicial en el género; la de Levrero confirmaba la maestría de un narrador de fama subterránea y cuasi clandestina y culminaba una trilogía estupenda; la de Paternain proponía un disfrute permanente; la de Estrázulas alcanzaba calidades de las que el resto de la obra del autor —pese a su éxito de lectores— estaba ayuna.

Ese mismo año se llamó a un concurso de libros de cuentos al que se presentaron casi cien originales. El jurado —que integré junto al argentino Jorge Lafforgue y a Roger Mirza— encontró un porcentaje inusual de obras buenas. La explicación es sencilla: los uruguayos habían seguido escribiendo aunque pensaran que lo hacían para los cajones. Encontró, también, enorme abundancia de literatura fantástica, o rara, o extraña o, mejor, no realista. Las explicaciones tampoco eran difíciles. Censura y autocensura volvían imposible toda referencia directa al mundo circundante. Metáforas, símbolos, alusiones veladas, alucinaciones eran el remedio. Además la realidad era demasiado ho-

rrenda: el solo testimonio verídico resultaba el relato de una pesadilla. Y, desde esa perspectiva, puede decirse que esa literatura «fantástica» era estrictamente realista. También —y aunque sea contradictoria, esta otra explicación no es excluyente— ante el espanto de lo real inmediato, la respuesta salvadora y creadora —lo uno por lo otro y lo otro por lo uno— tenía que ser estética. Creo que aquí reside la mejor lección que nuestros narradores han dado y creo que su validez se extiende a todos los campos de la acción humana. Finalmente, esa literatura extendía una línea creadora muy prolongada en nuestras letras. Angel Rama la bautizó la de los *Raros* en un volumen antológico de 1966 que se abría con un texto de Lautréamont y se cerraba con otros de un narrador que contaba entonces diecinueve años: Tomás de Mattos. Más tarde, en su libro imprescindible *La Generación Crítica* amplió el estudio de esa vertiente mostrando cómo desde los *Cantos de Maldoror*, esa corriente se mantenía subterráneamente, las más de las veces reafioraba, evolucionaba, se enriquecía y eclosionaba manifiestamente a fines de los 60. Creo que esa tradición ha dado lo más valioso de nuestra literatura, singularmente en el último período: L. S. Garini (1904-83), Mercedes Rein (1931), Matilde Bianchi (1929), Jorge Onetti (1931), Gley Eyherabide (1934), Meyer Garmendia (1940), Miguel Angel Campodónico (1939), Mario Levrero (1940), Cristina Peri Rossi (1941), Teresa Porzecanski (1945), Tomás de Mattos (1945), Antonio M. Dabezies (1942), Tarik Carson (1945), Alicia Migdal (1947), Juan Carlos Mondragón (1951), Sandino Núñez (1962). (Aunque muchos de ellos, no por toda su obra).

La poesía, que siempre ha tenido mayores dificultades de conexión con el público, vivió simultánea y/o sucesivos fenómenos contradictorios.

Con toda la cultura compartió las interdicciones previsibles. Pero el lenguaje metafórico, las alusiones elusivas, la polisemia, le son casi connaturales. Este fue uno de sus caminos. Otro en los 70, fue la reacción hacia el hermetismo, especialmente el surgido sobre la base de la experiencia del concretismo brasileño: actitud aislacionista explicable para ciertos templos de ánimos en aquellas circunstancias. Un tercer camino se abrió paso en el canto popular que musicalizó mucha buena poesía, que la creó junto con la música en el caso de los cantautores, o que recurrió a los poetas en tanto que letristas. Aquí la poesía tuvo una divulgación masiva excepcional, cuya importancia se acrece si pensamos que la difusión pública de un Joan Manuel Serrat estaba prohibida.

La poesía: camino y laberinto

Ya casi en los 80 aparece una nueva camada de poetas. (La ordenación generacional de autores y de obras, con todos sus defectos, es, sin em-

bargo, útil para confeccionar panoramas —aparte de aquellos casos en que un grupo de autores se siente, se piensa y se plantea en tanto que generación: hecho que en las letras uruguayas se dio en el 900, en el 40 y en el 60. Pero en estas últimas décadas el hiato dictatorial volvió muy confuso el panorama. En la reapertura de los 80, comparecieron juntos escritores del 40 y del 60 que habían dejado de publicar; escritores del 60 de maduración tardía; jóvenes y jovencísimos —nacidos en los 50 y en los 60— que se iniciaban y que se habían formado en el desierto: los «despadrados», según el expresivo neologismo de Alicia Migdal, puesto que los «despadrados» no son solamente huérfanos.) Precedidos por la obra importantísima de Juan Carlos Macedo (1942); la de Eduardo Milán (1952): figura mayor de nuestro concretismo, pero que lo superó y evolucionó luego hacia mejores rumbos; de Tatiana Oroño (1947); de Víctor Cunha (1951), se dan a conocer en ediciones de autor, en alguna antología, en el sello La Balanza que impulsó tenazmente Laura Oreggioni, en los años del mayor y peor silencio. Y precedidos, antes, con reconocimiento unánime infrecuente por dos figuras mayores y constantes del 60: Washington Benavides (1930) y Circe Maia (1932); y por otro poeta de obra escasa e importante: Salvador Puig (1939).

Al reanudarse la actividad de los Concursos (Feria del Libro, Club Banco de Seguros, Premio 12 de octubre) se revelan una serie de obras de alta calidad: *Ausencia del pájaro* (1981) de Víctor Cunha; *Contrabando de auroras* (1977), *Tiro de gracia* (1981) y *Tarea* (1982) de Rafael Courtoisie (1958); *Líneas de fuego* (1982) y *Cuadernos agrarios* (1985) de Elder Silva Rivero (1955); *Cambio de palabras* (1983) de Roberto Appratto (1950); *Farai un vers de dreit nine* (1982) y *Cuaderno del viento* (1985) de Mario César Maciel (1960); *Primera línea* (1982), *Poesía de sitio* (1984) y *Poesía involuntaria* (1985) de Jorge Castro Vega (1963). El último me parece, hasta ahora, el poeta más valioso del grupo, aun cuando, en el caso, me caben «las generales de la ley». (Creo que los críticos estamos obligados a decir lo que pensamos y a escribir lo que decimos en rueda de amigos. Al redactar este panorama para *Casa*, no podía evadir el juicio crítico. Puedo, por supuesto, equivocarme —aunque no soy el único crítico que piensa de ese modo—, pero con el mismo margen de error que afecta mi juicio sobre cualquier otro creador.)

La literatura: una respuesta que no cesa

La literatura de estos años demostró que el verdadero arte no es un reflejo de la sociedad, sino una respuesta frente al mundo. Los procesos económicos, sociales, políticos, no son mero soporte estructural al cual mecánicamente mimetiza lo que aparece en la superestructura: ese es el esquema simplista de los «marxistas» (?) que traicionan a

Marx. Los países subdesarrollados no producen una literatura subdesarrollada; por el contrario —y felizmente—, crean una literatura que es respuesta ante un determinado proceso histórico-social que resulta, claro está, de aquella infraestructura económica. Toda esta América ofrece pruebas contundentes al respecto.

El panorama anterior —que no quiere ni puede ser total— me parece probatorio de que sobrevivir, recordar y resistir fueron las actitudes generalizadas y necesarias y adecuadas de los uruguayos durante la dictadura. Y se dieron en el destierro, en el encierro y en el entierro. Hubo dos tipos de encierro: el de la cárcel política (la principal se llamaba Libertad; otra prueba de la perversión semántica) y el de los insilados que habitábamos una cárcel de 177.216 kilómetros cuadrados. Estas dos clases de presos, más los otros que disponían del mundo entero excepto al paisito que les pertenecía y al cual pertenecían, se encargaron de hacer sobrevivir y resistir a los muertos. No olvidar a uno solo y hacerles justicia cuando llegara el momento, era y es la consigna: «La muerte no ha podido derrotar a los muertos / Somos su pulso y somos su memoria / Su apretada raíz / A filo lento / la muerte no ha podido / La muerte no ha podido / Aunque nos pueda».

Y reparar el reencuentro para reatar los hilos del tejido histórico-cultural. Más grave que el desastre económico es la destrucción de una cultura, porque es mucho más difícil de reparar.

Tarea urgente: inventar un país

Ahora nos enfrentamos a una tarea considerablemente más riesgosa y compleja que la de resistir. Tenemos que inventar un nuevo país en todos los terrenos. Y proyectar y crear una nueva cultura para ese país. Ya no basta la respuesta: hay que añadirle la propuesta.

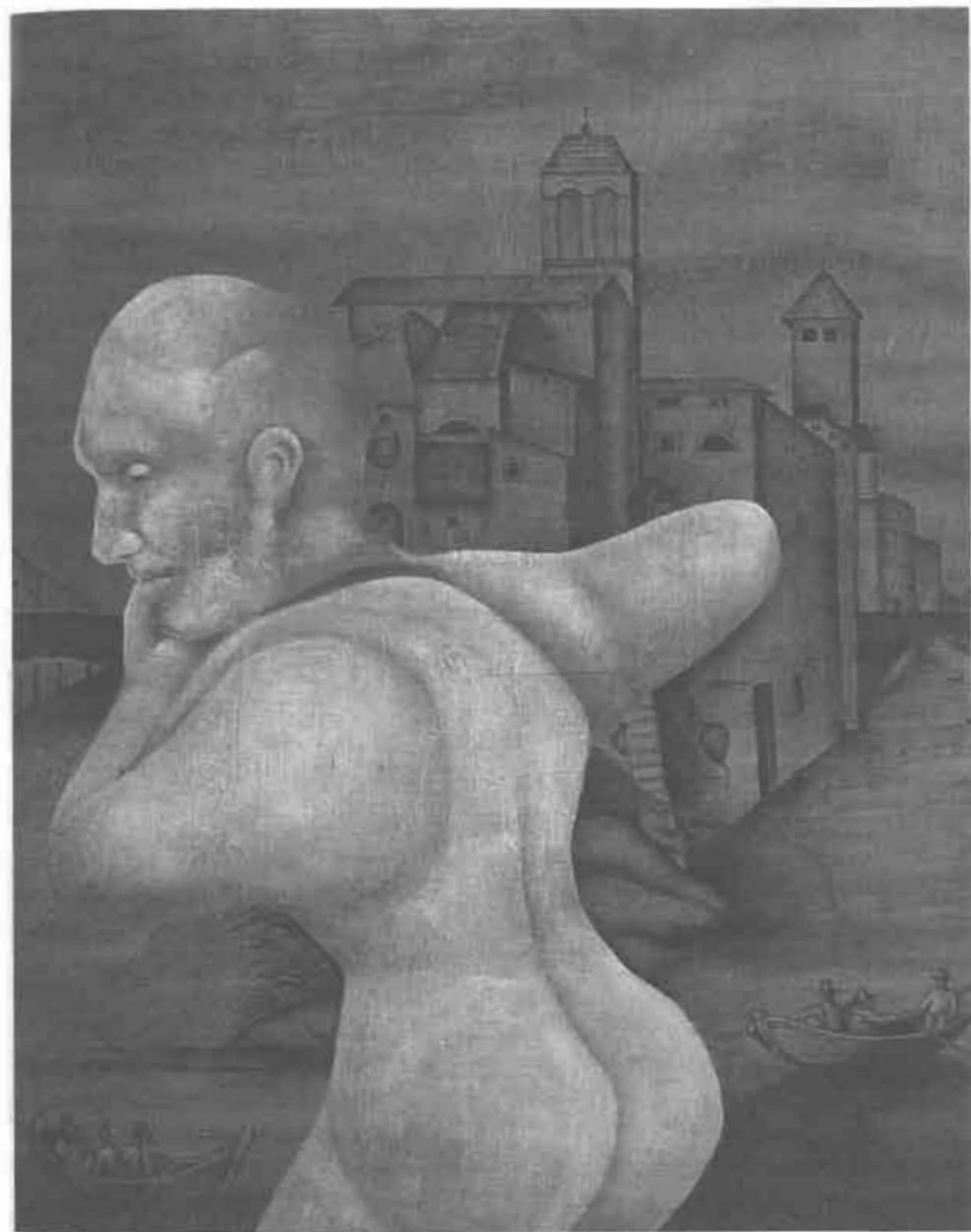
El primer paso es «fusilar la nostalgia» que la dictadura nos fomentó y nos impuso como deber ético-político. El segundo es rearmar nuestro decurso y tradiciones culturales, porque no es posible vivir ni crear sin el pasado. Pero, ¡ojo!, esta tarea debe hacerse no con atención retrospectiva sino con atención prospectiva. Es desde la perspectiva del futuro que queramos desde la que debemos armar nuestro pasado. El pasado, sin más, es total y, por lo mismo, amorfo. El pasado necesario es el pasado útil y su utilidad reside en su aprovechamiento prospectivo. El tercer paso es coetáneo del segundo por imposición de «esta hora urgente». Hemos estado aislados del Continente y del mundo. Debemos apropiarnos de todas las novedades, examinarlas críticamente y ponerlas —cuando y como corresponda— a nuestro servicio. El aporte de los desexiliados ya empieza a ser importantísimo y nos permite suscribir la afirmación de Germán Westtein: «Bienvenido el exilio, si hay retorno». Y el aporte de los liberados. Me remito a dos ejemplos señeros: la poesía de Gladys Castelvecchi (1928): *Fe*

de remo (1983) y *Ejercicios de castellano* (1984) y la dramaturgia carcelaria de Mauricio Rosencoff (1933): *Y nuestros caballos serán blancos...*, *El saco de Antonio*, *El combate del establo*.

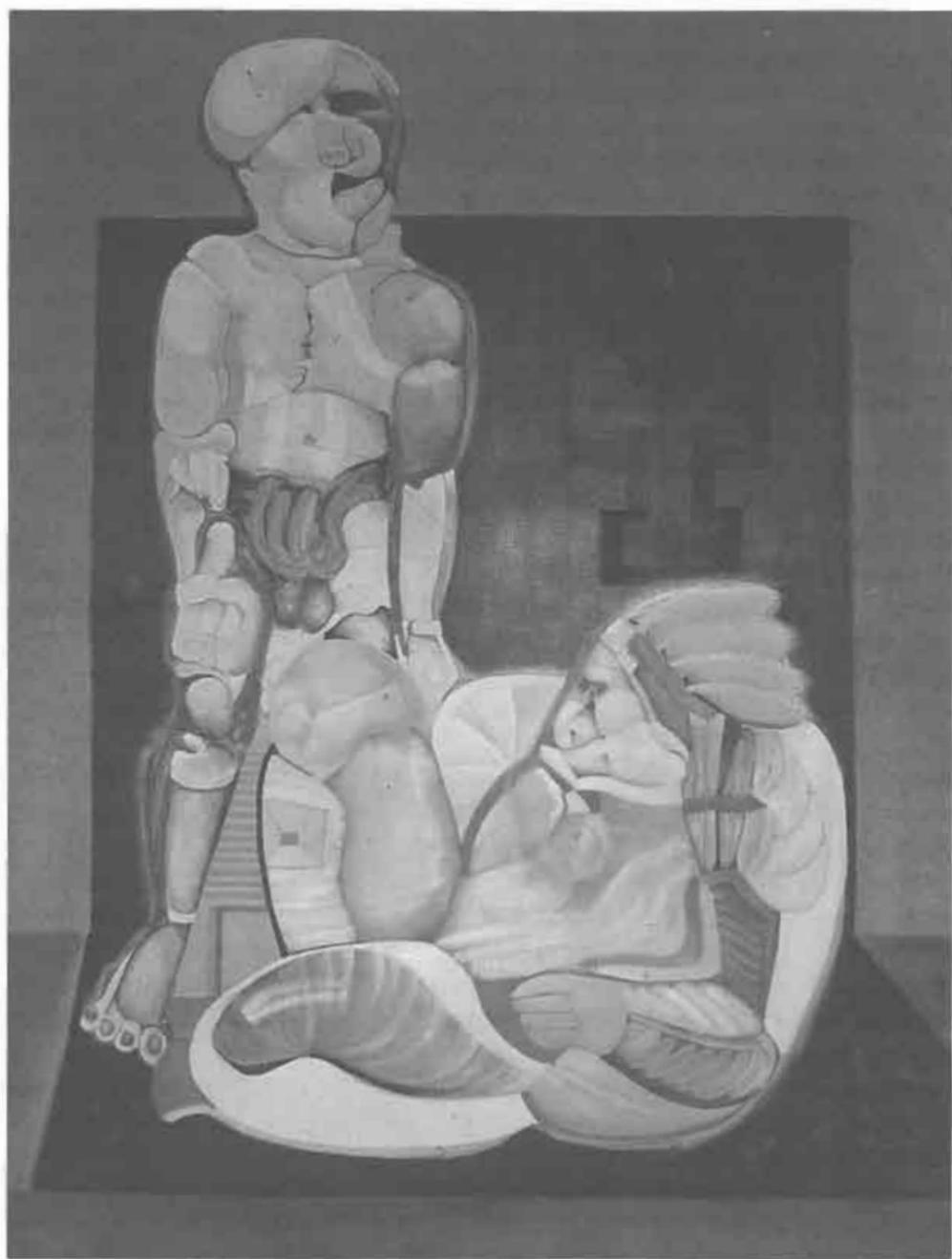
Con bastante frecuencia las nuevas generaciones parecen tender al «Parricidio». En el caso uruguayo, con la doble tarea pro-retrospectiva; con la triple reinserción del país en su Continente, en el mundo subdesarrollado y en el mundo desarrollado; con el reencuentro vertical de varias generaciones y el horizontal de desexiliados, desamordazados y liberados, la pelea —necesaria y bienvenida— por un nuevo Uruguay, será, más bien, un «fratricidio».

El ave Fénix no es el mito que nos cabe.

Ya no se trata de tentar resurrecciones: es hora de partir.



EL FILOSOFO



LA CONQUISTA

Dulce patria americana

Conversación con Luis Advis

MAURICIO DECAP

En la ciudad de Mérida, región de Extremadura, una de las de mayor sobrecarga histórica de España, se realizó en el verano (europeo) pasado el estreno mundial de la *Sinfonía de los tres tiempos de América*, la obra más reciente del compositor chileno Luis Advis, autor de la célebre *Cantata Santa María de Iquique*, uno de los hitos indiscutibles de la música chilena del siglo XX.

Así como la Cantata, la Sinfonía fue interpretada por el conjunto Quilapayún, actuando como solista la cantante española Paloma San Basilio. Fueron acompañados por profesores solistas de la Orquesta Nacional de España y de la Orquesta de Radio Televisión Española bajo la dirección de José María Chova. El espectáculo fue presentado en el Teatro Romano de la ciudad, dentro del marco de la abundante programación que hoy tiene lugar en España con motivo de los próximos quinientos años del Descubrimiento de América.

Advis hizo al término de la presentación una breve gira por el interior de Extremadura. En aquel recorrido, mientras visitábamos los pueblos blancos de la provincia, con sus calles estrechas y sus balcones llenos de flores, cunas de algunos de los grandes nombres de la historia de la Conquista (y de la mexicanísima y sin embargo extremeña Virgen de Guadalupe), pudimos compartir impresiones, hablar de su música, de los bares de Chile y de las ilusiones y esperanzas de nuestro pueblo. Síntesis de aquellas conversaciones es el texto que presentamos a continuación.

—Una obra de tanto aliento como tu Sinfonía de los tres tiempos de América tiene que ser el producto de un largo proceso creativo. ¿Podrías contarnos algo sobre el particular?

—Fue bastante largo el proceso. Cuando la cosa empezó, recuerdo que estaba en el restaurante Chez Henry, en Santiago, el 18 de septiembre del 70, con un amigo que se llama Julio Rojas —coautor de la letra del «Canto al Programa»— y empecé a imaginarme a una persona que se perdía. Allende recién había salido, todavía no tomaba el mando, y yo escribí la frase «¿Dónde está el que yo quiero, dónde está?». No sé exactamente cuál fue la motivación de esa frase, pero llegué a mi casa y al día siguiente me puse al piano e hice la melodía de aquella canción que ahora constituye una parte importante de la sinfonía.

Poco tiempo después de esta canción, empecé a sentir la necesidad de hacer algo sobre el Continente, sobre América. Yo no había viajado nunca por nuestros países, no sabía mucho de su geografía, pero sí conocía bastante de su historia. Así que al año siguiente, me parece, tenía ya formada la idea de una obra de tales y cuales dimensiones. Escribí un texto y varias canciones, pero el proyecto quedó en nada.

Pasaron los años, yo seguía haciendo mis cosas, debo haber hecho unas cuarenta obras teatrales en Chile, y la sinfonía seguía allí como una idea, como tantas otras que están allí en el cajón.

Un día, paseando por la pampa argentina en algún autobús, por allá por San Luis o Mendoza, no recuerdo ya, le empecé a preguntar a un cabro joven qué sabía de los signos del zodiaco y no sé por qué se me ocurrió a mí que podía hacer una canción... Yo ya había vuelto a la idea de retomar la sinfonía, y hacer entonces una canción relativa al hombre de América, al mestizo rodeado de constelaciones, o sea, como encumbrado. Ahora bien, esta idea del rodeo de constelaciones quizá tiene que ver con la frase final del libro de José Donoso *Coronación*, cuando, después de coronar a la vieja, la empleada le pone estrellitas. Era muy bonita la frase, me gustó, la encontré poética, y bueno, entonces hice la letra del Mestizo, e inmediatamente hice la canción y no sé si te habrás dado cuenta, pero incorpora todos los signos del zodiaco. La canción la hice el año 77, con lo cual completaba tres canciones, porque antes había hecho otra, a partir de la musicalización de *Romeo y Julieta* —la versión de Neruda—, concretamente de aquella parte que comienza con un verso que dice «Romeo desaterrado...»

Por esa época se me había ocurrido ya una nueva canción. El esquema de la sinfonía contemplaba al principio un final distinto que el actual; entonces una estrella iba volando por el mundo. Por ese mismo tiempo completé otra canción que me obsesionaba; me gustaba el motivo por lo sencillo, muy popular, diría yo, pero me faltaba lo del tratamiento. Fue la canción final del Coyote y el Huemul, animales eminentemente americanos. Cuando terminé este trozo final, con

el coro de abajo, que ya existía, —todo eso de «quiero tu tierra tranquila»— me di cuenta que tenía una obra casi entera.

Pero hay vicisitudes que pasan: me puse a estudiar griego en la Católica, estudié tres años y medio griego clásico. La verdad es que, salvo ahora, yo he sido siempre profesor universitario. En ese tiempo lo era todavía y estaba, además, dedicado a escribir un libro —*Displacer y transcendencia en el arte*, que publicó la Universidad de Chile el año 79— y volcado sobre todo a la investigación. Casi había abandonado la música, incluida la música para el teatro, y así pasaron algunos años.

Yo les tocaba a veces las canciones a mis hermanos Patricio y Pedro, en mi casa de Iquique. Entonces eran sólo canciones sueltas, no tenían un texto que las uniera. El único que estaba hecho era el texto previo al Mestizo, cuando hablo de América todavía virgen, de los precolombinos que llegaron a poblarla y luego llegan los nuevos rostros, llegan desde España y se forma la estirpe (palabra muy de García Márquez, y que yo utilicé porque me encanta).

El año 86 mi madre se enferma, y en una visita que le hago le pido a la enfermera, por pura curiosidad, que me tome la presión; resultó que la tenía altísima y que yo debía estar con un ataque al cerebro o con un infarto, o qué sé yo. Me hicieron más exámenes y me encontraron algo al pulmón; podía ser cáncer, me dijeron, y mi propio hermano Pedro, que es médico, me dijo que me quedaban cinco o seis meses de vida. Entonces me dije qué hago, qué hago en estos cinco a seis meses, y así fue como tomé la decisión de terminar la obra, cosa que hice trabajando los meses de octubre, noviembre y diciembre, completé todos los relatos y la partitura, y en el mes de enero siguiente mandé toda la documentación al Quilapayún, a París. En el período que vino intercambiamos cartas y grabaciones para afinar la versión final, y a mediados del 87 nos juntamos en Buenos Aires, donde estudiamos juntos la obra. Pasaron después varios meses, hasta que no hace mucho me escribe Carrasco para decirme que está todo listo para el estreno mundial de la sinfonía aquí en Extremadura y con Paloma San Basilio.

—*Y cómo te sientes ahora, luego del estreno...*

—¡Ah, bien! Pero antes quiero contarte de paso que lo del pulmón fue falsa alarma...

—*Afortunadamente.*

—Pero en todo caso fue el motivo fundamental...

—*Para poner punto final a la historia de la Sinfonía.*

—Claro, para decir «hasta cuándo el leseo».

—*Hablando ya directamente de la Sinfonía ¿qué es en ella lo central?*

—Lo central es mi amor a América, el amor por un continente. Ella expresa lo que siento por el hombre de este Continente, mi apego por él; y cuando yo hablo de «Dulce Patria», que está tomado de nues-

tro himno nacional, estoy en realidad hablando de una patria mayor, que es América.

Y no considero que la Sinfonía sea política, aunque es una obra que tiene un compromiso íntimo con la humanidad, con el hombre americano, con el espíritu de lo americano...

—*Un compromiso subyacente en la obra...*

—Claro, toda obra tiene un compromiso. La Cantata Santa María tiene un compromiso, así como la obra dedicada a Violeta que yo dirigía. El compromiso con Santa María de Iquique se da por ser yo iquiqueño, eso es fundamental para poder entenderlo. Son visiones mías, que no siempre tienen que ver con los conflictos de los obreros; mi visión de ellos es bastante poco vivida, porque yo pertenezco en el Norte a una familia más bien burguesa. Son visiones mías, como las que tengo del exilio o de los desaparecidos, que soy capaz de vivir aunque yo no haya sido nunca exiliado ni tenga a nadie desaparecido.

—*En la Sinfonía hay al final un mensaje bastante optimista, soñador, como si anunciara una utopía.*

—Es curioso que tú que eres joven hables de utopía; déjame a mí hacerlo... En verdad, es la misma utopía que yo planteo en la Cantata, que es algo muy salido de mí... Si tú analizas su texto te darás cuenta que es muy indefinido, hay frases que son brillantes, pero... ¿de qué hablo yo en realidad en la Cantata? ¿Hablo del proletario, de un conflicto proletario, de clase? ¿Quiénes son en la Cantata los «malos de la película»? Es algo que nunca se ha dicho, que la Cantata está escrita por un iquiqueño que sabía que el gringo —el inglés, el francés, el yugoslavo, el español— era el dueño de las salitreras; era él el que tenía el poder. Recuerdo que ya se lo decía a Luis Alberto Mansilla en una entrevista en *El Siglo* del año 71. La idea de la Cantata es «el chileno que se hermana ante la agresión extranjera», ése es el núcleo y no el problema entre los ricos y los pobres, sino con quienes tienen el dominio de producción y abusan con ellos, y éstos eran los ingleses. En la Cantata hay una suerte de indefinición de parte mía, no lo planteé claramente, pero en ella el conflicto se plantea entre los chilenos contra el dominio extranjero: el «unámonos como hermanos» hay que entenderlo como «unámonos los chilenos» y no «unámonos los pobres».

Bueno, evidentemente hay de todos modos un mensaje de unidad. Como en el Canto para una Semilla, con los versos de las Décimas de Violeta Parra, sólo que allí el mensaje es de unidad latinoamericana.

—*También en la Sinfonía...*

—Sí, sí, en la Sinfonía el mensaje es americanista, es absolutamente americanista. América es una madre, esa es la idea. Así es fundamentalmente la cosa, sobre todo en la primera parte. En la segunda parte es el sufrimiento y ahí viene la toma de conciencia de lo que es en realidad América, que no es sólo el paisaje. Eso es únicamente la Améri-

ca turística, encantadora, un indiecito con gorro, la niña de ojitos negros, pelito negro, labios pintados, un sombrerito, la América bonita. Eso es lo que refleja la cultura del *Reader's Digest*, porque América es mucho más: es el hombre que siente y que trata de labrar su vida y de lograr un bienestar, pero no sólo para él, sino para la familia, para el vecindario, para un pueblo, para un país...

—*Tú eres autor de «cantatas», una expresión musical bastante particular en la que encontramos una especie de acercamiento entre la música seria o culta y la música popular. Háblanos, si te parece, del tema.*

—Ese acercamiento se produce de una sola obra y de una teorización que se dió en torno a esa obra, y sobre todo a la labor que desarrolló el Quilapayún en torno a ella. Me refiero a la Cantata Santa María de Iquique.

Una primera novedad fue la introducción del cello y del contrabajo, cuestión que para mí es lo más natural, de perogrullo. No es un recurso «culto», está en la música popular. Lo que pasa es que yo mezclé una guitarra con un contrabajo del porte de cinco guitarras, pero la verdad es que era necesario. La otra cosa que hice fue utilizar elementos polifónicos, lo que responde a mis necesidades creativas, no es que yo haya teorizado sobre la necesidad de hacer polifonía con una cosa folklórica. Antes que nada, yo no soy folklorista. Yo simplemente hice una melodía sin ninguna teorización previa. La teorización vino después y estuvo a cargo de otros músicos y estudiosos. En eso jugó un papel importante el Quilapayún, al salirse de los cánones tradicionales de la Nueva Canción Chilena. Les pidieron textos musicales a Juan Orrego Salas, a Gustavo Becerra, a Sergio Ortega, a Patricio Wang, y todo proviene de esa especie de abuela que ha sido la Cantata Santa María de Iquique.

Yo creo que es posible que esta juntura de lo popular con lo clásico se dé, que la obra resulte. Pero no basta con querer hacer la mezcla para que funcione. Yo no sé, por ejemplo, hasta qué punto una obra de Gustavo Becerra —a quien quiero y admiro mucho— pueda decirse que tiene una dimensión popular. Gustavo es demasiado exquisito, es muy Bela Bartok, es muy clásico. Y soy admirador de su Concierto para guitarra, de su Macchu Picchu, de sus Conciertos para flauta y sus Cuartetos para cuerdas, pero aunque yo me proponga escuchar esas composiciones desde el punto de vista popular, no logro aceptar que eso sea realmente popular. Sergio Ortega sí. Claro, él hizo La Fragua, pero no ha hecho sólo eso, y aun dentro de La Fragua se puede ver lo culto y lo popular, hay canciones muy bonitas, manifestaciones muy hermosas de música chilena.

Para resumir, hay una obra, la Santa María de Iquique y hay algunos músicos que por temperamento pueden hacer esa mezcla, pero ahí se termina toda posibilidad de encontrar entre nosotros nuevas obras, no hay más.

—*Pero y la Sinfonía, cómo encaja en esto...*

—La Sinfonía entra directamente en este plano de que estamos hablando. La «América tiene amores» parece, cantada, una tonada cualquiera, un cueca mezclada con un joropo ¿no es cierto? Pero de repente aparecen contrastes armónicos propios de obras polifónicas, y cosas así.

—*De modo que encaja...*

—Yo creo que esto, perdonando la poca modestia, puede de alguna manera ser importante, Ojalá los «cabros» entiendan esta obra, los chilenos que la escuchen.

—*¿Sí? ¿Cómo crees que puede ser recibida la Sinfonía en Chile?*

—El problema es que en Chile la música de la Nueva Canción está en una decadencia muy grande. Hay grupos de rock, por ejemplo, muy comprometidos políticamente, pero yo los encuentro mediocrísimos, por lo menos algunos son muy mediocres, no puedo decir otra cosa. Yo sé que para la juventud es una cosa de masas, hay algo que les atrae, pero yo no creo que sea arte.

—*Tal vez es más un fenómeno social que musical.*

—Sí, eso es nada más. Es una moda, un mal fenómeno musical, pero va a pasar, porque no puede subsistir. Ahora bien, en medio de todo esto la Sinfonía es como una obra «gagá», a mucha gente le va a sonar como una cosa antigua. Van a decir: ¡Qué caballero tan antiguo, las cosas que está haciendo! En vez de poner puras queñas, ahora puso oboes.

La verdad es que la gente joven no tiene idea de lo difícil que es hacer una obra de estas dimensiones, que dure cerca de una hora con un texto coherente. Bueno, quizás cómo les irá a sonar, yo creo que depende del grado de sensibilidad. Al chileno le dice mucho el lenguaje del romanticismo, el lenguaje del bolero, del tango, del joropo, el lenguaje folklórico. Eso está latente en el interior de todo chileno, de modo que a la larga la obra va a ser entendida, al principio yo creo que sólo por una pequeña élite de creadores jóvenes, después quizás en forma más masiva. Porque, después de todo, la Sinfonía es evidente que es una expresión más de aquello que se llamó Nueva Canción Chilena, aunque más cuidada.

—*Recogiendo el paso de los años...*

—El paso de los años de la Nueva Canción Chilena...

—*Y de la realidad americana...*

—Sí, claro, es producto de una madurez, de una evolución que recoge la realidad americana que ha cambiado. La visión que yo tenía de América el año 70 tiene poco que ver con la que tengo el 88, nada que ver, son cosas distintas. La visión que yo quiero tener de América es una visión madura, objetiva, no pasional.

—*¿Crees que la obra puede alcanzar una proyección latinoamericana?*

—Yo creo que sí, porque tengo la conciencia de que no es chilena sino americana...

—*Pese a que se le nota una inclinación...*

—Por supuesto, de repente hay una cueca, y en la letra hay además elementos de la Canción Nacional, como el «Chile puro»...

—*O «dulce patria»...*

—Sí, aunque «dulce patria» está extendido a América. Lo puse adrede. Digo «continente», «fiel refugio», «claro albergue» y «dulce patria» son apelativos que uso para América en el primer relato.

De paso quiero que adviertas que aquí estamos un poco también en América, con Medellín, donde nació Hernán Cortés, a sólo unos pocos kilómetros; estamos cerca de Trujillo, cuna de Francisco Pizarro; de Villanueva de La Serena y Plasencia, donde nacieron Pedro de Valdivia e Inés de Suárez. Por eso estoy muy contento de que la Sinfonía haya sido estrenada aquí, en Extremadura.

—*¿Hay alguna relación entre el Chile de hoy, quiero decir, el Chile de Pinochet y tu creación musical?*

—No, no. En realidad, yo vivo muy aislado, no salgo nunca, estoy siempre encerrado en mi casa, me veo con no más de unos cinco o seis amigos; no tengo una imagen muy clara del país, es muy parcializada porque sólo tengo la imagen que dan los periódicos, que yo sé que es falsa o que es sólo la mitad cierta, hay muchas cosas que no aparecen.

Por otra parte, yo no estoy creando todo el tiempo, yo hago las cosas sólo cuando siento ganas. Ahora mismo, por ejemplo, hace seis o siete meses que no toco una sola nota en el piano; desde que terminé la Sinfonía he hecho muy pocas cosas: algo que se llama Canciones Brasileñas y que envié al Napalé, un conjunto chileno, y una canción sobre América que también se la mandé al Napalé, así como al Quilapayún y al grupo Callejón. Son cosas que se me ocurren de repente, pero no puedo decir que tenga presupuestado algún proyecto; quizás si perteneciera a círculos más amplios donde se planteara la necesidad de hacer tal o cual cosa a lo mejor yo sería otra persona, procedería de otra manera. No, no tengo ningún proyecto sobre Chile. Tal vez se me ocurra alguna obra en un año más o acaso mañana; es muy impredecible el ímpetu de mi posibilidad creativa, salvo que me pidan alguna obra para el teatro, cosa que hago con mucha rapidez. Las ideas a mí me aparecen de repente y entonces hago la obra; no puedo estar pensándola cinco días antes...

—*Eres un creador más bien intuitivo...*

—Desde el punto de vista creativo todo es intuición. En el proceso de creación hay un proceso: en primer lugar, hay una necesidad de expresar algo y a través de esa necesidad tú tienes una serie de posibilidades intuitivas de hacer cosas, dentro de ellas eliges una, o dos o cuatro, y tú las eliges por intuición. Luego viene la segunda etapa de la elaboración, que sería puramente intelectual, tú buscas un equilibrio, pero para saber cuándo la cosa está equilibrada al final recurres también a la intuición. En música existe el compás, tú puedes contar

el número de compases y de eso depende el equilibrio de la obra. Pero, en general, el sentido del equilibrio te lo da algo que se llama nuevamente intuición. Luego viene una tercera etapa, que es poner en el papel lo que estás haciendo. Nuevamente a ti se te ocurre que este instrumento sonaría mejor que otro y tú eliges también por intuición, aunque también se llama sensibilidad, está muy mezclado todo esto. O sea, que la creación siempre es intuitiva. Aún cuando ocurra, como ocurre, que por razones políticas te puedan decir: vamos a hacer una música dirigida a un grupo social determinado, y tiene que ser fácil, y la letra debe tener tales o cuales características.

—¿Como en la época de la Unidad Popular?

—Bueno, en ese período yo trabajaba con el Quilapayún haciendo la Cantata; también con los Inti Illimani, a los que dirigí en un disco: grabé más de quince long-plays. No es que me pidieran nada, sucedía simplemente que llegaban a mi casa...

En todo caso, lo que quiero decir es que incluso si un músico acepta hacer una obra por encargo, en el momento mismo de ir a hacer las cosas, en el instante de tener que elegir, ese creador que ha sido en cierta manera ordenado por idea previa, también actuará intuitivamente. En definitiva, el elemento intuición es esencial en la creación.

Sinfonía de los tres tiempos de América

La obra consta de ocho canciones precedidas de nueve relatos. De ese conjunto de textos hemos seleccionado lo que se publica a continuación.

Relato

Fue muy visto el origen de tu sangre
y un largo aprendizaje tu destino.

Fue el llegar de preguntas y de
[asombros;
fue el sembrar de milagros cada signo.

Fue el que rostros y tierra se miraran
y tierra y rostro fueran un deseo;
fuiste entonces, América sin nombre,
el regazo de un mundo postrimero.

Pasaron siglos rudos, siglos suaves,
y pasaron los siglos ya olvidados.

Pasó Chichén Itzá, pasó Palenque,
paso Chavin y Nazca y Tiahuanaco.

Desde Oriente vinieron nuevos rostros
y la nueva corriente de los siglos,
y de nuevo el asombro, las preguntas,
y de nuevo un milagro en cada signo.

Tenochtitlán perdió sus aguas mansas.
Tiahuanacino quebró sus cuatro
[puertas.

El Dorado abrió sus espejismos
y otra estirpe nació en el planeta.

Canción

América tiene amores,
tiene estrellas consteladas.

América tiene hermanos
que la buscan y la llaman.

Y todos se van uniendo
y abrazándose la miran;
países que son su cuerpo
enramado de alegrías.

Y llegan danzando, llegan
festejando amaneceres
y enlazan con sus canciones
los arrullos que la mecen.

América tiene amores,
tiene estrellas consteladas.

América tiene hermanos
que la buscan y la llaman.

América tiene amores...

Recibe con las Antillas
la cubana carcajada,
Haití con su rito antiguo
y la luz dominicana.

Regiones de cumbres quietas
reconocen su mirada
y bailan su algarabía
hondureña y mexicana.

Aliento del aire limpio
le regala Nicaragua;
serpiente emplumada adorna
el fervor de Guatemala.

Las palmas de Costa Rica
son las manos que se enlazan
con tierra salvadoreña y
Panamá, cintura alada.

Resurge la flecha eterna
de sus suelos desatados;
la envuelven los torbellinos
del amor venezolano.

Descubre la cordillera
con su mano desgranada
y el aire florece orquídeas
entre arepas colombianas.

América tiene amores,
tiene estrellas consteladas.

América tiene hermanos
que la buscan y la llaman.

Y todos se van uniendo
y abrazándose la miran;
países que son su cuerpo
enramado de alegrías.

Después aparece el viento
de Ecuador, y el mediodía
anuncia un dorado encuentro
de temblores y caricias.

Al lado Brasil murmura
y la llena de aguas claras,
de ritmos y de extensiones,
de misterios y de razas.

Así la van alcanzando
costa, sierra y altiplano;
la abraza el enigma entero
con el indio iluminado.

Bolivia y Perú la buscan
en la tierra engalanada
y sienten la tarde tibia
nocturna y paraguaya.

Más tarde Uruguay le entrega
sus colinas onduladas
y viene Argentina y canta,
toda sol, toda mañana.

Y al fin llega Chile puro
y este suelo americano
comprende que es uno solo
su amor y su cuerpo santo.

Canción

Hombre de América, el canto
que por ser tuyo, cantamos,
es parecido a la niebla
y también al desamparo.

Porque las lluvias amargan
llenando los aires de llanto;
muerte nos tapa la cara
vida se ha vuelto sarcasmo.

Quiero tu tierra tranquila.

Quiero tu cielo aquietado.

Quiero tus campos fecundos
y tus desiertos colmados.

Hombre del mundo, este canto
que por ser nuestro, cantamos
busca una senda y encuentra
sólo la sombra de un rastro.

Rastro de tierra manchada
polvo, ceniza o pedazo
de algo que fuera un deseo.

Canción

Un hombre desterrado
que siente ajeno el pan que come,
ajeno el aire que respira,
ajeno el rostro que lo mira.

Un hombre desterrado
y aquella calle que se pierde
aquel rincón que se deshace
y aquella plaza que se borra.

Un hombre desterrado
y la nostalgia que atenaza
y todo lejos, sin retorno
y un hoy extraño y extranjero.

Y todo lejos...

Un hombre desterrado.
No existe límite en el llanto,
no tiene término la muerte
que aquella afrenta no conciba.

Mujeres desterradas.
No existe límite en el llanto.
Un niño desterrado.
No tiene término la muerte.

Un hombre desterrado.
Ya la palabra va diciendo
que madre-tierra y padre-cielo,
que luz hermana y mar hermano
se van muriendo... se van muriendo.

Canción

¿Dónde está el que yo quiero,
dónde está?

Se me fue por las calles,
se alejó,
lo cercaron los perros
de metal
y en zarzales oscuros
se enredó.

Con sus manos abiertas,
su mirada sencilla,

con su frente serena,
se perdió.
Con su frente serena
se perdió...

Esta tierra nublada
se dobló.
Agachó la cabeza,
enmudeció.
Esta tierra de fuego
se apagó.

Continente y campana,
se quebró.

Se cayó de rodillas
y los vientos gritaron;
se secaron las aguas
por llorar.

Se secaron las aguas
por llorar...

Me pregunto si existe
la sonrisa que entrega.
Me pregunto los gestos,
me responde la niebla.

Ya no sé si algo quiero,
ya no sé si estoy ciega,
sólo siento el silencio
y la sal de la piedra.

¿Dónde estoy, dónde miro
si no hay cielo ni tierra?
Se acallaron las luces
y no encuentro la huella.
Con su paso borrado
por un ruido que quema
me he quedado en el medio
de un temblor sin espera.

¿Dónde está el que yo quiero,
dónde está?

¿Dónde está la que quise, dónde está?

¿Dónde están nuestro hijos?

¿Dónde están los que amamos?

¿Dónde, dónde los ojos?

¿Dónde, dónde los ojos?

Corre hombre-ciervo, corre,
te busca el cazador con sus perros.

¡Corre hombre-ciervo, corre!

Corre, hombre-ciervo corre...

Corre hombre-liebre, corre,
te busca el cazador con sus perros.

¡Corre hombre-liebre, corre!

Corre hombre-liebre, corre...

Corre hombre-rata, corre.

Te pueden matar los perros.

¡Arráncate la muerte!

¡Escóndete bajo tierra!

Relato

Se está acabando el día y el crepúsculo
se extiende por el aire silencioso.
A lo lejos, el fuego en los hogares
y la mesa servida y el reposo.

Si pudiese ocurrir. Si fuese cierto...

Si pudiese ocurrir, si fuese cierto
que ya se acaba el día y en el cielo
van surgiendo las voces cristalinas,
las manos que se ofrecen, las miradas,
la canción que festeja la vendimia.

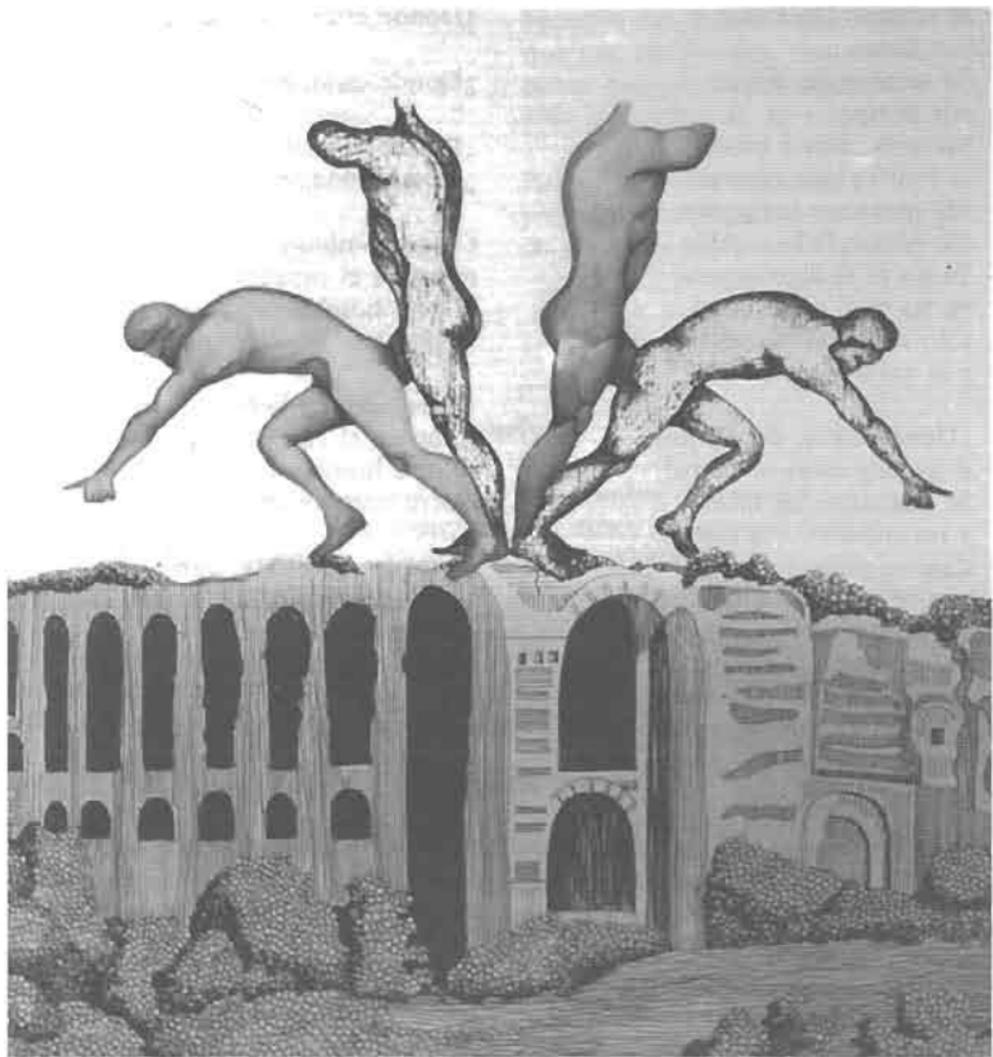
Si pudiese ocurrir, si fuese cierto
que ya llega la tarde y aparece

el gesto que reparte toda entrega,
el signo del sosiego al fin logrado
la puerta se descubre alguna estrella.

Si pudiese ocurrir, si fuese cierto
que se anuncia la noche y todos,
[juntos,
se miran sin creer que ya no exista
ese lento dolor del tiempo duro
que aplastaba y mataba y persistía.

Si pudiese ocurrir, si fuese cierto...

Si pudiese ocurrir, si fuese cierto...



EL SIGNO DE LA VIDA

Pequeña antología poética

GONZALO MILLAN

(De *Relación Personal*, Santiago, 1968)

Yo cojeo porque tú cojeas. Perdona

Me desagrada la fea cicatriz
en el delgado muslo de tu pierna
y el verte caminar sola por las calles
que me hace esconder
tras los puestos de diarios
o volver la vista hacia otras mujeres.
Sin embargo, al no encontrar tu olor
ni cabellos en la almohada
estrecho entre mis brazos
esa media izquierda y esa bota extraña.

Gonzalo Millán, nacido en Concepción en 1947, es uno de los mejores poetas de su generación —que algunos denominan «generación del 60». Sorprendió a críticos y lectores con su personalísima *Relación personal*, publicada a los veintiún años. Después de 1973 vivió en el exilio, en Costa Rica, inicialmente, y luego en Canadá, donde residió un tiempo prolongado. Publicó allí *La ciudad*, libro consagratorio, poema virtualmente total de la vivencia del chileno post-golpe. Ha publicado otros tres volúmenes, de los cuales, igual que de los anteriores, hemos seleccionado los trabajos que publicamos a continuación.

Millán retornó a Chile y después de algunos años ha retomado el camino del exilio, esta vez voluntario. Vive en la actualidad en Rotterdam, Holanda,

Y se mueve aún tu cola cortada de lagarta

En medio del sol y de los juegos de luces,
me conviertes en un lagarto
que muerde tu cuello hasta voltearte,
para buscar
al final del largo abdomen blanco
esa mueca que cubro y que me agita
hasta que palidecen y se enfrían
las manchas verde-azules en mi espalda,
que espoleas aún,
con prismas atados a las muñecas,
intentando detener la noche.

Letra de canción para una melodía vieja

Me escuece y arde esta vieja aréola.
Se me enrojece y descama
cuando me tocan tu vida
o cuando yo mismo la rozo
yendo hacia atrás con mis dedos.

Como temo me la alivie
la pomada del tiempo,
te rasco y me hiero
y hago saltar la costra y la sangre
para aceptar la cicatriz
de que no tienes olvido.

Pongo en mi oreja la oreja ondulada de la nada

Vacío caracol de tierra y vides:
feble trompa que contiene
las nubes de langostas del ruido
y el silencio de la pared-ola
antes del estruendo y la caída;
roseta parda que al final de su voluta
sostiene toda la noche
en el hueco oscuro de su fruto;
serpentina de saliva

que deshago sin tiempo,
crujiente caliza hoja seca,
hasta dejar en mis ojos
la fugitiva presencia de la luz,
y del polvo el rastro,
y motas entre mis dedos.

Eclipse

Y a veces pienso que después de tanto
y tanto aire, soplo y saliva malgastados
en el intento de apagar el sol,
como me dijeron,
estará sólo la manta de la obscuridad,
ahogándome,
y nada más en torno a mi cabeza,
si lo apago.

(De *La Ciudad*, Montreal, 1979)

I.

Amanece.
Se abre el poema.
Las aves abren las alas.
Las aves abren el pico.
Cantan los gallos.
Se abren las flores.
Se abren los ojos.
Los oídos se abren.
La ciudad despierta.
La ciudad se levanta.
Se abren llaves.
El agua corre.
Se abren navajas tijeras.
Corren pestillos cortinas.
Se abren puertas cartas.
Se abren diarios.
La herida se abre.

Sobre las aguas se levanta niebla.
Elevados edificios se levantan.
Las grúas levantan cosas de peso.
El cabrestante levanta el ancla.

Corren automóviles por las calles.
Los autobuses abarrotados corren.
Los autobuses se detienen.
Abren las tiendas de abarrotes.
Abren los grandes almacenes.
Corren los trenes.
Corre la pluma.
Corre rápida la escritura.

Los bancos abren sus cajas de caudales.
Los clientes sacan depositan dinero.
El cieno forma depósitos.
El cieno se deposita en aguas estancadas.

Varios puentes cruzan el río.
Los trenes cruzan el puente.
El tren corre por los rieles.
El puente es de hierro.
Corre el tiempo.
Corre el viento.
Traquetean los trenes.
De las chimeneas sale humo.
Corren las aguas del río.
Corre agua sucia por las cloacas.
Las cloacas desembocan en el río.
Las gallinas cloquean.
Cloc cloc hacen las gallinas.
De la cloaca sale un huevo.

El río es hondo.
El río es ancho.
Los ríos tiene afluentes.
Los afluentes tienen cascadas.
Los afluentes desembocan en el río.
Las avenidas son anchas.
La calle desemboca en la avenida.
El río desemboca en el mar.
El mar es amplio.

2.

Circulan los automóviles.
Circulan rumores de guerra.
El dinero circula.
La sangre circula.

Los peatones van a sus ocupaciones.
Los peatones cruzan en las esquinas.
Los peatones circulan por las veredas.
Los hombre llevan pantalones.
Los agentes llevan impermeables.
Apuestan agentes en las esquinas.

Circulan hombres astrosos.
Los cesantes circulan.
Las nubes ocultan el azul del cielo.
Las nubes acultan la luz del sol.
Las nubes circulan a gran altura.

La nieve es blanca.
El cóndor vuela a gran altura.
Hay nieve en las alturas.

23.

Los maderos bajan flotando por el río.
La madera se apila en el aserradero.
El serrucho presenta dientes.
El serrucho ya no corta madera.
El cepillo tiene cuchilla.
El cepillo ya no cepilla madera.
El martillo ya no golpea el clavo.
El carpintero vendió el serrucho.
 Vendió el cepillo.
 Vendió el martillo.
El carpintero no tiene trabajo.
Ya no se construye.
La madera se apila en el aserradero.
La carcoma roe la madera.

31.

La primavera reanima la naturaleza.
Empieza a nacer la hierba.
El enfermo se reanima.
Las flores renacen por primavera.
Las flores esmaltan los campos.
La resistencia renace.
Nacen trillizos.
Nacen yemas en las ramas.
Las ramas nacen en el tronco.
Nacen plantas entre las rocas.
Los árboles renuevan sus hojas.
La beldad renueva sus vestidos.
Las hojas tiernas se ensortijan.
La clorofila colora las hojas.
Los árboles se pueblan de hojas.
Las flores se colorean.
Florecen las margaritas.
Las margaritas tienen el corazón amarillo.
El comercio florece en tiempos de paz.
La ciudad sigue en guerra.

Las orugas roen hojas.
Los mendigos roen huesos.
Los roedores carecen de colmillos.
Hace un calor primaveral.

Una nube de vapor corona el volcán.
Se divisa el humo de un vapor a lo lejos.
Los árboles se coronan de flores.
Florecen los castaños y avellanos.
Han florecido los cerezos.

35.

Los labios cubren la dentadura.
La beldad tiene labios de carmín.
La beldad tiene labios coralinos.
La beldad se pinta los labios.
La beldad anuncia un lápiz labial.
La beldad usa el lápiz labial \$W&W.
La beldad sonríe.
La beldad tiene dientes de perlas.

La beldad se lava los dientes.
La beldad anuncia un dentífrico.
La beldad se lava con pasta \$K&K.

El taparrabos cubre las partes pudendas.
El prepucio cubre el glande.
El rubor cubre el rostro.
La beldad se ruboriza.
La beldad es soltera.
La beldad está de novia.
La beldad se ruboriza fácilmente.
La beldad tiene las mejillas rojas.
La beldad se colorea las mejillas.
La beldad anuncia un colorete.
La beldad usa colorete \$W&K.

Las medias cubren la piernas.
La beldad tiene piernas largas.
La beldad se cimbra.
La beldad muestra las piernas.
La beldad anuncia medias.
La beldad usa medias \$K&W.

39.

Hay una invasión de ratas.
Las ratas plagan las bodegas.
Las ratas invaden las casas.
Anidan en los entretechos.
Atacan en manada a los animales.
Muerden a un recién nacido.
Las ratas chillan por las noches.
Las ratoneras no dan abasto.
Los gatos enferman de comer tantos ratones.
Las ratas envenenadas hieden.
Las ratas tiene sarna.
La sarna es contagiosa.
Las ratas transmiten pestes.
Las ratas infestan la ciudad.
La ciudad está en cuarentena.
Vigilan los barcos.
Los barcos están en cuarentena.
Sanean los edificios.
Desratizan y vacunan.

Desinfectan la ciudad.
La vacuna inmuniza.
La ciudad apesta.
La ciudad es insalubre.
La ciudad está aislada.
Se aísla a los enfermos contagiosos.
El contagio de la peste es muy rápido.
La peste es una epidemia desoladora.
Reina una epidemia.
El agua está contaminada.
La atmósfera está poluta.
La atmósfera es irrespirable.
El lenguaje está contaminado.

47.

Alborea.
¡Quiquiriqui! cantan los gallos.
El rocío aljofara las flores.
El lechero pasa al amanecer.
El suplementero reparte diarios.
Los centinelas trasnochan.
Los amantes se amanecen.
Los astrólogos trasnochan.
El tirano duerme.
El tirano ronca.
Despiertan a los detenidos.
Los agentes amanecen torturando.
Relevan a los centinelas.
Se oyen alarmas de relojes.
Los madrugadores bostezan.
Las patrullas se retiran.
El bostezo es indicio de sueño.
Termina el toque de queda.
Las campanas llaman a maitines.
El alumbrado se apaga.
Las luciérnagas desaparecen.
Se apaga la luz del faro.
Raya el día.
Amanecieron paredes rayadas.
Hoy es el aniversario de su muerte.
Hoy es 11 de Septiembre.
Todos los años amanecen paredes rayadas.
Panfletos amanecen en las calles.

Los dispersa el viento.
Recuerdan los durmientes.
Los trabajadores recuerdan.
La ciudad recuerda.
Amanecen velas en su tumba.
Los soldados patean las velas.
Amanecen flores en su tumba.
Las pisotean botas de soldados.
Aniquilaron la Moneda.
Destruyeron la ciudad.
No podrán aniquilar su recuerdo.

48.

El río invierte el curso de su corriente.
El agua de las cascadas sube.
La gente empieza a caminar retrocediendo.
Los caballos caminan hacia atrás.
Los militares deshacen lo desfilado.
Las balas salen de las carnes.
Las balas entran en los cañones.
Los oficiales enfundan sus pistolas.
La corriente se devuelve por los cables.
La corriente penetra por los enchufes.
Los torturados dejan de agitarse.
Los torturados cierran sus bocas.
Los campos de concentración se vacían.
Aparecen los desaparecidos.
Los muertos salen de sus tumbas.
Los aviones vuelan hacia atrás.
Los «rockets» suben hacia los aviones.
Allende dispara.
Las llamas se apagan.
Se saca el casco.
La Moneda se reconstituye íntegra.
Su cráneo se recompone.
Sale a un balcón.
Allende retrocede hasta Tomás Moro.
Los detenidos salen de espaldas de los estadios.
11 de Septiembre.
Regresan aviones con refugiados.
Chile es un país democrático.
Las fuerzas armadas respetan la constitución.
Los militares vuelven a sus cuarteles.

Renace Neruda.
Vuelve en una ambulancia a Isla Negra.
Le duele la próstata. Escribe.
Victor Jara toca la guitarra. Canta.
Los discursos entran en las bocas.
El tirano abraza a Prats.
Desaparece. Prats revive.
Los cesantes son recontratados.
Los obreros desfilan cantando
¡Venceremos!

50.

La ciudad está caldeada.
La ciudad es un horno.
El panadero amasa el pan.
La masa se forma con agua y harina.
El uslero aplasta la masa.
El pan se cuece en el horno.
El horno del panadero humea.
De los poros sale sudor.
El panadero suda.
Humea el carbón.
El plato servido humea.

60.

El anciano se mira al espejo.
El espejo repite las imágenes.
El poema es un espejo.
Los gemelos son idénticos.
Mi hermano está en el lado contrario.
Nos vestían iguales.
Yo soy contrario al gobierno.
Los hermanos no se avienen.
Uno dice blanco.
El otro dice negro.
Uno dice rojo.
El otro dice negro.

La tinta es negra.
El papel es blanco.

El anciano manuscibe.
Arruga una hoja de papel.
El anciano tiene la piel arrugada.
Los miopes usan lentes.
El anciano usa lentes.
El anciano tiene la salud quebrantada.
El anciano corrige.
La goma borra lo escrito.
Donde había un edificio deja un sitio baldío.
Un cambio de sintaxis invierte el curso del río.
Un punto detiene la ciudad.
La tierra está inmóvil en el espacio.
El mar está inmóvil.
No pasa el tiempo.
Nada se mueve.
Los habitantes están paralizados.

Reina la inmovilidad.
Cae una nieve invisible.
Sólo los dedos del anciano se mueven.
El anciano releo.
Los dedos del anciano recorren las letras.
El anciano encuentra el nombre del tirano.
El anciano borra su nombre.
Su nombre no merece ser recordado.
El anciano encuentra los nombres de los asesinos.
El anciano borra los nombres de los asesinos.
Sus nombres no se olvidarán.
A su hora recibirán castigo.

67.

Nos descabezaron.
Talaron el árbol.
Nos descuartizaron.
Trozaron el tronco.
Cortaron las ramas.
El raigón siguió vivo.
El raigón siguió en la tierra.
Las raíces crecieron bajo la tierra.
Hoy el tronco talado brota.
El corazón late.
Las arterias laten.
La resistencia está latente.

Los pies sostienen.
Los dispersos se reagrupan.
La pierna media entre la cadera y el pie.
Los pies caminan.
La resistencia se rehace.
El peroné se articula con la tibia.
Se reorganizan los partidos.
Nuevas fuerzas se suman.
La rodilla articula el muslo con la pierna.
Las fuerzas se reconcentran.
El muslo va de la cadera a la rodilla.
Los resistentes se reunifican.
En la ingle se unen los muslos con el vientre.
Los partidos se unen.
En la cadera se une el muslo y el tronco.
Los partidos asocian esfuerzos.
Sus intereses coinciden.
El pecho va desde el vientre hasta el cuello.
Los partidos forman un todo.
El cuello une la cabeza con el tronco.
La cabeza contiene el cerebro.
La resistencia es una.
La cabeza es una.
La cabeza se alza.
Los partidos actúan al unísono.
La continuidad de las vértebras forma el espinazo.
Persistimos en nuestra resolución.
El tórax contiene el corazón y los pulmones.
En los pulmones se regenera la sangre.
La resistencia persiste.
La sangre nutre los músculos.
Los obreros sabotean.
La resistencia resurge.
Los obreros entorpecen el trabajo.
El brazo nace del hombro.
Los obreros hacen paros de brazos caídos.
Funcionarios se niegan a almorzar.
Palpitan los músculos.
Mineros no entran a los comedores.
Relegan a los dirigentes.
El corazón palpita.
Los obreros van a la huelga.
Mientras palpita el corazón existe la vida.
La dictadura es reversible.
No perdurará la dictadura.
Reafirmamos nuestra voluntad de lucha.
El corazón tiene el tamaño de un puño.

I.

En el vientre de nuestra madre
copulamos con mi sombra hermana.
Nacimos bajo un astro nefasto,
¿Quién es inmortal? ¿Quién fue
muerto bajo el mismísimo lucero?

IV.

¡Cristobal Colón!
Descubro que existe
la muerte. Corro
y me encierro a vivir
en un cajón.
Cuando quiero salir,
muerto de miedo,
descubro que voy
en mi calavera
hacia América.

XXV.

Pierdo la fe en mi mismo.
Hago heces invisibles
y desaparezco en el aire.

XXVIII.

La concavidad habló, me dijo,
eco eres de un eco. Escucha
cómo con el sonido de tu voz
se multiplican mis nietos.

El contrato

Por mi parte a este contrato aportó
mi adorada y devoradora desdicha,

un frasco con clavos
de olor (afrodisiacos),
y el miedo a la fragilidad de todo.

Cuño

La medalla oprimida
entre los torsos desnudos
dos cuerpos blandos
como la cera imprime,
complementarios y opuestos
como sus dos caras.

Alquiler

Beso el rudimento del triunfo,
un pequeñísimo puño de mi hija,
y no escribo versos esta vez,
garabatos, insultos soeces
en los inmundos billetes
antes de pagar el arriendo.

Vivimos amenazados por un techo
que puntualmente nos arrodilla.

Tribu

Somos la Pareja del Mañana.
No somos la Pareja del Mañana,
dices tú.
Seremos entonces la Pareja del Ayer.
No sé, dices tú.
Entonces una pareja del montón.
Tal vez, pensativa, dices tú.
Entonces somos una mierda de pareja.
Cierto. Somos una mierda de pareja,
pero me cansa discutir sin imágenes,
dices tú. Yo creo, digo yo,
que sólo habríamos sido felices
viviendo en la tribu de los Schtroumpfs.

La cueva del oráculo

Escapan de la cueva envejecidos
repentinamente los niños
que consultaban el oráculo.

Los persigue la fiera rugiente
del hedor despierta a pedrazos.

Las gaviotas rien como becerros
y el agua salada arde y hierve.

Se descorre la arena y reaparece
comido por el óxido un viejo
tarro de conservas, 4 Caballos.

La última fogata

Il ne reste qu'un feu du royaume de mort

Ives Bonnefoy.

Al atardecer se reunían los niños
junto al fuego en sitios eriazos
a tostar castañas o malvaviscos,
y algunos por siempre recuerdan
el llamado a comer de sus padres
y la lumbre de la última fogata
que se extinguió después de dormirse.

(De *Seudónimos de la muerte*, Santiago, 1984)

Interrogatorio

Pide saliva
en la boca
seca de miedo
la lengua pegada.

El silencio
y la palabra
matan.

De la garganta
brotan de golpe
el grito,
de agua.

La vigilancia

Aunque en todo momento
somos espiados con malicia
rara vez se sorprende
a un niño sin dientes
sonriendo cruelmente
al ser descubierto
en lo alto de un acacio.

Invierno

Los días son cortos.
Largar las noches. Blancas
las inmensas extensiones comunes.
Si salgo ando encapuchado
como un monje por los corredores
de este monasterio del frío.
Un sol de rayos equis
radiografía los bosques
de ramas desnudas, y mis manos
esqueléticas, sin guantes.

Hockey

La muerte canadiense
se desliza hacia mí,
rauda sobre el hielo
como un jugador de hockey
esgrimiendo
su guadaña de palo.
Yo no sé ni patinar,
yo juego fútbol, le digo.

Saludos

Mi querido quirquincho,
mi cóndor y guanaco.
Saludos les mandan
alces y renos,
el oso polar
y la ardilla voladora.

Saint John River. N.B.

Hoy hago las paces
con esta generosa tierra
gracias a este torrente amplio
como arteria de bisonte piel roja
o yugular de caballo araucano.
Yo que ayer escupí en sus hielos,
hoy beso con reverencia
sus sagradas aguas consanguíneas.

(De *Virus*, Santiago, 1987)

Borrón y cuenta nueva

El virus de la parvedad
que antaño fue vacuna,
un antígeno del fárrago,
hoy se ha vuelto plaga.
Combátelo con formalina
o con luz ultravioleta.
Anteponle una hache muda.
Calla a ese hijo de puta.

Colonización efímera

Trabando las burbujas
de aire que haces
con pequeña saliva

y una pluma fuente
hasta hoy has conseguido
esponjas, y a lo más
espumas en papel secante.

Hojas de plomo

Vuelves las páginas
grises y pesadas
como el plomo
de tanto estar
en blanco, esperando
en la penumbra dorada.

Obra somera

Parecen mover montañas
y contraer mares;
desviar ríos. En la luna
establecer ciudades,
cuando agigantadas
insignificancias escriben
sobre los empapelados,
entre cuatro paredes,
dedos de sombras enormes.

Enigma microscópico

En la gota del agua
que brota temblorosa
del borde de la llave,
distingues a un anciano
andante aproximándose
a duras penas
apoyado en una bacteria.
Y en la siguiente gota
que cae, a la esfinge.

El papel

Hotel de la pluma;
hospital de la tinta.
La partida y el acta:
el pañal y el sudario.

Firma en Blanco

Firmas en blanco. Al rubricar
borras todo lo escrito antes
arriba, de atrás para adelante.

En el hueco que han dejado
tus libros, limpio,
queda disponible el papel
libre de todo resentimiento.

Combatiente

Queriendo
luchar
con la pluma
escribes
dinamita
mojada
con tinta.



EL PASAJE DE LA IRA

Schopf o de la postmodernidad

GRINOR ROJO

*Mirando a la muchacha por el hoyo permitido
me digo: desde luego no tengo ninguna esperanza
en la mesa de las negociaciones
pero es algo, algo como un puente roto
—lo estrictamente tolerado—
que no conduce a nuestro sueño.*

En gestión ambulatoria por el París del barón Haussmann, atravesando boulevares recién abiertos e introduciéndose en arcadas de ferruginosa arquitectura, Charles Baudelaire inventa a mediados del siglo XIX el quehacer del poeta en la urbe moderna. Casi un siglo y medio después, el paradigma de la ciudad nueva ya no es París; es Nueva York o Frankfurt. Tampoco el poeta camina por esas ciudades con aquella mezcla de extrañamiento y poderío que evocaba Neruda con la metáfora ya para entonces jovialmente sarcástica del «cisne de fieltro». El poeta de la gran ciudad de hoy, el de la ciudad postmoderna —aunque quizás sería más justo hablar del poeta declamando de pie sobre las ruinas de la modernidad—, no es un *flâneur*; es un imitador del Peeping Tom. No produce *Les Fleurs du Mal*, sino unas *Escenas de peep-show*¹.

Esto, y lo que esto significa, me lo sugiere la lectura del poema que da título al segundo libro de Federico Schopf y que es el mismo que sirve de epígrafe a esta nota. Con deliberación en la que no dejo

Grinor Rojo, ensayista y crítico, es profesor de la Universidad de Ohio, Estados Unidos. Es autor, entre otros libros, de *Muerte y resurrección del Teatro chileno*.

¹ Federico Schopf. *Escenas de peep-show*. Santiago de Chile. Ediciones Manieristas, 1985.

de advertir el cosmopolitismo algo voluntarioso del exilio, Schopf tijeretea el mapa baudelaireano desechando lo más y guardando lo menos. Eso que tijeretea no es ninguna ciudad nuestra, obviamente, sino una de las del capitalismo avanzado, de las llamadas postindustriales desde el punto de vista económico y postmodernas desde el punto de vista cultural. Tampoco es la ciudad postmoderna como un todo lo que a él le interesa, sino un barrio —la calle 42 de Nueva York o cualquiera de las demás *combat zones* en las siempre idénticas metrópolis del primer mundo—, e incluso, dentro de ese barrio, le interesa una calle, y dentro de esa calle, una tienda, y dentro de esa tienda, un pequeño cubículo: un espacio a oscuras, de unos dos metros cuadrados, con una silla y un estrecho mirador frente a los ojos. La imagen que así nos comunica es de nutrida prosapia en el museo de las formas modernistas; esa imagen nos remite al *voyeur*, al mirón de Barbusse, Hitchcock, Picasso y Robbe-Grillet. Pero el espacio específico en el que Schopf la recrea en su libro no carece de un interés propio. En ese espacio, una situación preñada de ritualismo separa al poeta, el sujeto que percibe, de la mujer, el objeto percibido. Entre ambos, el puente de la comunicación es un agujero por cuyo empleo uno paga a la entrada. «... Mirando a la muchacha por el hoyo permitido...», el poeta la ve a ella, pero sin que ella lo vea a él; ella sabe que alguien la está mirando y se muestra, pero lo que muestra no es ella misma, sino otra cosa, un personaje. Más aún, a ese personaje ella lo actúa por un sueldo y para un público que carece de rostro.

Esto quiere decir que el *peep-show* varía sutil, pero significativamente, la situación original de la que era protagonista el Peeping Tom. Porque el Peeping Tom miraba sin ser mirado *y también sin que la persona a la que él miraba lo supiera*. La falta de reciprocidad, el apoderarse él de la figura del otro/la otra, pero sin darle al otro/la otra la oportunidad de que el/ella se apodere también de la suya (*Why are you staring at me?*), y que es el componente esencial que determina la perversión subterránea del evento, ya que el componente sexual, aunque influye, no es el que más influye (*Rear Window*, de Hitchcock, más que los dibujos de Picasso, sería en este sentido el modelo pertinente), era pues, en la vieja estructura, en aquella de la cual era protagonista el Peeping Tom, absoluta. No ocurre así en el caso de este poeta que se ha convertido en un cliente asiduo de las casetas del *peep-show*. El poeta postmoderno participa de un *reenactment* psicoanalítico de la situación primitiva, protagoniza una reproducción tardía y mercantilizada de aquella práctica antigua y en la que hasta hace no muchos años concurrían alegremente la gratuidad y la inocencia. En el *peep-show* la muchacha sabe perfectamente que ahí detrás del muro hay un hombre que la mira y entonces actúa para él. Ese él no es un «él» determinado, sino un «alguien», un ente genérico. Determinado en la oscuridad del cubículo, es cierto que el poeta existe, pero existe *todavía*, esto es, en los momentos finales de un de-

sarrollo de continuo e irreversible desgaste; no se mueve y apenas se ve. Su materialidad se ha reducido a unos ojos, acaso a una respiración suavemente agitada. El cisne de fieltro del comienzo, que proclamaba su ser otro navegando como un barco pirata en las aguas de la modernidad; que observaba, pero que también se dejaba observar; que hasta había elaborado su estilo de vida, la bohemia, que exhibía con zaparrastrosa jactancia, ha desaparecido aquí del todo. El poeta actual, este poeta es, digámoslo así, un descendiente caído de la extinta familia de los artistas modernos.

De manera que la imagen que Schopf nos propone en su libro es poderosa no tanto por lo que muestra directamente, por su perversión de pacotilla, que es un derivado de la perversión de Baudelaire y en la que Schopf se solaza de la misma manera que Baudelaire se solazaba en la suya, como por lo que oculta, una realidad menos sublime. Me refiero a la última etapa en el proceso de desaparición de la figura del poeta dentro del opaco universo de la postmodernidad. Desaparición que no es su muerte, sino su anonimización en el cuerpo infinicelular de la muchedumbre, su desvanecerse en la grisura del vulgo «municipal y espeso» que decía nuestro padre Darío. Los poetas son hoy los «hombres sin cualidades» de los que habla Musil. No pasean como cisnes de fieltro. Viajan en autobuses, enseñan literatura en los colegios y se visten con chaquetas de cotelé.

Pero hay más.

El Peeping Tom sabe que no lo han visto y asiste o piensa que asiste no a una escena sino a un acto. Por su parte, encerrado en la sombra de su cubículo, el poeta postmoderno sabe que todo lo que le es dado contemplar es una escena; que un poco más allá la muchacha está consciente de él, de su estar aquí, de este lado del muro, y que esa conciencia de ella se traduce en un espectáculo. No para él personalmente, claro está, pero sí para él en tanto público. El Peeping Tom podía tener una esperanza que el poeta no tiene. Podía creer que el privilegio que se estaba otorgando a sí mismo acarrearía consigo la facultad de *ver más*, de tener acceso al ser de otro; que la furtividad de su acto le garantizaba un atisbo de existir auténtico de ese otro. Partía de un axioma incontestable desde el punto de vista teatral, el axioma de que toda actuación supone la existencia de un público. El no era público. No había por consiguiente actuación. Pero ya dijimos que el viejo Peeping Tom es el antecesor ingenuo del poeta postmoderno. Este, al contrario de aquél, ya no esperaba tener suerte en una empresa que al fin y al cabo no es más que el pálido remedo de la empresa original: «... me digo: desde luego no tengo ninguna esperanza/en la mesa de las negociaciones...». El poeta postmoderno, que ha leído a Lacan y a Foucault, ha aprendido que público hay siempre; o, peor aún, ha aprendido que probablemente lo único que existe es el público; que público es eso de lo cual estamos hechos; que no hay actos, sino gestos; que su antecesor era un hombre de cortos alcances y que el colmo

de la lucidez consiste en darse cuenta de, en resignarse a, ese remedo espectacular de la autenticidad.

El paso que se da de esta manera, uno más en el tortuoso camino de la desaparición de la sensibilidad modernista en las cloacas del capitalismo tardío, es el que conduce desde el reconocimiento de un sujeto sitiado, obliterado y al que es necesario liberar con las armas de la ciencia y/o la poesía, a su negación pura y simple. Es el paso fundamental que en esas sociedades conduce desde la modernidad a la postmodernidad. No se trata así de que en ellas la poesía sea un instrumento para revelar al sujeto el fraude ideológico, permitiéndole (nos) un acceso a la realidad de verdad. Se trata de que en la poesía postmoderna lo que se muestra es la inexistencia de esa realidad de verdad y acaso (o por eso) la inexistencia misma del sujeto.

Que Schopf se ha embarcado en este viaje a mi no me cabe ninguna duda. Hemos visto como la imagen central de su libro reduce la materialidad del sujeto hasta coquetear con su exterminio. También recorta el espacio que el sujeto habita y se detiene sólo en el momento que antecede al de la asfixia. Al poeta, al paseante ciudadano y secretamente jactancioso que inventó Baudelaire, frecuentador del aire libre (aunque contaminado) de la ciudad, y frecuentador por lo tanto del espacio de lo público, Schopf lo manda de vuelta a un espacio cerrado. No a su casa, puesto que en el mundo postmoderno La Casa no existe, pero sí a uno de los solitarios cubículos de la *porno-shop*. Es obvio que ese cubículo es una metáfora, y que en la realidad él podría ser cualquier paradero de los innumerables que forman el intestino de la gran ciudad: una casa de huéspedes, un hotel de mala muerte, un hospital, un asilo de ancianos. Basta que hayan allí una cama, una silla, una mesa y un televisor, tal cual se observa en las esculturas de Edward Kienholz o en algunas pinturas de artistas norteamericanos posteriores como Neil Jenney. El caso es que al constreñimiento del sujeto y su espacio corresponde un constreñimiento paralelo del objeto y el suyo. El sujeto no espera acceder hoy al objeto mismo, sino a una función, la que nada asombrosamente ha sido coreografiada por la mafia —No la mafia mafia, la chica, sino por la otra, La Gran Mafia, diríamos—. El sueño de su acceso total del sujeto al objeto no es más que eso, un sueño. Por lado y lado un empeño absurdo, ya que el sujeto es también objeto de una comunicación degradada, de «... algo como un puente roto...». Ella lo percibe a él como él la percibe a ella, no como lo que es, si es que alguien es (Borges *dixit*), sino como el agente de una función: la del público.

Hay en esto un modelo comunicativo, por cierto. Así como el poeta no se ha extinguido del todo, tampoco el sujeto postmodernista se ha extinguido *del todo*. Este sigue con nosotros, si no como sustancia, al menos como el referente de ciertos verbos, como el punto de arranque de un espectro virtual y limitado de actuaciones. Estamos en la era «performativa», a la que se refiere Lyotard, y apropiándose para

ello de la jerga lingüística de Austin. Esto, *to perform*, de acuerdo al papel que a cada uno le corresponde en la red de las alternativas de relación, es «... lo estrictamente tolerado...». Este es el «algo» al que se refiere el verso anterior de las «Escenas de *peep-show*». Trátase pues, en la estación que precede a la de la muerte, de un sustituto de la comunicación verdadera a través del juego escénico. Ella sabe que yo estoy aquí, pero no me ve. Y yo la veo a ella, pero lo que veo no es a ella sino al módico repertorio de sus gustos.

Por último, el acatamiento no elimina el deseo. Me resigno a lo que me dan, pero con la conciencia de que eso no colma mis aspiraciones. Es cierto que el paraíso no está en ninguna parte, ni atrás, como en la poesía nostálgica, ni adelante, como en la poesía profética, pero «... nuestro sueño...» sigue en pie. Posiblemente porque sólo así puede existir la poesía en tales sitios. Cerrada a los consuelos del pasado y dudosa de las promesas del futuro, su estrategia se reduce a un regodeo pasivo entre la comprobación del vacío y la obstinación del deseo.

El Cardenal de la Justicia

JOSE MIGUEL VARAS

Oscar Pinochet de la Barra, escritor y diplomático, experto en límites, ha superado un difícil pie forzado al escribir una biografía del Cardenal Silva Henríquez llena de atractivos que permite aproximarse a la personalidad de ese chileno excepcional y a su pensamiento que, en su sorprendente evolución, representa sin duda el proceso vivido por la Iglesia católica chilena en consonancia con la sociedad chilena a lo largo del presente siglo o, con mayor exactitud, a lo largo de los últimos 50 años.

No era fácil, sin duda, ir más allá del tono apologético y superar la tediosa uniformidad, inagotable rosario de «buenas acciones», que habitualmente caracterizan a las biografías oficiales, sean de santos

o de revolucionarios. Máxime en este caso, en que se trata de un libro por encargo, encomendado al autor por la Congregación Salesiana *.

Oscar Pinochet ha cumplido honrosamente la tarea y ha logrado un retrato vivo de este «luchador por la justicia», como lo denomina, cuya figura que se ha agigantado en estos años de la dictadura militar, atrae a creyentes y no creyentes.

En su documentado y penetrante trabajo «la Iglesia Católica y la lucha de clases» (publicado en el Boletín Exterior del PC de Chile, núms. 80 y 81) el dirigente comunista Orlando Millas ha profundizado en el examen de las relaciones entre comunistas y cristianos en Chile, como reflejo de mil fenómenos contemporáneos que se vienen desarrollando en el mundo y también de procesos nuestros, nacionales.

En Chile, escribe Millas, «la relación entre comunistas y cristianos ha sido afectada por dos momentos históricos muy singulares. El primero fue el gobierno revolucionario del presidente Salvador Allende. El segundo es la tiranía fascista de Augusto Pinochet. En ambos, la vinculación humana, directa, individual, se ha hecho más íntima, dado que se han producido coincidencias transcendentales. Además, la Iglesia católica, como institución, ha experimentado el hecho incontrovertible de que el gobierno popular y los mil días de la revolución chilena se caracterizaron por no agravar los sentimientos religiosos y trabajar con ella respetuosamente. Al sobrevenir el fascismo, la Iglesia católica ha mantenido en lo fundamental una actitud antifascista, que el PC de Chile valoriza altamente».

Precisamente, durante esos dos momentos históricos, le ha correspondido al Cardenal Silva Henríquez ser, de hecho, la figura de mayor autoridad y representatividad de la Iglesia católica chilena.

El libro de Oscar Pinochet tiene el mérito de reflejar la actuación y pensamiento del Cardenal, en su evolución, de manera directa, documental, sin extensos comentarios doctrinarios, y a la vez poniendo de manifiesto con franqueza las contradicciones y perplejidades que vivía el mundo católico, frente a la agudización de los problemas sociales. Escribe:

«En el campo chileno hay problemas que se arrastran desde antiguo: la propiedad rural está en poder de unos pocos y es muy difícil para el pobre llegar a ser propietario si no se le favorece con una ley especial. Los sueldos son bajos, hay miseria. Hay también ignorancia de parte de algunos prelados chilenos. Se cuenta que cuando recién sube Pedro Aguirre Cerda a la Presidencia de la República en diciembre de 1938, se le advierte al anciano y conservador Arzobispo de Santiago, José Horacio Campillo, que en los fondos de la Iglesia no se paga el salario vital. El pregunta: "¿Los inquilinos están vivos o muertos?" Le contestan que vivos. Entonces él agrega: "El salario es, pues, vital."»

El Cardenal Silva Henríquez, luchador por la justicia. Editorial Salesiana, Santiago, 1987.

El diálogo ocurría hace medio siglo. Contra aquella mentalidad, no poco enraizada en una Iglesia ancestralmente vinculada a los sectores más conservadores del país, iba a librar una sostenida batalla Raúl Silva Henríquez. En los años finales del gobierno de Jorge Alessandri, en los tiempos de la llamada «reforma agraria de macetero», Monseñor Silva Henríquez, recién llegado al arzobispado de Santiago, impulsa con energía la parcelación y distribución entre los campesinos de las tierras de propiedad de la Iglesia. El proceso adquiere redoblada velocidad durante el gobierno de Frei, y se desarrolla a pesar de incomprendiones y oposición abierta de una parte de los católicos.

El libro de Oscar Pinochet refleja equilibradamente la relación entre la Iglesia y el Gobierno de Salvador Allende, el diálogo permanente entre el mandatario y el Cardenal, las contradicciones (como aquel episodio de la «Escuela Nacional Unificada», proyecto que motivó la repulsa de la Iglesia y que el Presidente retiró de inmediato) y también las coincidencias.

Nos parece notable el texto que se reproduce, parcialmente, de la carta abierta del Cardenal Silva Henríquez, publicada en abril de 1972 y cuyos destinatarios parecerían ser, esencialmente, los cristianos de los países ricos, ignorantes de la tragedia del tercer mundo. Leámoslo:

«No nos conocen, no saben el drama de nuestros hacinamientos humanos, con su cortejo de insalubridad, promiscuidad, atenuación y pérdida del sentido moral. No sospechan el proceso de acumulada frustración, que deviene resentimiento y rencor, y desemboca en el odio y la violencia, cuando se ve que tantos tienen tan poco y que los individuos y los países ricos se hacen siempre más ricos, mientras los pobres siguen siendo, cada día, más pobres. No reparan en el desconcierto, primero, y la indignación, después que suscita en los países subdesarrollados el constatar como sus productos básicos se exportan a precios muy bajos, sujetos a las variaciones de un mercado que ellos no pueden influenciar, mientras deben importar productos manufacturados de precio siempre en alza, y sufrir aranceles discriminatorios, y pagar tasas de interés, amortizaciones, fletes y seguros que los condenan al endeudamiento progresivo y a la más irritante subdependencia económico-política.»

Son conocidos, y tienen en estas páginas una nueva confirmación, con detalles ignorados u olvidados, los dramáticos esfuerzos que desplegó el Cardenal Silva Henríquez en 1973, por salvar a Chile de la guerra civil y por evitar el golpe militar a través del diálogo entre el gobierno y la oposición.

El autor de la biografía registra en tres capítulos que son tal vez los más estremecedores, la valerosa y noble batalla sostenida por este recio pastor en defensa de los derechos humanos, frente a la violencia terrorista del régimen militar. Esos capítulos son el séptimo, titulado «El Cardenal en medio de la violencia desatada» (1973 a 1975); el oc-

tavo, «La voz de los que no tienen voz» (1976 a 1978); el noveno, «En el espíritu de Puebla» (1979 a 1981), y el décimo, «Construyamos la paz en la justicia» (1981 a 1983). Muchos episodios aquí registrados están seguramente presentes en la memoria de los chilenos: los meses del Comité de Paz, cuando el Mapocho traía cadáveres y la matanza se realizaba sin tregua; el nacimiento de la Vicaría de la Solidaridad; las denuncias sobre los desaparecidos; las agresiones a los obispos y a la Iglesia; el hallazgo de los muertos de Lonquén... y tantos más. El 18 de septiembre de 1981, durante el Te Deum en la Catedral, el Cardenal Silva Henríquez dice:

«Hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial; el amor a la libertad y la costumbre de vivir en libertad. El chileno considera a la libertad individual y nacional como el bien supremo, superior incluso a la vida misma... En Chile no tiene cabida ni vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifiquen conculcar la libertad personal o la soberanía nacional.»

«Muchas veces el Cardenal resulta desconcertante —escribe el sacerdote Miguel Ortega Riquelme, citado por el autor de la biografía.—Es tímido y es extraordinariamente audaz. Es humilde y al mismo tiempo es capaz de una dureza increíble. Se sabe «personaje» de la Iglesia, pero no puede borrar su amor al campo y a sus dichos pintorescos aprendidos en Loncomilla, cerca de San Javier. Defiende apasionadamente sus ideas. No le gusta imponerlas. Dialoga. Discute. Argumenta. A pesar de que se recibió de abogado en el año 1929, de que nunca ejerció, en realidad nunca ha dejado de serlo. No pierde jamás sus discusiones sino que hábilmente sabe incorporar muy bien a sus argumentos las razones de su interlocutor.»

El libro de Oscar Pinochet se detiene en 1983, que es el año en que el Cardenal deja de ser Arzobispo de Santiago, aunque más tarde se le otorgará el título de «Arzobispo Emérito». Pero lo que ha hecho este hombre notable, en los cortos cinco años siguientes, podría llenar varios capítulos más.

El autor lo llama «luchador por la justicia». Esto es exacto, aunque no refleja la magnitud ni la amplitud de su lucha. Debe decirse, además, que nunca lo hemos sentido, ni a través de este libro ni en sus múltiples y variadas actuaciones, como un solitario. Raúl Silva Henríquez es católico y, como tal, hombre de la Iglesia, que él concibe inmersa plenamente en su tiempo y fiel, a la vez, a su tradición religiosa. De aquí que su palabra tenga el peso no sólo de una voz individual, sino de una institución milenaria que se esfuerza por estar al día y por canalizar las voces de millones de humillados y ofendidos. De aquí también esa permanente oscilación entre la audacia, y la vehemencia de los que quieren cambiar profundamente la sociedad y la prudencia de los que temen destruir determinados valores.

El Cardenal Silva Henríquez. Luchador por la Justicia es, en suma, un libro notable sobre uno de los chilenos más notables de este tiempo.

Los libros tienen sus propios espíritus

MARIA MERCEDES DE VELASCO

Con este título Marcelo Coddou presenta una selección de ensayos sobre Isabel Allende*, que es una muestra de reconocimiento de la obra de la autora chilena, y una tentativa de destacar su quehacer literario entre las letras femeninas latinoamericanas. Los artículos reunidos por el editor recogen diferentes aproximaciones críticas a su famosa novela *La casa de los espíritus* y aportan las bases necesarias para futuros estudios de tan controversial obra. Se esbozan también algunos elementos sobre su segunda novela: *De amor y de Sombra*, publicada en 1984.

En «*La casa de los espíritus: de la historia a la Historia*», Marcelo Coddou plantea las relaciones intertextuales que permean la obra de Allende. Su escritura es una re-escritura de otros textos fundamentales latinoamericanos. Retomando a Julia Kristeva, el autor afirma que todo texto, y en este caso, *La casa de los espíritus*, «es la absorción y réplica de otro(s) texto(s)». (pág. 7). Así, lúcidamente, Coddou muestra las relaciones intertextuales entre *Cien años de soledad* y *La casa de los espíritus*, que en vez de empobrecer la obra de Allende, crean otro punto de vista y otra perspectiva del mundo. Su posición narrativa feminista le permite a Isabel Allende re-escribir no sólo otros textos latinoamericanos, sino el código discursivo dominante y subvertir la Historia oficial, que pretende ser única.

En «*Los libros tienen sus propios espíritulos*», Isabel Allende habla sobre su quehacer literario y de la génesis de la novela que la lanzó a la fama. Allende asume la escritura como una terapia que la libe-

Maria M. de Velasco es profesora en el Fitchburg State College (Fitchburg, Massachusetts), Estados Unidos.

* Marcelo Coddou. *Los libros tienen sus propios espíritus (Estudios sobre Isabel Allende)*. México: Universidad Veracruzana, 1987.

ra de la nostalgia del exilio y como una forma de conocimiento. Con la historia de los Trueba, la novelista quiso recrear la historia de muchas familias latinoamericanas, pues «deseaba hablar del sufrimiento de mi pueblo y de otros pueblos de ese atormentado continente, para que la verdad tocara el corazón de mis lectores» (pág. 19).

En el ensayo de René Campos: «*La casa de los espíritus*: Mirada, Espacio, Discurso de la otra historia», el autor analiza la serie de personajes femeninos y los diferentes espacios que van ganando en su lucha por la liberación. Luego se refiere al ámbito espacial de la casa como al lugar de las transgresiones. Aplicando *La poética del espacio* de Bachelard, R. Campos, ve en la casa, la reproducción del imaginario de Clara y los diversos niveles del inconsciente. Después analiza las diferentes producciones artísticas de la mujer como la búsqueda de una expresión propia. Finalmente retoma el discurso del patriarcal, que representa el orden simbólico, como un contrapunto al mundo femenino. La obra propone una reconciliación entre lo imaginario y lo simbólico, entre padre y madre que posibilite un futuro mejor.

En el siguiente artículo: «Dimensión del feminismo en Isabel Allende», M. Coddou destaca la importancia del discurso femenino y del mundo recreado por la escritora chilena. Las protagonistas van, en forma progresiva, reclamando los espacios y los derechos que se les han negado en el mundo patriarcal. Lo que particulariza el feminismo de Allende, como forma de subvertir el discurso hegemónico, es que la liberación no se restringe sólo a la esfera de la mujer, sino que se vincula con «otros proyectos rupturistas de más largo alcance» (pág. 32). Las reivindicaciones sociales abarcan tanto a las mujeres como a los hombres, quienes sufren la opresión y la explotación. «Si el origen del dominio que (el hombre) ejerce sobre la mujer ha sido inconsciente y, así, inintencional, la elaboración de instituciones que justifiquen y perpetúen tal hecho, no cabe dudar que responde a proyectos claramente establecidos» (pág. 33). La liberación femenina se concibe dentro del marco económico. Allende muestra, en forma testimonial, la doble explotación que sufre la mujer campesina que trabaja a la par del hombre y no recibe retribución económica, por no ser el jefe de familia. En una sociedad cuyo discurso dominante es el masculino, la escritura femenina expresaba las limitaciones, aislamiento y frustraciones generados en la esfera doméstica. En contraste, la escritura de Allende tiene una posición política, pues denuncia las raíces económicas y sociales de los problemas que abaten al continente, y agraban más la situación de la mujer. La solidaridad y los lazos afectivos son armas que las protagonistas usan como mecanismo que minan el poder patriarcal. En Trueba aparecen las características del machismo que exponen: «el sistema moral que regula la conducta sexual en la sociedad latinoamericana» (pág. 41).

El trabajo de Nora Glickman «Los personajes femeninos en *La casa de los espíritus*», se centra en las diversas facetas de la proble-

mática femenina, analizada a través de los roles de esposa, madre, hermana e hija. Allende recrea nuevas dimensiones en la esfera femenina: la toma de conciencia política y social, la revaluación de los lazos afectivos entre las mujeres y la fragmentación del personaje femenino.

El ensayo de Juan Manuel Marcos y Teresa Méndez Faith: «Multiplicidad dialéctica y reconciliación del discurso en *La casa de los espíritus*», sitúa a la escritora chilena entre la generación de «los contestatarios del poder» y sitúa a la novela entre las sagas narrativas como *Los Buddenbrooks* de Thomas Mann (1900), *Cien años de soledad* de García Márquez (1967) o *Trinity* de Leon Uris (1976). Los autores plantean las semejanzas superficiales entre Allende y García Márquez, pero también, destacan las diferencias que hacen de *La casa de los espíritus*, una obra totalmente diferente. «La experiencia histórica y la perspectiva generacional de la novelista chilena difiere visiblemente de su colega colombiano» (pág. 63). El rol de la mujer y su posición social son unos de los elementos en que Allende difiere de García Márquez; las protagonistas no son seres complacientes o piedras angulares de hogar, sino, «seres extraordinarios» que se van inscribiendo en el devenir histórico. La intención testimonial de Allende la acercan más a Roa Bastos; *Hijo de Hombre* y *La casa de los espíritus* abarcan una larga era histórica y política de la vida nacional. El humor es un mecanismo que utiliza Allende para degradar los valores burgueses y el autoritarismo.

En «Ruptura y perseverancia de estereotipos en *La casa de los espíritus*», Graciela Mora analiza el discurso feminista de Allende dentro de un marco latinoamericano. Allende revalora el espíritu de solidaridad, de comprensión y de apoyo mutuo entre las mujeres de la obra. El amor por el otro no es el centro o motor de la vida femenina, pues las protagonistas son seres productivos y ocupan su vida en la creación artística que las libera de la rutina, y le da sentido a la vida. En el terreno sexual las mujeres asumen una actitud natural y franca, que es una ruptura con los códigos sexuales latinoamericanos. La amplia gama femenina tiene como contrapunto la diversidad de los protagonistas que rompen las actitudes patriarcales y van avanzando con sus compañeras. Para Graciela Mora, la estructura cíclica de la novela y el determinismo con que se finaliza la narración, menoscaba la función política de la obra.

Mario Rodríguez F. en: «García Márquez/Isabel Allende: relación textual» retoma los episodios similares de las dos obras y destaca las inversiones que la novelista chilena hace de *Cien años de soledad* con una intención ideológica; donde lo maravilloso retrocede para dar paso a lo social y lo político. La obra del colombiano se convierte en un modelo referencial latinoamericano con el que evoca: «el anacronismo, el carácter catastrófico de la vida latinoamericana, la insularidad histórica, el telurismo, el extravío existencial» (pág. 81).

El ensayo de Mario Rojas: «*La casa de los espíritus* de Isabel Allende: Un caleidoscopio de espejos desordenados» se centra en las relaciones intratextuales que se establecen entre las protagonistas de la obra que crean un universo femino-céntrico basado en su imaginación desaforada y en su conciencia de justicia social. El discurso femenino se enfrenta al masculino con «ginofuerzas que desafían el despotismo patriarcal, los prejuicios sociosexuales, la dictadura y la represión política» (pág. 85). El neo-feminismo se inscribe en las luchas sociales y en la creación de modelos, que «trasciendan los estereotipos genéricos, figuras que absorban cualidades positivas tanto femeninas como masculinas» (pág. 88).

El último ensayo: «*La casa de los espíritus*: una aproximación socio-lingüística», de Mario Rojas, retoma las teorías de M. K. Halladay y de Juri M. Lotman para analizar las relaciones del texto literario con el contexto social, cultural, político y económico. Según Lotman, el miedo y la vergüenza son «dos mecanismos reguladores del comportamiento social o conducta colectiva... La determinación en una colectividad de un grupo organizado por la vergüenza y otro por el miedo coincide con la antítesis nosotros-ellos (pág. 93). El grupo con el poder político o económico controla a los otros a través del miedo y se autocontrola con la vergüenza y el honor. Rojas ejemplifica los momentos de control y autocontrol en diferentes personajes. Estos elementos forman series lexicales que dan cohesión semántica al texto y cumplen la función ideacional de Halladay; el nombre de las mujeres y su referente luminoso asociado a su conducta, es otro ejemplo de series lexicales. La función interpersonal del lenguaje se ve en los diversos narradores: homodiegético y extradiegético. La tercera función del lenguaje de Halladay, es la textual, donde el autor destaca los rasgos de la escritura femenina; que de acuerdo Marta Traba se caracteriza por: insistencia en el emisor, orientación hacia el contacto, estrecha relación entre significante y significado y utilización de recursos propios del relato oral popular, «que busca orientar al lector a una inequívoca descodificación del mundo presentado» (pág. 98).



EL COMENTARIO



EL PARAISO ENCONTRADO

POLITICA

Gonzalo Martner

El Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973. Una evaluación

Ediciones LAR-Pedna, Santiago, 1988.

Esperado, el libro no defrauda a sus lectores. Con materiales de primera mano y un amplio arsenal de cifras entrega un indelible balance positivo del gobierno de Allende.

Aparece después del plebiscito, cuando se ha roto el círculo maléfico que iba desde la añoranza del paraiso perdido a la falta de un plan de movilización de las fuerzas más conscientes. Masivamente, se asume la historia completa y no se olvidan triunfos y realizaciones denigrados desde hace quince años; se impone ahora una demanda colectiva que quiere conocer y juzgar ese pasado mítico. Es privilegiada la posición del autor. Economista, desde 1954 colaboró con Allende de quien fue amigo y Ministro Director de Planificación Nacional (ODEPLAN) durante todo su gobierno. Participó con otros técnicos en el diseño y la aplicación de los planes económicos y siguió de cerca los avatares políticos.

Con óptica puesta en los aspectos económicos y sociales, el libro de Gonzalo Martner se convierte en fuente obligatoria. Son más de quinientas páginas; escrutinio a fondo de esos tres años es aporte a un debate todavía abierto.

A partir de los hechos, Martner — que quiere «dar argumentos e informes para que el lector se forme una opinión propia» — demuestra que el gobierno de Salvador Allende representó el más alto nivel de organización y conciencia logrado por los chilenos. Nos prueba que el Gobierno Popular no tuvo solamente metas grandiosas sino que logró resultados tangibles: cambios estructurales y a la vez crecimiento sin precedentes en la producción y el bienestar de la ma-

yoría, con plena democracia, participación pluralista y respeto por los derechos de todos.

Describe el autor los obstáculos que enfrentó el gobierno de Allende, el papel jugado por Estados Unidos, la derecha y la Democracia Cristiana manipulada por aquéllos. Compara, además, lo realizado por la Unidad Popular con el balance de la dictadura y desbarata, de paso, sus pregonados éxitos.

Algunas cifras merecen recordarse. La nacionalización del cobre ha significado más de ocho mil millones de dólares que de otro modo habrían ido a manos de las transnacionales. Durante el trienio se iniciaron 117.268 viviendas, cifra sin precedentes y que no ha sido superada hasta ahora. El gasto fiscal en salud fue de 295 millones de dólares en 1972, el más alto alcanzado. Las matrículas en el sistema educacional fueron las más numerosas de los últimos cincuenta años, incluidos los que lleva la dictadura. La disponibilidad de proteínas per cápita — indicador para conocer el estado nutricional de la población — fue en 1972 de 63,9 gramos al día, casi un 30 por 100 superior a los 48,7 gramos de 1986. La cesantía, según el Banco Mundial, llegó a penas al 3,3 por 100 durante el gobierno de Allende. El producto per persona logrado en el bienio 1971-1972 recién pudo ser alcanzado quince años más tarde.

Este libro pone muchas cosas en su lugar y es uno de los que mejor ilumina el período. Paso a paso Martner hace la evaluación. Caracteriza primero la situación del país y justifica con este diagnóstico, al cual contribuyeron de modo sobresaliente los economistas de izquierda, el proyecto político de la Unidad Popular y el Programa Básico de Gobierno. Examina una a una las reformas estructurales — las nacionalizaciones, el ataque al latifundismo y la distribución de la tierra, la reforma bancaria, la constitución del área social, la participación de los trabajadores — y considera luego las estrategias de desarrollo nacional y las políticas de corto

plazo. No olvida el entorno internacional y la política exterior. Analiza, por último, en forma separada la producción y la acumulación y la crisis inflacionaria que adquirió características muy graves.

En su amplia temática, el libro sugiere reflexiones. Por ejemplo, imagina las razones de la coherencia de los planteamientos y el grado de aceptación que ellos lograron entre los chilenos.

Gracias a la organización de los partidos y sus esfuerzos de muchos años; a la fortaleza del movimiento sindical y estudiantil; a la emergencia del campesinado y también al trabajo de Allende, orgulloso de ser un educador del pueblo; a la acción de otros líderes y de muchos profesionales y técnicos, se fue formando una conciencia colectiva impresionante: que compartía una misma visión de los problemas primordiales del país y sus soluciones.

Se podía preguntar a un trabajador del cobre, a un profesor de Santiago, a un pequeño comerciante de San Fernando, a un mediero de Aconcagua o a un pescador de Iquique y sus respuestas diferían poco. Partían de un diagnóstico preciso y llegaban a conclusiones similares. Si a esto se agrega la capacidad de movilización que tenía la izquierda, el tipo de problemas que se enfrentaban y el liderazgo de Allende, puede entenderse mejor el fundamento y significado de la Unidad Popular, que ahora parece casi milagroso dadas las actuales carencias.

La obra convence, aunque no se exima de limitaciones, explicables en un tema vasto y polémico. Imbuído en su tarea Gonzalo Martner se detiene poco en los errores ya que prefiere apuntar más a los factores exógenos que precipitaron el golpe. Es verdad que el Gobierno de Allende era plenamente viable, pero también es cierto que los errores de la Unidad Popular (y algunos del propio Allende) jugaron un papel determinante. La derrota fue un proceso muy complejo en el cual debería profundizarse, acaso tanto como en los éxitos, desde el examen de la dinámica de las clases y capas sociales y sus partidos empeñados en lucha a fondo por el poder, como lo han hecho Karaliov y otros investigadores.

Son bien discutibles las consideraciones sobre el «austromarxismo» que no dan cuenta de fenómenos revolucionarios como los que vivimos entonces. Tampoco el Gobierno Popular fue, pensamos, un experimento reformista o un paradigma anticipatorio del «socialismo renovado».

Resaltamos, en todo caso, el balance, sólidamente fundado, del carácter progresivo y estructural de la experiencia, cuyas proyecciones llegan hasta hoy. Escribió Martner: «Allende deja un legado político de unidad y creación. Como estadista su mérito es haber sido consecuente con su pensamiento y haber intentado poner fin a la hegemonía de las clases dominantes para establecer una hegemonía democrática nacional y popular. De todo su esfuerzo y pese a los intentos sostenidos de la dictadura perduran realizaciones irrefutables: la nacionalización del cobre, la destrucción del latifundismo, la convicción de gran parte del pueblo de su derecho a la dignidad, al trabajo, a la educación, la vivienda y la salud y la imagen respetada por la comunidad internacional de que la «vía chilena al socialismo» significaba transitar en libertad, en democracia y pluralismo hacia una sociedad socialista democrática».

Con su libro, Gonzalo Martner nos propone, con seriedad e inteligencia, una inaplazable tarea de reivindicación histórica.

HERNAN SOTO

José Promis

La identidad de Hispanoamérica. Ensayo sobre literatura colonial México: Universidad de Guadalajara, 1987.

Motivo de congratulación para todos los interesados es que en los últimos plazos comienzan a multiplicarse los estudios historiográficos que se extienden a otras instancias de la producción literaria de Hispanoamérica que no sea la de la novela actual y la lírica de vanguardia. Así, un período tan decisivo en la conformación de la cultura continental,

el de la Conquista y la Colonia, es objeto de consideraciones renovadas y renovadoras por parte de investigadores informados y rigurosos. Menciono tres que son de compatriotas del autor del libro que reseñamos: el primer tomo de la *Historia de la Literatura Hispanoamericana* de Cedomil Goić; el inteligente y polémico libro de Hernán Vidal *Socio-Historia de la Literatura Colonial Hispanoamericana: Tres Lecturas Orgánicas* y el sugerente escrito de Leónidas Emilfork, *La Conquista de México. Ensayo de Poética Americana*. Obras de muy diverso —y hasta contradictorio— carácter, tienen en común, no obstante, no tan sólo el tema que revisan, sino la modalidad ensayística de aproximación. En todos ellos las proposiciones son eminentemente críticas e interpretativas. Esta actitud prima por sobre el mero intento de recopilar datos (fechas, títulos, acontecimientos), para, por sobre todo, ofrecer de ellos una lectura orgánica.

Y es precisamente de «ensayo» que Promís subtitula su trabajo. Al igual que en los otros tres recordados, hay un propósito de re-descubrir, de poner bajo nueva luz hechos conocidos. Por ejemplo: se sabe de los intentos de hacer operantes en la literatura hispanoamericana colonial la distinción entre *manirismo* y *barroco*. Los argumentos y pruebas desarrollados por Promís me parecen definitivos y su pertenencia y funcionalidad crítica se hacen evidentes en donde deben hacerse: en el carácter clarificador de hechos que esas denominaciones encierran. Y todavía con una virtud adicional, la no desdeñable de que los conceptos teórico-literarios y las categorías críticas que emplea —como las mencionadas denominaciones historiográficas—, no esconden el objeto que estudian, sino que lo desvelan. A diferencia de tantos estudios obstruos, sobrecargados de tecnicismos, repetitivos hasta el agotamiento de fórmulas con dudosa vigencia, y en los cuales el afán de mostrar que se está al día (?) en el conocimiento de un lenguaje crítico, sobrepasa el interés por entender el sentido y las formas de los textos, aquí son éstos los que constituyen el foco de atención.

Pero no se piense que se está frente a un estudio restringidamente «inma-

nentista»: el ensayista tiene plena conciencia del carácter reduccionista a que tal aproximación puede conducir. Lo que ofrece, más bien, es una cabal consideración de componentes morfológicos entendidos dentro de los márgenes de su producción social. Considérese, a modo de ejemplo de un proyecto que el trabajo se encarga de llevar a efecto, la siguiente afirmación del prólogo:

desde sus comienzos, la escritura del Nuevo Mundo ofrece un sello propio, un perfil inconfundible que no nace tanto de las estructuras utilizadas como de la perspectiva vital y del temple de ánimo que los escritores indios, criollos o españoles, proyectan sobre los elementos comunes (p. 7).

Y es así como con muy buen criterio, se van constantemente estableciendo paralelismos significativos entre la literatura peninsular, metropolitana, y la colonial, dependiente pero en busca permanente de su propio código. De allí que preocupación básica del ensayo sea establecer el desarrollo y las transformaciones de las tendencias dominantes, vale decir, «la manera como el pensamiento llegado de España toma cuerpo y se enraíza» en su nueva circunstancia.

Creo que este nuevo libro de Promís —sus anteriores, sobre todo *Testimonios y documentos de la literatura chilena* (1977) y *La novela chilena actual* (1977), son de uso obligado para los investigadores que trabajan en la literatura nacional de Chile—, se va a convertir en obra de consulta imprescindible para el creciente número de estudiosos del período colonial. Y esto no sólo por la rigurosidad de los criterios empleados en el análisis de fenómenos culturales entendidos en un sentido amplio, sino por la propiedad con que trata casos concretos, todos de indisputable importancia. Así —y destaco tan sólo los que me parecen tratados con mayor originalidad, aquéllos para los cuales el ensayo aporta nuevas luces—: *Ercilla* (su estudio tiene validez monográfica y ocupa diversos acápites de distintos capítulos), *Cortés* («para la crónica de Hispanoamérica —germen y caldo de cultivo de su futura literatura— Cortés significa lo que Garcilaso para el definitivo asentamiento

de la literaria española», p. 39); *Suárez de Peralta* —sobre quien obliga razonadamente, a poner mayor atención de la que frecuentemente se le otorga—; la *literatura sacra* del XVII —cuya profusión el crítico explica muy apropiadamente—; el desdén de *la primitiva novela hispanoamericana* por las «variantes heroicas o críticas de la novela española para asumir las formas del relato pastoril» (Balbuena, Francisco Bramón, Palafox); *El carnero* —otra «monografía» notable (pp. 82-90)—; la *Historia Natural y Moral de las Indias* del padre Acosta —con sus coordenadas de diferencia y reintegración con respecto a formas vigentes, que el estudio se encarga de establecer cuidadosamente— y *Los infortunios*, esa excepcional obra del barroco tardío que Promís demuestra que «representa un momento clave en el desarrollo de la narrativa hispanoamericana».

Lástima grande es que las páginas asignadas a una simple reseña nunca sean suficientes como para apreciar con justicia el texto comentado. Nada he dicho del análisis inteligente que el autor de este libro hace de una imagen que recorre todo lo largo del desarrollo de la literatura colonial hispanoamericana: la construcción del espacio —«casa buena», «hogar, abandonado», «espacio cósmico», etc.— que en ella se da desde sus inicios hasta la entrada al nuevo sistema de preferencias que inaugura el período «post-colonial». Confío en que lo dicho, sin embargo, logre su objetivo: informar de la existencia de una obra grandemente valiosa para entender los instantes originales —largo período— de nuestras literaturas.

MARCELO CODDOU

ANTOLOGÍAS

Cuentos chilenos

Prólogos de Bernardo Subercaseaux y Svend Plesch
Editorial Kinkulén, Berlín, R.D.A. 1988.

Variada gama de narraciones cortas, situadas todas en los tiempos del gene-

ral, éstas de la antología de cuentos chilenos que comentamos.

Bajo las imágenes de una realidad textualizada, no podemos sino sentirnos conmovidos frente al reconocimiento de nuestra historia, la de los últimos quince años. Allí, en esas trescientas cuatro páginas vamos descubriendo un Chile atormentado, sensual, de dientes apretados, con anhelos y sueños, vital y obsesionado mundo nuestro aquel, allá al sur de las miradas. Ese es el contexto que se sitúa como referente propio, natural diríamos de esta antología, que recorre la temática de cada una de las narraciones, la altera, la remece. Y si de un país fragmentado se trata, no podía sino encontrarse una caracterización que expresara esa fragmentación: el exilio, que permite hablar de la literatura chilena como un pájaro de dos alas, una en el interior y otra fuera, pero que pronto recuperarán el vuelo, luego de esta interrupción. Esta circunstancia ha sido aquella que los antólogos han tenido como esencial para, a su vez, «fragmentar» la antología: los cuentos del interior y los del exilio.

Los cuentos antologados del interior fueron seleccionados, según nos señala Bernardo Subercaseaux en el prólogo, de entre alrededor de doscientos (la mayor parte inéditos), de cerca de cincuenta autores diferentes. Los diez publicados están situados, al decir del prologuista «en una encrucijada donde emerge con fuerza la voz autobiográfica revelando experiencias límites que permean, con su escindido conflicto, a toda la sociedad chilena, una sociedad cuyas huellas —para bien o para mal— horadan el cuerpo de estos relatos». Es quizás en éstos donde se visualiza con más fuerza la cotidianeidad del sufrimiento, muchas veces completamente ajeno en sus causas a los protagonistas, que de pronto se ven envueltos en una vorágine inaudita para sus tranquilas y armoniosas vidas. Impresiona «El tipo sabe» (1979), de Antonio Montero, donde la brutalidad de la tortura a su pesar nos revela la inmensa fuerza de las convicciones; sujeto a todo tipo de apremios, no se rinde, no se entrega este galeno: «Entonces pronunció un NO que es un sollozo y la punta de su bota se estrella contra la otra pierna con chas-

quido de tibia y peroné rotos; soy una cosa que casi no piensa en los brazos de los hombres que ni siento cuando me depositan en la camilla.» Sin llevar en cada expresión el dolor, «El hijo de Marcial» (1979), de Antonio Ostornol, nos lleva ahora al mundo de los silencios. Marcial, esposo de una detenida — desaparecida, huyendo llega a casa de un antiguo amor para dejarle su pequeño hijo y luego se va, siendo seguido por un auto con el que se pierde a la vuelta de la esquina. «Detrás de los visillos» (1984), de Fernando Jerez, nos presenta un narrador infantil que asiste inocente a la destrucción de la convivencia, simbolizada en el fuego, ese incendio voraz que todo lo consume, inclusive la citroneta del tío Daniel que frecuenta a su madre. Marco Antonio de la Parra nos «cuenta», en la forma de un «discurso mental posible no verbalizado», los tópicos de una boite/realidad con ritmo de tango/«Gotán» (1979). Juan Mihovilovic nos hace volar, en la forma del existencialismo, y a fuerza de vitalidad e imágenes sorprendidas y veloces, conduce su narración hacia el aterrizaje forzoso en el/lo concreto. Miguel Torri (seudónimo) nos dice que «... debemos separarnos, no me preguntes más...» (1983), cuento que inicia la antología y que, con ritmo de bolero, narra una larga historia de amor, amor de amantes, de los «otros» que sufren los vaivenes de aquello que está más allá de sus vidas, de lo ajeno marcado por la realidad del viaje forzado. Eduardo Llanos, con «Pedro y los alemanes», a través de un narrador infantil nos introduce en una simple historia de ganadores y vencidos, de razas y clases, descripción situada en la subjetividad del narrador. Irene Geis, activa e inteligente nos lleva al mundo del exilio, con una mirada desde dentro en su «Exiliario» (1984), en una lograda descripción de sensaciones a la hora de comer y beber en una taberna barata en un puerto francés, con Francis Drake de vacaciones y en plan conquistista. Carlos Olivares dice, mientras tanto: «Yo adivino el parpadeo» (1984), y veo aquellos rostros que pasean afuera, mientras espero que todos vengan para quedarse, nos dice, construyendo mientras tanto en el texto la imagen soñada, verdadera suerte de anhelo puro

y rabioso, mientras tanto. Finalmente, Jaime Hagel nos presenta «Mónica: vida mía», con pluralidad de narrantes, múltiples puntos de vista, sobre un fondo de relaciones que se entablan con una muchacha que todo lo trastoca, Dios nos salve, pero que finalmente es eliminada (la muchacha) por la moral moribunda aquella.

De los narradores del exilio, siendo a nuestro juicio más irregular la selección, destacaremos cuatro, que nos parecen los más relevantes. Con una invocación a la Mistral, aquella de «Todas íbamos a ser reinas», Virginia Vidal comienza su relato «La última luna»¹, donde describe con una cruel belleza la muerte de la vida. Todo se muere allí, el perro y las gallinas, los cerros y los árboles, los amores y las hermanas, que una a una se van eliminando: «... les propongo que entre todas cortemos la cuerda y arremos unos lazos. Y colgarlos en los árboles secos. Ahorcar primero las cabritas y después colgarnos nosotras.» La mano diestra (o siniestra) de Ariel Dorfman nos cuenta de una «Travesía» muy particular, con un juego de diálogos imaginarios, recuerdos, proyección de supuestos acontecimientos, sugerencias, todo ello introduciéndonos lentamente en una situación tan dura y absurda, dentro de un otro contexto de normalidad, como el concurrir al aeropuerto a esperar a alguien sólo para mirarlo, único conocimiento visual recíproco, pero suficiente en aquel código clandestino de la lucha contra el general. Omar Saavedra, en un «Viernes con Bach»², nos habla en la voz de un narrador infantil/protagonista de una armoniosa historia de amor por los viernes de su madre con un dentista, descripción que gana en atractivo con múltiples observaciones plagadas de esa sutil sinceridad, despreocupada, de la mirada de un niño, alegre por la comunicación y las sensaciones que le irradiaba esa extraña relación. Todo ello situado en un contexto, no faltaba más, represivo, que intenta ser roto por Benjamín (el dentista), quien se aventura por

¹ Publicado en *Araucaria*, n.º 33 (1986), págs. 182-187.

² Publicado en *Araucaria*, n.º 21 (1983), págs. 161-170.

los territorios prohibidos y se salva sólo gracias a que este narrador/protagonista genialmente obliga a su padre, uniformado, a interceder por él. Esto ocurre durante los viernes con Bach.

Hemos dejado para el final a Eugenia Echeverría, para que sea ella quien nos lleve/traiga de vuelta a la realidad textual: «Como si tuviera mi corazón una ventana rota»³, realidad de la búsqueda alienante, enloquecedora: «... se me han caído las comisuras de la boca, dos pupilas titubean a través de una telaraña. Estoy loca... esta locura es un torbellino, una marea alta. No paro un instante de pensar, *de rasguñarme el alma*. Quiero llorar pero no puedo llorar, ni salirme, ay, si pudiera salirme de mí.» Cuánto dolor, cuánto sufrimiento humano, cuánta barbarie hay en este relato/testimonio de ese golpear y golpear puertas, de no desfallecer, de mirar la fotografía del ser querido todas las mañanas preguntándose si tal vez ahora. Justo ahora, cuando leemos estupefactos decir, a propósito de las heroicas Madres de la Plaza de Mayo: «Muchas mujeres de las que integran dicha organización no son auténticas madres de desaparecidos, sino que por algún dinero se ponen un pañuelo a la cabeza y dan vueltas alrededor de la plaza». Esa actitud, general Cariddi, se debe a que todavía tienen, «como yo, un paquete de esperanzas debajo del brazo.»

Ya lo decíamos, de todo hay en esta antología: están los recuerdos, los sueños, los relatos de nuestra realidad, bajo cualquiera de sus formas.

Estamos seguros que, pese a sus irregularidades, a los errores de forma (como ese segundo prólogo intercalado en medio de los relatos sin ninguna indicación), a los duendes malditos, pese a estas y otras falencias, lo cierto es que cualquiera que quiera recorrer las visiones literarias del Chile de la dictadura y del exilio tendrá que recurrir a esta valiosa antología de cuentos chilenos.

MAURICIO DECAP

Carlos Olivárez, ed.

Los veteranos del 70

Santiago: Editorial Melquíades, 1988, 284 pp.

Un entusiasta y prolífico integrante de la promoción literaria que esta antología busca revalorar sugiere que el libro debe titularse, con mayor propiedad: «Los veteranos del 69»: un título que evoca otras gestas y victorias a lo Pirro de nuestro pasado nacional, el ludismo erótico, la exploración solidaria de posiciones extremas, y el eje convergente de dos utopías: la revolución de Mayo (1968) y la revolución chilena (1970).

Carlos Olivárez optó por un título que pone el acento en el referente histórico que le ofreció opciones protagónicas a esta variada promoción más que a las aguas iniciáticas que bebieron para asumir una postura poética distintiva. La fecha elegida para distinguir implícitamente su inserción en el vaivén histórico nacional se justifica por el hecho de que, a diferencia de otras experiencias coetáneas, con las que existen afinidades de grado, mas no una hermandad en abstracto (me refiero al movimiento estudiantil de París, la utopía hippy, el movimiento estudiantil mexicano cancelado violentamente en la plaza de Tlatelolco), en Chile los (entonces) jóvenes creadores tuvieron la posibilidad de canalizar sus reivindicatorias y sueños en un proyecto colectivo, de convertir las aspiraciones utópicas en virtualidad histórica. No tanto como protagonistas, es cierto (para bien o para mal, su quehacer se fue moldeando con el engranaje social y cultural heredado y su compleja red de resistencias y estímulos), pero como agentes reales con opciones concretas de participación y creación.

El golpe militar de 1973 desarticuló el proyecto, acalló algunas voces y obligó a rehacer las perspectivas de otras. Diezmó a los actores pero no canceló sus sueños. Y como la historia no es una sucesión de enclaves cíclicos (como la mitificaban algunos autores del boom) ni un ordenado proceso de relevos generacionales (como proponía la historiografía literaria prevalectante en el período) esta promoción puede consolidar una segunda oportunidad. De hecho muchos

³ Publicado en *Araucaria*, n.º 24 (1983), págs. 137-141.

de esos jóvenes que libaron copiosamente los néctares de la edad en el tiempo de las promesas ilimitadas («Ha llegado ya el famoso tiempo de vivir», anunciaba, guitarra en mano, el Gitano Rodríguez) hoy asumen su madurez con renovado entusiasmo y talento, destacándose en el cine, el teatro, la literatura, la música, la pintura, la docencia y la investigación. Y lo que es más importante, re-insertándose paulatinamente en la escena nacional de la que fueron tempranamente expulsados. Quizás sea el momento de acentuar la perspectiva dialogante y crítica que caracterizó su aprendizaje, fundado en la tradición humanística de la educación chilena anterior al régimen dictatorial, y propiciar una actitud desmitificadora del pasado y de lucidez autocrítica para evaluar lo realizado y ajustar cuentas con los proyectos inconclusos.

Lo que hace esta antología, desde un prisma que podría definirse como un *acto de nostalgia activa*, es convocar esas voces que comenzaban a decir lo suyo en un momento que auguraba grandes opciones para la transformación social y para la imaginación, y mostrar el variado repertorio de esa escritura inicial. En la que es hasta ahora la muestra más amplia de esa promoción, la antología incluye, en una selección notablemente simétrica, textos de 21 narradores y 21 poetas. Sólo dos mujeres: Eugenia Echevarría (narrativa) y Cecilia Vicuña (poesía).

Considerando la generosa apertura de la recopilación, se echa de menos la inclusión, entre los narradores, de Armando Cassigoli (a menos que se le considere un representante de la generación del 50) y de Hernán Valdés, quien ya en 1971 había publicado la novela *Zoom*. Y entre los poetas, a Alicia Galaz, del grupo *Tebaida*, una activa participante en los encuentros de poesía de los 70, y Osvaldo Rodríguez (el Gitano), autor de un libro coyuntural en más de un sentido, y que alcanzó a circular antes del golpe: *Poemas de emergencia* (1973).

Una contribución importante de este libro es la perspicaz selección de textos tempranos de autores que ahora tienen una obra consistente a nivel nacional y latinoamericano, como es el caso de Poli

Délano, Ariel Dorfman, Fernando Jerez, Patricio Manns, Antonio Skármeta y Mauricio Wacquez (narradores), u Oscar Hahn, Omar Lara, Hernán Lavín Cerda, Gonzalo Millán, Jaime Quezada, Floridor Pérez, Federico Schopf, Cecilia Vicuña y Raúl Zurita (poetas). En este sentido, el libro provee una valiosa base referencial para confrontar las perspectivas iniciales de estos escritores con los supuestos estéticos de su obra actual.

El prólogo de Carlos Olivárez da cuenta sucintamente del clima social y cultural en que se formaron los jóvenes del 70, y sobre todo de su sensibilidad generacional, entendida como percepción emotiva e intelectual del mundo. Este texto coincide, en su perspectiva, con el difundido ensayo de Antonio Skármeta «Al fin y al cabo, es su propia vida...» (en *Del cuerpo a las palabras: la narrativa de Antonio Skármeta*, Concepción: LAR, 1983, págs. 131-47). Entusiasmado con el recuento de los contrastantes y contradictorios referentes culturales del grupo generacional, esos «cachorros compuestos de diversas capas», Carlos olvida o desdeña hacerse cargo del problema de la delimitación historiográfica de la generación, los rasgos distintivos de su escritura, y los vínculos con la literatura chilena más reciente. Pero justamente en la obra seleccionada (y en la bibliografía aneja) está la vase inicial para acometer esta tarea. Porque además de estar propuesto para los lectores, y particularmente para aquellos que no fueron co-participes de la experiencia plural que se antologa, este libro está destinado al crítico: con una invitación implícita, amenizada con unos cuantos dardos irreverentes, para que le otorguen a esta literatura la valoración que merece.

JUAN ARMANDO EPPLE

David Valjalo y Antonio Campaña
Antología de Poesía Chilena a través del Soneto

Madrid, Edic. Libertarias, 1988.

Curioso y útil libro (240 páginas, Madrid, 1988). Se trata de *Antología de Poesía*

Chilena a través del Soneto, en la que Valjalo y Campaña han seleccionado a 165 poetas chilenos, de los que incluyen de uno a cuatro poemas y que van desde Pedro de Oña (1570-1643) hasta Eduardo Llanos (1956). Cuatro siglos de poesía chilena en sonetos. Naturalmente no están los que no cultivaron esta forma poética, los antologadores destacan la ausencia de Gonzalo Rojas, aunque sí están todos los grandes: la Mistral, Neruda, Huidobro, de Rokha et al.

Amén de una introducción del Dr. Beth Miller, el volumen cuenta con sendos trabajos de los antologadores, en donde abundan tanto en la historia universal del soneto como en su florecimiento chileno, explicitando los criterios del trabajo que llevaron a cabo.

Bien acompañado de diferentes índices, que permiten abordar el libro desde distintos criterios, hay también un apartado en el que, en pocas líneas, se informa sobre datos bio-bibliográficos de los autores consignados.

El hacer un registro de una poesía como la chilena, cuantitativa y cualitativamente fundamental en idioma castellano, a partir del soneto, la forma más exquisita y depurada de la poesía en lenguas occidentales, constituye un acontecimiento singular que ya atrajo la atención de la crítica española y que, seguramente, suscitará el interés de los lectores chilenos e hispanoparlantes en general.

Esta *Antología de Poesía Chilena a través del Soneto* viene a probar, finalmente, que esta vieja y exigente forma de poética, que cultivaron Dante, Shakespeare, Quevedo y Cervantes, goza de espenda salud entre nosotros.

RADOMIRO SPOTORNO

POESÍA

Gonzalo Millán
Virus

Ed. Ganymedes, Santiago, 1987.

El poeta Gonzalo Millán, uno de los más diestros y originales de Chile, primer lau-

reado (en 1987) con el Premio anual de poesía «Pablo Neruda», ha sido afectado por un virus rigurosamente poético, que en esta etapa es la obsesión por la brevedad y que en su forma extrema puede conducir al elogio de la página en blanco. Hay precedentes ilustres.

Virus, nos informa una breve nota junto a la fotografía del poeta, (que se ve melancólico y algo angustiado, de perfil) es el quinto libro de una «mano» formada por *Relación personal* (1968), *La ciudad* (1979), *Vida y Seudónimos de la muerte* (1984).

Si en sus libros anteriores, especialmente en *La ciudad*, Millán inventaba una forma de poetizar despojada de toda metáfora convencional, más aún: de toda metáfora, una meticulosa yuxtaposición de imágenes objetivas, podría decirse frías, casi abstractas, con las que iba construyendo un mundo y un clima, para culminar en un verso de tono descriptivo y apariencia indiferente, como los anteriores, pero capaz de desencadenar una explosión del sentimiento, ahora en *Virus* se interroga largamente, una y otra vez, sobre la esencia del oficio poético, poetiza y cuestiona el acto mismo de escribir poesía y, en definitiva, pone en duda la necesidad de ejecutarlo.

Es una auto-interrogación que pudiera ser trágica, y que tal vez lo sea en el fondo, pero este poeta prefiere la ironía. Por ejemplo, en «Borrón y cuenta nueva»:

*El virus de la parvedad
que antaño fue vacuna,
un antígeno del farrago
hoy se ha vuelto plaga.
Combátelo con formalina
o con luz ultravioleta.
Anteponle una hache muda.
Calla a ese hijo de puta.*

Millán ridiculiza el afán obsesivo del poeta de embutir

*sentido máximo
en un lugar mínimo: ambrosía
en los intestinos de una mosca*

y compara el texto del poema infinitamente trabajado con un chicle que ha perdido hace tiempo su sabor y aroma... soso, amorfo y descolorido; le parece

que el poeta combatiente que quiso luchar con la pluma, escribe con dinamita mojada en tinta; siente nostalgia o más bien anhelo de:

*Llegar a escribir
algún día
con la simple
sencillez del gato
que limpia su pelaje
con un poco de saliva.*

Dedica un poema, curiosamente más largo que los otros, al viejo caballito de batalla del poema breve y llama (se llama) a desmontarlo y a dejarlo pacer y espirar en paz

*en una cancha de fútbol suburbana
resoplando brizas polvorientas
cerca de unas carpas de gitanos.*

La reiteración del tema, la insistencia en la perspectiva del fracaso ineluctable de todo intento literario, en el agotamiento de la inspiración, dan a este libro, pese a los frecuentes chispazos o fognazos de humor, un tono melancólico, un sentido de meditación trascendental, metafísica, que no abunda —sobre todo en esta forma despojada, elíptica, punzante, intelectualizada— en la poesía chilena. Gonzalo Millán enfrenta y también plantea un desafío considerable, que promete un futuro esplendor. En la medida que, dueño y señor de medios expresivos de envidiable riqueza, se decida a cantar a pleno pulmón la infinita abundancia de los temas de la vida.

JOSE MIGUEL VARAS

REVISTAS

Literatura y Lingüística

Núm. 1, (1.º Sem. 1987, 1.º Sem. 1988), Santiago de Chile, Instituto Profesional de Estudios Superiores «Blas Cañas».

Todos estamos enterados de las difíciles condiciones en que se ha desenvuel-

to la actividad universitaria en Chile en este último curso. Ello hace más admirable aún el hecho de que publicaciones académicas como *Acta Literaria* de la Universidad de Concepción, o la *Revista Chilena de Literatura* no sólo hayan mantenido regularmente su aparición sino que lo sigan haciendo dentro de un nivel indisputablemente muy alto. Es claro que la orientación de publicaciones como éstas se da dentro de los márgenes restringidos por la naturaleza misma del régimen político imperante: no hay en ellas sino vislumbres o muy oblicua presencia de modalidades críticas que pudiesen estimarse atentatorias al modelo impuesto por la dictadura. El «formalismo», en sus variadas posibilidades, o el recurso —tan útil, por lo demás—, de naturaleza «positivista», de hechos concretos (bibliografías, índices de publicaciones periódicas, etc.), prima de modo absoluto por sobre cualquier consideración de naturaleza histórico-social profunda. Y ésto, que sin dudas constituye limitación desde cierta perspectiva, ha permitido, por otro lado, aguzar el ojo crítico en los márgenes aceptados. Tanto así, que en revistas como las mencionadas —y en otras, no «académicas», pero de extraordinario nivel, como la que dirige Gonzalo Millán, *El Espíritu del Valle*— es donde el estudio del desarrollo de la literatura chilena de estos años va a encontrar las modalidades asumidas por la *inteligencia* chilena para hacerse presente sin el riesgo absurdo de verse anulada.

Dentro de esas coordenadas es que aparece este primer volumen de la revista *Literatura y Lingüística*. Dividida en cuatro partes, en la primera nos entrega cinco artículos de crítica literaria: dos teóricos, uno sobre los fundamentos filosóficos del análisis literario actual, y el otro sobre la poética de la literatura post-estructuralista; un tercero de literatura universal —Camus y el absurdo— y dos relativos a escritores de nuestra contemporaneidad hispanoamericana: Borges y García Márquez. También dentro de la sección «Artículos» tenemos unos estrictamente lingüísticos —«Los inventarios léxicos automatizados y el español: proposiciones terminológicas», del director de la revista, Leopoldo Sáez— y otro pedagógico, referido a los

programas de castellano en la educación secundaria. En la sección de «Creación Literaria», aparecen un fragmento de novela de Guillermo Blanco, y cuentos de Jorge Rodríguez y Luisa Eguliz —los tres profesores del Blas Cañas—. La sección «Notas Bibliográficas» aporta con una cuidadosa reseña del *Diccionario del habla chilena* publicado en 1978 por la Academia Chilena correspondiente a la RAE, en la cual Leopoldo Sáez desmenuza los incontables errores, insuficiencias y torpezas de esa obra de tanta circulación, pero tan imperfectamente realizada. Muy útil, sobre todo por la escasa circulación que fuera de Chile alcanzan esas publicaciones, es la sección «Revista de Revistas», en la que se dan a conocer el contenido del último volumen de todas las publicaciones periódicas chilenas que se ocupan de literatura y lingüística: *Boletín de Filología* (U. de Chile), *FLA* (U. de Concepción), *Estudios Filológicos* (U. Austral), *Signos* (U. Católica de Valparaíso), *Aisthesis* (U. Católica de Chile), *Lenguas Modernas* (U. de Chile), *Taller de Letras* (U. Católica de Chile), *Revista Chilena de Literatura* (U. de Chile), *Acta Literaria* (U. de Concepción), *LAR* (dirigida por Omar Lara en Concepción), *Alpha* (Instituto Profesional de Osorno), *Literatura Chilena: Creación y Crítica* (dirigida por David Valjalo en Madrid), *Extremos* (dirigida por Jaime Giordano en Stony Brook y en Concepción) y la mencionada *Espíritu del Valle*.

El valor de la revista que reseñamos queda suficientemente establecido en el casi-catálogo que acabamos de ofrecer. Y también la limitación que puede significar la amplitud de su espectro, quizás demasiado ambicioso. Si en números futuros circunscribiera su ámbito a terrenos muy bien acotados (la crítica literaria de textos hispánicos, la reflexión sobre problemas lingüísticos del español y la reseña de libros y revistas lingüístico-literarios), ganaría en especificidad lo que perdería en variedad. Y esto no es mal designio para una revista académica, por definición destinada a un público muy circunscrito. Reconozco que tratar problemas de didáctica o de literatura es propósito loable, pero sigo convencido de los méritos de una muy restringida área de trabajo

para publicaciones que, como ésta, tienen un público lector altamente especializado.

MARCELO CODDOU

Ventanal

Revista de Creación y Crítica. N.º 12 y N.º 13 Département d'Etudes Hispaniques. Université de Perpignan. Perpignan, Francia.

Más de una vez se ha señalado como uno de los rasgos interesantes del trabajo cultural del exilio chileno, la importante presencia de nuestros connacionales en las labores académicas universitarias de diversos países. Profesores e investigadores chilenos había ya, por supuesto, en no pocas universidades del mundo antes del golpe de Estado de 1973. Pero con posterioridad a esa fecha su número se incrementó considerablemente, alcanzando en algunos casos niveles más o menos espectaculares.

Hubo —y hay— algunos países donde esta presencia ha sido y es muy considerable: Estados Unidos, México, Venezuela, República Federal Alemana, Francia. En este último deben superar la cincuentena los chilenos que trabajan en cerca de veinte universidades: en varias de París (Sorbonne, Sorbonne-Nouvelle, Nanterre, Saint-Denis, Villetaneuse, Asas y otras) y en no pocas de provincias: Clermont-Ferrand, Reims, Saint-Etienne, Franche-Comté, Poitiers, Rennes, Bordeaux, Toulouse, Montpellier, Perpignan. En la universidad de la capital del Rusillón, hay un núcleo de chilenos que, a pesar de ser pequeño, realiza una destacada e infatigable labor en el tema literario hispánico y latinoamericano. Aparte del trabajo docente, a través del cual han impulsado una importante tarea de investigación, fomentando entre los estudiantes franceses la realización de numerosas tesis académicas sobre escritores de nuestro continente —sin excluir, por supuesto, a los chilenos—, publican una revista, *Ventanal*. De formato más bien pequeño y compuesta e impresa con medios artesanales, estos

signos de modestia no deben engañarnos.

La publicación no va a la zaga en cuanto a la calidad de su contenido en relación con otras revistas universitarias. La dirige Pablo Berchenko, chileno, profesor del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Perpignan, quien la prepara con un equipo en el que juega papel muy principal otra chilena, Adriana Castillo.

Entre sus números recientes, destaquemos como de interés especialísimo el N.º 12, de carácter monográfico, que tiene por título genérico «Muestra de poesía chilena actual.»

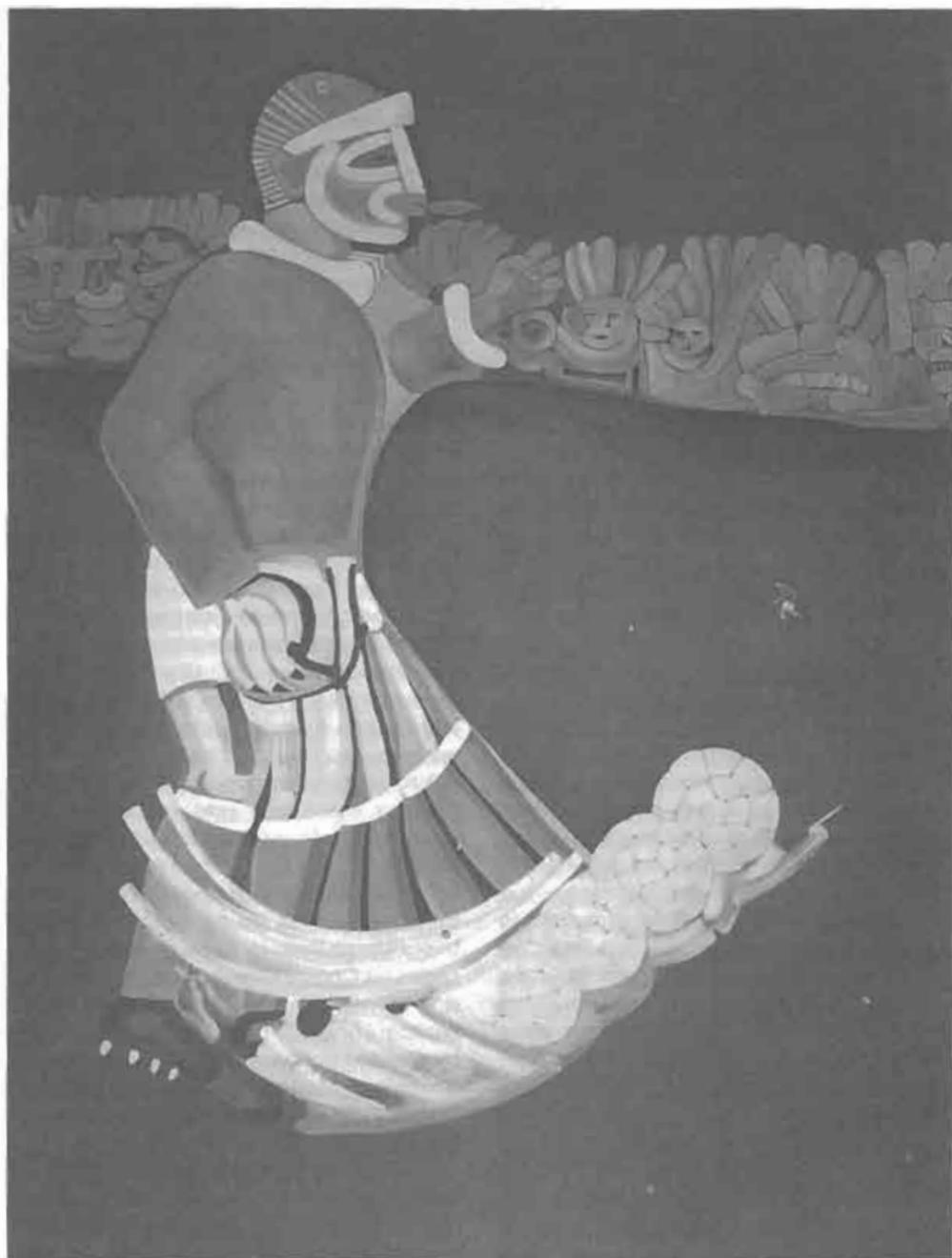
Quienquiera que piense que la poesía de nuestro país no tiene ya mucho que aportar, vista la enormidad de ciertas voces del siglo, está desde luego profundamente equivocado. También errará el que crea que en los años posteriores al golpe de Estado el «apagón cultural» pueda entenderse como sinónimo de «mudez creativa». Lo primero, fenómeno sociológico caracterizado en sus líneas generales por la esterilización y parálisis de ciertos órganos institucionales, la chatura y mediocridad del pensamiento dominante, y un cierto miedo larvado en el ánimo de algunos sectores sociales, no se tradujo ni podía traducirse en la muerte de toda chispa creadora. La poesía es un buen ejemplo de ello, quizás sí el más significativo y, en todo caso, el que primero se manifestó pasada la travesía del desierto de los primeros años de la dictadura.

Este número de *Ventanal* (doscientas veinte páginas dedicadas en su totalidad al tema) no es evidentemente la única referencia que podamos citar en la ya abundante bibliografía disponible, pero sí es una de las más útiles y orientadoras. Sin perjuicio de que alguien pueda echar de menos algunos nombres en la parte antológica — Jorge Montealegre, Fernando Quilodrán, Sergio Muñoz, Teresa Calderón, Enrique Moro, Elícura Chihuilaf, Edgardo Jiménez, para nuestro gusto — lo cierto es que la selección comprende a poetas de mucha significación que empiezan a publicar en las décadas del 70 y del 80. Poetas representativos de los dos brazos en que en algún momento aparece bifurcada la literatura chilena: el exilio y «el interior»,

y de cuya calidad dan lamentablemente sólo una visión aproximada los poemas publicados, dado lo magro de la muestra que se ofrece de cada uno. La lista de los antologados está compuesta, entre otros, por los siguientes nombres: Roberto Bolaño, Gustavo Mujica, Cecilia Vicuña, Bárbara Délano, Alejandro Pérez, Jorge Etcheverry, Antonio Gil, Diego Maquieira, Gonzalo Muñoz, Antonio Arévalo, Juan Cameron, Miguel Vicuña, Carlos Cociña, Luis Cociña, José María Memet, Raúl Zurita, Sergio Mansilla, Gonzalo Millán, Bruno Montané, Claudio Bertoni, Mauricio Redolés, Juan Luis Martínez, Rodrigo Lira, Alexis Figueroa, Guido Eytel, Marjorie Agosin, Soledad Fariña, Eugenia Brito, Diamela Eltit, Javier Campos, Mauricio Electorat, Gonzalo Santelices. Aparecen también poemas de Waldo Rojas y Oscar Hahn, como agregados a los artículos críticos que sobre aspectos de su trabajo realizan Víctor Alvarado y Fernando Moreno. También figuran algunos ensayos breves de Tomás Harris, Alexis Figueroa y Adriana Castillo, sobre la poesía de Concepción y de La Frontera, y un trabajo más extenso y ambicioso de Soledad Bianchi, especialista en el tema de la poesía chilena joven, y de cuya prolijidad como investigadora hay constancia en numerosas publicaciones. Para los estudiosos, sin embargo, lo más interesante y valioso de este volumen es el muy ordenado y completo «Índice Bibliográfico de las últimas promociones de poesía chilena», preparado por Pablo Berchenko. Más de ochenta fichas bibliográficas (antologías y revistas publicadas en Chile y en el extranjero) y cerca de ciento veinte referencias bibliográficas de poetas (citados en los materiales precedentes) con una abundantísima información sobre su trabajo.

Hasta donde tenemos información, *Ventanal* se publica afrontando no pocas dificultades. Quienes han vivido y trabajado en Francia, saben cuán mezquinas pueden ser las condiciones en que suele trabajarse en sus universidades. Es otra razón para que sea mayor el reconocimiento a los méritos de este núcleo de chilenos instalados en el corazón de la cataluña francesa.

CARLOS ORELLANA



EL JUEGO

Dina Rot

Canciones de mi mundo

33 LPM. Grabado en los Estudios de Audiofilm, Madrid, España. Editado y distribuido por Microfon, Argentina.

El nombre de Dina Rot es conocido no sólo en Argentina. Su bella voz ha sido oída en muchas ciudades del mundo y sus canciones han recorrido extraños itinerarios como secretas cartas que viajan misteriosamente para darle de cantar a la gente en las más apartadas latitudes. He tenido la sorpresa de encontrarme con «sus» canciones en Nueva York, en Oslo, en París o en Barcelona, por ejemplo. Y digo *sus* canciones sabiendo que la mayoría no son de su autoría, Dina Rot es principalmente una intérprete (no obstante ser compositora de una serie de músicas para cantar las cartas desde la cárcel de Nazim Hikmet, pero eso es materia de un comentario aparte) pero, repito, es una intérprete de tal naturaleza que se apropia de una canción, la amasija con su voz privilegiada, con su color dramático y a la vez dulce, con su multifacética versatilidad, de manera que al escuchar sus cantos, nos parecen únicos, individualizados y los cantos antiguos nos parecen más antiguos y los cantos actuales renuevan su actualidad.

Dina Rot estuvo muchos años sin grabar. Sus últimos discos publicados en Buenos Aires (su tierra) son hoy joyas difíciles de encontrar. Y esto no contradice lo dicho más arriba, sólo que nos encontramos frente al hecho de tener que alabar la posibilidad de una «sana piratería» que ofrecen actualmente las técnicas modernas de reproducción en cassette. ¿Qué haríamos los que *necesitamos* buena música, como el aire para respirar, cuando las dictaduras se empeñan en alimentar la diáspora cultural? Así se han salvado las canciones de esta intérprete excepcional que ahora, por fortuna, nos ofrece un nuevo disco.

Su prolongado silencio no es tal, si

consideramos que siempre ha estado presente, pero también muchos de nosotros sabemos de las dificultades que hay que enfrentar para cantar fuera de la Patria. En el caso de Dina Rot, esto se vio, sin duda, aumentado por la elección de su destierro: Madrid. A casi 500 años de la polémica «Conquista», se sigue discutiendo cuál es el tipo de relación que se establece entre americanos y españoles y me consta que no es fácil golpear la puerta del corazón de España como músico para ser acogidos en aquella parte del mundo que nos enseñaron un día que se llamaba «La Madre Patria».

Pero Dina Rot tuvo el coraje de hacerlo y esto se debe no sólo a su voluntad creadora sino a una relación fraternal que se crea en torno a su persona. Dina Rot sabe crear un ambiente donde vaya. Mujer hermosa, de vastísima cultura, su mirada es transparente y su sonrisa (sin perder un dejo de tristeza que lleva todo desterrado) es una reafirmación vital diaria. A Dina Rot no la destruyó el destierro, como a tantos otros y se dio cuenta que tenía que volver a grabar. Ella misma nos lo explica con sus bellas palabras: «Durante largo tiempo escuché y dialogué con mi propio silencio. Un día, contagiada por la confianza de la hermosa gente que me ha rodeado en estos últimos años, me di cuenta que mi canto estaba vivo y necesitaba volver a expresarse».

«Este disco es un homenaje a las culturas y tradiciones que conforman mi mundo: un espacio libre y sin prejuicios en el que conviven los versos anónimos con las tristezas de guetto, la magia de América, los latidos de España y las calles de Buenos Aires. Estos cantos son una fervorosa experiencia de vida. Así los entrego».

La selección, como bien dice la autora, es muy variada, y más que internacional llega a ser internacionalista. Desde el dramático y bello canto que recuerda la derrota de España Republicana —derrota que precisamente en la América hispánica fue sentida acaso

con mayor intensidad que en otras partes del mundo — en esa extraordinaria canción de Munárriz y Aute, «Carmela», hasta los cantos judíos (a los cuales Dina Rot ha sido siempre fiel), pasando por romances de Venezuela musicalizados por el brasileño Manduka (Manuel Alexander Thiago de Mello, bien conocido de los chilenos) y llegando a romances argentinos, coplas brasileñas o versos de León Felipe musicalizados por la propia Dina Rot.

Cabe destacar la guitarra fina de Raúl Picó, como el teclado y los arreglos de Miguel Icasto, siempre al servicio del colorido de la voz de Dina. Bellos arreglos para bellas canciones de este disco que llena el corazón.

OSVALDO RODRÍGUEZ-MUSSO

Oswaldo Torres

Juego de pájaros

33 LPM. Filmocentro, Santiago, Chile / Komitee zur Verteidigung Der Chilenischen Kultur, Zurich, Suiza. (Pedidos al autor: 34, Rue Daguerre, 75014-París, Francia).

En este disco Oswaldo Torres (1953, Antofagasta, Chile) nos presenta una serie de composiciones propias, canciones del folklore norteño, una musicalización del conocido poema de Mario Benedetti «Por qué cantamos» y una composición en colaboración con Claudio Araya (quien es responsable de los arreglos y la dirección musical del disco). Además, Claudio Araya interpreta en solo de charango una obra de su autoría: «Vuelo de Pirinas».

El resultado es un disco muy variado, en el cual están representadas la mayoría de las varias facetas de este compositor e intérprete chileno que comenzó a ser conocido en nuestro país por los años 70 cuando integraba el conjunto Illapu.

Fruto de su trabajo con Illapu es la obra «Encuentro con las raíces». En 1978, por encargo de las mujeres de presos políticos desaparecidos, escribe «La Vigilia», obra que es presentada en las iglesias de Chile en interpretación de la cantan-

te Isabel Aldunate. En 1979, nuevamente con el grupo Illapu produce la obra «El grito de la raza». Y ese mismo año, por su trabajo artístico recibe el Premio Alerce. Graba su disco «Desde los Andes a la ciudad» acompañado del grupo Huara. Y en 1980 su segundo LP como solista bajo el nombre de «Levántate hijo».

Torres es un investigador y estudioso de las culturas del Gran Norte de Chile. Ha bebido en las fuentes antiguas de los hombres de la pampa y la cordillera, conoce bien el desierto y sus secretos y se presenta en el panorama de la cultura chilena actual como un caso destacado, aportando valores no siempre presentes en nuestra música y poesía populares, valores que miden su edad en siglos.

El disco «Juego de Pájaros» viene presentado con una tapa ilustrada con un dibujo de José Bórquez: un hombre de la pampa que piensa y observa pájaros que vuelan sobre la cordillera y sobre un amplio horizonte mientras un pequeño ángel tocando maracas vuela hacia un sol poniente o naciente. (Recordemos de paso que para Alejo Carpentier uno de los símbolos del barroco americano es el ángel que toca las maracas: «... un instrumento tan universalmente americano — hoy incorporado al arsenal de la batería sinfónica — que aparece, tocado por un ángel, en más de un «concierto celestial» esculpido por artesanos coloniales en santuarios barrocos de nuestro continente». Ver: «América Latina en la confluencia de coordenadas históricas y su repercusión en la música», en *América Latina en su música*, UNESCO y Siglo XXI, 1977, págs. 13-14).

El disco, además, viene presentado con un extenso texto de Edo. Carrasco Pirard que pone acento, precisamente, en los orígenes norteños de la poesía y la música de Torres: «Desde estos paisajes viene la música y la poesía de Oswaldo Torres. Son cantos extraños en los cuales se busca descifrar los enigmas de hoy día con el poder iluminador de antiguas sabidurías escondidas en mitos, leyendas o simples formas de decir que se han ido enredando en la vida de las gentes del desierto». Y más adelante agrega algo que define aún mejor el arte de esta antofagastino: «Oswaldo Torres, más que ninguno otro cantante chi-

leno de su generación ha sido conmovido por la fuerza del mito».

En el disco *Juego de Pájaros* se destaca, justamente, uno de sus «cuentos cantados», «los zorros mandados», recitativo y canción de variada arquitectura musical, con la participación de la voz femenina de Lichi Fuentes y acompañamiento coral y una duración de más de seis minutos. Hermosa leyenda de la lucha entre los zorros y las mariposas a través de los tiempos que constituye una poética alegoría en defensa de la vida, la belleza y la libertad. Todo el recitativo está dicho con la bellísima entonación andina, ese fraseo indio de un castellano adornado de diminutivos que, en sí, es ya una canción.

Oswaldo Torres como creador posee una fuerte voluntad solidaria. Así queda demostrado en su canción «El Caracol» dedicada a Nicaragua, Honduras y El Salvador. Interesante composición construida sobre un ritmo afroperuano, con el empleo del «cajón peruano» como instrumento de percusión que nos recuerda los coloridos ritmos de Nicomedes Santa Cruz.

Además es un poeta esperanzado y en sus canciones hay constantes referen-

cias a «un tiempo que vendrá» cantado por este intérprete que se define como un «Juan el de la tierra» que busca «ser un eslabón» entre los juanes y las rosas.

Y eso es lo que es: eslabón, elemento fuerte y poderoso entre aquel movimiento que crecía en los años 70: La Nueva Canción chilena (hoy tan desperdigada y modificada por tantos motivos que serían materia de un estudio de carácter sociológico digno de hacerse) y la continuidad de esa canción, lo que ha sido llamado El Canto Nuevo (aunque el excesivo empleo del adjetivo «nuevo» corra el riesgo de perder la novedad en poco espacio temporal). Pero llámese como se llame, es la Canción chilena, ese obstinado canto que no se termina y sigue existiendo dentro y fuera de Chile.

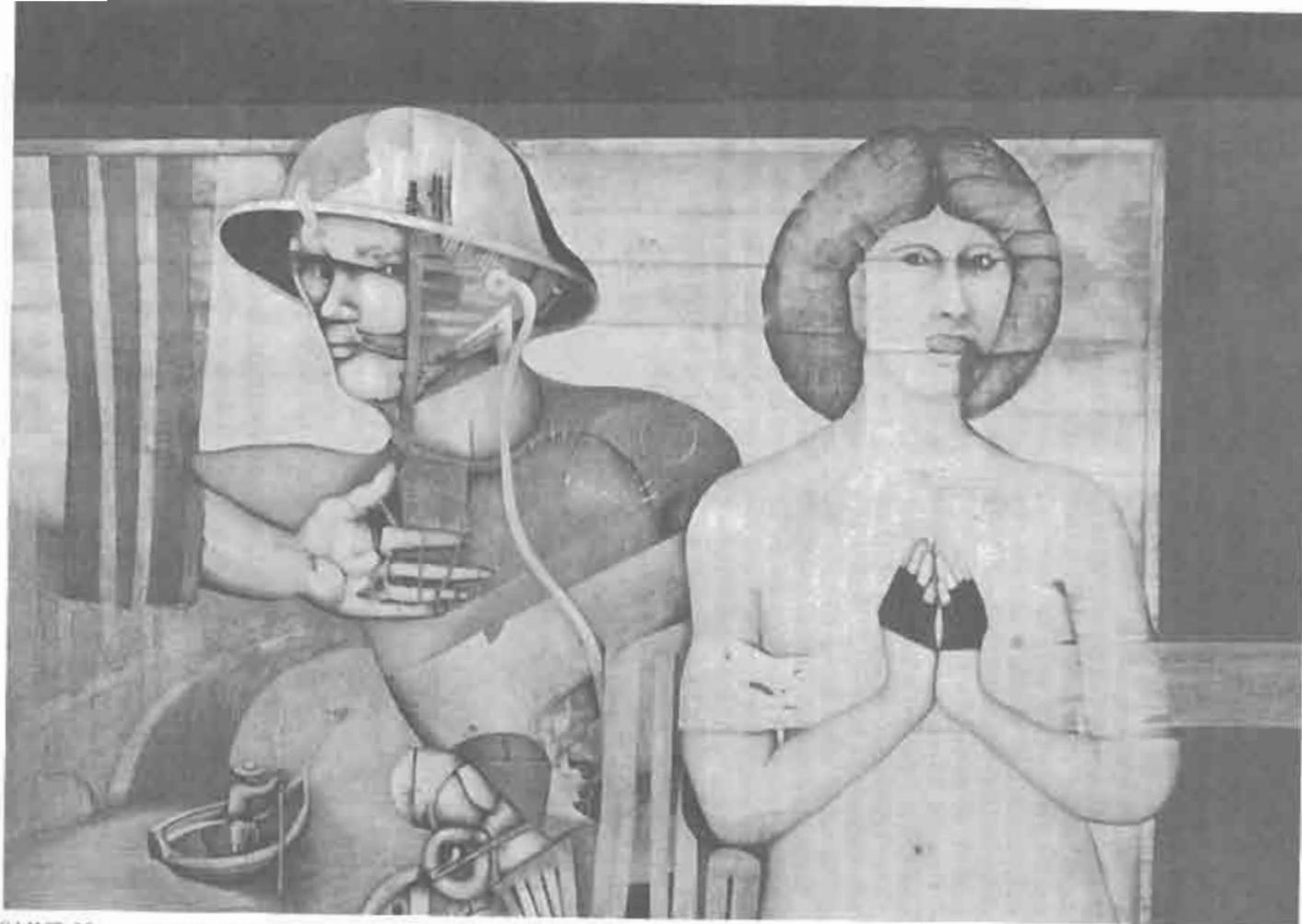
Eso sí, Oswaldo es un eslabón, pero además renovador, aportador de algo, como decíamos, no siempre presente en la Canción chilena: toda la gran cultura del desierto y la montaña a la cual llega con su fina intuición tocando y haciendo suya una de las raíces más ricas de la cultura americana.

O. R. M.

ERRORES ADVERTIDOS

En el artículo «Relaciones chileno soviéticas: un capítulo de su historia», de Hernán Soto, publicado en el N.º 43 de *Araucaria*, se deslizó por inadvertencia un error. Se señala como fecha de reanudación de relaciones diplomáticas el año 1965, lo que ocurrió efectivamente en noviembre de 1964, por decisión del gobierno de Eduardo Frei. En consecuencia, las observaciones de las páginas 81 y 94 deben entenderse referidas a esta última fecha: 1964.

En la sección *Notas de lectura* del N.º 43 se publicó la reseña dedicada a «La isla, el reino, el sueño» con una firma: S.N. En verdad, el artículo corresponde a nuestro colaborador Walter Hoefler.



SAINT JOAN DE VIETNAM

En nuestros números anteriores

N.º 43:

El general Pinochet en los infiernos (Manuel Vázquez Montalbán) / *No hemos venido a enterrarte, Pablo* (Radomiro Tomić) / *Cultura y política* (Orel Viciani) / *En el país prohibido* (Volodia Teitelboim) / *La guerra que nos concierne a todos* (Carlos Fuentes) / *Colombia alucinante* (Juan Jorge Faundes) / *La originalidad del pensamiento de Mariátegui* (Jaime Massardo) / *Relaciones chileno-soviéticas. Un capítulo de su historia* (Hernán Soto) / *César Vallejo: Cincuenta años después* (Alfredo Pérez Alencart-José Antonio Bravo-Rafael Arenas) / «Actas»: *entre la memoria y el sueño. Conversación con Patricio Manns* (Juan A. Epple) / «Azul»..., *Darío en Chile* (Fernando Alegría) / *Los «Cantos» darianos como conjunto poético* (Jaime Concha) / *Los años de la esperanza. En torno a una conversación con Inti-Ilumani* (Luis Cifuentes) / *Poemas* (Carlos y Guido Decap) / *Marta. Capítulos de una novela* (Rafael Arenas). Crónicas / Notas de lectura.

N.º 42:

La conciencia emancipadora (Mariano Aguirre) / *Has recorrido un largo camino, muchacho* (David Viñas) / «No podemos callar y poner siempre la otra mejilla». Testimonio (Mónica González) / *Víctor Jara, un adiós imposible* (Nelson Villagra) / *Aníbal Ponce, medio siglo después* (Volodia Teitelboim) / *Ciencia, tecnología y subdesarrollo* (Felipe Cabello) / *Las pasiones de una abuela. Conversación con Elena Pedraza* (Pamela Jiles) / *Flores musicales del exilio chileno* (Martín Ruiz) / *Claudio Arrau. La magia y el genio* (Luis Alberto Mansilla) / *Claudio Arrau y Teresa Carreño* (Mario Milanca) / *La música de Leo Brouwer* (Vladimir Wistuba) / *El pensamiento estético-musical de Pierre Boulez* (Alfonso Padilla) / *Un viaje muy particular. Testimonio* (Sergio Vusković) / *Poemas* (Raúl Barrientos) / *La «Historia de Chile» de Gonzalo Vial* (Hernán Soto) / «*Araucaria de Chile*» en Chile (V. T.) / «*Araucaria de Chile*» en España (Carlos Orellana) / *Cómo nació la pintura mural política en Chile* (Patricio Cleary) / Crónicas / Notas de lectura.

Pedidos de suscripciones y ejemplares sueltos

EDICIONES MICHAY, S. A.

Calle de Arlabán, 7. Tel.: 532 47 58. 28014 Madrid (ESPAÑA)

SUSCRIPCIONES 1989

Al cabo de más de once años
de trabajo ininterrumpido en el exilio

araucaria

de Chile

anuncia su traslado a Chile

En 1990 su redacción se instalará en Santiago
y proseguirá allí su labor al servicio
de la cultura chilena democrática

¡Ayúdanos a instalarnos en nuestro país!

Renueva de inmediato tu suscripción y consíguenos
nuevos suscriptores

Dirígete a tu agente habitual o escríbenos rellenando este
cupón y enviándolo con cheque o giro postal:
EDICIONES MICHAY, S. A. / Arlabán, 7, of. 49
28014 Madrid (ESPAÑA)

Nombre

Dirección

Ciudad y país

Precios (en US. \$)

	<i>Ejemplar</i>	<i>1 año</i>	<i>2 años</i>
Europa y América del Norte	10	35	65
América Latina	7	25	35

Disponemos también de Bonos de Ayuda a la revista:
una tarjeta que reproduce en colores un fragmento del
cuadro *La tentación de Hernán Cortés* del pintor uru-
guayo José Gamarra. Adhesiones voluntarias por 20,
50 y 100 dólares.



EL APRENDIZ DE BRUJO



«E PUR SI MUOVE...»